

REVISTA DE HISTORIA MILITAR



INSTITUTO DE HISTORIA Y CULTURA MILITAR

NUESTRA CUBIERTA:

Siglos XV y XVI
Caballería. Hombres de armas y Estradiotes

Reproducción autorizada por la Real Academia de la Historia de la lámina 28 del álbum *El Ejército y la Armada*, de Manuel Giménez González, obra editada por el Servicio de Publicaciones del Estado Mayor del Ejército.

INSTITUTO DE HISTORIA
Y CULTURA MILITAR



Revista
de
Historia
Militar

Los artículos y documentos de esta Revista no pueden ser traducidos ni reproducidos sin la autorización previa y escrita del Instituto de Historia y Cultura Militar.

La Revista declina en los autores la total responsabilidad de sus opiniones.

CATÁLOGO DE PUBLICACIONES DE LA ADMINISTRACIÓN GENERAL DEL ESTADO
<https://cpage.mpr.gob.es>

Edita:



<https://publicaciones.defensa.gob.es>

© Autores y editor, 2021

NIPO 083-15-111-0 (edición impresa)

ISSN 0482-5748 (edición impresa)

Depósito legal M 7667-1958

Publicación semestral: primer semestre de 2021

Fecha de edición: mayo de 2021

Maqueta e imprime: Ministerio de Defensa

NIPO 083-15-112-6 (edición en línea)

ISSN 2530-1950 (edición en línea)

Las opiniones emitidas en esta publicación son exclusiva responsabilidad de los autores de la misma. Los derechos de explotación de esta obra están amparados por la Ley de Propiedad Intelectual. Ninguna de las partes de la misma puede ser reproducida, almacenada ni transmitida en ninguna forma ni por medio alguno, electrónico, mecánico o de grabación, incluido fotocopias, o por cualquier otra forma, sin permiso previo, expreso y por escrito de los titulares del copyright ©.

En esta edición se ha utilizado papel 100% libre de cloro procedente de bosques gestionados de forma sostenible.

La Revista de Historia Militar es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar, autorizada por Orden de 24 de junio de 1957 (D.O. del M.E. Núm. 142 de 26 de junio).

Tiene como finalidad difundir temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas, y acoger trabajos individuales que versen sobre el pensamiento histórico militar.

DIRECTOR

D. Juan Jesús Martín Cabrero, general de Infantería DEM
Jefe de la Subdirección de Estudios Históricos

CONSEJO DE REDACCIÓN

Jefe de Redacción:

D. Carlos José Ovejas Amondarain, coronel de Artillería DEM

Vocales:

D. Gerardo López-Mayoral y Hernández, coronel
D. José Romero Serrano, coronel
D. José Ignacio Crespo García, coronel
D. Miguel Penalba Barrios, coronel
D. Benito Tauler Cid, coronel
D. Jesús Manuel Fernández Pedraza, coronel
D. José Manuel Llorca Díaz, coronel
D. Manuel García Cabezas, coronel
D. Manuel Casas Santero, coronel
D. Manuel Rodríguez Arias, teniente coronel
D. Rafael de la Torre Casaponsa, subteniente
D^a. Mónica Ruiz Bremón, facultativa

Consejo de Redacción Externo:

D. Martín Almagro Gorbea, R.A. Historia
D. Miguel Alonso Baquer, general
D. Jesús Cantera Montenegro, U. Complutense
D. Emilio De Diego García, U. Complutense
D. Serafín Fanjul García, R.A. Historia
D. Luis García Moreno, R.A. Historia
D. José Luis Isabel Sánchez, coronel
D. Enrique Martínez Ruiz, U. Complutense
D. Hugo O'Donnell y Duque de Estrada, R.A. Historia
D. Fernando Puell de la Villa, coronel
D. José Luis Sampedro Escolar, R.A. Matritense
D. Juan Teijeiro de la Rosa, general

Redacción:

Secretario: D. Roberto Sánchez Abal, comandante de Infantería

Adjunto: D. Aurelio Moreno Centeno, funcionario de la Admón. Gral. del Estado

Paseo de Moret, 3. 28008-Madrid. Teléfono: 91 780 87 52 - Fax: 91 780 87 42

Correo electrónico: rhmet@et.mde.es

Enlaces directos a la web:

<http://www.ejercito.mde.es/unidades/Madrid/ihycm/Instituto/revista-historia/index.html>

<https://publicaciones.defensa.gob.es/revistas.html>

APP Revistas Defensa: disponible en tienda Google Play <http://play.google.com/store> para dispositivos Android, y en App Store para iPhones y iPad, <http://store.apple.com/es>

DISTRIBUCIÓN Y SUSCRIPCIONES:

Subdirección General de Publicaciones y Patrimonio Cultural.

SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA. Ministerio de Defensa.

Camino de los Ingenieros, 6 - 28071 - Madrid. Tel.: 91 364 74 21

Correo electrónico: suscripciones@oc.mde.es

Sumario

Páginas

ARTÍCULOS:

- *España, primavera de 1939. Radiografía de un Ejército*, por don **Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL**, Licenciado en CC. Económicas y Empresariales y escritor 13
- *Mujeres y ejército en tiempos de Napoleón*, por doña **Margari-
ta CIFUENTES CUENCAS**, Doctora en Historia, Investi-
gadora de la Fundación Napoleón de París..... 53
- *Primeros años de Francisco de Tovar como alcaide y capi-
tán de la Goleta (1538-1540)*, por don **Ricardo GONZÁLEZ
CASTRILLO**, Doctor en Geografía e Historia, Universidad
Rey Juan Carlos 103
- *La artillería juramentada en los sitios británicos a Badajoz en
1811*, por don **Jacinto Jesús MARABEL MATOS**, Doctor en
Derecho, Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología..... 139
- *Sub Iugum. Humillación, sometimiento y estrategia tras la
derrota en el mundo militar romano*, por don **Juan PÉREZ
CARRANDI**, Profesor de Derecho Romano en Real Centro
Universitario María Cristina y Universidad Internacional de
Valencia..... 171
- *La vertiente militar del cardenal Cisneros. Un fraile francisca-
no convertido en Capitán General de África*, por don **Agustín
J. PÉREZ CIPITRIA**, Doctor en Historia Contemporánea ... 197
- Normas para la publicación de originales..... 233
- Solicitud de impresión bajo demanda de publicaciones 237
- Boletín de suscripción..... 238

Summary

Pages

ARTICLES:

– <i>Spain, Spring, 1939, an Army in-depth analysis</i> , by Mr. Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL , Graduate in Political and Enterprise Sciences, writer	13
– <i>Women and Army in the Napoleon days</i> , by Ms. Margarita CIFUENTES CUENCAS , History Doctor, Researcher at the Napoleon Foundation in Paris	53
– <i>The first years of Francisco de Tovar as Governor and Captain of la Goleta (1538-1540)</i> , by Mr. Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO , Doctor in Geography and History, King Juan Carlos University	103
– <i>The sworn Artillery in the British sieges of Badajoz, 1811</i> , by Mr. Jacinto Jesús MARABEL MATOS , Doctor in Law, Graduate in Political Sciences and Sociology	139
– <i>Sub Iugum. Humiliation, subduing and strategy after defeat in the Roman military world</i> , by Mr. Juan PÉREZ CARRAN- DI , Roman Law lecturer in the Royal University Center Maria Cristina and International University in Valencia	171
– <i>The military side of Cardenal Cisneros. A franciscan friar turned Capitan General in Africa</i> , by Mr. Agustín J. PÉREZ CIPITRIA , Doctor in contemporary History	197
Norms for publishing originals	233
On demand printing of publications	237
Subscription Bulletin	238

ARTÍCULOS

ESPAÑA, PRIMAVERA DE 1939. RADIOGRAFÍA DE UN EJÉRCITO

Fernando CALVO GONZÁLEZ-REGUERAL¹

RESUMEN

Se podría afirmar, con las matizaciones cualitativas a que hubiere lugar, que el Ejército español surgido de la victoria en la Guerra Civil comenzada en 1936 era, para la primavera de 1939, uno de los más poderosos del momento y, sin ninguna duda, la más formidable jamás vista en nuestro país.

Lo era por la cantidad y calidad de su armamento –ambos contendientes se habían nutrido con las mejores armas de la época, que ahora pasaban conjuntamente a engrosar los efectivos de un nuevo Ejército español–, pero también por el número de soldados (más de un millón largo de hombres en armas), por su experiencia única y sin igual en una forma moderna de combatir que preludiaba las tácticas que se desarrollarían en la segunda conflagración mundial y, sobre todo, por su moral de victoria, que se había ido elevando batalla tras batalla, las más grandes que nunca se hayan librado en la Península Ibérica: Brunete, Belchite y Teruel en 1937, las de Valencia y el Ebro en 1938 y la ofensiva sobre Cataluña en 1939.

¹ Licenciado en CC. Económicas y Empresariales por la Universidad de Alcalá de Henares, escritor y Legionario de Honor por el 4º Tercio “Alejandro Farnesio”. Autor de la novela bélica *Queridísima Elena: Desde el frente de batalla* (Galland Books, Valladolid, 2009) y de los libros históricos *Atlas de batallas de la Guerra Civil* (Suseta, Madrid, 2010), *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria* (La Librería, Madrid, 2012, cuatro ediciones), o *La guerra ha terminado. Los últimos días de la República* (Galland Books, 2018). Con Almuzara, Córdoba, 2018, el ensayo histórico *Guerra Civil española: Los libros que nos la contaron (La Antorcha)*. En la actualidad ultima una historia del arte militar para ediciones Arzalia, *Homo bellius. Una historia de la humanidad a través de la guerra*.

Pretendemos en el presente trabajo hacer una especie de radiografía de tal maquinaria bélica en el periodo comprendido entre el final de la guerra, 1º de abril de 1939, y el verano de ese mismo año, en que el contexto internacional aconsejaba reajustar y redesplegar todo ese poderío castrense. Para ello, resumiremos en la primera parte de este estudio las últimas campañas de la Guerra Civil como antecedentes mediatos y, en la segunda, incluiremos cuadros resumen que tratarán de acreditar lo antedicho para finalizar.

PALABRAS CLAVE: Ejército de Tierra, Guerra Civil española 1936-1939, Segunda Guerra Mundial, campaña de Cataluña, caída de Madrid, sucesos de Cartagena, “Ofensiva de la Victoria”, Cuerpos de Ejército y Divisiones del Ejército nacional, Flota nacional, Armada española, fuerzas aéreas y nacimiento del Ejército del Aire, CTV, Cuartel General Franco, Estado Mayor Central.

ABSTRACT

It could be affirmed, allowing the correspondent qualitative aspects, that the Spanish Army that emerged victorious in the Civil War that began in 1936 was, by the Spring of 1939, one of the most powerful military machines of the moment and, without any doubt, the most formidable ever seen in our country. It was so because of the quantity and quality of its weaponry - both contestants having been provided with the best weapons of the time, which now joined together to swell the strength of a new Spanish Armed Forces - but also due to the number of soldiers (in excess of a million men at arms), for its unique and unequalled experience in a modern fighting modality that precluded the tactics that would develop in the Second World conflagration and, above all, for its victory morale, which had increased battle after battle, in the largest that have ever been fought in the Iberian Peninsula: Brunete, Belchite and Teruel in 1937, those of Valencia and at the Ebro in 1938 and the offensive on Catalonia in 1939.

We intend in the present work to make a kind of X-ray of such a war machine in the period between the end of the War, April 1, 1939, and the summer of that same year, in which the international context advised to readjust and redeploy all that military might. To do this, we will summarize in the first part of this study the last campaigns of the Civil War as mediate antecedents of these new armed forces and, in the second, to conclude, we will include summary tables that will try to prove the aforementioned.

KEY WORDS: Army, Spanish Civil War 1936-1939, World War II, Catalonia campaign, Fall of Madrid, events in Cartagena, “Victory Offensive”, Army Corps and National Army Divisions, National Fleet, Spanish Navy, Air Forces and birth of the Spanish Air Force, CTV, Franco General Headquarters, Central General Staff.

* * * * *

CAMPAÑA DE CATALUÑA

“26 de enero de 1939. Barcelona cae en poder del enemigo. El temido suceso se ha producido como un fenómeno natural. La resistencia ha sido escasa, por no decir nula... ¡Qué ambiente tan distinto al de Madrid en noviembre de 1936! Barcelona, 48 horas antes de la entrada del enemigo, era una ciudad muerta. La había matado la desmoralización de los que huían a Francia y la de los que quedaban escondidos... Barcelona se perdió lisa y llanamente porque no hubo voluntad de resistencia, ni en la población civil ni en las tropas, contaminadas por el ambiente... Resumen: que Cataluña, como población civil, ya deseaba a Franco.”²

De esta contundente manera relataba el final de la campaña de Cataluña el jefe del Estado Mayor Central de la República, general don Vicente Rojo Lluch, en breve exilado primero en Francia y, después, en diferentes países de Hispanoamérica.



Figura 1. Caballería marroquí en la ofensiva de Cataluña, 1939, viva imagen de un Ejército camino de la victoria tras una larga guerra sostenida durante tres años con un valiente y tenaz enemigo (foto Deschamps)

² Rojo, Vicente; *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*; Planeta, Barcelona, 2005.

La batalla del Ebro había supuesto la última oportunidad para la República de cambiar el curso de la guerra y, tras el final de la misma, sus unidades estaban agotadas. Era el momento propicio para que las tropas nacionales iniciasen una ofensiva definitiva contra los últimos reductos republicanos. Así como el año anterior la oportunidad de volcarse contra el fabril Norte de España se perfiló claramente en el horizonte estratégico de los nacionales en un momento dado (desde la primavera al otoño de 1937), ahora la situación era ideal para lanzar la deseada ofensiva contra Cataluña, a pesar de encontrarse en inferioridad numérica. Tras el duro desgaste sufrido por ambos bandos en la batalla del Ebro, esta era la elección natural, pues el GERO (Grupo de Ejércitos Republicano Oriental), replegado a la orilla izquierda del río y perdida la iniciativa, solo podía permanecer a la defensiva, intentando reaccionar a los movimientos contrarios.

Y es que, numéricamente hablando, las fuerzas terrestres gubernamentales superaban en conjunto a las tropas de Franco, pero éstas lograban concentrar un mayor número de unidades en el sector elegido para la ofensiva. A finales del año 1938, las tropas de la República alcanzaban 1.400.000 soldados, mientras que las nacionales llegaban al 1.200.000, desde luego un esfuerzo enorme para un país como España, que en 1936 tenía menos de veinticuatro millones de almas y multitud de carencias propias de un país en vías de desarrollo. Téngase en cuenta que, en julio de 1936, los efectivos de las fuerzas armadas españolas superaban parcamente los 200.000 hombres, cifra que incluye Ejército territorial y de África, fuerzas de seguridad y Orden Público, personal de la Armada y servicio de Aviación. Bien dotado de fusiles, ametralladoras y piezas de artillería, su mayor debilidad estribaba en la carencia de carros de combate, tanto en cantidad como en calidad, por no hablar de la merma en las plantillas de las unidades por recortes gubernativos y coincidir el inicio de la sublevación con la temporada de permisos veraniegos. La Armada, tras los sucesivos planes de reconstrucción posteriores al desastre del 98, contaba con dos acorazados obsoletos mas con una buena división de cruceros, una excelente flotilla de destructores y un número respetable de sumergibles, sin contar unidades menores. La Aviación, tanto la del servicio del mismo nombre como la Aeronáutica Naval, contaba con medio millar de aparatos, solo la mitad con algún valor combativo³. Todo este panorama cambiaría radicalmente a lo largo de la guerra con la masiva afluencia de material bélico de todo tipo a ambos contendientes.

³ Salas Larrazábal, Ramón: *Los datos exactos de la Guerra Civil*; Rioduero, Madrid, 1980. Este libro es un resumen excelente del balance de fuerzas militares, políticas, económico-financieras, sociales y de todo tipo entre los dos bandos contendientes. Aunque poco citado y algo superado en ciertos aspectos, sigue siendo un documento de inexcusable consulta.

Pero volvamos a Cataluña a finales del 38. El GERO no solo superaba a los nacionales en número de hombres, sino también en material. Así, podía alinear más de 700 piezas de artillería y 180 carros de combate, la mayoría T-26, de origen soviético y armados con piezas de 45 mms. contra los que nada podían hacer los Pz.I alemanes o los ‘carro veloce’ italianos de su rival. El punto más débil del grupo de ejércitos era la fuerza aérea, pues no superaba los 200 aparatos, de los que solo unos 70 eran cazas Mosca, si bien sus pilotos habían demostrado a lo largo de la guerra gran pericia técnica y elevada moral combativa, mostrándose hasta el final de la contienda como una seria amenaza. Por su parte, para esta ofensiva, el Ejército nacional iba a lograr concentrar más de un millar de bocas de fuego de todos los calibres y casi 500 aparatos, de los que 200 eran cazas, 170 bombarderos y 75 aviones de asalto. La logística era muy superior a la republicana y no tenían que preocuparse por la retaguardia, pacificada, sólida y con una moral elevada. El mayor problema de las unidades republicanas, además de la debilidad de la línea de suministros, era precisamente la escasa moral de sus tropas, pues la mayor parte de los militares veían que la guerra estaba ya perdida y sus ciudadanos, exhaustos, solo tenían ya un único deseo: terminar de una vez por todas con la guerra y las penalidades.

Para esta campaña, los nacionales iban a desplegar tres cuerpos de ejército (CEs) en el frente principal: el de Urgel, de reciente creación, al mando del general Muñoz Grandes; el del Maestrazgo, al mando de García Valiño; y el de Aragón, al mando de Moscardó. A ellos había que añadir cuatro divisiones italo-españolas al mando de Gambará como jefe del CTV (*Corpo Trupe Voluntari*, Cuerpo de Tropas Voluntarias). Hacia el sur se desplegaban el CE de Navarra, al mando de Solchaga, y el CE marroquí, al mando del general Juan Yagüe. En total eran unos 300.000 soldados agrupados en 22 divisiones –una de ellas de Caballería– bajo el mando conjunto del general don Fidel Dávila y Arrondo como jefe del Ejército del Norte. Los republicanos, por su parte, podían oponer cerca de otros 300.000 hombres, que se dividían en el Ejército del Este, al mando de Perea, y el del Ebro, bajo Modesto, jefe de origen miliciano. El jefe del Estado Mayor republicano, el mencionado general Rojo, no obstante creía que aún disponía de bastante tiempo para reorganizar sus fuerzas y prepararse para la próxima ofensiva, pues pensaba que Franco no estaría en condiciones de lanzarla hasta pasados varios meses, pues sus unidades, aun vencedoras, también habían sufrido durísimo desgaste en la batalla del Ebro. La hipótesis era cierta, pero la capacidad de recuperación de una maquinaria bélica en plena inercia victoriosa es rápida y contundente, como pronto se vería.



Figura 2. Despliegue inicial de ambos bandos para la campaña de Cataluña, dos poderosos ejércitos frente a frente en un terreno de complicada orografía (croquis del coronel Martínez Bande, Servicio Histórico Militar, *La campaña de Cataluña*, editorial San Martín, 1979.

Hay un error en el CE Marroquí, pues este había cedido la 150 división al de Urgel, recibiendo en su lugar como refuerzo la 105)

Los defensores establecieron varias líneas de contención en el frente catalán, desde las que confiaban en librar con ventaja una batalla defensiva cuyo grado de desgaste no lograrían superar las fuerzas nacionales, que acabarían agotadas y empantanadas, otorgando a la República el tiempo que necesitaba para que la cambiante situación en Europa le favoreciera con un estallido general, única tabla de salvación ya para el gobierno de Negrín (recuérdese que la tinta del pacto de Munich, claro preludeo de una nueva guerra en Europa, aún estaba fresca a la altura del tiempo que estudiamos). El sector donde se librarían los primeros combates se localizaba a lo largo de los ríos Noguera-Pallaresa y Segre, un terreno cortado por varias cadenas de las estribaciones pirenaicas que se extendían de Norte a Sur, favoreciendo la defensa y dificultando enormemente la progresión de Oeste a Este, justo la línea que habrían de seguir los atacantes. El inicio de la ofensiva sobre Cataluña se proyectó inicialmente para el 10 de diciembre de 1938, aunque sucesivas cancelaciones hicieron que comenzara finalmente en la madrugada del día 23, con un clásico ataque en tenaza a cargo de dos grandes agrupaciones de maniobra⁴.

En el Sur, el asalto principal fue llevado a cabo por los cuerpos italiano y navarro, que cruzaron el Segre frente a una escasa resistencia y tras una potente preparación artillera. Los defensores fueron sorprendidos completamente y se dieron numerosos casos de deserción, incluidos de oficiales, especialmente entre las filas de la 56ª División. En pocas horas se produjo la ruptura y la consolidación de la cabeza de puente al otro lado del río, en un frente de unos quince kilómetros. En el Norte atacaron unidades de los CE de Urgel, del Maestrazgo y de Aragón, que se dirigieron hacia Artesa de Segre tras romper la resistencia enemiga. El terreno era aquí más difícil y la progresión resultó mucho más lenta, aunque, poco a poco, la 26ª División republicana fue retrocediendo.

La República tardó en reaccionar ante la ofensiva, al no ser consciente de la magnitud de la misma y de los decisivos éxitos conseguidos por los atacantes en el primer día de batalla. Rojo vio cómo sus planes se desmoronaban y envió para cerrar la brecha a los V y XV CE de Líster y Tagüeña, ambos de disciplina comunista y bien curtidos en la batalla del Ebro, que ahora permanecían en reserva. Su objetivo era Serra Grossa, en cuyos alrededores esperaban derrotar a los italianos antes de que lograsen profundizar en su penetración. Los defensores recuperaron parte de su espíritu de lucha ante la llegada de los refuerzos, pero era poco realista confiar ya en lograr

⁴ Ver para detalles el siempre imprescindible Martínez Bande, José Manuel; *La ofensiva de Cataluña*; monografía de la Guerra de España nº 14, Servicio Histórico Militar, Editorial San Martín, Madrid, 1979.

cambiar el curso de la batalla. No obstante, lograrían ralentizar la penetración nacional durante casi dos semanas, a base de repetidos contraataques y defender encarnizadamente algunas posiciones clave.

El día 29, el CE de Tagüeña retrocedía⁵, incapaz de soportar la presión, y el V CE de Lister se veía obligado a cubrir un frente demasiado largo para no dejar el camino expedito al enemigo. Ese mismo, día los dos cuerpos de ejército de Modesto lanzaron el último contraataque coordinado y lograron detener a los italianos, que amenazaban con alcanzar la carretera de Tarragona por Borjas Blancas. Yagüe reaccionó lanzando a su 13ª División –la famosa “Mano Negra” de Barrón– a través del Ebro, con lo que varias unidades nacionales lograron cambiar el eje de ataque y amenazar con envolver a Lister que, hasta ese momento, había logrado a duras penas contener a los atacantes. Pero, ante la amenaza del cerco, el 3 de enero del nuevo año 1939 las fuerzas republicanas comenzaron a ceder y los italianos lograron la ruptura. El día 5 dominaban la carretera de Tarragona.

Mientras, en el Norte los nacionales tomaron Artesa del Segre, un importante nudo de comunicaciones en el Pirineo. Como decíamos, el avance por este sector había resultado mucho más lento y costoso, merced tanto al difícil terreno como a la resistencia del XI CE gubernamental. Pero la superior capacidad de maniobra de los sublevados logró dislocar la defensa y amenazar, una vez más, con un envolvimiento, de tal forma que los defensores acabaron cediendo. La primera línea defensiva republicana había quedado arrollada y sus agotadas unidades intentaron reagruparse en la segunda línea, aunque su mayor pérdida material había quedado limitada a la 26ª División. Rojo había empeñado a sus reservas con demasiada premura y había optado por afrontar una batalla en campo abierto, confiado en su cierta superioridad numérica, en vez de establecer una firme línea de contención quizá más a retaguardia para aprovechar la ventaja de operar por líneas interiores y estrechar el perímetro defensivo sobre su centro natural, la ciudad de Barcelona. El Ejército del Ebro había resultado virtualmente destruido y la maniobra envolvente nacional, ahora evidente, llevó a una nueva retirada republicana.

El general Rojo, para aliviar esta avalancha, además de lanzar la ofensiva sobre Extremadura y Andalucía que veremos luego, recurrió a medidas desesperadas, como el envío de tropas por mar desde Valencia (demasiado

⁵ Ver el honesto e imprescindible *Testimonio de dos guerras* de Tagüeña Lacorte, Manuel; Editorial Planeta, Barcelona, 2005. Hay ediciones anteriores en la colección “Espejo de España” y en Oasis, México. El antiguo jefe de milicias de la República deja en esta obra un reflejo detallado y veraz sobre estas operaciones y las de la anterior batalla del Ebro de ineludible consulta.

pocas, demasiado tarde) o a la llamada a filas de los mayores de 45 años, una medida más propagandística que eficaz en aquellas circunstancias de desmoronamiento total y contraproducente por vaciar de mano de obra los restos de la industria y el tejido económico de la retaguardia gubernamental. La confusión y el descontrol eran extraordinarios. Aunque el GERO pretendió repetir en Barcelona la historia de éxito de Madrid en los primeros meses de la guerra, la situación era radicalmente diferente. Y la principal diferencia estaba en el espíritu de lucha, del que carecían ya la mayor parte de las unidades gubernamentales. El gobierno francés, con mucho retraso, abrió la frontera al material soviético que estaba allí detenido pero que ya resultaba inútil a esas alturas de la guerra.

El día 9 de enero se reanudó el ataque y, dos días después, los italo-españoles del CTV hundían la segunda línea de defensa. Los italianos de la división *Littorio* demostraron tener una movilidad hasta entonces desconocida y sus rápidas penetraciones sembraron el caos en la retaguardia enemiga. Bien es cierto que apenas encontraban oposición firme en un enemigo en retirada franca. Yagüe rodeó con su Cuerpo el Montsant por el Sur y también atravesó la segunda línea defensiva. El día 14 lanzó una decidida ofensiva desde Gandesa, escenario de brutales combates el verano anterior, que progresó a lo largo del Ebro hasta llegar al mar Mediterráneo. Tarragona caía poco después, con su rica huerta y con el efecto psicológico que ello suponía, negativo para los republicanos al perder una capital de provincia tan señera, motivador en sus enemigos justamente por lo contrario. Luego fue el turno de la fabril Reus, donde fue capturada una importante fábrica de aviones. Pocos días después, los nacionales llegaban a la tercera línea de defensa, que apenas disponía de guarnición. El CTV tomó Igualada el 23, punto clave en esa línea defensiva, y Montserrat Solsona, otro elemento importante de la línea, caería el día 24 ante el empuje de Muñoz Grandes.

Barcelona, por su parte, era ya un caos. La ciudad estaba llena de refugiados. Todo eran eslóganes y consignas, pero ninguna medida eficaz. Estaba claro el resultado final, ya muy cercano, y la mayoría de la gente solo pensaba en salvarse. Los sueños e ideales habían quedado atrás y la vista estaba puesta en la frontera francesa, el único escape posible para lo que pronto sería una triste, larga y dolorosa columna de refugiados en que se entremezclaban soldados y paisanos. Los ataques por parte de la aviación nacional eran incesantes, contribuyendo a incrementar el caos y dificultar cualquier tipo de acción coordinada. El día 24, ante la desesperación del presidente Azaña, las tropas de Gambará, Yagüe y Solchaga llegaban al Llobregat, sin encontrar oposición digna de tal nombre. La última línea de defensa estaba a punto de ceder.

Por su parte, ese mismo día 24 de enero, García Valiño tomaba Manresa y se lanzaba hacia el Noroeste para aislar Barcelona de la frontera. Ante tal inminente riesgo, Azaña, Negrín y los altos mandos políticos y militares comenzaron a huir hacia Gerona, donde se reunirían por última vez las muy mermadas Cortes de la República. En la Ciudad Condal la situación era ya de derrotismo absoluto. Las disensiones entre Gobierno Central y Generalidad contribuyeron a que la población perdiese el espíritu de lucha. Defendida por unidades decididas, y con la posibilidad de cierto aprovisionamiento por vía marítima, una ciudad de la entidad de Barcelona podría haberse convertido en un obstáculo formidable para cualquier atacante, pero nada era más lejano de la realidad en esos oscuros días de enero de 1939... El día 25 Yagüe cruzaba el Llobregat sin encontrar apenas resistencia. Al día siguiente, Barcelona quedaba rodeada por el Norte y por el Oeste y, al mediodía, las tropas de Yagüe y Solchaga comenzaban a entrar en la capital catalana. Los principales edificios oficiales fueron ocupados a primeras horas de la tarde. Los barceloneses que habían apoyado en secreto al bando sublevado se lanzaron a las calles para vitorear a las tropas triunfantes. Mientras, cerca de medio millón de personas habían huido camino de los Pirineos, colapsando las carreteras y dando lugar a las tristemente famosas escenas del éxodo republicano antes comentadas. La otra cara de la moneda era la misa mayor celebrada en el centro de Barcelona y el inicio de una nueva esperanza no exenta de frustraciones que relataría como nadie años después Dionisio Ridruejo en sus célebres *Casi unas memorias* (su plan, como jefe de propaganda que a la sazón era, de entrar en la Ciudad Condal con octavillas impresas en catalán no fue tenido, quizá torpemente, en cuenta).

Después, Gerona caería sin resistencia el 4 de febrero, al tiempo que Azaña y Lluís Companys cruzaban la frontera, también Rojo y Negrín. Ese mismo día García Valiño tomaba Vic y, el día 8, los navarros entraban en Figueras. El día 9 las tropas de Moscardó y Solchaga llegaban a la frontera francesa que, el día 13, quedaba definitivamente sellada por el Ejército nacional (el día 10 había pasado a Francia, con las últimas unidades del Ejército del Ebro, Modesto. Sus hombres fueron inmediatamente desarmados e internados en los terribles campos de concentración establecidos en el Sur de Francia: Argeles, Barcarés, San Ciprián... nombres todos ellos ignominiosos en la historia de España pues miles de compatriotas nuestros pasarían allí largos meses en unas condiciones realmente infrahumanas que presagiaban las oscuras sombras de los campos de concentración que el mundo conocería con espanto poco después).

La guerra estaba decidida y el final era ya cuestión de muy poco tiempo.



Figura 3. Carros ligeros preparados para la ofensiva.
Las unidades blindadas del Ejército nacional al final de la guerra estaban bien nutridas de carros de combate, destacando los T26 rusos capturados a los republicanos, que actuaban en coordinación con los Panzer I teutones y los carros “veloce” de origen italiano como los de la imagen (foto colecc. autor)

LA OFENSIVA DE EXTREMADURA DE 1939

Si el Ejército nacional al terminar la campaña de Cataluña era una poderosa máquina de guerra que se sentía victoriosa, el Ejército republicano seguía teniendo sobre el papel una fuerza considerable cifrada en aproximadamente 50 divisiones, con alrededor de 250 carros de combate y unas 800 piezas de artillería, totalizando más de 800.000 soldados, si bien cansados y, como hemos visto en el punto anterior, con un solo deseo: acabar ya la guerra. Pero antes de que eso ocurriera, los acontecimientos se precipitarían de forma sorprendente, convirtiendo el final de la guerra civil en un período trepidante, insólito y, por encima de todo, dramático. La República, no obstante, todavía tuvo fuerzas a principios de año para montar una ofensiva en toda regla, completamente olvidada pero hartamente interesante, que sería su canto del cisne. Se trataba de la última gran batalla del conflicto, la de Peñarroya.

Aunque Andalucía y Extremadura habían estado en el centro de atención de las operaciones al principio de la guerra, la primera por ser la base de los rebeldes y la segunda por ser lugar de paso de la columna Madrid, ambas regiones -salvando la toma de Málaga en 1937-, habían caído después en el olvido bélico, si bien ambos contendientes no habían dejado de enfrentarse en sus tierras durante toda la guerra, como no podía ser de otra manera en un frente extensísimo y delicado como era aquél. El gran cronista militar Martínez Bande los llama ‘frentes olvidados’, y engloba aquí dos operaciones importantes anteriores a la que vamos a estudiar: la batalla de Pozoblanco en marzo de 1937 y el cierre de la bolsa de Mérida en el verano de 1938.

Pero no sería hasta pasado el fiasco del Ebro cuando el general Vicente Rojo, jefe del Estado Mayor Central republicano, recuperara una vieja idea concebida pero nunca desarrollada durante el gobierno de Largo Caballero: el plan “P”. Este plan era un ambicioso proyecto que contemplaba un ataque general de los gubernamentales sobre Extremadura y Andalucía, buscando cortar las comunicaciones Norte-Sur de su enemigo en una ofensiva que debiera haberse planteado desde el principio, pues podía suponer el corte de la zona nacional en dos mitades, lo que sin duda hubiera sido un rotundo éxito estratégico capaz de cambiar el signo de las hostilidades. Y es que aquí está la clave estratégica de la guerra civil, que, descartada la caída de Madrid en la primavera del 37, se mostró como una guerra larga y asimétrica: los nacionales debían darla en el Norte del país, fundamental con su industria para proveer de materiales a su ejército, como así harían; por el contrario, los republicanos debían plantearla en el Sur de España, buscando cortar la base de operaciones enemiga en dos mitades, complicándoles su libertad de movimientos y amenazando con ello su misma existencia. Cuando ahora -enero de 1939- quisieron hacer esto, ya era demasiado tarde. Además, en realidad no se perseguía este objetivo estratégico, sino, como siempre, distraer a los nacionales de su campaña principal, la de Cataluña. En este ir a la zaga de su enemigo, que llevaba siempre la iniciativa de las operaciones militares, hay que buscar el principal porqué de la derrota republicana.

Pero a pesar de hacerse a destiempo y buscando solo reducir la presión sobre Cataluña, los frentepopulistas volcarían en el intento una fuerza de maniobra más que considerable, con tres Grandes Unidades (el XXII Cuerpo de Ejército -teniente coronel Juan Ibarrola-, la Agrupación ‘Toral’ -por su jefe, Nilamón Toral-, y la Columna ‘F’ -de Bartolomé Fernández) bajo el mando conjunto del famoso general de la Guardia Civil don Antonio Escobar, reuniendo más de 23 brigadas mixtas para la ocasión, sin contar reservas (que estaban constituidas por todo un cuerpo de ejército, el XVII, sito en Jaén), y con considerable apoyo artillero y de carros, que se volcaron fun-

damentalmente contra solo dos divisiones nacionales del Ejército del Sur, la 22 y la 24. Hay que señalar que, con carácter previo a esta ofensiva que vamos a ver, el Gobierno planeó en diciembre una interesante operación de distracción consistente en un desembarco sobre Motril que llevaría a cabo la 23 División del Ejército republicano, mandada por el coronel de Infantería don Carlos Jiménez Canito. Los cruceros *Libertad*, *Miguel de Cervantes* y *Méndez Núñez*, más la flotilla de destructores del almirante Ubieta, serían los encargados de escoltar el convoy de desembarco. Disensiones internas en el alto mando republicano -con duras acusaciones cruzadas entre Rojo y Miaja- hicieron que a última hora se cancelase la audaz operación.

Pero volvamos a la batalla de Peñarroya... Tras una ruptura fulgurante entre los días 5 y 7 de enero de 1939, en que llegó haber cierta euforia en las autoridades y los mandos republicanos por los éxitos que se iban consiguiendo y por presenciar el algo más que temor causado en el bando nacional, que se vio obligado a movilizar raudamente recursos para contener el envite, lo cierto es que la batalla se estancó el día 8, convirtiéndose pronto en un cruento choque de desgaste. Cruento y largo, pues iba a prolongarse hasta el 24 del mismo mes, con fuertes combates principalmente en torno a Cabeza de Buey (donde toda una división del Ejército nacional, la 102, resultó cercada), Granja de la Torrehermosa y Peñarroya. Se puede decir que los combates colearon por las cercanías incluso hasta febrero, en que todavía se registran enfrentamientos por ese frente. De la preocupación que esta última pero violenta ofensiva republicana causó en los mandos nacionales nos da idea el que el propio Franco llegó a reprender a Queipo de Llano, jefe del Ejército del Sur, al decirle taxativamente ante los titubeos observados al inicio de la ofensiva que *“el enemigo se propone con sus ataques salvar Cataluña, pero es imposible suspender esta maniobra... Se han puesto en movimiento suficientes fuerzas no solo para contrarrestarle, sino para derrotar al enemigo... Así que es necesario se corrija de todo pesimismo y trasmíta la confianza a todos los escalones, recordando que las fuerzas enemigas siempre han sido batidas en todos los frentes”*. El número de bajas también nos habla de la rudeza de estas operaciones, calculándose en unas 10.000 para los nacionales y en muchas más para los republicanos, puesto que solo en muertos tuvieron más de 6.500 y un número similar de prisioneros⁶.

Conviene decir que, suspendido el desembarco sobre Motril, los republicanos pensaron y ejecutaron dos acciones secundarias para coadyuvar con esta ofensiva principal sobre Extremadura y Andalucía. La primera fue

⁶ Citado en Vázquez, Juan: *La Guerra Civil española. Un enfoque militar de la contienda*; Galland Books, Valladolid, 2015.

en el frente granadino, sin ninguna trascendencia, y la segunda, más importante, en el de Madrid, donde el Ejército del Centro del coronel Segismundo Casado, fuerte en más de 16 divisiones, lanzó tras una densa preparación artillera un ataque el día 13 de enero de 1939. La operación en realidad era un remedo de la gran ofensiva sobre Brunete de julio del 37, con la diferencia de que ahora no había factor sorpresa, el terreno estaba fuertemente protegido con obras de fortificación perfectamente estudiadas y construidas, contando además esta vez los nacionales con nutridas reservas en el sector. Como nos informa Martínez Bande: “Era la confesión palmaria del nulo resultado obtenido con esta operación, con ausencia absoluta del más pequeño éxito y una desproporción exorbitante de bajas. Esto fue la gota que rebosó el vaso de la falta de moral, ilusión y esperanza en ganar la guerra, latente desde hacía mucho tiempo en Madrid”⁷.

Para concluir este punto, la ofensiva sobre Peñarroya fue un coletazo simbólico, duro, del Ejército Popular de la República, intento desproporcionadamente fuerte para lo que se pretendía obtener con él y, sobre todo, por producirse a esas alturas tan tardías de una guerra claramente perdida en lo militar. Dos autores de signo contrario resumieron en su día el espíritu de esta batalla postrer: “*La ofensiva de Extremadura fue un último y desesperado intento. Se acumuló en ella toda la fuerza posible. Pero era una fuerza ciega, pues el Ejército de la República jadeaba ya, malherido, y sus mandos no tenían ninguna fe en los resultados y actuaron con desgana*” (Ángel María de Lera, número extraordinario sobre la Guerra Civil en los inicios de la revista *Historia y Vida*); “*Sucedió lo de siempre: que las fuerzas atacantes rompieron fácilmente un frente escasamente guarnecido, que gozaron de libertad de movimientos durante dos jornadas más, que se vieron frenadas a la cuarta o quinta y que poco después se veían obligadas a pasar a la defensiva*” (Salas Larrazábal, *Historia del Ejército Popular*). Todavía más claro, Vicente Rojo en su libro que venimos citando -*¡Alerta los pueblos!*-, asegura que la clave de esta derrota fue la falta de iniciativa táctica y técnica de los jefes de sus unidades, “capaces de realizar un primer esfuerzo decidido, eficaz, audaz, meritorio; pero ante lo desconocido, frente a un enemigo dispuesto a la resistencia y capaz de maniobrar, se desconcertaban y se sentían inferiores, como en Brunete, Belchite, Teruel, el Ebro”. Después nos informa de que su enemigo sacó pocas fuerzas de Cataluña para contener este ataque, lo que no le impidió seguir libremente con sus planes y acabar su decisiva ofensiva en aquella región española.

Pero todavía quedaba un último acto de la guerra aún más asombroso...

⁷ Martínez Bande, José Manuel; *El final de la guerra civil*; Editorial San Martín, Madrid 1985.



Figuras 4 y 5. Las dos caras de la moneda.

El Ejército nacional de finales de 1938 y el primer trimestre del 39, aun cansado de una guerra larga, mostraba una alta moral de victoria y su maquinaria aplastaba como un rodillo al desmoralizado Ejército republicano, que si había sabido batirse con bravura durante toda la contienda, estaba ya virtualmente derrotado (arriba, cuadro expuesto en el Museo del Ejército; abajo, soldados republicanos en una pausa de la batalla, colecc. autor)



EL GOLPE DEL CORONEL CASADO

“A partir de este momento, conciudadanos, España tiene una misión: la paz. Pero la paz honrosa, basada en postulados de justicia y de hermandad... Sin humillaciones ni debilidades, queremos la paz para España, pero, si por desgracia de todos, nuestra paz se pierde en el vacío de la incomprensión, también os digo serenamente que somos soldados y como tales estaremos en nuestros puestos.”

(Proclama de Cipriano Mera radiada cuando el golpe de estado de Casado, 5/III/1939)⁸.

El último mes de la guerra -marzo de 1939- iba a ser realmente sorprendente, pues los acontecimientos se precipitaron de extraña manera, extraña y además peligrosa, ya que dado el contexto internacional enrarecido y la fuerza material con que todavía contaba el Ejército Popular de la República, el final de la contienda podía haber degenerado en un baño de sangre tan estéril como doloroso. De hecho, la historia de este mes no es tanto la lucha entre unos nacionales que se saben ya vencedores y unos republicanos francamente vencidos, sino entre las dos facciones de este bando que discrepaban precisamente sobre cómo había de ser ese final: numantino para Negrín, los socialistas radicales y los comunistas, en aras de alargar la guerra para enlazarla con la mundial por venir, o negociado para el coronel Segismundo Casado, los socialistas moderados y los anarcosindicalistas, que querían ya evitar a toda costa más sufrimientos inútiles a los españoles.

El hecho cierto es que los primeros días de este agónico mes los sucesos van a producirse raudamente, cuando no de forma caótica, sorprendiendo a nacionales y republicanos. El primer acontecimiento sorprendente fue sin duda la sublevación de Cartagena, que tuvo lugar la noche del 4 de marzo cuando grupos de falangistas de la quinta columna, mezclados sin distinción con elementos republicanos anticomunistas, se lanzaron a la calle vitoreando a Franco en la inteligencia equivocada de precipitar un alzamiento que pusiera fin a la guerra. Se trataba en realidad de esfuerzos descoordinados que, al ambiguo grito de *‘Por España y por la Paz’*, respondían más al corazón que a una planificación meditada, por lo que

⁸ Cierva, Ricardo de la; *1939; agonía y victoria*; Editorial Planeta, Barcelona, 1989. También ver las memorias del propio Cipriano Mera, *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*, publicadas por vez primera en Ruedo Ibérico, París, 1976. Fueron publicadas a título póstumo del autor, un albañil que había logrado llegar a dirigir todo un Cuerpo de Ejército de la República, siendo partícipe principal de la derrota de los italianos en Guadalajara, marzo de 1937.

estaban condenados al fracaso. Poco después de producirse estos primeros conatos de rebelión anticipada, el almirante Buiza ordenaba que la todavía poderosa Flota republicana abandonara el puerto de la histórica ciudad mediterránea. Por su parte, en el Cuartel General de Franco, donde las noticias iban llegando de forma confusa y dispersa, comenzaron a cursarse precipitadamente órdenes para movilizar fuerzas que ayudaran a los sublevados por tierra y mar...

(Sobre el papel, al iniciarse el año 1939, la escuadra republicana se mostraba aún imponente, compuesta de 3 cruceros, 8 destructores, 2 submarinos, 4 minadores, 8 cañoneros, 7 lanchas rápidas, 4 torpederos, 10 cruceros auxiliares, 7 guardacostas, 21 patrulleros, 18 rastreadores, 1 buque planero, 1 barco hospital, 1 de salvamento, 8 lanchas de vigilancia, 11 transportes, 8 remolcadores, 6 aljibes y 2 buques escuelas. La moral de sus dotaciones, sin embargo, distaba mucho de ser tan flamante. De las unidades enumeradas, solo dejaron Cartagena rumbo a Bizerta los 3 cruceros -*Méndez Niñez*, *Cervantes* y *Libertad*-, los 8 destructores -*Ulloa*, *Escaño*, *Gravina*, *Almirante Antequera*, *Almirante Miranda*, *Almirante Valdés*, *Lepanto* y *Jorge Juan*-, y el submarino C-4.)

Pero la noche del día siguiente, 5 de marzo, vería otro hecho más sorprendente aun: el coronel Casado, apoyado por el socialista moderado Besteiro y el anarcosindicalista Mera, recogiendo el sentir de muchos mandos militares profesionales de la República y de la mayor parte de la población civil, hastiada de guerra y hambrienta, dio un golpe de estado radiofónico contra Negrín para evitar su política de resistencia a ultranza (el presidente de Gobierno, por su parte, estaba pergeñando por decreto unos cambios drásticos en la cúpula civil y militar para posicionar a los elementos más extremos del socialismo y del comunismo en los puestos clave, en lo que era virtualmente otro golpe de estado *de facto*, bien que a golpe de diario oficial. Lo hacía desde la famosa “Posición Yuste”, en Alicante, a la que había vuelto desde Francia y desde la que, en breve, partiría, por más que su intención fuera que el resto de la España republicana prosiguiera la lucha en una defensa numantina que enlazara con el drama mundial por venir, cuyas negras nubes ya asomaban por el horizonte y que hubieran podido claramente beneficiar a su facción).

Desde los sótanos del Ministerio de Hacienda, el viejo catedrático de Lógica, don Julián Besteiro, con su verbo claro, fue el más contundente de los tres revoltosos: “*Esa política de aplazamiento no puede tener otra finalidad que alimentar la morbosa creencia de que la complicación de la vida internacional desencadene una catástrofe de proporciones universales, en la cual, juntamente con nosotros, perecerían masas proletarias de muchas*

naciones”. Después, al considerar desmoronada la autoridad política republicana, justificaba que los mandos del Ejército se hicieran cargo del poder para solucionar el gravísimo problema planteado, legitimando así su acción. Se creaba entonces en dichos sótanos el Consejo Nacional de Defensa, que se iba a enfrentar a las fuerzas de disciplina comunista en una auténtica guerra civil dentro de la guerra civil, al tiempo que trataría de establecer contacto con Franco para llegar a una paz negociada (Bande llama a esta pretensión de Casado la ‘paz de los militares’, pues el coronel de Caballería pensaba que sus emisarios, oficiales profesionales, conseguirían más de Franco y los suyos al hablar el mismo idioma castrense y al haberse formado todos en la misma cuna profesional. Se materializarían en las conversaciones de Gamonal, Burgos, donde los emisarios republicanos no conseguirían prácticamente ninguna concesión).

Mientras tanto, en Cartagena, los sublevados habían sido enérgicamente sofocados y, además, todo un barco nacional -el *Castillo de Olite*- hundido en la bocana del puerto cuando intentaba forzarlo para desembarcar tropas en apoyo de los rebeldes, demostrando los prosoviéticos a propios y ajenos que la decisión de luchar de forma numantina era más que un *slogan* (el hundimiento produjo fuertes tensiones en la cúpula militar de Franco, pues al parecer su Cuartel General, saltándose la recomendación del jefe de las Fuerzas de Bloqueo del Mediterráneo, almirante Moreno, había ido enviando buques sueltos al puerto cartagenero sin esperar a formar el convoy como este gran marino -en buena lógica de agrupación de esfuerzos- reclamaba. Esto provocó el hundimiento del desdichado buque y la muerte de más de 1.000 marineros y soldados embarcados, noticia que amargó la inminente victoria de los nacionales)⁹.

Los comunistas también se batirían duramente en las calles de Madrid durante los días siguientes, luchando contra las fuerzas de Casado, que solo lograron imponerse gracias a la decisiva intervención del IV Cuerpo de Ejército de Cipriano Mera y a la llegada de otros refuerzos que se les van uniendo. Los ácratas, al fin, lograban imponerse a sus odiados compañeros de viaje, a los que despectivamente llamaban “*chinos*”, con los que tenían muchas cuentas pasadas que ajustar... El pueblo de Madrid, famélico, no salía de su asombro al presenciar los combates en la mismísima calle de Serrano (téngase en cuenta que la sede central del Partido Comunista estaba en el número 6 de tal vía -actual confitería Mallorca-, mientras que la de los

⁹ Romero, Luis; *El final de la guerra*; Editorial Ariel, Barcelona 1976. Ver también la monumental e imprescindible obra de los hermanos Moreno de Alborán, *La guerra silenciosa y silenciada. Historia de la campaña naval durante la guerra de 1936-1939*, en cinco tomos, 1998.

anarquistas estaba en el 111), o en el paseo de la Castellana esquina calle Martínez de la Rosa (donde estaba la sede de Unión Radio); en los Nuevos Ministerios o incluso en la castiza Puerta de Alcalá (donde los comunistas montaron un último reducto: de hecho, los cañonazos que se aprecian todavía hoy en la borbónica puerta corresponden a la francesada de 1808 pero también a estos combates).

Por su lado, los soldados nacionales de la Universitaria y de la Casa de Campo contemplaban atónitos desde sus privilegiadas atalayas la lucha intestina de sus enemigos, dejándoles hacer, aunque hay que señalar que el día 8, aprovechando la ocasión, hicieron un reconocimiento ofensivo para tantear las defensas de su adversario, en una operación que acabaría en fracaso absoluto con muchas bajas, comprobando con sangre que las defensas de la capital todavía estaban sólidas y bien protegidas. Su enemigo se batía en una lucha interna pero parecía no olvidar cuál era, al final, su verdadero adversario¹⁰.

El día 12 de marzo el Consejo, victoriosas las tropas casadistas, daba por terminados los sangrientos sucesos, con un balance que el general Salas Larrazábal en su *Historia del Ejército Popular* no dudó en calificar de ‘aterador’: 233 muertos, 564 heridos y unos 15.000 prisioneros comunistas, que Casado dispuso concentrar en la zona de Alcalá de Henares (uno de los muertos era el coronel Barceló, jefe de las fuerzas comunistas contrarias a los casadistas. Sería fusilado unos días después de la revuelta)¹¹. Su obsesión ahora era concentrarse en negociar unas condiciones de paz dignas con el claro vencedor.

El coronel Casado pensaba que lo ocurrido en Menorca el mes anterior, donde la guarnición gubernamental se había rendido en una especie de paz negociada con mediación internacional incluida, podría ser extrapolado al resto del territorio todavía en poder de la República...¹² Pero Franco, a estas alturas de la guerra, no quería oír hablar de otra cosa que no fuera la rendición incondicional.

¹⁰ Calvo, Fernando: *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria*; Ediciones La Librería, Madrid, 2012. En este libro se relata la asombrosa aventura de todo un teniente coronel de Regulares del Ejército nacional pasándose a su enemigo... ¡apenas veinte días antes de terminar la guerra de forma victoriosa para su bando!

¹¹ Salas Larrazábal, Ramón; *Historia del Ejército Popular de la República*; La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.

¹² Casado, Segismundo; *Así cayó Madrid*; Guadiana, Madrid, 1968. Hay edición inglesa anterior con leves variantes. La versión española reseñada fue suavizada por el propio autor para preparar su vuelta a España, su patria de nacimiento y en la que, finalmente, moriría sin ver hecho realidad su sueño: que las autoridades le reconocieran su condición de militar y su grado.



Figura 6. Reconocimiento aéreo sobre Madrid al final de la guerra. La ciudad, que había resistido durante toda la contienda en poder del bando republicano, con una defensa tenaz, iba a caer en marzo de 1939 como fruta madura y, afortunadamente, sin un estéril baño de sangre numantino como pretendieron algunos (fuente CECAF)

EL 28 DE MARZO DE 1939 EN MADRID Y LA “OFENSIVA DE LA VICTORIA”

Tras el golpe casadista y los enfrentamientos subsiguientes, la quinta columna de Madrid, ahora sí efectiva y organizada, empezó a moverse ya a sus anchas por la ciudad, preparando el terreno para la entrada de los nacionales (famoso agente de aquellos días fue un teniente de Artillería llamado Gutiérrez Mellado, que con el tiempo sería ministro de Defensa de la UCD durante la Transición). Fue precisamente en estos informadores en los que se apoyó Casado para contactar con el Cuartel General de Franco buscando esa ansiada paz negociada y honrosa para los restos del Ejército de la República, contactos que desembocaron en las famosas conversaciones de Ga-

monal, Burgos, en la última decena del mes. Pero en realidad, Franco solo tenía ojos para la ofensiva general que estaba proyectando minuciosamente junto a su Estado Mayor, por lo que prestó escasa atención a dicho proceso, que nunca consideró seriamente. No habría condiciones: cualquier atisbo de resistencia sería barrido por su formidable máquina de guerra de forma arrolladora (se trataba de un Ejército ahído de victoria con más de 50 divisiones y una moral elevadísima, con una masa artillera de una potencia tremenda y la mejor aviación del momento, tanto en cantidad, como en calidad de aviones y formación y experiencia de sus pilotos).

Para esta ofensiva general, que pronto fue conocida popularmente como ‘Ofensiva de la Victoria’, el Ejército nacional presentaba el siguiente orden de batalla, que conviene reproducir en sus grandes líneas pues representa en realidad el estado de fuerza que este Ejército tendría al finalizar la guerra el 1 de abril de 1939:

CUARTEL GENERAL:

- Generalísimo Jefe de los Ejércitos: Francisco Franco Bahamonde.
- Jefe de EM: general Francisco Martín Moreno.
- A las órdenes de S.E.: general Juan Vigón.
- Jefe Comandancia General de Artillería: general Joaquín García Pallasar.
- Jefe Comandancia General de Ingenieros: general Salvador García de Pruneda.
- Jefe Comandancia General de Sanidad: general Melchor Camón.
- Intendente General del Ejército: general Miguel Gallego.
- Jefe Servicios de Automovilismo: coronel Joaquín Lahuerta.
- Jefe Servicios de Trasmisiones: coronel Eduardo Hernández Vidal.
- Ejército de Levante (Orgaz):
 - CE de Galicia (Aranda), con 4 divisiones.
 - CE de Castilla (Varela), con 6 divisiones.
 - CE de Aragón (Moscardó), con 3 divisiones.
 - CE de Urgel (Muñoz Grandes), con 3 divisiones.
 - Agrupación de Divisiones de Albarracín (Latorre), 2 divisiones.
 - Agrupación de Divisiones de Guadalajara (Perales), 2 divisiones.

- Ejército del Centro (Saliquet):
 - I CE o de Madrid (Espinosa de los Monteros), con 3 divisiones.
 - CE de Navarra (Solchaga), con 3 divisiones.
 - C.T.V. (Gambara), con 4 divisiones.
 - CE de Toledo (Ponte), con 4 divisiones.
 - Agrupación de Divisiones de Guadarrama-Somosierra (Serrador), con 1 división y la I Agrupación de reserva.
 - Agrupación Tajo-Guadiana (Música), con 3 divisiones.
 - 1ª División de Caballería (Monasterio).
 - II Agrupación de reserva (Pueyo).
 - Destacamento ligero (Aldecoa).
- Ejército del Sur (Queipo de Llano):
 - CE de Extremadura (Solans), con 3 divisiones.
 - CE de Córdoba (Borbón), con 3 divisiones.
 - CE de Granada (González Espinosa), con 3 divisiones.
 - CE de Andalucía (Muñoz Castellanos), con 4 divisiones.
 - CE Marroquí (Yagüe), con 3 divisiones.
 - 2ª División de Caballería (Gete).
 - 1ª y 2ª Columnas ligeras (Ecija y Álvarez de Rementería).

Tres Ejércitos, más de 15 Cuerpos o Agrupaciones y una cincuenta de Divisiones de Infantería más dos de Caballería. Todo ello secundado por las 3.244 bocas de fuego de la Artillería del general Martínez Campos; un Arma de Ingenieros con buenos materiales de fortificación, puentes y transmisiones, de gran pericia técnica y personal muy fogueado al mando de García de Pruneda; y alrededor de 650 carros de combate y vehículos de todo tipo, gran parte de ellos capturados al enemigo. La Aviación del general Kindelán sumaba ya más de 500 aparatos entre Legión Cóndor, Aviación Legionaria y las tres Brigadas Hispanas, mientras que la Flota nacional, por su parte, de la nada de julio del 36 había pasado ahora a ser dueña y señora de los mares.¹³

Esta gran ofensiva se planeó como una operación combinada de los tres Ejércitos antedichos, de forma que se iniciaría simultáneamente en el Levante, en la zona Centro y en el Sur, con una marea de soldados anegando

¹³ Ver Bande, *Los últimos cien días de la República*, en Luis de Caralt, Barcelona, 1970.

todo el territorio que quedaba en poder de la República, buscando llegar cuanto antes a los principales puertos del Mediterráneo y ciudades costeras: Valencia, Alicante (que vería unos últimos dramáticos acontecimientos de infausto recuerdo), Cartagena y Almería. Las órdenes dadas para la ocasión especificaban claramente que la ofensiva debía realizarse con la mayor celeridad posible, intentando ya evitar derramamientos inútiles de sangre, pero empleándose con dureza si se observaba aún resistencia (en realidad no hizo falta en la mayoría de los casos, dándose escenas en que las unidades republicanas se entregaban más rápidamente que lo que las nacionales podían avanzar, de forma que en algunos casos las vanguardias de los vencedores progresaban y a su zaga se iban uniendo, sin desarmar todavía, las unidades vencidas. Antes de emprender las acciones, las divisiones nacionales avisaban por equipos de megafonía al contrincante el inicio de la ofensiva, asegurando clemencia caso de no encontrar resistencia).

Como escribió Lojendio, cronista encuadrado en el Cuartel General de Franco: “Los trenes de los soldados recorrían sin interrupción las tierras de la península. Largos convoyes de divisiones motorizadas cruzaban sus rutas con su carga de hombres y material. Las fábricas militarizadas trabajaban en turnos acelerados. Los talleres de reparación devolvían renovado el viejo armamento. La Sanidad montaba nuevos hospitales. En los cuarteles generales, teléfonos y enlaces no tenían un momento de descanso. Toda la España nacional estaba agitada por el tráfago febril y apasionado de la preparación de esta ofensiva. La seguridad de que el final era inmediato, de que estaba ahí, reinaba en todos los escalones”¹⁴. De hecho, la ofensiva comenzó el 26 de marzo y ya no paró hasta el día 31. Porque la guerra, en realidad, estaba acabando por agotamiento. Esto es precisamente lo que ocurrió en su lugar más emblemático: Madrid. Como le señaló el coronel Casado a uno de sus oficiales cuando este le informaba sobre las escenas descaradas de confraternización que estaban teniendo lugar en la tierra de nadie de la Universitaria la noche del 27 al 28 de marzo de 1939, los soldados estaban haciendo la paz por su cuenta:

“Déjeles que sigan disfrutando, porque nos están dando una lección. ¿Quiere usted nada más hermoso que la paz haya empezado por abajo?”

¹⁴ Lojendio, José María: *Operaciones militares de la Guerra de España*. Montaner y Simón, Barcelona, 1940. Como curiosidad, diremos que este observador que vivió la guerra al lado de Franco recibiría su cadáver en el Valle de los Caídos en noviembre de 1975 por... haberse ordenado sacerdote tras la guerra y llegar con el tiempo a ser abad de los benedictinos.

Las fotografías y testimonios de ese día 28 de marzo de 1939 en Madrid nos hablan de una entrada no solo incruenta sino feliz de los soldados nacionales en la capital de España. Tras la rendición de la ciudad por parte del coronel don Adolfo Prada Vaquero, en un gesto que le honraba, al coronel don Eduardo Losas Camuñas (jefe de la División 16 del Ejército nacional, de guarnición en la Universitaria y Casa de Campo), la gente, simpatizante o no de los nacionales, se les echaba literalmente en los brazos, tan famélica como estaba.

Escenas pintorescas se sucedían por doquier: soldados republicanos volviendo a casa en el metro; guardias de asalto republicanos haciendo la carrera a los soldados nacionales victoriosos, que bajaban con sus mulos y sus raciones del día y sus camisas remangadas por la calle de Alcalá; quintacolumnistas organizados ahora hasta en tercios de requetés -así el Tercio de Nuestra Señora de la Almudena, por ejemplo- y banderas de Falange controlando los puntos neurálgicos en coordinación con Melchor Rodríguez, el anarquista que ha pasado justamente a la historia como el “ángel rojo” por haber detenido la carnicería de noviembre de 1936, ahora alcalde interino de la ciudad confirmado por los nacionales durante unos días por mor de la tranquilidad ciudadana...

Si bien esta transición casi pacífica, con tintes a veces cómicos si la situación global no fuera tan dramática, representaba la alegría de la Infantería, la pax del soldado de primera línea, lo cierto es que esto duró poco, pues pronto los tribunales represores se iban a enseñorear tristemente de la ciudad, comenzando una represión larga y realmente cruda. Pero aquél día de primavera fue feliz; así lo recordaba alguien no precisamente simpatizante de los vencedores:

“El 28 de Marzo del 39 me sorprendió el ruido que venía de la calle. Pasó una camioneta abarrotada de jóvenes que gritaban ¡Arriba España! y ¡Viva Franco! Pronto supe lo que sucedía. Los soldados de la República abandonaron las trincheras. La guerra no había terminado pero Madrid había abierto sus puertas al ejército nacional. El gentío había invadido las calles. Los tristes ocultaban su tristeza, la alegría parecía contagiarse de un semblante a otro. Invadían el aire los sonos de las típicas zarzuelas. También se escuchaba “volverá a reír la primavera” Y era cierto: la primavera reía. Nunca hubo una primavera como la del 39”

(Fernando Fernán-Gómez en sus memorias, *El tiempo amarillo*).

Al final, como señaló Tagüeña en el ya mencionado *Testimonio de dos guerras*, lo que había ocurrido era que “el día 29 de marzo se derrumbó verticalmente toda la zona republicana”¹⁵. Dos días más tarde, en lacónica prosa militar, Francisco Franco certificaba ese derrumbamiento al firmar el último parte de la guerra:

“En el día de hoy, cautivo y desarmado el Ejército rojo, han alcanzado las tropas nacionales sus últimos objetivos militares. LA GUERRA HA TERMINADO”.

Era el 1º de abril de 1939.



Figura 7. La fuerza aérea nacional, de la que en breve nacería el Ejército del Aire español, era al terminar la guerra sin lugar a dudas una de las más importantes de Europa, tanto por la cantidad y calidad de sus aparatos de todo tipo -caza, bombardeo, transporte- como por la experiencia de sus pilotos (en la imagen, enseña de la Escuadrilla Morato con su merecida laureada, el aspa de San Andrés y el célebre lema “Vista, suerte y al toro”. Museo del Aire, colecc. autor)

¹⁵ Tagüeña, Manuel; *Testimonio de dos guerras*; Editorial Planeta, Barcelona 2005.

PRIMAVERA DE 1939. UNA FORMIDABLE FUERZA DE COMBATE

Como síntesis, añadiremos a continuación unas tablas resumen del estado de las fuerzas armadas españolas, nacidas del Ejército nacional vencedor de la contienda, pero también nutridas con el numeroso material tomado al antiguo, valeroso y tenaz enemigo republicano. Pretendemos demostrar con ello lo dicho en la introducción: estas fuerzas constituían en su conjunto y, antes del inicio de la Segunda Guerra Mundial, unas de las más poderosas de Europa, sin duda la más poderosa maquinaria militar jamás puesta en pie en la historia de España.

Tabla 1. Despliegue Ejército de Tierra, junio 1939

Entre la finalización de la guerra y el convulso verano de 1939, el Cuartel General del Generalísimo, que había sido el supremo órgano rector de la campaña en el bando nacional, comenzó a transformarse en el Estado Mayor Central. Dicho organismo recibió una triple y delicada misión:

1. Reducir de forma paulatina los efectivos del Ejército vencedor de la conflagración (ya vimos que éstos superaban el millón de hombres, miles de bocas de fuego y centenares de carros de combate y vehículos de todo tipo).
2. Redespargar el Ejército resultante volviendo básicamente a la división en Regiones Militares tradicional en nuestro país.
3. Establecer una masa de maniobra de reserva ante las contingencias que pudieran derivarse del enrarecido ambiente internacional, que estallaría el 1º de septiembre de 1939 con la invasión alemana de Polonia y el inicio de la Segunda Guerra Mundial).

Dicho Estado Mayor Central emitió en junio de 1939 un estadillo¹⁶ de fuerzas conservado en el Archivo General Militar de Ávila que es harto curioso, pues en él vemos la mezcla del despliegue final de la contienda a base de Ejércitos y Cuerpos de Ejército (visto en un apartado anterior) con la voluntad de ir asentando las Regiones Militares. Este es el documento inédito que presentamos a continuación:

¹⁶ Seguimos copia del citado documento conservada en el archivo del difunto general de Infantería DEM don Pedro Calvo Picó.

EJÉRCITO (con indicación de general en jefe y cabecera de CG)	CUERPO DE EJÉRCITO (con indicación de general en jefe y cabecera de CG)	DIVISIONES (número o nombre seguido de apellido de general jefe o habilitado como tal)
EJÉRCITO DE LEVANTE Gral. Orgaz (CG, Valencia)	CE GALICIA Gral. Aranda (CG, Rocafort)	55 (Adrados) 58 (García Navarro) 108 (Amado Loriga)
	CE CASTILLA Gral. Varela (CG, Requena)	3 (Iruretagoyena) 57 (Izquierdo) 85 (Cuervo) 152 (Rada)
	CE ARAGÓN Gral. Moscardó (CG, Cuenca)	53 (Sueiro) 54 (Marzo)
	CE URGEL Gral. Muñoz Grandes (CG, Alcalá de Henares)	61 (Rodrigo) 150 (Siro Alonso)
	AGR. DIVs. ALBARRACÍN Gral. Latorre (CG, Teruel)	56 (Latorre)
EJÉRCITO DEL CENTRO Gral. Saliquet (CG, Madrid)	CE NAVARRA Gral. Solchaga (CG, S. Javier)	63 (Tella)
	CE MAESTRAZGO Gral. García Valiño (CG, Ciudad Real)	1 (Mizzian) 84 (Galera)
	CE I Gral. Espinosa de los Monteros (CG, Madrid)	16 (Losas) 18 (Ríos Capapé) 71 (Palenzuela)
	CE TOLEDO Gral. Ponte (CG, Villa del Prado)	11 (Bartomeu) 14 (Carroquino)
	AGR. DIVs. GUADARRAMA-SOMOSIERRA Gral. Serrador (CG, Torreldones)	20 (Caso) 72 (Valverde)
	AGR. DIVs. TAJO-GUADIANA Gral. Múgica (CG, Torrijos)	17 (Pimentel) 19 (Múgica) 107 (Santapau)
	OTRAS GUs	Ag. I Reserva Ej. Centro (Herrero) Ag. II Reserva Ej. Centro (Pueyo) 1ª Div. de Cab. (Monasterio) Col. Ligera (Aldecoa)

EJÉRCITO (con indicación de general en jefe y cabecera de CG)	CUERPO DE EJÉRCITO (con indicación de general en jefe y cabecera de CG)	DIVISIONES (número o nombre seguido de apellido de general jefe o habilitado como tal)
EJÉRCITO DEL SUR Gral. Queipo de Llano (CG, Sevilla)	CE ANDALUCÍA Gral. Muñoz Castellanos (CG, Écija)	40 (González Badia) 102 (Castejón) 112 (Baturone)
	CE EXTREMADURA Gral. Solans (CG, Villanueva de la Serena)	21 (Oliver) 24 (De la Herranz) 60 (Jiménez)
	CE GRANADA Gral. González Espinosa (CG, Granada)	32 (Tamayo) 33 (Rosaleny) 34 (Acosta)
	CE MARROQUÍ Gral. Yagüe (CG, Mérida)	12 (Asensio) 13 (Barrón)
	CE CÓRDOBA Gral. Borbón (CG, Córdoba)	22 (Erquicia) 23 (Martínez Campos) 31 (Martín Prats)
	RESERVA EJ.	122 (Redondo) 2ª Div. de Cab. (Gete)
REGIONES Y OTROS	4ª REGIÓN MILITAR	15 (García Escámez) 50 (Coco) 73 (Abriat) 75 (Los Arcos)
	5ª REGIÓN MILITAR	51 (Urrutia)
	6ª REGIÓN MILITAR	4 (Alonso Vega) 5 (Sánchez González) 52 (Cremades) 62 (Sagardía)
	7ª REGIÓN MILITAR	74 (Arias) 105 (López Bravo)
	8ª REGIÓN MILITAR	81 (Olló) 82 (Delgado Serrano) 83 (Martín Alonso)
	CTV (mandos y tropas de origen italiano ya repatriados; último jefe del cuerpo, Gral. Gambará)	Div. Flechas Azules, en Sabadell Div. Flechas Verdes, en Manresa Div. Flechas Negras, en Tarragona

Totalizan la impresionante cifra de 62 Grandes Unidades tipo División. La artillería a disposición del escalón superior era:

- 3 Bías. 65 mms.
- 4 Bías. 70 mms.
- 1 Bía. 120 mms.
- 1 Bía. O 150 mms.
- 1 Bía. M 150 mms.
- 1 Bía. O 210 mms.
- 1 Bía. 11,43 cms.
- 1 Secc. 75 Krupp.
- Agr. Lanzaminas 77 mms.
- 1 Gr. a 2 Bías. de 149/35.

Cada Ejército disponía, con alguna variación, de: 1 Gr. a 2 Bías. 100/17; 1 Gr. a 2 Bías. 105/28; 2 Grs. a 2 Bías. 155. Por su parte, la artillería de los Cuerpos de Ejército estaba repartida entre las divisiones a su cargo, normalmente a razón de 1 Gr. de 2 Bías. 75/28 y 1 Gr. de 2 Bías. O 105/11. Como se ha indicado en el texto, el total de bocas de fuego superaba de largo las 3.000 piezas, muchas de ellas de excelente calidad. También se ha indicado la importancia del número de carros de combate y vehículos, destacando entre todos los T26 y BT5 soviéticos. Manrique y Molina dan las siguientes cifras máximas de cada vehículo: 155 CV33/35 italianos, 88 Pz I A y 34, Pz I B alemanes, alrededor de 300 T26, 50 BT5 y 40 BA6 soviéticos, 64 FT-17 y de 70 a 100 Chevrolet. Sobre ellos se constituirían los regimientos de carros del futuro Ejército español¹⁷.



Figura 8. UNL 35, versátil automóvil blindado producido por la República que acabó nutriendo las unidades ligeras del Ejército español inmediatamente posterior a la guerra (Museo Medios Acorazados El Goloso, col. autor)

¹⁷ Manrique, José M. y Molina, Lucas: *Artillería y carros de combate en la Guerra Civil española*. Tikal, Madrid, 2000.



Figuar 9. Oficiales de la Legión subidos a un Pz I de origen alemán, Larache, primeros tiempos de la posguerra. Hasta la llegada del material americano en los años 50, el Ejército español aprovechó hasta el agotamiento los carros y vehículos procedentes de la guerra, bien como dotación en unidades, bien como base de los cursos de carros. (foto Archivo General Calvo Picó)

De la capacidad organizativa y de movilización del Ejército nacional da idea el número de batallones creados para alimentar las Grandes Unidades que habían combatido en este bando. Aunque este asunto daría para un estudio más exhaustivo e independiente a este que hoy presentamos, insertamos a continuación un cuadro resumen, generosa y minuciosamente preparado por el coronel don Benito Tauler del IHCM, lo que el autor agradece encarecidamente (también otras aportaciones y sugerencias realizadas por los coroneles del mismo Instituto, don Fernando Fontana y don José Romero).

BATALLONES DE INFANTERÍA

1) Unidades tipo batallón de infantería de movilización

REGIMIENTO / BATALLÓN	Nº BATALLONES MOVILIZADOS
Regimiento “Galicia”	5
Regimiento “Valladolid”	6
Regimiento “Carros de combate” n.º 2	11, todos de fusiles
Regimiento “Tenerife”	8
Regimiento “Canarias”	8
Regimiento “Palma”	21
Regimiento “Milán”	2
Regimiento “Simancas”	4
Regimiento “Oviedo”	3
Regimiento “Granada”	21
Regimiento “Pavía”	15
Regimiento “Lepanto”	14
Regimiento “Cádiz”	21, base naval
Regimiento “Castilla”	17
Regimiento “Argel”	14
Regimiento “La Victoria”	28
Regimiento “Toledo”	27
Regimiento “Burgos”	26
Regimiento “San Quintín”	32
Regimiento “San Marcial”	18
Regimiento “América”	18
Regimiento “Bailén”	18
Regimiento “Aragón”	11
Regimiento “Gerona”	16
Regimiento “Zamora”	19
Regimiento “Zaragoza”	19
Regimiento “Mérida”	26, base naval
Batallón de Montaña “Sicilia”	3-9
Batallón de Montaña “Arapiles”	7
Batallón de Montaña “Flandes”	9
Batallón de Cazadores de África “Las Navas”	8

Batallón de Cazadores de África “San Fernando”	8
Batallón de Cazadores de África “Melilla”	8
Batallón de Cazadores de África “Ceriñola”	9
Batallón de Cazadores de África “Serrallo”	9
Otros ¹⁸	>10
Suma parcial 1	>500

2) Unidades de milicia tipo batallón asignadas a grandes unidades y otros cometidos

REGIMIENTO / BATALLÓN	Nº BATALLONES MOVILIZADOS
Banderas de Falange	80
Tercios de Requetés	27
Otros ¹⁹	20
Suma parcial 2	127

3) Otras unidades tipo batallón de voluntarios

REGIMIENTO / BATALLÓN	Nº BATALLONES MOVILIZADOS
Tabores de Regulares	53
Tabores de Tiradores de Ifni	5
Tabores de Mehala	10
Banderas de la Legión	18
Suma parcial 3	86

SUMA TOTAL	713
-------------------	------------

(Como verá el lector atento, no solo por las casillas denominadas “Otros”, sino también por posibles errores, probablemente la cifra total aproximada de 713 unidades tipo batallón se quede corta. En espera del estudio exhaustivo que merecería este tema, tanto el coronel Benito Tauler como el autor hemos optado por la cifra más cauta²⁰).

¹⁸ Batallones de Ametralladoras (todos ellos procedentes del Bon. de Plasencia), batallones de Orden Público (guarnición), Grupos de Escuadrones pie a tierra y los Batallones de Carros.

¹⁹ 14 Banderas de Falange de 1ª línea no asignadas a GUs, un batallón de Zapadores y otro de trabajadores, 4 escuadrones y 23 centurias independientes. Cuatro tercios de Requeté de 1ª línea no asignados a GUs, un escuadrón y 23 centurias independientes.

²⁰ Casas de la Vega: *Las Milicias Nacionales*; Becerra, Emilio: *Historia de las Fuerzas Armadas*; Alonso Baquer: *Historia de la Infantería española*; SHM: *Heráldica e Histo-*

Tabla 2. Armada²¹

Pocas veces en la historia de la guerra naval un jefe ha sacado tanto partido a tan exiguos medios de partida. Ese jefe fue en la Flota nacional el almirante don Francisco Moreno y Fernández -dos veces MMI- y los exiguos medios iniciales un acorazado arrumbado, un crucero, un destructor y un puñado de cañoneros y guardacostas. Una exigua escuadra que habría de enfrentarse a la muy superior en poder republicano, cubrir el tráfico mercante propio, atacar el contrario, apoyar en la medida de lo posible las acciones terrestres y bloquear la costa enemiga.

Lo haría este Nelson español con mucha inteligencia, una osadía propia de los mejores almirantes de la historia y acopiando poco a poco recursos de todo tipo: bous armados, cruceros auxiliares, unidades que iban saliendo de los astilleros y, por decir toda la verdad, con el apoyo de la Marina italiana, especialmente en la guerra submarina.

Al término de la contienda, esta era la lista de revista de los principales buques de la Armada española. Su principal activo era la calidad de su oficialidad y la impagable experiencia en combate, si bien los navíos quedaron pronto muy superados por los de las armadas que iban a enfrentarse en los siete mares durante la Segunda Guerra Mundial, las más grandes escuadras jamás vistas.

CUARTEL GENERAL:

- Almirante Jefe de EM de la Armada: almirante Juan Cervera Valderrama.
- Segundo Jefe: contraalmirante Salvador Moreno.
- Cte. Gral. Dept. El Ferrol: vicealmirante José María Gámez Fossi.
- Cte. Gral. Dept. Cádiz: vicealmirante Francisco Basterreche.
- Almirante Jefe Litoral de Levante: contraalmirante Ramón Agacino.
- Cte. Gral. Escuadra y Bases de Baleares: vicealmirante Manuel Moreu.

riales del Ejército español).

²¹ Seguimos aquí a los hermanos Moreno, op. cit.

I. DIVISIÓN DE CRUCEROS²².

Vicealmirante Manuel Moreu:

- Canarias.
- A. Cervera.
- Navarra.

(A los que pronto se unirían los cruceros republicanos internados en Bizerta antes del término de las hostilidades, a saber, Cervantes, Galicia -ex Libertad- y Méndez Núñez). Suman 6 cruceros.

II. FLOTILLA DE DESTRUCTORES.

Capitán de Navío Arturo Génova:

- Císcar (incorporado en febrero de 1939).
- Ceuta.
- Velasco.
- Huesca.
- Melilla.
- Teruel.

(Más los republicanos capturados al fin de la contienda o llegados también de Bizerta: Alsedo, Lazaga, Sánchez Barcaiztegui, Lepanto, Churruca, Alcalá Galiano, Almirante Antequera, Gravina, Jorge Juan, Almirante Valdés, Almirante Miranda, Escaño y Ulloa). Totalizan 19 unidades.

III. OTROS BUQUES

1) Minadores:

- Júpiter.
- Neptuno.
- Vulcano.
- Marte.

2) Cañoneros:

- Canalejas.
- Lauria.
- Cánovas.
- Calvo Sotelo.
- Dato.
- Laya (capturado en Valencia).

3) Minadores:

- Eólo.
- Tritón.

Totalizan 12 buques menores.

²² Recuérdese que los dos acorazados previos a la guerra habían resultado hundidos a lo largo de las operaciones, el JAIME I bajo la enseña tricolor y el ESPAÑA con la bicolor, por lo que el 'capital ship' de la nueva Armada española sería el crucero, especialmente el excelente CANARIAS, en que tantas veces izó su insignia el almirante jefe de la Flota nacional, el mencionado almirante Moreno, que se enseñoreó de los mares bloqueando las costa enemiga y encabezando las acciones de guerra al corso tanto en el Atlántico como en el Mediterráneo.

IV. SUBMARINOS²³:

- General Sanjurjo.
- General Mola.
- C1 (capturado en Barcelona).
- C2 (llegado de Bizerta).
- C4 (llegado de Bizerta).

Suman 5 sumergibles aptos para el servicio.

(No se incluyen en la relación otros navíos, como torpederos, guardacostas o buques auxiliares, por más que éstos últimos prestaran un impagable servicio a la Flota Nacional, como el MAR CANTÁBRICO o el MAR NEGRO, en que izó su insignia Franco en la revista naval de Tarragona de febrero de 1939).

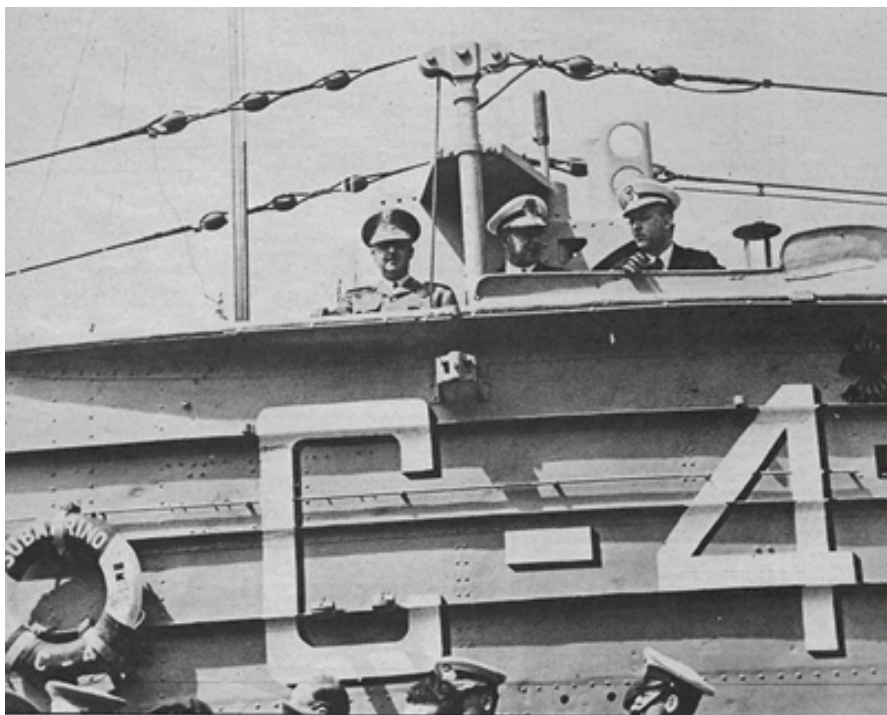


Figura 10. Rara foto del general Franco en un sumergible. Se trata del C4 y corresponde a la revista naval de Tarragona, febrero de 1939 (col. autor)

²³ Los submarinos de la clase B –todos en manos gubernamentales al inicio de la guerra- sufrieron una auténtica maldición durante las operaciones al ser hundidos o quedar inservibles para su funcionamiento. Misma suerte correrían los C3, C5 y C6.

Tabla 3. Aviación

Dos de los máximos expertos en historia de la guerra aérea española, Rafael Permy y Lucas Molina, totalizan en casi 1.600 aparatos los recibidos por los nacionales (756 de Alemania, 766 de Italia, resto de otros países) y en alrededor de 1.500 por los republicanos (1.061 de la URSS, 249 de Francia y Reino Unido, resto de otros). Estas dos cifras sumadas a las de aviones disponibles en el servicio de Aviación y en la Aeronáutica Naval previos a la guerra y los de fabricación propia en ambos bandos elevan la cifra a un total largo de más de 3.000 aparatos de todo tipo los empleados durante la contienda.

Aunque en historia militar toda comparación es delicada, la poderosa Luftwaffe alemana comenzó la campaña de Polonia con 1.500 aparatos, aproximadamente, lo que da idea de la enormidad e importancia del combate aéreo en los cielos de nuestra patria durante el periodo comprendido entre 1936 y 1939.

La calidad de los aparatos disponibles era excelente, con cazas como el Me 109 de origen alemán, los bombarderos He 111 de igual nacionalidad así como ese todo terreno que fue el Ju 52 y que tan buenos servicios prestó hasta bien avanzada la posguerra. También los cazas Polikarpov I-16 y los bombarderos katiuskas Tupolev SB-2 soviéticos. Más de 600 aeródromos construidos en ambos bandos poblaban la geografía española al finalizar el conflicto, lo que nos habla de la capacidad de despliegue de ambos bandos y del esfuerzo realizado para que sus aviaciones respectivas pudieran abarcar todos los frentes y lugares de la geografía española para sus acciones. Se había realizado el primer puente aéreo de la historia, ensayado bombardeos de poblaciones civiles -en ambos bandos-, perfeccionado las tácticas de combate entre cazas y, sobre todo, había sido puesta en práctica la coordinación aero-terrestre y aeronaval con óptimos resultados.

Al terminar la guerra, el General Jefe de la Aviación nacional era don Alfredo Kindelán Duany y como Jefe de EM Luis Moreno. Contaba con tres brigadas hispanas (al mando de los coroneles Gallarza, Orleans y Sáenz de Buruaga), más cuatro grupos independientes, la Legión Cóndor y la Aviación Legionaria.

En famosa parada aérea celebrada en mayo de 1939 en Barajas se reunieron como homenaje a esta imponente fuerza aérea 450 aparatos de todo tipo.

En el mes de julio de 1939, en consonancia con los cambios que se estaban produciendo en el Ejército de Tierra vistos arriba, se crea el embrión del Ejército del Aire, delimitándose las regiones y zonas aéreas que este tendrá en el futuro inmediato:

- Cinco Regiones Aéreas:
 - Central.
 - Estrecho.
 - Levante.
 - Pirenaica.
 - Atlántica.
- Tres Zonas Aéreas autónomas:
 - Canarias.
 - Baleares.
 - Marruecos.



Figura 11. Parada aérea de Barajas: sin duda, una de las mejores fuerzas aéreas de combate del momento antes del inicio de la nueva contienda mundial (foto general Salas)



Figura 12. Como colofón a este ensayo, no nos resistimos a incluir esta interesante fotografía: se trata de la visita que el famoso general norteamericano Patton giró a La Legión poco después del desembarco aliado en el Norte de África mediada la Segunda Guerra Mundial. Al parecer, el general quería saber a qué Infantería se iba a enfrentar si su mando decidía atacar España. La foto pertenece a la colección del propio Patton, gran aficionado a la fotografía. Todo un símbolo de respeto a este Ejército español poderoso que hemos querido glosar en el estudio

BIBLIOGRAFÍA

- AA.VV.: *Aviación en la Guerra Civil española*. Susaeta, Madrid, 2000.
- CASADO, Segismundo: *Así cayó Madrid*. Guadiana, Madrid, 1968.
- CALVO, Fernando: *La Guerra Civil en la Ciudad Universitaria*. Ediciones La Librería, Madrid, 2012.
- : *Guerra Civil española. Los libros que nos la contaron (LA ANTORCHA)*. Almuzara, Córdoba, 2017.
- CIERVA, Ricardo de la: *1939; agonía y victoria*. Editorial Planeta, Barcelona, 1989.
- CODEX: *Crónica de la guerra española, no apta para irreconciliables*. Equipo Codex, Buenos Aires, 1960.
- ENGEL, Carlos: *Historia de las divisiones del Ejército nacional, 1936-1939*. Almena, Madrid, 2000.
- LERA, Ángel María de: *Las últimas banderas*. Editorial Planeta, Barcelona, 1967.
- MANRIQUE GARCÍA, José María y MOLINA FRANCO, Lucas: *Las armas de la guerra civil española*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- MARTÍNEZ BANDE, José Manuel: *El final de la guerra civil*. Editorial San Martín, Madrid, 1985.
- : *La ofensiva de Cataluña*. Editorial San Martín, Madrid, 1984.
- MERA, Cipriano: *Guerra, exilio y cárcel de un anarcosindicalista*. Ruedo ibérico, París, 1976.
- MODESTO, Juan: *Soy del Quinto Regimiento*. Ediciones Ebro, París, 1969.
- MORENO, almirante: *La guerra en el mar*. AHR, Barcelona, 1959.
- RIDRUEJO, Dionisio: *Casi unas memorias*. Península, Barcelona, 2007.
- ROJO, Vicente: *¡Alerta los pueblos! Estudio político-militar del período final de la guerra española*. Planeta, Barcelona, 2005.
- ROMERO, Luis: *El final de la guerra*. Editorial Ariel, Barcelona 1976.
- SALAS LARRAZÁBAL, hermanos: *Historia general de la Guerra de España*. RIALP, Madrid, 1990.
- SALAS LARRAZÁBAL, Jesús: *La guerra de España desde el aire*. Ariel, Barcelona 1969.
- SALAS LARRAZÁBAL, Ramón: *Historia del Ejército Popular de la República*. La Esfera de los Libros, Madrid, 2006.
- : *Los datos exactos de la Guerra Civil*. Rioduero, Madrid, 1980.
- TAGÜEÑA, Manuel: *Testimonio de dos guerras*. Editorial Planeta, Barcelona, 2005.

Recibido: 14/05/2018

Aceptado: 12/12/2018

MUJERES Y EJÉRCITO EN TIEMPOS DE NAPOLEÓN

Margarita CIFUENTES CUENCAS¹

RESUMEN

Que el Ejército ha sido una institución tradicionalmente masculina es una cosa cierta y sabida². Lo que no es tan conocido es que, bien en la retaguardia, bien en primera línea de combate, las mujeres, en tiempos de Napoleón, tuvieron un papel nada desdeñable, que, por no ser conocido, no fue menos importante.

En el presente trabajo, limitado exclusivamente a la época napoleónica, analizaremos, en primer lugar, el papel de las mujeres que, de forma más o menos institucional, seguían a los ejércitos, prestando un servicio a las tropas: costureras, lavanderas y cantineras³. Con su dedicación y buen hacer, hicieron posible el funcionamiento, en el día a día, de las “cosas de la guerra” y de los ejércitos durante las campañas. Ellas eran las encargadas de la reparación y lavado de la ropa y enseres, de la venta de bebidas alcohóli-

¹ Doctora en Historia por la Universidad Rey Juan Carlos. Investigadora de la Fundación Napoleón de París. margarita.cifuentes@urjc.es

² La incorporación de pleno derecho de la mujer a las Fuerzas Armadas es un hecho relativamente reciente, variando de unos países a otros.

³ Aparte de ellas se encontraban, claro está, y de forma muy numerosa, las prostitutas y demás mujeres de “mal vivir” (como se decía en la época) que, por no presentar especialidad alguna con respecto a otras épocas, no serán objeto de estudio.

cas, de la preparación de las comidas... Y tuvieron un papel muy importante como soporte moral del soldado, del que eran compañeras y confidentes, constituyendo una fuente de “ánimo permanente”, compartiendo con ellos su misma suerte y los sinsabores e ingratitudes de la vida en campaña.

La función de la mujer en los ejércitos no solo se limitó a esos papeles. En ocasiones, algunas mujeres usurparon la personalidad de varones, y escondidas bajo vestimentas masculinas, se mantuvieron ocultas y alejadas de miradas indiscretas; y de ese modo sirvieron bajo banderas e hicieron de la de soldado su oficio y su forma de vida, y pelearon como uno más de sus compañeros, alcanzando, en algunas ocasiones, incluso reconocimientos y honores.

Después abordaremos el papel de las esposas, barraganas y concubinas. Lo habitual era que la mujer se quedara al cuidado de la casa y de los hijos mientras su marido o compañero se marchaba a la guerra. Triste suerte, pero heroica, la de estas mujeres que optaron por quedarse solas, al frente de casas y haciendas, con el fin de conservar y proteger la familia y el hogar. A pesar de estar lejos de los campos de batalla, su vida fue, salvo escasas excepciones, una vida difícil, llena de soledad, penuria y miseria.

Pero también hubo esposas, barraganas y concubinas que no se quedaron en la retaguardia guardando sus hogares, sino que, ante la marcha de su marido o compañero, optaron por hacer el equipaje, coger a sus hijos, y con sus escasas pertenencias ir tras sus pasos, y seguir a los ejércitos. Su amor y fidelidad hizo que viajaran por toda Europa, cruzando países y fronteras, allá donde la suerte les llevase. Incluso, en tiempos difíciles, cuando sonaban los tambores anunciando batalla o eran hechos prisioneros y conducidos a un depósito de internamiento, allí estaban ellas, siempre al lado del soldado. Mujeres españolas, francesas, inglesas, portuguesas... Mujeres de todos los países y nacionalidades. Pero siempre mujeres extraordinarias, criaturas excepcionales que fueron parte de una raza de féminas singulares, de coraje extraordinario y valor infinito.

PALABRAS CLAVE: Ejército, mujeres, Napoleón, marqués de La Romana, costureras, lavanderas, cantineras, esposas, concubinas, soldados.

ABSTRACT

It is very well known that the military is, and has been, a predominantly male institution. What is not so well known is that, either at the rear, or on the front line, women in Napoleon's time, played a relevant role.

The present article, limited exclusively to the Napoleonic period, will firstly analyze the role of women who, in a more or less institutionalized way, followed the armies, providing some kind of service to the troops: seamstresses, laundresses and bartenders . It was thanks to their work that the proper functioning of military camps was made possible on a daily basis. They were in charge of mending and washing clothes and belongings, selling alcoholic beverages, preparing meals... And they played a very important role as moral support for the soldiers, to whom they acted as companions and confidants, constituting a source of “permanent encouragement”, sharing with them both their fates and the deprivations of life during campaigns.

The role of women in armies was not limited to the above-mentioned. Occasionally, some women pretended to be men, and hid under male garments keeping themselves invisible and away from prying eyes; and so they served under flags, fought and made soldiering their profession and life calling, sometimes even achieving recognition and honors.

The role of wives and concubines will also be addressed in this article. It was customary for women to remain in charge of the house and the children while their husbands or partners went off to war. A sad, but heroic fate for these women who stayed behind and alone, in charge of houses and farms, in order to preserve and protect their families and homes. Despite being far from the battlefields, their lives were, with few exceptions, very tough as well as full of loneliness and misery.

But there were also wives and concubines who did not stay behind guarding their homes and who, when faced with the departure of their husbands or partners, chose to pack up, take their children, and their few belongings and follow their footsteps and the armies. This decision made them travel across the whole Europe, crossing countries and borders, wherever luck would take them. Even under difficult times, when the drums announced battle or they were imprisoned and led to Prisoners’ depots, women were there, always at the side of the soldiers. Spanish, French, English, Portuguese women... Women of all countries and nationalities. But always extraordinary women, exceptional creatures who were part of a race of singular women, of outstanding courage and infinite bravery.

KEY WORDS: Army, women, Napoleón, marquis de La Romana, seamstresses, laundresses, bartenders, wives, concubines, soldiers.

* * * * *

CUANDO LAS MUJERES IBAN A LA GUERRA

El jueves, 5 de noviembre de 1812, la mujer del barbero de una compañía de granaderos de la Guardia de Napoleón, durante el alto del descanso obligado del Ejército en el vivaque, a una hora indeterminada del atardecer, comenzó a encontrarse seriamente indispuesta. No se trataba de una enfermedad, sino de algo más natural, aunque igualmente inapropiado por las terribles circunstancias del momento. Mientras que la nieve caía en forma de grandes copos, y con una temperatura inferior a 20 grados bajo cero, que había convertido la estepa rusa en una inmensa nevera, aquella mujer daba a luz un rollizo niño. ¡Un milagro! Un inesperado resplandor de vida surgida en medio de la muerte blanca.

En esas difíciles circunstancias, el coronel Bedel, que mandaba el Regimiento, hizo todo lo posible para contribuir al bienestar de la mujer, prestando su capote para cubrirla. Esa misma noche, los soldados de guardia mataron un gran oso blanco que al instante sirvió de comida al batallón.

Después de haber pasado una noche de lo más penosa a causa del intenso frío, la larga columna se puso de nuevo en marcha. El coronel prestó su caballo a la señora Dubois, que sostenía al recién nacido entre sus brazos, envuelto en una piel de mouton, en tanto que ella se resguardaba al abrigo de un par de capotes que habían pertenecido a dos hombres de la compañía, muertos durante la noche⁴.

Aquel día, 6 de noviembre de 1812, había una niebla densa que no permitía ver nada, y un frío de 25 grados bajo cero que hacía que los labios se pegasen y el cerebro se helase. Parecía que marchaban en medio de una atmósfera congelada. La nieve no había dejado de caer durante todo el día, en forma de grandes copos, y azotaba los cuerpos mediante violentas ráfagas de viento. No solo era imposible ver el cielo, sino incluso a los propios compañeros que caminaban justo delante⁵.

Sin embargo, aquel resplandor inesperado de vida surgida como un milagro durante la noche, se apagará algunos días después, durante un alto en el camino por el que avanzaban penosamente, atravesando la inmensidad de ese paraje helado que debía conducirlos hacia la frontera salvadora. Cuando en un momento dado la madre retire al niño de su cuerpo para atenderle, descubrirá con horror que el bebé que sostenía entre sus brazos estaba muerto, y, en un instante, congelado por el frío.

⁴ BOURGOGNE, Sargent: *Mémoires du sargent Bourgogne*. Edit Arléa, París, 1992, pág. 67.

⁵ *Ibidem*, 68.

Cada uno de los allí presentes trató de consolar lo mejor que pudo a la pobre mujer, en tanto que un soldado, discretamente, hacía entrega del cadáver del pequeño a uno de sus camaradas. Este se alejó apenas unos pasos junto con el padre. Con la ayuda del hacha, y venciendo la dureza del terreno, el soldado cavó un pequeño hueco en el suelo, apenas una rectangular sombra en la blancura de la superficie, mientras que el padre, de rodillas, sostenía al niño entre sus brazos. Terminada la sepultura, el padre inhumó al pequeño, depositándolo en la improvisada tumba, que inmediatamente se cerró recubierta por la arena y, al poco, por la nieve, que no dejaba de caer. Y entonces todo concluyó. Así, al menos, lo anotó en sus memorias el sargento Bourgogne, uno de los testigos del suceso⁶.

En el otoño de 1812 una larga columna humana de varios kilómetros de longitud se arrastraba penosamente por la estepa rusa en dirección a la frontera salvadora, una caravana tan inmensa que se alargaba hasta el infinito. Eran los restos de la Grande Armée de Napoléon, de aquellos más de 500.000 soldados que el 24 de junio pasado habían atravesado triunfantes el río Niemen, dispuestos a doblegar al zar Alejandro.



La retirada de Napoleón de Moscú. Adolph Northen

⁶ DAMMAME, Jean Claude: *Les soldats de la Grande Armée*. Ed. Perrin, París, 2002, pág. 306.

Las enfermedades, el hambre, el calor de los primeros meses, el frío extremo posterior, así como las escaramuzas constantes con los enemigos y los imponderables de una campaña sin igual y diferente a todo cuanto Napoleón Bonaparte había conocido hasta el momento, habían ido menguando aquel formidable Ejército, dejándolo reducido, en apenas cuatro meses, a poco más de un tercio de lo que había sido.

Aquella tropa abigarrada, descompuesta y sucia, hacía días que había dejado atrás la seguridad de Moscú, y formaba una larga columna que parecía no tener fin, que se deslizaba lentamente por la estepa, siguiendo las sinuosidades del terreno. Penosamente trazaba un camino de muerte y desolación, buscando la manera de salir del infierno ruso, mientras se aproximaba al temido río Berezina.

El discurrir por la inmensidad desierta y helada era lento. Los hombres se movían despacio, como sombras, sorteando el frío, el hambre y la nieve que todo lo cubría. Cada uno marchaba aislado en su miseria, ignorando al vecino. Únicamente los juramentos y maldiciones al cielo que, de cuando en cuando, se podían escuchar, daban testimonio de que se trataba de soldados, de hombres de carne y hueso, y no de fantasmas. Pero no solo se escuchaban las voces de soldados. En medio del sordo vocerío se distinguían también voces femeninas. Y es que, en medio de la larga columna de muerte, había también mujeres, y con ellas algunos niños, que con estoica resignación soportaban los sufrimientos de tan terrible marcha, compartiendo, como un soldado más, la suerte de sus compañeros de infortunio.



La retirada de Moscú. Laslett John Pott (1873)

LAVANDERAS, COSTURERAS, CANTINERAS (“VIVANDIÈRES”)

Cantineras, lavanderas y costureras jugaban un importantísimo papel en la vida cotidiana de los soldados del Primer Imperio, tanto en los períodos de paz, como en la guerra. Tanto es así que en numerosas ocasiones se intentó regular mediante leyes su presencia en los ejércitos. Así, un Decreto promulgado en Francia en el año VIII determinaba con precisión el número de mujeres que debían estar asociadas, tanto al lavado de las ropas y uniformes, como a la venta de víveres y bebidas en los distintos cuerpos armados, imponiendo a estas una serie de reglas muy estrictas de vida y conducta⁷.

Las reglamentaciones al uso eran un modelo de rigidez y severidad con el que se ordenaba cada uno de los aspectos de la vida cotidiana de aquellas mujeres. Tanto es así, que incluso se fijaban los precios y tarifas de sus productos, y sus servicios eran vigilados minuciosamente con el fin de evitar cualquier tipo de subida inesperada de precios, lo que hubiera ocasionado alguna inflación que hubiera podido ser enormemente perjudicial para los intereses de los militares en campaña.

En ciertos cuerpos de ejército, los vehículos en los que se desplazaban las cantineras debían llevar una placa identificativa hecha en hierro blanco, en donde debía figurar inscrito el nombre, su condición y la patente. En el Ejército de Alemania, durante la campaña de Austria de 1809, las placas eran concedidas por el preboste. En el Ejército de España, Junot, el 17 de junio de 1807, se vio obligado a publicar unas Ordenanzas reglamentando el número y las características de las cantineras y lavanderas, autorizando la presencia de dos cantineras por batallón, que recibirían el correspondiente certificado de patente con la autorización escrita⁸. Cuando los ejércitos se desplazaban, estas mujeres marchaban con la tropa justo por delante de la retaguardia. No tenían permiso para cambiar de regimiento o pasar de un campo a otro. Los permisos y derechos de cantineras y lavanderas eran muy reducidos. Habrá que esperar a los últimos años del Imperio, es decir hacia 1810, para que un Decreto les permita poder ser admitidas en los hospitales en caso de enfermedad o heridas.

⁷ El Decreto del 7 thermidor del año VIII (26 de julio de 1800) preveía en su artículo XIII que el número de mujeres que podía acompañar a cada batallón, en ningún caso y bajo pretexto alguno podía superar el de cuatro; y dos en el caso de escuadrón de Caballería. El número de *vivandières* y lavanderas que seguían al cuartel general del ejército y a los cuarteles generales de división no podían en ningún caso superar el de los cuerpos que componían dicho ejército.

⁸ Los Archivos de la Guerra de Vicennes no conservan más que una única patente de *vivandière*, impresa en papel azul, registrada con el número 462, y fechada el 29 de septiembre de 1809. En ella se autorizaba a François Blanchard a seguir al 2º batallón del 79 Regimiento de Línea en calidad de *vivandière*. En la parte izquierda del documento figura su firma. S.H.A.T. Xs 12.



**La lavandera. Jean Henri Marlet y Charles Philibert de Lasteyrie,
París, Museo del Ejército**

En los primeros tiempos, la cantinera solía ser la esposa del cantinero. Este hombre era un comerciante de comestibles que seguía a los ejércitos, y que con frecuencia terminaba por establecerse en las plazas principales de los países conquistados, con autorización del comandante de la gendarmería. Su mujer le ayudaba en sus actividades comerciales, pero también se encargaba, mediante el pago de un dinero ajustado y previamente convenido, de preparar la comida de los suboficiales⁹.

Las lavanderas tenían como misión el lavado de las camisas, calzoncillos, pañuelos, medias y guantes de los soldados. Por lo general solía haber una asignada al cuartel general del ejército o del cuerpo de ejército, pero además había dos por cada batallón y una por cada escuadrón. Su presencia era consignada y aprobada por el comandante de la gendarmería, y obligatoriamente debían llevar consigo una placa identificativa con un número en la que se indicaba su profesión¹⁰.

⁹ PIGEARD, Alain: *L'Armée Napoléonienne. Organisation et vie quotidienne*. Edit. Tallandier, París, 2000, pág. 355.

¹⁰ *Ibidem*, pág. 356.

En la Francia revolucionaria, la Convención aprobó el “Decret por congédier des armeés les femmes inútiles” (Decreto para librar a los ejércitos de las mujeres inútiles) de 30 de abril de 1793, que reducía la presencia femenina por batallón a cuatro “blanchisseuses” o lavanderas y un número indeterminado de “vivandières” o abastecedoras autorizadas a vender comida y bebida a la tropa. Deberían tener un documento de autorización firmada por el jefe del cuerpo, revisada por el comisario de guerra, y llevar una señal distintiva, expulsando a todas las demás. Hacia 1804 ambos términos, “blanchisseuses” y “vivandières”, serán desplazados por el de “cantinière” o cantinera, centrada en la segunda función.

Lavanderas y cantineras seguirán a los ejércitos en todas las campañas del Imperio mientras cruzaban el Viejo Continente de lado a lado. En aquel tiempo, esas mujeres de excepcional carácter y fortaleza, hicieron prueba de un sorprendente vigor físico. Conocieron los mismos sufrimientos que los soldados, avanzando con ellos bajo la lluvia, la nieve o el calor, y se convirtieron en su constante apoyo y compañía. Incluso en ocasiones actuaron frente a las penalidades con mayor resignación. Como dejó escrito el sargento Bourgogne:

“He visto mujeres soportar con un coraje admirable todas las penas y las privaciones a las que se hallaban sujetas, y era una vergüenza y una afrenta para muchos hombres que no sabían soportar la adversidad con el mismo coraje y resignación”¹¹.

Se pueden contar por centenares los militares que recogieron en sus memorias recuerdos agradecidos a la oscura, pero importantísima, labor de estas mujeres, que demostraron un excepcional coraje psíquico a la hora de ayudar a sus compañeros soldados. Por todas esas acciones, y otras muchas más, algunas fueron condecoradas, pero, sobre todo, recibieron el reconocimiento por siempre de los soldados imperiales¹².

La vida de las *vivandières*, que es como se las conocía, por lo general era sacrificada y bastante dura. Muchas de ellas, por no decir la mayoría, habían terminado en esa actividad, y con tan “particular” modo de vida, por seguir los pasos de algún que otro soldado del que habían caído “enamorisadas”. Después, por cuestión de supervivencia, se habían iniciado en el trapicheo y comercio en pequeñas cantidades de ciertos productos alimenticios o de alcohol, que ellas transportaban en algún caballo comprado a cualquier

¹¹ Citado por DAMMAME, Jean Claude: op. cit., pág. 305.

¹² FACON, Patrick; GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: *Au Coeur de la Grande Armée. La Glorieuse épopée de Napoléon*. Edit. Atlas, Evreux, 2004, pág. 37-39.

soldado¹³. Más adelante, y si podían permitírselo, lo harían en algún furgón más o menos abandonado¹⁴.

Muchas de ellas se convirtieron en mujeres y esposas de los soldados, y era un hecho frecuente que, muerto este, contrajeran en poco tiempo un nuevo matrimonio con algún compañero de armas sin que el tema del luto fuera un obstáculo, saltándose para ello cualquier tipo de norma social. Si se terciaba, el nuevo casamiento se podía llevar a cabo incluso a las pocas semanas y durante una misma expedición guerrera¹⁵.

¹³ Antes de poder adquirir el animal, habitualmente acompañaban a los arrieros contratados por la intendencia napoleónica para el transporte de alimentos, enseres y armamento. El transporte de los bagajes y útiles de guerra, además de los alimentos, fue uno de los grandes problemas del Ejército napoleónico. Napoleón, que permanentemente tenía ante sus ojos el ejemplo romano, no conseguía solucionar de forma satisfactoria el problema del transporte de la impedimenta. Para ello recurrió a varias fórmulas. Al comienzo del Imperio, el servicio de transporte había sido confiado a un adjudicatario, la compañía Breidt, pero esta constantemente ocasionaba problemas. En opinión del Emperador trabajaba muy mal: “*Es un desastre. Tardan 14 días en hacer una ruta de cinco días*”, una ruta que por entonces se hacía fundamentalmente en carros requisados con sus atelajes y conducidos por sus propietarios (LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 65). En 1807, tuvo la idea de crear los denominados “batallones de equipajes” aunque su implantación fue muy lenta y progresiva, y además, tampoco funcionaron todo lo bien que a él le hubiera gustado. Así pues, y en tanto se iban implantando esos batallones de equipajes, para resolver el problema del transporte, y habida cuenta de que los coches reglamentarios eran raros, especialmente en la Infantería, se continuó con la vieja fórmula por la que el transporte de los bagajes se hacía mayoritariamente con los carros requisados, con sus respectivos atelajes, y conducidos por sus propietarios, que en muchas ocasiones iban acompañados de sus mujeres y familia. Esos vehículos avanzaban en pos de los ejércitos muy lentamente, transportando su cargamento durante un número determinado de leguas, y a cambio recibían una modesta indemnización que apenas alcanzaba para su alimentación. Realizado el servicio, debían regresar a su lugar de origen. BALDET, Marcel: op. cit., pág. 138.

¹⁴ El capitán Blaze cuenta en sus memorias que la mayoría comenzaba en ese trabajo siguiendo a un soldado que les había inspirado sentimientos tiernos. Se las veía caminar a pie con un barril de “Eau de vie” colgado a un lado del pecho. Ocho días después ya estaban acomodadas en la grupa de algún caballo encontrado. El mes no acababa sin que se hiciesen con un par de caballos y un furgón lleno de provisiones de todo tipo para vender. BLAZE, E. capitaine: *Souvenirs de un officier de la Grande-Armée. La vie militaire sous le Premier Empire*. Fayard, editeur, Paris, 1904, pág. 46.

¹⁵ La historia de Marie puede ser la historia típica de miles de cantineras de la época. Marie, nacida en Namur, se casó con un maestro de armas, que resultó ser un pésimo sujeto. Ella se dedicó con devoción a los soldados de la compañía de su marido, cuidando a los heridos, algo que podía hacer sin dificultades añadidas, ya que su esposo no era nada celoso. En 1811, en Almeida, frontera de Portugal, su marido, gran saqueador y merodeador, robó un reloj que valía 20 francos, y su general, enterado del hecho, lo mandó fusilar. Viuda, la cantinera se volvió a casar nuevamente a los dos meses. Como se había casado con un suboficial de la Joven Guardia, le acompañó por toda Europa, y con él estuvo en la campaña de Rusia, y durante la terrible retirada perdió todo cuanto tenía: lingotes, caballos, pieles... y también a su propio esposo. Durante un tiempo se perdió la pista de la joven Marie, y el 2 de mayo de 1813, en la batalla de Lutzen, se la pudo ver de nuevo. Ese día fue herida en la mano derecha. Posteriormente reapareció,



Reproducción del carronato de M. Flambarg. 28 Rgto. de Línea

Avanzaban con ellos, y sobrevivían en campamentos y vivaques levantados, las más de las veces, en algún país lejano. Algunas eran dulces, caritativas y piadosas, como la célebre Catherine Baland, del 95 de Línea, que en el combate de Chiclana, uno de los más mortíferos de la guerra de España, recorrió infatigable durante toda la batalla cada una de las filas, ajena a la lluvia de balas y metralla, llevando a los soldados algo de beber para reanimarlos, mientras que amablemente les repetía: “*toma, bebe mi bravo soldado, ya me pagarás mañana*”¹⁶.



**Napoleón cruzando el Berézina. January Suchodolski (1866).
Museo Nacional de Poznan**

una vez más, en Francia durante los Cien Días. Prisionera en Waterloo por los ingleses, como Marie tenía nacionalidad belga, fue liberada y regresó en plenitud de derechos al reino de Holanda. Condecorada con la Legión de Honor, vivía en Namour, felizmente retirada bajo el reinado de Luis Felipe. LUCAS-DUBRETÓN, J.: *Soldats de Napoléon*. Edit, Tallandier, Paris, 1977, pág. 233.

¹⁶ Catherine fue premiada en 1813 con la Cruz de la Legión de Honor. LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 233.

Había otras que no eran tan dulces ni entregadas, sino, por el contrario, hoscas de carácter, recelosas en su trabajo y usureras por naturaleza. Para estas, el dinero adquirido o robado por los soldados era su meta, y lo transportaban en sus carretas junto a la totalidad de sus posesiones. Esas mujeres se mostraban insensibles a la penuria de sus compañeros, y vendían el vaso de ginebra a 20 francos, llegada la ocasión. Aunque, por lo general, este tipo de mujeres no era el más numeroso.

El capitán Blaze cuenta en sus memorias que las cantineras, además de amigas, eran también con frecuencia cómplices de los soldados saqueadores y de los merodeadores del ejército, ya que los ayudaban a esconder en sus vehículos y carromatos el fruto de sus rapiñas. En caso de ser descubiertas en esa u otra falta grave se les aplicaba como castigo el mismo que a las chicas de “mala vida”. En tal caso, “*se les rapaba los cabellos y eran obligadas a desfilar desnudas a lomos de un asno frente a todo el regimiento*”¹⁷. Lo cierto es que las *vivandières*, por lo general, permanecieron en el imaginario colectivo popular de los soldados como verdaderos ejemplos de humanidad, y así lo recogen la mayoría de los memorialistas que dejaron testimonio escrito de esos años difíciles.

En uno u otro caso, bien se tratara de hadas madrinas o usureras, benéficas compañeras de infortunios o implacables mujeres de negocios, todas ellas fueron siempre mujeres fuertes, llenas de coraje, entereza y unas grandes dosis de sentido común, lo que les permitió sobrevivir en medio de infinitas calamidades¹⁸, y soportar penalidades y sufrimientos de todo tipo junto a sus compañeros de armas, sin abjurar de su condición de mujer. Muchas fueron las que incluso embarazadas, siguieron en su puesto, y hubieron de dar a luz en el camino. Y lo hicieron de cualquier manera, como bien pudieron, y casi siempre sin ayuda alguna¹⁹.

Aquellas heroicas mujeres, pertenecientes a todas las clases sociales²⁰, compartieron la suerte de los soldados a los que, durante meses e in-

¹⁷ BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 47.

¹⁸ Quizás, de entre todas las calamidades posibles, la mayor fuera la pérdida de todos sus bienes, un hecho que desgraciadamente se producía con cierta frecuencia. Pocas de ellas, después de muchos años de fatigas y trabajo, pudieron hacer una pequeña fortuna, porque en la batalla, y especialmente durante la retirada que seguía al combate, en caso de dificultades y necesidad sus equipajes eran siempre los primeros en ser sacrificados. En Portugal, Ney, al recular delante de los ingleses, ordenó quemar todos los furgones y todos los vehículos, y las *vivandières* debieron obedecer como los demás. Podían oírse los gritos de desesperación: “*el oro difícilmente ganado, el dinero de los pagos de los soldados, de tantos y tantos servicios prestados, todo el fruto de una larga campaña perdida en un instante*” (LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 232).

¹⁹ “*Aquellas mujeres daban a luz al pie de algún árbol haciendo el camino y a continuación madre e hijo proseguían la marcha sin más*” (BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 50).

²⁰ DAMMAME, Jean Claude: op. cit., pág. 305.

cluso años, acompañaron día a día, y con ellos conocieron también el dolor, la cautividad y la muerte. La fortaleza de esas mujeres, su estoicismo ante los peligros y las pruebas que hubieron de soportar, sorprendían a los soldados. Las había incluso, como decía el sargento Bourgogne, que *“eran una vergüenza y una afrenta para muchos de los hombres que no sabían soportar la adversidad con el mismo coraje y resignación”*²¹.



**Un soldado ayudando a una cantinera y sus hijos a cruzar un río.
Joseph Louis Hippolyte Bellangé (1837)**

Las cantineras, además de su función primordial como abastecedoras de alimentos, ginebra²², vinagre²³, pequeños objetos de uso cotidiano—como papel de carta, agujas de costura o botones—, y cualquier otro tipo

²¹ Citado por: *Ibidem*, pág. 305, y LUCAS-DUBRETÓN, J.: *op. cit.*, pág. 232.

²² El capitán Blaze dice en sus memorias: *“la gente del mundo a las que jamás les ha faltado nada indispensable, no puede hacerse una idea de cuán importante puede ser una botella de vino o un vaso de ginebra en ciertos momentos...”* BLAZE, E. capitaine: *op. cit.*, pág. 49.

²³ Tenían la obligación de llevar permanentemente consigo un pequeño tonelillo por cada batallón de infantería o regimiento de caballería, conteniendo vinagre. De ese tonelillo se iba extrayendo el vinagre que obligatoriamente cada soldado debía poner en el agua de uso común en una proporción de, cuanto menos, dos cucharas por bidón de agua (PIGEARD, Alain: *op. cit.*, pág. 335).

de artículo necesario para la supervivencia cotidiana del soldado²⁴, jugaron un papel psicológico de vital importancia en los ejércitos, que en ningún caso podemos desdeñar.

Muchas de ellas incluso prestaban dinero a los soldados y oficiales. Las tiendas que, después de cada jornada, plantaban en los campos donde pernoctaban las unidades militares, eran lugares comunales, verdaderos puntos de encuentro y reunión para los soldados. Bajo la lona improvisada de la cantina, dejaban pasar las largas horas de ocio hasta la llegada de la noche, conviviendo los unos con los otros. Allí encontraban algo de comer y de beber: una reparadora taza de café, un sorbo de “eau de vie” o un tazón de buen vino caliente²⁵. Y también hallaban un sitio donde disfrutar del tabaco, y, sobre todo, de un rato de beneficiosa conversación.

Las cantineras conocían como nadie a los soldados de su regimiento, con los que compartían su vida. Sabían tanto de sus sinsabores, que era habitual que se crearan particulares vínculos de colaboración y socorro mutuo, llegando a convertirse en verdaderas amigas y confidentes²⁶. Ellas eran una parte más de los ejércitos, tanto si estos estaban en campaña, como si permanecían acantonados en guarnición. Las encontramos en todas partes, incluso en las paradas del regimiento. Allí estaban ellas, permanentemente detrás de las compañías de soldados, con su típico “bonnet de police” en la cabeza²⁷, sus botas a lo húsar y el característico tonelillo de licor recostado al dorso²⁸. Los barriles de las cantineras con los colores azul-blanco-rojo y el número de la unidad o regimiento como identificación, normalmente llevaban además un número de registro pintado a un lado para demostrar que el jefe de administración de la División le había autorizado oficialmente.

²⁴ Para evitar que el soldado tuviera que alejarse de su regimiento en busca de comida o para procurar los objetos de primera necesidad, el reglamento de 5 de abril de 1792 permitía a los *vivandiers* y *vivandières* seguir al ejército y proporcionar al soldado, a precios razonables, todos esos objetos. El *vivandier* de un cuartel general no debía ser jamás un militar, sino siempre un civil. PIGEARD, Alain: *op. cit.*, pág. 335.

²⁵ “*Qué suerte cuando uno se encuentra en tierra inhóspita y lejana, mojado de agua hasta los huesos y cuando está ya cierto de que se irá un día más a la cama sin cenar, encontrar cerca de un buen fuego un trozo de jamón o un vol de vino caliente*”. *Ibidem*, pág. 49.

²⁶ En las ciudades, cuando el regimiento estaba prestando servicio de guarnición, “apenas se les prestaba atención”, y se les permitía, incluso, compartir las casernas con los soldados. Pero en el campo, cuando el regimiento salía en campaña, todo era muy diferente. Nos dice Marcel Baldet: “*Allí se tenía por ellas una cierta consideración, las más afortunadas se convertían incluso en bellas compañeras*” (BALDET, Marcel: *La Vie quotidienne Dans les Armées de Napoléon*. Edit Hachette, París, 1964, pág. 50).

²⁷ “Bonnet de police”, así se llamaba el cubrecabezas usado a diario por los soldados de Infantería durante el Imperio. También era conocido como gorro cuartelero o de faena.

²⁸ MORVAN, Jean: *Le soldat Imperial (1800-1814)*. Plon-Nourrit, edit., París, 1904, vol I, pág. 31.



Pero el trabajo de estas abnegadas y sufridas mujeres no se limitó simplemente al abastecimiento o cuidado de los uniformes y arreos de los soldados de su compañía. Muchas de ellas, cuando llegaba el duro momento del combate, se aplicaban con entusiasmo al cuidado de los soldados heridos, transformando sus furgones en verdaderas ambulancias de campaña improvisadas.

Aquellas extraordinarias y singulares mujeres demostraron un excepcional coraje psíquico a la hora de ayudar a sus compañeros soldados, y era frecuente que, en mitad de la batalla, se las viera recorrer las filas amigas, indiferentes al fuego y la metralla, repartiendo ginebra para revitalizar a los soldados desfallecidos que se batían entre la vida y la muerte²⁹.

No está suficientemente valorada la existencia de las *vivandières* de la época napoleónica. Muchos son los aspectos de sus extraordinarias vidas que quedan todavía por conocerse, y tampoco es el objeto del presente trabajo. Pero me gustaría, cuanto menos, que estas líneas fuesen un sentido tributo de admiración a todas aquellas mujeres de presencia callada y sufrida, y que con su dedicación y buen hacer, hicieron posible el funcionamiento en el día a día de las “cosas de la guerra” y de los ejércitos durante la campaña. Pues eran ellas las encargadas de la preparación de las comidas, el lavado y reparación de la ropa y enseres, y, en numerosas ocasiones, también el soporte moral del soldado, del que eran compañeras, confidentes y una fuente

²⁹ Blaze guardaba especial cariño hacia Therese, la *vivandier* de su compañía, a quien dedicó un emotivo recuerdo en sus memorias y de quien decía que: “*en mitad de la batalla, en medio de los disparos y las balas de cañón, atravesaba incansable el campo de batalla. No creáis que el deseo de ganar dinero era lo que la hacía arriesgar su vida de tal manera. El sentimiento que le impulsaba a afrontar el miedo era un sentimiento aún más noble porque los días de batalla no pedía dinero*” (BLAZE, E. capitaine: op. cit., pág. 50).

de “ánimo permanente”, compartiendo con ellos su misma suerte y los sinsabores e ingratitudes de la vida en campaña³⁰. Y, en el momento último, tras la batalla, de la recogida y el cuidado de los heridos³¹.



La Vivandière de Wagram. Hippolyte Bellange (1862)

³⁰ Además de los naturales sinsabores propios de una vida errante, nómada y llena de inseguridades, tribulaciones y constantes sobresaltos, estas mujeres sufrían también —cómo no— las mismas enfermedades que aquejaban al resto de sus “camaradas de armas”, aunque sin la ayuda y los cuidados del médico del batallón o el servicio sanitario del regimiento. Para restablecer la salud apenas podían contar con otra cosa que no fuera la caridad y la compasión de alguna camarada solícita y atenta. Al resto de los habituales sinsabores de la vida militar tampoco permanecían ajenas. Es más, los sufrían aún con mayor dureza, por tratarse del elemento aparentemente más débil. El capitán Blaze en sus memorias relata cómo, en ocasiones, durante una campaña —como fue la de Rusia— llegaba de improviso una partida de merodeadores o de cosacos y alguna de estas mujeres era desvalijada. Arrojada en alguna cuneta, en total soledad y desamparo, se veía despojada de sus pertenencias y obligada a comenzar de nuevo. *Ibidem*, pág. 46.

³¹ En más de una ocasión, llegado el supremo momento último de la muerte, también fue la que recogió sus despojos en algún campo de batalla olvidado. Cuando la invasión de 1814, el general prusiano York, que dirigía una ronda de noche, descubrió una mujer arrodillada junto a un camino. Una merodeadora, sin duda ocupada en el saqueo y despojo de los muertos —pensó para sí— y ordenó arrestarla. Pero la mujer, una cantinera del 6º Cuerpo, se levantó muy derecha y como una euménide gritó al prusiano: “¿Tengo el derecho a enterrar a mi marido?!” (BOURGOGNE, Sargent: op. cit., pág. 210).

No obstante lo anterior, las autoridades y jefes militares consideraron a estas mujeres un problema endémico y un permanente quebradero de cabeza, ya que su presencia era fuente de desórdenes y provocaba innumerables dificultades añadidas. Carnot, ministro de la Guerra con Napoleón, escribió que las mujeres “*saturaban los acantonamientos y cuarteles*” y “*enervaban las tropas y las destrozaban por las enfermedades que ellas aportaban en un número diez veces mayor que los enemigos*”³². En 1797, Bonaparte, a quien preocupaba, y mucho, la presencia de las mujeres entre sus tropas, intento buscar una solución, y ordenó que no se permitiera un número mayor que el número reglamentario, esto es, 4 mujeres por batallón, indicando la conveniencia de que “*las restantes, aun incluso con permisos, fueran arrestadas*”³³. Finalmente el número total de lavanderas, costureras y cantineras autorizadas en el seno de los cuerpos de tropa quedó fijado en un total de entre 4 y 6 por batallón.

En cualquier caso, todas ellas permanecerán en el recuerdo colectivo de cuantos las conocieron como ejemplos de humanidad y caridad.

ESPOSAS Y COMPAÑERAS

Tras los ejércitos de Napoleón no marchaban únicamente cantineras, lavanderas y costureras. Estaban, además, las esposas y compañeras de algunos oficiales y soldados, militares privilegiados que, venciendo una gran cantidad de trabas administrativas y dificultades, habían conseguido contraer matrimonio, algo ciertamente difícil en aquellos tiempos.

En aquella época era un hecho frecuente en casi todos los ejércitos que los soldados profesionales se fueran a la guerra acompañados de sus mujeres e hijos, y, en ocasiones, incluso con parte de su servicio doméstico³⁴. Por eso, cuando se desplazaban los ejércitos, arrastraban consigo una cantidad importante de mujeres de todo tipo, edad y condición.

El 6 de octubre de 1808, el general John Moore, enviado a la Península para ayudar a los españoles en la guerra contra Napoleón, se encontraba en su cuartel general de Lisboa cuando recibió la orden de Londres de ponerse al mando de un cuerpo expedicionario inglés con 30.000 efectivos de

³² LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 225. No hay que olvidar que en los campamentos pululaban también numerosas prostitutas en busca de negocio.

³³ *Ibidem*, pág. 309. Para saber algo más sobre el tema, ver: FACON, Patrick, GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: op. cit., pág. 37.

³⁴ LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 309. Para saber algo más sobre el tema, ver FACON, Patrick, GRIMAUD, Renée y PERNOT, François: op. cit., pág. 37.

infantería y 5.000 de caballería con el que debía cooperar en la expulsión de los franceses de España³⁵.

Uno de los principales problemas a los que tendría que hacer frente era la escasez de medios de transporte. En un esfuerzo por sortear esa crisis de compleja solución, sir John ordenó dejar atrás todo el equipaje pesado, junto con las 1.200 mujeres y niños que, según estimaciones oficiales, se habían unido al campamento británico.

Las normas del Ejército inglés permitían que un número limitado de mujeres siguieran a sus maridos a la guerra, que no podían ser más de cinco por cada compañía de 100 hombres. Y que en pago por sus labores en la cocina, la limpieza y la costura, fueran incorporadas a la ración diaria de la compañía.

La medida dada por el general Moore resultó impopular entre los afectados, aunque Moore señalase con acierto que arrastrar tan gran número de mujeres y niños a la guerra equivaldría a exponerlos “*a las mayores penurias y aflicciones*”³⁶.

Con todo, llegado el momento, muchos oficiales regiminales, que deberían haber mostrado mayor cordura, debido seguramente a su corta experiencia bélica e influidos por una concepción errónea del sentimentalismo, decidieron hacer la vista gorda y dejaron pasar grupos de mujeres que se mostraban firmemente resueltas a seguir a sus hombres, incumpliendo la orden recibida. Desafortunada decisión.

³⁵ En 1808, cuando se produzca el alzamiento contra la invasión napoleónica, varias comisiones de diputados asturianos y gallegos acudieron a Londres a solicitar ayuda al Gobierno británico en su guerra contra Napoleón. Como resultado de esa petición de ayuda, ingentes tropas de soldados británicos llegaron a la Península, particularmente al noroeste de España, dispuestos a impedir que los franceses avanzasen por la Península. Mientras en el puerto de La Coruña desembarcaban 16.000 soldados y 2.000 caballos al mando del general sir David Baird, el general sir John Moore hacía lo mismo en Lisboa, formando así el gran ejército que se había de enfrentar a los franceses. Moore se situó en Salamanca, bajo aviso de la llegada de un potentísimo Ejército Imperial al mando de los mariscales Soult y Ney. Desde allí, sus tropas se extendieron por Zamora, Valladolid y León, teniendo poco después que comenzar a replegarse hacia Astorga, pues, desbordados por la magnitud y la potencia del ejército mandado por el mismísimo Napoleón, se vieron obligados a buscar refugio en la ciudad de La Coruña, donde esperaban reembarcarse de nuevo. En Astorga, Napoleón decidió abandonar él la persecución, y ante las inquietantes noticias de un posible complot que le llegaron de París, y los sospechosos indicios de movimientos prebélicos que anunciaban la proximidad de un nuevo conflicto armado con Austria, decidió regresar urgentemente a la capital francesa. Antes de partir, Napoleón dio órdenes tajantes al mariscal Soult de perseguir, sin tregua ni descanso, a los ingleses. De este modo, las unidades británicas fueron acosadas y perseguidas por los soldados imperiales hasta llegar a La Coruña, objetivo de ambos ejércitos.

³⁶ SUMMERVILLE, Christopher: *La retirada a La Coruña de sir John Moore, 1808-1809*. Inédita editores, Madrid, 2003, pág. 34.

La expedición de Moore en España no tuvo el éxito proyectado, y ante las dificultades surgidas, decidió salvar la vida de sus soldados y regresar a Inglaterra desde La Coruña. Las tropas inglesas se batirán en retirada durante días en dirección a las costas gallegas, acosadas de cerca por las tropas francesas del general Soult. La columna británica se convirtió en un lamentable ejército de huidos, sin un estatus oficial, formada en una desesperante proporción por mujeres y niños, azules por el frío y descompuestos por el hambre.

La rapidez de la marcha, la escasez de carros, la falta de bestias de tiro y las dificultades de un terreno especialmente montañoso y cubierto de nieve y hielo, provocaron que muchas de esas mujeres se fueran rezagando, quedando al final abandonadas en el camino. En muchos casos, la crueldad del clima (era pleno invierno) fue demasiado para los más frágiles, con unos organismos al límite de la extenuación, deteriorados por la necesidad y la fatiga, tal como lo recuerda el soldado Harris³⁷:

“Pasé junto a un hombre y una mujer que yacían tendidos sobre la nieve, abrazados el uno al otro. Ambos me eran conocidos porque pertenecían a los fusileros. Se trataba de Joseph Sitdown y su esposa. El pobre Sitdown no se encontraba bien de salud antes de iniciar la retirada por lo que se le había permitido marchar junto a ella en los puestos de vanguardia. Pero ahora ya no podían más: esta sería la última vez que los viéramos...postrados sobre la nieve mientras esperaban la muerte abrazados...”

Otras mujeres tuvieron más suerte y consiguieron llegar al puerto de La Coruña, después de un interminable y agotador camino, marchando sobre la nieve y cargadas con todas sus posesiones, al igual que el resto de los soldados.

Durante dieciocho días habían recorrido casi 400 kilómetros, desde Sahagún hasta La Coruña, atravesando montañas cubiertas de nieve en pleno invierno y hostigados sin descanso por un Ejército francés inasequible al desaliento y cuyo único propósito era destruirlos e impedir su reembarque. Al llegar al final de este viaje, los ingleses habían conseguido mantener a raya a sus enemigos, y pudieron embarcar en las naves salvadoras que les llevarían de regreso a casa.

A los padecimientos físicos de los militares hubo que sumar la tensión psíquica que experimentaron aquellos hombres al saber que sus mujeres e hijos avanzaban por detrás, intentando seguirlos a duras penas, víctimas pro-

³⁷ *Ibidem*, pág. 97.

bablemente de un sufrimiento aún mayor. En tan tristes momentos, ¡cuántos de entre ellos no dejarían de pensar que tal vez hubiera sido mejor seguir las órdenes del general en jefe Moore! De entre todos los que lograron sobrevivir a tan funesta aventura bélica se contabilizaron más de 900 mujeres. De ellas, unas cien estaban embarazadas. También había niños, una gran porción de niños de poca edad. Muchas de estas mujeres, junto a sus hijos, al llegar a Inglaterra se convertirían en indigentes, pues se encontraron sin un penique y sin saber qué había sido de sus maridos³⁸.

En la mayoría de los países, y durante mucho tiempo, no se había permitido a los militares profesionales contraer matrimonio sin autorización de sus jefes. Y salvo en el caso de los oficiales, tal autorización no era fácil que se concediera. Con ello, se pretendía impedir la presencia física femenina en las campañas militares, lo que provocaba incidentes, retrasos en la marcha y dificultades logísticas añadidas, como la necesidad de tener alojamientos independientes para los casados. Pero el principal motivo por el que se restringía el matrimonio se debía a razones puramente presupuestarias. Si se permitía el matrimonio, la Real Hacienda tendría que incrementar el sueldo de los militares, al objeto de que pudieran mantener una familia con dignidad; además, en caso de muerte del militar³⁹, la Real Hacienda tendría que atender económicamente a su viuda y a sus hijos.

El matrimonio de los militares franceses había sido autorizado por la legislación revolucionaria mediante el Decreto de 8 de marzo de 1793, según el cual se autorizaba a los militares a contraer matrimonio sin la autorización de sus jefes. Ese Decreto derogaba el Reglamento de 1 de julio de 1788, que prohibía cualquier tipo de matrimonio sin la referida autorización. Durante el Imperio esa liberalización se suprimirá y se volverá a la situación anterior. Incluso se añadieron penas y castigos rigurosos para aquellos que desafiaban la ley y contrajesen matrimonio sin el preceptivo permiso. Un Decreto de 16 de junio de 1808 actualizaba la antigua normativa por la que se prohibía a los militares en servicio activo contraer matrimonio sin autorización expresa de sus superiores jerárquicos⁴⁰. Esta prohibición se hacía extensible incluso para los oficiales, que no podían contraer matrimonio si no contaban con la autorización por escrito del ministro de la Guerra. Esa era la causa principal por la que, en general, los oficiales, durante el Imperio,

³⁸ *Ibidem*, pág. 199.

³⁹ Lo que ocurría con frecuencia en época tan guerrera.

⁴⁰ Para los soldados y suboficiales sería preceptivo, también, el permiso del consejo de administración de su Cuerpo.

se casaban tarde, a los 37 años de media, y lo hacían con mujeres una decena de años más jóvenes⁴¹.

El Decreto de 16 de junio de 1808 también prohibía que los militares en campaña fueran acompañados por sus mujeres. Pero, la norma pronto fue ignorada. Y muchas fueron las mujeres que, a lo largo del Imperio, prefirieron hacer caso omiso de las leyes, y venciendo todo tipo de obstáculos, por no poder resignarse a una larga separación, dejaron atrás casas y haciendas, y marcharon tras sus maridos hacia un futuro incierto, lleno de peligros.

Ese fue el caso de Madame Porcher, mujer que acompañó a su marido, teniente coronel del 24 de Línea, durante toda la campaña de 1806-1807. La tarde de la batalla de Eylau, al ver que no regresaba su marido, fue de un vivaque a otro durante horas en busca de noticias suyas, sin obtener resultado alguno. Al amanecer, recorrió el campo de batalla y, tras horas de búsqueda incesante, descubrió finalmente el cadáver de su marido, mutilado y desnudo. Lo transportó hasta el campamento y lo hizo embalsamar en una caja de madera. Sin perder un solo instante, hizo llevar a París aquella “*prueba de su amor y de los horrores de la guerra*”⁴².

Por lo general, aquellas heroínas anónimas que partían a la guerra, en una elevada proporción iban unidas a oficiales de los cuerpos y escalas medias del ejército, ya que apenas se veían en campaña a las mujeres legítimas de los altos dignatarios, generales o mariscales. Ellas preferían permanecer con su rango y honores en sus mansiones de París. Algunas incluso, si así lo consideraba oportuno Napoleón, desde allí, en la distancia de la retaguardia, movían los resortes y manipulaban a sus maridos, a los que, incluso, no dudaban en dictar la línea política de lo que debían hacer. Tal fue el caso, por ejemplo, de Oudinot, mariscal del Imperio.

Aquellas mujeres se mostraban con frecuencia lo mismo que los músicos tras las batallas. Conquistado un país, aparecían ellas y tomaban posesión de la capital del territorio ocupado por las tropas que mandaban sus esposos. Entonces, los bailes que a continuación se sucedían para conmemorar la victoria se celebraban bajo el signo de la férrea jerarquía femenina, de manera que el bastón de mando no era únicamente la señal de identidad del hombre, y la escala de mandos se trasladaba a los salones.

Algunas de estas mujeres fueron célebres, como el caso de Carolina Bonaparte, hermana de Napoleón y mujer de Joaquín Murat. Reinó en Nápoles junto a su esposo, y para mantenerse en el trono debió conducir duran-

⁴¹ PIGEARD, Alain: op. cit., pág. 360.

⁴² LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 233.

te años al fogoso e incapaz Joaquín, sujetándolo con mano férrea, hasta el mismo momento de la traición y su muerte.

O la excepcional Madame Permon, duquesa de Abrantes, ex amante de Metternich y casada con Junot, general del Imperio y uno de los pocos amigos de verdad que tuvo Napoleón. Madame Permon fue en la sombra, por su carácter intrigante y dominante, y su eficaz ascendiente sobre su esposo, una de las mujeres más importantes y con mayor poder efectivo de todo el Imperio⁴³. Durante sus meses de servicio en España, acompañó a su marido, conociendo en su propia carne los horrores de la guerra.

En marzo de 1805, Madame Permon pisaba por primera vez suelo español. Acompañaba a su marido, recién nombrado embajador de Francia en Portugal, a tomar posesión de la embajada en Lisboa. Haciendo el recorrido habitual de tantos viajeros, entró por Hendaya y, pasando por Vitoria, Burgos y Valladolid, llegó a Madrid, donde permaneció algunos días, antes de

⁴³ Laura Permon había nacido en 1784 en Montpellier. Su madre, Panoria Comneno, era corsa de nacimiento y se decía descendiente de los emperadores bizantinos. Su padre fue proveedor del ejército y consiguió hacer una importante fortuna que perdió durante la Revolución francesa. Napoleón conoció a Laura Permon recién llegado a París, cuando apenas era un oficial más, un oscuro general, provinciano y perdido en medio de una gran ciudad. Parece que el joven Bonaparte frecuentó a su familia en París durante el Directorio. Cuando aún era cónsul, y durante un tiempo, pensó incluso en tomarla como esposa, pero finalmente se la ofreció en matrimonio a su amigo y compañero Junot. Se casó en 1799, cuando Laura apenas tenía 16 años de edad. A pesar de que el matrimonio con el general Junot fue favorecido por Napoleón, especialmente en sus primeros años, Laura Permon no tenía precisamente la virtud de ser agradecida, y con frecuencia elegiría como amistades a los enemigos de Napoleón, siendo bastante crítica con sus acciones políticas y militares. Durante el Consulado y el Imperio, participó activamente de la vida cortesana, donde sobresalía por su espíritu cáustico y su extravagancia. Sin embargo, en parte a causa de la prodigalidad de Laura, Junot regresó a Francia cargado de deudas y empezó a dar muestras de alteraciones mentales provocadas probablemente por una vieja herida de bala en la cabeza, que le llevará a la locura y finalmente al suicidio. Al morir su esposo, que se suicidó en 1813, arrojándose por una ventana, Laura Permon continuó trabajando en contra del Imperio napoleónico. Se volvió monárquica y trataba a Napoleón de usurpador. Pero al caer éste, la Restauración no tuvo en cuenta su labor, y entonces, aquella extraordinaria y singular mujer, amante del derroche, para poder subsistir y saldar sus numerosas deudas, hubo de dedicarse a la literatura. Su producción, que firmó con su título nobiliario, es muy amplia, y está compuesta por obras de tipo biográfico y por relatos. Entre las primeras destacan las *Memorias sobre la Revolución, el Imperio y la Restauración*, en las que describía las campañas napoleónicas y la evolución de su política. En esta voluminosa obra de 18 volúmenes, publicada en París entre 1831 y 1835, que redactará con la ayuda de un por entonces desconocido Honoré de Balzac, del cual se convertiría en amante, a lo largo de sus 18 volúmenes la duquesa pasa revista a los acontecimientos de los que fue testigo, desde la Revolución hasta la Restauración. Sus últimos años estuvieron jalonados de dificultades económicas y literarias -sus editores terminaron por no aceptar sus manuscritos- y acabó en la indigencia. Laura Permon, duquesa de Abrantes murió en 1838, en París. Sobre tan apasionante vida femenina, véase: ABRANTES: *Memorias de la duquesa de Abrantes, recuerdos o Napoleón histórico*, T-2. Librairie de L. Mame, París, 1835.

emprender el último tramo del viaje hasta Lisboa. En su camino visitó Toledo y pasó por Talavera, Trujillo y Badajoz. Volvió a cruzar territorio español en febrero del año siguiente, al regresar a Francia. Y tuvo que hacer este camino, una vez más, en marzo de 1810 al ser nombrado el general Junot, comandante en jefe del VIII Cuerpo de Ejército francés en España. Debido a los acontecimientos bélicos, la duquesa de Abrantes recorrió durante meses distintos lugares de Castilla la Vieja y León (Burgos, Valladolid, Salamanca, Ledesma y Ciudad Rodrigo) mientras seguía los pasos de su marido, y no regresó definitivamente a París hasta julio de 1811.

Cuando seguía a su esposo Junot, de Valladolid a Salamanca, fue hecha prisionera por el guerrillero don Julián. En Ciudad Rodrigo, plaza fuerte medio en ruinas, en una casa sostenida a duras penas por enormes sacos terreros que interceptaban cualquier rayo de luz, la rutilante y altanera Laura Permon dio a luz un niño en mitad de la miseria, la penumbra y los peligros. Como no podía ser de otro modo, recibió el nombre de Rodrigo.

Resultado de aquel periplo por tierras españolas fue un libro de viajes que Laure Permon escribió años después, con brillantes descripciones de cuanto vio y observó durante su estancia en el país. Para entonces, se había convertido en una enamorada de España. Fue capaz de hacer autocrítica de la presencia francesa en España durante la Guerra de la Independencia. Para la autora, si bien las intenciones de los suyos fueron buenas, los medios no siempre fueron los adecuados. Tras presenciar la manera en la que los soldados franceses trataban a sus homólogos españoles, confesaba haber alcanzado un estado de indignación tal “que habría aceptado el mando de una partida de guerrillas”⁴⁴.

LAS MUJERES SOLDADO

También existió un importante grupo de mujeres que no queremos dejar en el olvido. El de aquellas que por motivos bien diferentes hicieron caso omiso de su condición femenina, y ocultas bajo vestimentas de varón, usurparon, con mayor o menor suerte, una personalidad que, en los tiempos que les tocó vivir, no les correspondía, alistándose como soldados, una profesión entonces reservada exclusivamente a los hombres. Merecen un recuerdo y salir del olvido al que han quedado relegadas.

⁴⁴ *Souvenirs d'une ambassade et d'un séjour en Espagne et en Portugal de la duquesa de Abrantes*. Publicada en 1837. Traducción, estudio y notas de Francisco Lafarga, Lleida, Universidad de Lleida/Pagès Editors, 2016, colección “El Fil d’Ariadna”, p. 113.

Hubo ciertamente mujeres que sirvieron en calidad de soldado, en un mundo esencialmente masculino. Su presencia se convirtió en un hecho excepcional, pero cierto. Se dio por igual en todos los ejércitos y con más frecuencia de lo que la historiografía nos ha dejado entrever, ya que su presencia es sumamente difícil de constatar, pues, como es natural, la interesada guardaba con el mayor celo su secreto, que únicamente se desvelaba, de forma fortuita, por algún suceso casual.

En la noche del 26 al 27 de diciembre de 1781, durante el asedio al Castillo de San Felipe de Mahón por parte de las tropas españolas, en el que intentaban tomar al asalto aquel importante punto defensivo menorquín en poder de Inglaterra desde el Tratado de Utrecht, un disparo de artillería procedente del castillo hirió gravemente a un soldado llamado “Carlos Garain”, perteneciente al Regimiento suizo de Betfchart, rompiéndole la pierna derecha a la altura de la pantorrilla. Trasladado al hospital, consiguió ocultar su mal, y persuadir a los cirujanos y practicantes que no lo reconocieran. Pasó el día con grandes dolores, y debido a que se sentía cada vez peor, solicitó confesarse, recibiendo los Santos Sacramentos. Esa misma noche falleció, y al sacar el cadáver, comprobaron, con sorpresa, que no se trataba de un varón, sino de una mujer. Los facultativos la reconocieron y comprobaron, además, que era virgen. Enterado el duque de Crillon, mandó suspender el entierro hasta su llegada, por lo que el cadáver se depositó temporalmente en la iglesia del Carmen, ataviado con el hábito de la Virgen, corona y palma. El día 29 fue inhumada con todos los honores. En su filiación constaba que era hija de Pedro y Carlota Willie, de religión católica. Tenía 17 años y era natural de S. Gengu, en la Republica Wallay, en Suiza. Tal era su interés en ingresar en el ejército como soldado que tuvo que vencer numerosas dificultades hasta lograrlo.

Queda la duda acerca de cuál fue su mayor mérito: su valor o su castidad; o los esfuerzos añadidos por sobrevivir y lograr durante años de engaños no ser reconocida como mujer, en lo que demostró notable habilidad, pues incluso hizo estrecha amistad con un soldado de su misma compañía, compartiendo cama durante dos meses sin que el joven descubriese nunca su secreto⁴⁵.

No muy conocida, aunque no por ello menos impactante, fue la odisea de un joven mozo voluntario francés que un oficial descubrió en 1812 cuando Napoleón entraba en Moscú. Era aquel un hábil e intrépido jinete, y cada mañana marchaba al galope en busca de forraje con el que alimentar

⁴⁵ QUETGLAS MOLL, Juan, MORATINOS PALOMERO, Patrocinio: *Hospital Militar de la “Isla del rey” en Mahón. Datos para su Historia*. Asasve.es

a los caballos, sin demostrar temor alguno a los cosacos. Un día, el joven se desmayó ante su jefe. El joven, que ya en Moscú había sorprendido al oficial por su particular gusto por las hermosas vestimentas antiguas (que recogía diciendo que eran para hacer un regalo a su hermana pequeña), se vio obligado a dejarse reconocer por el médico del batallón. La inspección ocular descubrió que, en realidad, se trataba de una joven niña de 14 ó 15 años, que había abandonado la casa paterna por el amor de un oficial de artillería al que había seguido. Muerto este en la batalla de Borodino⁴⁶, ella se quedó sola, y como tenía pasión por los caballos, encontró un medio con el que buscarse la vida. Ese pequeño jockey femenino fue bien tratado por su Regimiento durante semanas, pero durante el pasaje del río Berezina, desapareció⁴⁷.

Marie-Angélique-Josephine Duchemin, nacida en Dinan en 1772, se casó muy joven con un militar del 42 de Línea. Comenzó a frecuentar el campo de batalla en el que participaba su marido y logró alistarse alcanzando el rango de cabo furriel. Durante 20 años participó como soldado de la República en siete campañas y recibió tres heridas. El 14 de diciembre de 1789 fue admitida como un militar más en los Inválidos de París. Finalmente, en 1851 se reconoció toda su trayectoria militar al servicio de Francia cuando se le concedió, ocho años antes de su muerte, la medalla de la Legión de Honor⁴⁸.

Docoud-Laborde era una joven nacida en Angulema en 1773, que se casó con el soldado Poncet, y fue apodada Breton-Doble. Durante varios años sirvió en el 6º de Húsares. Madame Docoud se distinguió en las batallas de Eylau y Friedland, resultando herida de gravedad en esta última, siendo condecorada con la Legión de Honor. Nuevamente herida y amputada una pierna en la batalla de Waterloo, prisionera de los ingleses y conducida presa a Dunai, no regresó a Francia hasta 1830, muy poco antes de morir.

Virginia Ghesquière se incorporó como voluntario en el 27 de Línea en el año 1806 en lugar de su hermano menor que había sido llamado a filas. Después de meses de campaña en los que demostró su valor y saber hacer, alcanzó el grado de sargento y continuó sirviendo en el ejército hasta 1812 cuando, por una circunstancia del azar, fue reconocida como mujer y reenviada de vuelta a casa en contra de su voluntad.

Algo más de suerte tuvo Marie-Jeanne Schellink, nacida en Gand en 1757, que se enroló como voluntaria en 1792. Herida por seis golpes de sable en Jemmapes, se recuperó y regresó al servicio activo luchando en la

⁴⁶ 7 de septiembre de 1812.

⁴⁷ LUCAS-DUBRETÓN, J.: op. cit., pág. 242.

⁴⁸ PIGEARD, Alain: op. cit., pág. 358.

batalla de Marengo en 1800. Años después, en 1805, estuvo presente en la batalla de Austerlitz, donde luchó bravamente contra los austriacos, aunque fue nuevamente herida en el hombro izquierdo. Promovida a subteniente el 9 de junio de 1806, participó en la batalla de Jena, donde, una vez más, Schellink recibió una herida. Durante todo el año 1807 hizo la campaña de Polonia. Unos meses después, y gracias a todas sus heridas, fue finalmente recompensada y muy justamente pensionada. El 20 de julio de 1808 recibió la Legión de Honor con 700 francos de pensión hasta el final de sus días⁴⁹.



**Napoleón impone a Marie Schellinck una medalla en el campo de batalla.
Ilustración de “Le Petit Journal”, septiembre de 1894**

⁴⁹ *Ibíd*em, pág. 360.

Sin duda alguna, el caso más conocido de todos los que nos ha dejado la historiografía es el de Therese Figueur, una mujer de destino singular, que sirvió disfrazada de hombre durante años en las filas del Emperador en una larga vida propia de una novela de aventuras.

Nacida en 1774 en la población de Talmay, a unas seis leguas de Dijon, Therese era hija de un molinero. Huérfana de padre y madre, desde muy pequeña pasó al cuidado de un tío que la colocó como aprendiz en casa de un mercader de paños en Avignon, país dominado por los realistas. En 1793, momento en que se organizaron las compañías federalistas y contrarrevolucionarias, su tío, viejo militar, mandaba una compañía de cañoneros, y Therese le suplicó poder incorporarse a dicha compañía, pues tal era la pasión que sentía por el ejército y las armas. El cuidado de una joven soltera de 19 años no era una cosa fácil en aquellos tiempos de turbulencias. El tío se dejó convencer por Therese, y ella comenzó a utilizar el uniforme de cañonero, que constaba de casaca azul del rey, largo pantalón de algodón de rayas azul y blanco abotonado a lo largo de ambos lados, briquet y tricornio. Al principio vestía de tal guisa quizá con la intención de pasar desapercibida frente a miradas poco amigas. Más tarde por convicción. De este modo, y casi sin darse cuenta, fue como Therese quedó marcada para ser soldado.

Desde entonces comenzó una larga carrera militar que se inició en el asedio de Tolón, donde destacó por su arrojo, bravura, despreocupación, desparpajo, desenvoltura y por su ignorancia al respecto jerárquico, por lo que recibió el apelativo de “Sans-Gêne”⁵⁰. Completó su instrucción militar en un regimiento de dragones.

Hizo la guerra de España en 1794. Allí, un oficial le pidió en matrimonio, lo que le planteó un grave problema. El dragón Sans-Gêne, puestos los pros y contras en una balanza, determinó que tenían mayor peso los contras. La independencia triunfó, y Therese dejó plantado a su prometido el mismo día de la boda. Poco después, tomó parte en las campañas de Italia. Fue presa de los austriacos en la batalla de Savigliano, y permaneció cautiva del príncipe de Ligny en una sala de una iglesia de Turín. Dicho príncipe, sorprendido por su condición femenina, le brindó su protección y le hizo objeto de sus atenciones hasta el momento mismo en que fue reconducida a las filas francesas y puesta en libertad.

Una vez en libertad, Therese no tardó en enrolarse nuevamente en las filas imperiales. Gozaba de extraordinaria salud y fortaleza, de las que presumía. Hasta que en el año 1800, tras la travesía de un torrente helado en

⁵⁰ Sans-Gêne puede ser traducido como descarada, desenfadada, carente de pudor o vergüenza.

los Alpes, la aventura de Therese Figueur estuvo a punto de terminar. Cayó y sufrió numerosas heridas. Aquello le hizo replantearse la vida, y gracias a la magnificencia de los ciudadanos cónsules de Francia, recibió una pensión de 200 francos por los largos años de fieles servicios, lo que le permitió a Therese retirarse a su ciudad natal. Todo parecía indicar que su aventura militar había llegado a término. Pero, nada más lejos de la realidad. Recobrada la salud, volvió a plantearse el reenganche en filas. La llamada de las armas era demasiado poderosa y, además, veintiocho años no era para Theresa una edad para comenzar a vegetar en los Inválidos de París. Solicitó su reingreso a filas, y en 1805 marchó con el resto de su regimiento para emprender nueva campaña. Estuvo en Austerlitz, y meses después, el 14 de octubre de 1806, en Jena, persiguiendo a los prusianos, después de lo cual regresó a París⁵¹.

En la capital francesa permanecerá los meses siguientes, aquejada de fuertes fiebres que la mantuvieron postrada en la cama. Pero, apenas repuesta, soñaba con incorporarse una vez más a su antiguo trabajo. Y así lo hizo, reuniéndose al Regimiento 15 de Dragones a caballo. A pesar de los 36 años que ya tenía, se enroló en un batallón de jinetes de la Joven Guardia, y con ellos partió en dirección a España. En Burgos, a pesar de su nacionalidad francesa, Theresa logró granjearse la simpatía de un cura local, que hasta le llegó a dar alojamiento, impresionado por su generosidad, pues solía repartir sus víveres entre los más necesitados y socorrer a los enfermos de los hospitales.

Un día que paseaba a caballo por las proximidades de Burgos, Theresa fue cogida presa por la partida del guerrillero cura Merino, fanático trapense que odiaba todo cuanto proviniese de Francia. No recibió un trato amable y generoso, y pasó pésimos momentos retenida en el cuartel general del cura. En agosto de 1812, fue enviada al estado mayor de un regimiento escocés, y de ahí pasó a manos de una compañía de portugueses que, a punta de bayoneta, la llevaron hasta Lisboa. Se sintió afortunada cuando ya en la capital portuguesa fue encerrada en una prisión que compartiría con algunos empleados españoles que habían servido al rey José. Allí permaneció hasta el momento en que salió de la prisión para ser enviada presa a Inglaterra, a una pequeña villa cercana a Southampton, donde quedó retenida hasta la caída del Imperio. Una vez liberada, regresó a Francia. Durante los Cien Días, vestida con un reluciente uniforme nuevo de los Cazadores de la Guardia, se situó un día en el camino de Napoleón hacia las Tullerías, y el Emperador en persona la reconoció. Se detuvo, y dirigiéndose directamente a Theresa, le dijo:

⁵¹ DEMOUGIN, Jacques: *La Grande Armée*. Col. Tresor du Patrimoine, París, 2004, pág. 77.

“Mademoiselle Sans-Gêne, ¿habéis abandonado los dragones por los cazadores?”

Theresa no combatió en Waterloo porque aquel día estaba destinada en París. Mientras en los campos de Bélgica se decidía la suerte de la guerra y de toda Europa, ella, incansable, se dedicaba a socorrer a los heridos bajo los muros de París. Finalmente, el 30 de marzo de 1814 los aliados entraban en la capital y el Ejército Imperial fue licenciado. Aquella vez, la aventura de Theresa con las armas terminó definitivamente. Con una pensión de 200 francos, insuficientes para vivir, tuvo que agudizar el ingenio y buscar el modo de salir adelante y sobrevivir. Buscó asociarse con Madame Garnerin, una audaz mujer que durante las celebraciones y fiestas populares se dejaba caer en paracaídas desde un aerostato. También abrió en la calle Plumet, próximo a la caserna de Babylone, una pensión para oficiales.

En aquellos años de retiro y sosiego, Theresa contrajo matrimonio con su viejo camarada Sutter, un anciano tambor de los suizos, convertido, a la caída del Imperio y durante la Restauración, en sargento de la gendarmería de cazadores. En 1841 quedó viuda. Tenía entonces el aspecto de una plácida burguesa de provincias a la que le gustaba la conversación y recordar mil y una historias sobre los viejos tiempos de gloria. Murió en el hospicio des Petites Menages en Issy, en 1861. Había cumplido los 87 años⁵².

Una vida fascinante y plena la de Therese, como la de otras muchas intrépidas mujeres que, contra viento y marea, decidieron seguir la carrera de las armas y servir en el Ejército Imperial. Sin embargo, como ya hemos tenido ocasión de ver, el Ejército de Napoleón no era el único que contó con la presencia de mujeres en sus filas. La presencia femenina en los ejércitos de la época era una constante, y nuestro país no fue una excepción.



**Marie-Thérèse Figueur.
Musée Bonaparte, Auxonne**

⁵² J. LUCAS-DUBRETON: op. cit., pág. 235- 242.

LAS MUJERES EN LOS EJÉRCITOS DEL REY DE ESPAÑA

La presencia de mujeres en los ejércitos españoles durante aquellos años fue un hecho frecuente, y, de manera similar a lo que ocurría en el resto de los ejércitos europeos, se considerada un mal endémico, un lastre en la milicia difícil de erradicar, pues los mandos militares lo veían como un serio impedimento para su normal desenvolvimiento⁵³.

Ya en las Reales Ordenanzas de 1632, Felipe IV se quejaba de la cantidad de soldados españoles casados que había en Italia y Flandes, lo que le obligaba a sustentar dos ejércitos: el de los vivos que le sirven, y otro el de los muertos que le sirvieron “*en sus mujeres e hijos que no me pueden servir*”. Además, reconocía que con el sueldo de soldado, no se podía mantener a mujer y tres o cuatro hijos,

“con lo cual la necesidad y el vituperio los anima a todo género de indignidades y la atención que se había de emplear en la puntualidad del servicio, ocupan en adquirir violentamente todo lo que pueden para el sustento de sus familias”.

Afirmaba Felipe IV que los ejércitos en campaña

“parecen aduarez⁵⁴; y los cuarteles, aldeas, llenos de mujeres y muchachos que embarazan mucho las jornadas del ejército, consumen otra cantidad de bastimentos, imposibilitando por este respecto muchas expediciones de grande importancia”.

Por las razones expuestas, las Ordenanzas solo permitían casarse a la sexta parte de los soldados (en el caso de los soldados destinados en Italia y Flandes), o a la cuarta parte de ellos en el caso de los soldados destinados en España. Siempre, previa autorización de sus superiores. Para poder contraer matrimonio “*los que tuvieren puesto de capitanes arriba*” se debía obtener licencia por escrito del Rey. Y “*los capitanes, alféreces, sargentos, soldados particulares y aventajados*” tenían que obtener licencia escrita de su general. En caso de contraer matrimonio sin tal licencia, se arriesgaban a ser expedientados y sancionados con la expulsión del Ejército.

⁵³ BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Del Tercio al Regimiento*. Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia, 2001, pág. 194.

⁵⁴ Pequeñas poblaciones de beduinos o gitanos, formadas por chozas, tiendas o cabañas.

Las Ordenanzas se preocupaban de destacar que no se autorizasen los “*casamientos pobres y infames*”, para que de esta manera “*las personas militares vivan y sirvan con el honor y buena fama que su ejercicio pide*”.

La necesidad de facilitar a los casados un tipo de alojamiento especial, aislado de la tropa, en sus cuarteles y acantonamientos⁵⁵, la exigencia de incrementar el sueldo para atender a la familia del soldado, y también la necesidad de proporcionar cuidado y atención a la viuda y a los niños que dejaban cuando morían (que de otro modo quedarían desamparados y sin medios para su sustento), llevó al monarca a conceder únicamente en casos excepcionales la autorización para casarse y conservar, al mismo tiempo, su empleo. Por eso, las autorizaciones fueron realmente escasas y apenas alcanzaron a una cuarta parte de las tropas peninsulares⁵⁶.

Un siglo más tarde, el matrimonio de los militares seguía estando muy restringido por las mismas razones. La insuficiencia de los sueldos de los oficiales casados hacía muy difícil que una familia viviese con cierta dignidad y decencia. Por ello, el matrimonio de coronel para abajo estaba seriamente limitado.

En 1761, con la creación del Montepío Militar⁵⁷, se dio un importante paso adelante facilitando que se abriera la mano con el tema de los matrimonios de los “oficiales” y se pudiesen celebrar un mayor número de ellos

⁵⁵ Hasta la Real Cédula de 8 de abril de 1718, en que se ordenó que se comenzaran a edificar cuarteles, los soldados vivaqueaban en el campo o amontonados entre las viviendas de una población. A partir de esa fecha, la tropa comenzó a habitar en recintos construidos a tal fin, por lo general al borde o bajo los baluartes de las murallas, viviendo, en los primeros momentos, en cuartuchos dotados de 3 camas, cada una de las cuales compartían 2 soldados. SANZ, Raymundo: *Diccionario militar de todos los términos propios al Arte de la Guerra*. Barcelona, Juan Piferrer, 1749, pág. 79.

Posteriormente se empezaron a edificar los cuarteles propiamente dichos, tal y como los entendemos hoy en día, o siguiendo una costumbre bastante habitual se aprovechaba algún viejo edificio como podía ser un monasterio o un convento. En esos locales, de cuya limpieza se encargaban los ocupantes o sus mujeres, en caso de estar acompañados de ellas, los soldados pasaban la mayor parte de las horas del día no dedicadas a la instrucción. En ellos cocinaban, arranchados según su conveniencia, entretenían sus ocios y se aseaban con una sola jofaina para todos y la ayuda de “*un cepillo y dos toallas*” que debían guardar celosamente el cabo de escuadra; los mismos utensilios servían también para fregar “*mesas, bancos, tinajas, ollas, tapaderas*” y lavar la ropa. Todo ello, naturalmente, bajo la estrecha vigilancia de sus jefes. PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la “mili”*. Biblioteca nueva, Madrid, 1996, pág. 36.

⁵⁶ En el resto de los ejércitos europeos la situación no era muy diferente. En Francia solo el 16 % se casaba. La proporción entre los oficiales alemanes era un poco más elevada, aunque la calidad de las contrayentes dejaba mucho que desear porque no eran precisamente muchas de ellas las que se mostraban encantadas con la idea de casarse con un soldado. *Ibidem*, pág. 195.

⁵⁷ La Armada también creó varios Montepíos.

al eliminar, al menos relativamente, el principal obstáculo que hasta entonces se venía esgrimiendo para su impedimento: el económico. El Montepío nació con la idea de proporcionar pensiones a las viudas y huérfanos de los oficiales fallecidos. La forma de financiarse el Montepío será detrayendo todos los meses parte del sueldo de cada uno de los oficiales (aunque fueran solteros).

El Montepío Militar supuso un importante avance social dentro del Ejército, de eso no hay duda, aunque su alcance siempre estuvo supeditado al estricto cumplimiento de gran cantidad de requisitos previos. No todas las viudas podían disfrutar de una pensión del Montepío, sino únicamente las viudas de oficiales con el empleo de capitán en adelante. La pensión era la misma para todas las viudas de una misma categoría, con independencia del número de hijos que tuvieran. Y si esta se casaba de nuevo, perdía su derecho a la pensión⁵⁸, que pasaba a sus hijos. Si un oficial moría sin tener mujer ni hijos, en ese caso la pensión correspondía a la madre. Y en el caso de que una mujer tuviera derecho a dos pensiones (una por su marido y otra por su hijo), únicamente percibiría una de ellas: la que fuera más elevada.

También estaban previstos los posibles casos de fraude. Por ello, se estableció que las viudas cuyos maridos se hubiesen casado después de cumplir sesenta años, no tendrían derecho a pensión, salvo que el marido hubiese muerto en combate.

El Reglamento del Montepío estipulaba de forma estricta y detallada los requisitos que debían reunir los oficiales para poder contraer matrimonio. En primer lugar y antes de iniciar cualquier trámite de casamiento, se estipulaba la necesidad del futuro esposo de solicitar una real licencia⁵⁹. El Montepío se preocupaba, además, de una forma muy especial, por la condición social y “categoría” de las futuras esposas, probablemente con el fin de contribuir a mantener un cierto “estatus” y lo que por entonces se entendía como “decoro” entre los miembros de la oficialidad. Las mujeres debían ser, o bien hijas de oficiales, o bien hijas de padres nobles o hidalgos. Si pertenecían al estado llano, solo se permitía el matrimonio con un oficial si el padre de la futura contrayente formaba parte de los “*hombres buenos, honrados y limpios de sangre y oficios*”. Además, era requisito imprescindible que la mujer aportara una dote, que variaba según su condición social: 20.000 reales de vellón si era de origen noble, y 50.000 reales de vellón si pertenecía

⁵⁸ Salvo que el marido hubiese muerto en combate.

⁵⁹ Si se contraía matrimonio sin licencia, la viuda no tenía derecho a pensión.

al pueblo llano. Únicamente las hijas de oficiales o de ministros de la guerra estaban exentas de tal requisito.

Los expedientes personales conservados en el Archivo General Militar de Segovia recogen por millares peticiones de oficiales al rey para contraer matrimonio. El estudio de las mismas delata que todos ellos seguían un protocolo similar y predeterminado. A modo de ejemplo ilustrativo hemos escogido una de ellas, la de un oficial de uno de los regimientos irlandeses del rey de España, y que data de 1796. Para entonces, nuestro oficial, D. José O'Donell, miembro de una ilustre familia de militares de origen irlandés, afincados desde el siglo XVII en España, era capitán del Regimiento Irlanda. A fecha 23 de septiembre dirigía un escrito al Secretario del Despacho de la Guerra solicitando autorización para contraer matrimonio. El escrito decía así:

“Señor:

D. José O'Donell capitán del Regimiento de Infantería de Irlanda con la más rendida veneración, puesto a los Reales pies de V.M expone que:

No habiéndose efectuado el casamiento que fue de su Real agrado, permitirle que contrajese con Doña Elena O'Callagan hija de D. Cornelio O'Callagan capitán que fue del Regimiento de Ultonia, por haber sobrevenido algunas dificultades que lo impidieron, y deseando desposarse con Doña María Anna D'Anethan, actualmente domiciliada en esta ciudad, hija legítima y de legítimo matrimonio de D. Francisco Antonio D'Anethan caballero del S.R. y señor de Densborn y Winchange y de Doña Beatriz de Mareschal, su legítima mujer, hija de D. Francisco Alberto de Mareschal, teniente coronel que fue del Regimiento de Mendeman al servicio del Sr. Rey D. Felipe V, que goza de Dios y respeto justifica en los papeles y documentos que acompaña la nobleza y demás circunstancias que requiere V.M. en las mujeres de los oficiales.

Suplica atentamente a V.M. que sea de su agrado concederle permiso para contraer dicho casamiento: gracia que espera de la innata piedad de V.M

Luxemburgo. 15 junio de 1765”⁶⁰.

⁶⁰ En el Expediente personal de José O'Donell. AGMS. 1ª sec/ Leg: O-103. Para saber algo más sobre los regimientos irlandeses en España véase: COIG-O'DONELL DURÁN, Luis: “Militares y Unidades irlandesas en España”, en *Revista de Historia Militar*, nº 60, SHM, Madrid, 1986, pág. 40.

De la lectura del escrito de petición del capitán O'Donell, se puede deducir varias cosas importantes. Nos llama especialmente la atención el hecho de que no era suficiente con la solicitud formal preceptiva dirigida al Rey, sino que se debía acreditar el origen social y la condición de la futura esposa con la aportación de papeles y documentos oficiales.

La autorización para contraer matrimonio con doña Anna Anethan, hija legítima, y natural de Luxemburgo, le fue concedida al capitán O'Donell el 8 de julio de 1765, una vez comprobado que los contrayentes cumplían todos los requisitos exigidos. En primer lugar, la condición "noble" de la contrayente. También, el rango de capitán del solicitante. Y, lo que resultaba aún más decisivo, la aportación de ocho mil florines de Alemania (que se correspondían a ochenta mil reales de vellón) en concepto de dote de la novia. Una cantidad de dinero que se consideraba por el Montepío más que suficiente para que la nueva pareja pudiera llevar una vida digna y libre de penurias, al margen de la exigua paga del joven capitán, sin que supusiera una carga onerosa al Estado.

En el siguiente apartado veremos cómo estas mujeres, al igual que ocurría en otros ejércitos europeos, llegado el caso, acompañaban con frecuencia a sus maridos en las campañas militares.

LA PRESENCIA FEMENINA EN EL EJÉRCITO DE CARLOS IV. LA EXPEDICIÓN ARMADA DEL MARQUÉS DE LA ROMANA

Tenemos abundantes pruebas de la presencia femenina en los ejércitos del rey Carlos IV. Su presencia está sobradamente documentada, aunque en ningún caso con tanto detalle como en la expedición armada al norte de Europa dirigida por el marqués de La Romana, por la cantidad de documentos y testimonios que tal expedición originó.

Después de la campaña de 1806, Napoleón exigió al Rey de España, en virtud de los acuerdos suscritos en el Tratado de San Ildefonso (27 de junio de 1796), el envío de un cuerpo expedicionario de ejército a Alemania, con el objetivo de guarnecer las costas del mar Báltico y reforzar el bloqueo al que Napoleón quería someter a Gran Bretaña. En base a este Tratado, España debía facilitar a Francia 14.000 hombres de tropas escogidas.

Parte de esos 14.000 hombres procederían de tropas destinadas en España⁶¹, y el resto procedería de las tropas españolas destinadas en el Reino de Etruria⁶², donde, desde hacía muy poco, reinaba María Luisa, hija mayor de Carlos IV, y en el que prestaban servicio de guarnición y vigilancia. A estas dos columnas de soldados se les dio la orden de atravesar Europa y reunirse en la ciudad de Hamburgo. Las tropas procedentes de España marcharían bajo el mando del marqués de La Romana, general en jefe del cuerpo expedicionario. Las procedentes de Etruria marcharían bajo el mando del brigadier Salcedo hasta su reunión en Hamburgo con el resto de la División.

Al decretarse la salida hacia el norte de Europa de las tropas destinadas en Etruria, algunas mujeres prefirieron no seguir a sus maridos y regresar a sus ciudades de origen en España. Este fue el caso de seis mujeres de militares del Regimiento Zamora, que, acompañadas por sus hijos, decidieron volver. Y para facilitar su tránsito y vuelta a casa⁶³, solicitaron que se les abonase las dos pagas del sueldo de sus maridos a las que tenían derecho,

⁶¹ En concreto, el Regimiento de Infantería de la Princesa, un batallón del Regimiento de Infantería Guadalajara, el Regimiento de Infantería Asturias, el 2.º Batallón de Voluntarios de Barcelona, el Regimiento de Caballería de Línea del Rey, el Regimiento de Caballería del Infante, el Regimiento de dragones Almansa, una compañía de zapadores y una unidad de artillería.

⁶² En concreto, el Regimiento de Infantería Zamora, dos batallones del Regimiento Guadalajara, el 1.er Batallón de Voluntarios de Cataluña, el Regimiento de Caballería Algarve, el Regimiento de dragones Villaviciosa y una compañía de artillería.

⁶³ La autorización para que, en efecto, así se hiciera, está firmada por Gonzalo O'Farrill, en Barcelona, el 15 de enero de 1808. Así se lo comunicaba al ministro de la Guerra, D. Antonio Olaguer Feliu, a quien decía (AGMS. Sec 2º Div 3ª. Legajo: 1551):

“Excmo. Señor.

Por el Señor marqués de Caballero se me comunicó con fecha 22 de septiembre del año próximo pasado la Real Orden que determina que a las mujeres y familias de los seis individuos del Regimiento de Zamora contenidos en la nota adjunta, se les abonase por la Real Hacienda de Florencia dos pagas de sueldo de sus respectivos maridos para que pudiesen restituirse a España.

Esta Soberana resolución ha llegado a mi noticia estando ya fuera de Florencia de donde también aun antes de mi salida habían emprendido su viaje a Hannover o Hamburgo a incorporarse con sus respectivos maridos las expresadas mujeres a excepción de la del cirujano Bayona que creo se haya también en Liorna.

Tanto a estas familias como a las demás que han tenido que salir de Toscana sea para España o para Alemania después de la marcha de la División se les han franqueado dos o tres meses de lo asignado por los maridos para que no tuviesen que solicitar otro auxilio. Bajo este concepto he creído oportuno enterar a V.E de todo para que si lo tiene por conveniente lo ponga en noticia de S.M

Dios gué a V.E M.A. Barcelona, 15 enero de 1808.”

Si bien O'Farrill habla de seis mujeres, al parecer fueron más las procedentes de este Regimiento.

en razón de una Real Orden de septiembre de 1807. Además de esas seis mujeres del Zamora, hubo varias más, de diferentes unidades y regimientos, que también pidieron su retorno⁶⁴.

Estas mujeres fueron:

CUERPOS	EMPLEO Y NOMBRE	PERSONAS QUE DEBEN COBRAR	ASIGNACIÓN MENSUAL EN REALES DE VELLÓN	TESORERÍA
Regimiento de Infantería de Zamora	Tcol. Antonio Harcourt	Luisa Masdeu	300	Valencia
	Tte. Juan Camuñas	M. ^a Antonia Milante	140	Barcelona
	Cirujano. Isidro Bendat	Petra Álvarez	320	Idem
	Cirujano Ignacio Santos	Joaquina de Llera	320	Idem
	Cirujano Ramón Bayona	María Bayona	240	Idem
	Tambor Mayor Juan Bregon	Teresa Michana	90	Idem
	Sarg. Mayor Juan Vives	M. ^a de los Dolores Caro	300	Sevilla
Capitán Juan Porta	María Manuel Guerrero	360	Zaragoza	
Batallón de Infantería Voluntarios de Cataluña	Cap. Ant. Gaspar Blanco	María Castañola y Gil	600	Barcelona
	Cap. Carlos Ribas	Rafaela del Pino	200	Idem.
	Tte. Francisco Camilleri	Francisca Bermejo	160	Idem.
	Cap. Bernaror Cienfuegos	Rosa Nieves Novilla.	240	Idem.
	Ayudante. Fco. Rodríguez	Francisca Matas Rguez.	300	Idem.
Regimiento de Caballería de Algarbe	Tte. Francisco Saldarriafa	Josefa Fábregues	180	Idem.
	Tte. Esteban de Estrada	Gertrudis Chileno	180	Idem.
	Cirujano José Sales	Josefa Gores	200	Idem.
Regimiento de Dragones de Villaviciosa	Ayudante Juan Conway	No consta el nombre de su mujer	360	Idem.

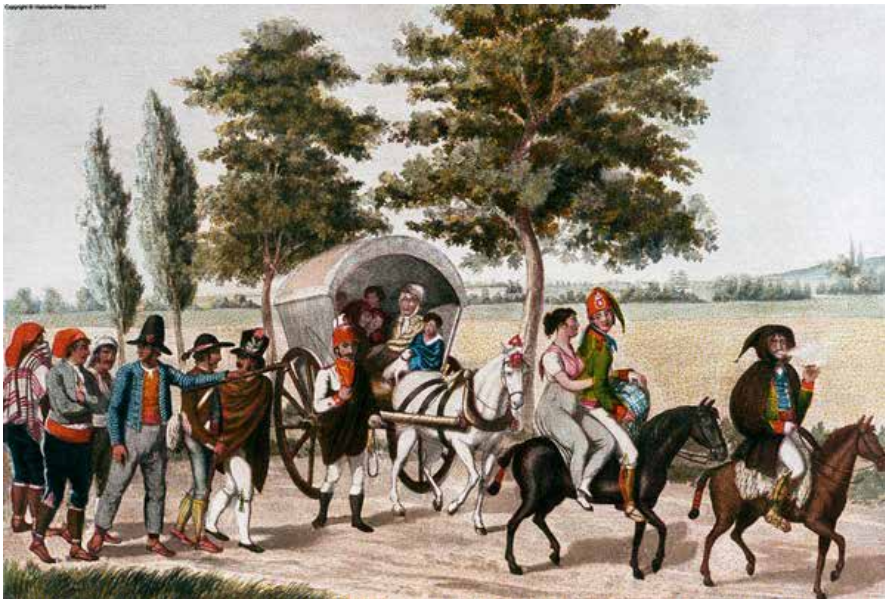
Una vez de nuevo en la Patria, la vida de estas mujeres volvería, teóricamente, a la normalidad. Su sustento y el de sus hijos quedaba, por el momento y al menos en teoría, asegurado, pues en las Reales Ordenanzas dadas por Carlos III se estipulaba que se haría con cargo al salario de sus maridos. Todo ello, conforme a una cantidad previamente determinada por

⁶⁴ Del Regimiento Guadalajara y del destacamento de Artillería no hay ninguna asignación. Leg: 1551. Sec. 2^a/ 3^a Div. Archivo General Militar Segovia.

cada uno de ellos, lo mismo que la Tesorería en la que habría de verificarse puntualmente el pago cada mes del año. Ese socorro alimenticio era fundamental para el sustento de las familias de los oficiales y demás soldados, y se descontaba de su paga por las cajas de sus respectivos Cuerpos.

Muchas fueron las mujeres de los soldados destinados en Etruria que, en el momento que se les ordenó la partida hacia el norte de Europa, decidieron, a pesar de los riesgos y dificultades que el viaje entrañaba, seguir a sus maridos. Tal vez tomaron esa decisión al pensar que si sus maridos se marchaban al norte de Europa, ¿qué hacían ellas solas en un reino extraño, como era Etruria? Quedaba la opción del retorno a casa pero, en estos casos, pudo más el deseo de continuar junto a sus esposos. Sin perder tiempo, cogieron a sus hijos, cargaron sus pertenencias, y siguieron a sus maridos a un destino incierto, lejano y desconocido.

En cuanto a las mujeres de los soldados que desde España debían partir al norte de Europa, no parece que fueran muchas las que decidieron seguir a sus maridos. Sin duda, para ellas resultaba bastante más cómodo y seguro permanecer en sus hogares, cerca de amigos y familiares, en vez de dejarlo todo y marchar al norte de Europa, a un lugar extraño y perdido, y por un tiempo indeterminado e imposible de calcular.



**Christoph y Cornelius Suhr, El Burgués de Hamburgo.
Expedición de La Romana a Dinamarca**

Las tropas españolas, al llegar a Hamburgo, causaron honda impresión en la tranquila población alemana. Recurrimos a un testimonio contemporáneo, el del historiador Adolphe de Thiers, en cuya *Historia del Consulado y el Imperio* podemos leer, que

*“aquellos soldados de tez morena, miembros enjutos, tiritando en las tristes y heladas playas del Océano Septentrional, representaban un singular contraste con nuestros aliados del norte”*⁶⁵.

Thiers continúa su descripción, proporcionando interesantes detalles sobre la vida de nuestras tropas, que durante todo el invierno de 1807 permanecieron acantonadas en las proximidades de Hamburgo. De ellas decía:

*“iban seguidos de multitud de mujeres, niños, caballos, mulas y asnos cargados de enseres, bastante mal vestidos, pero de una forma muy original, vivos, animosos, escandalosos, solo hablaban el español y vivían exclusivamente entre ellos. Hacían pocas maniobras y dedicaban una significativa parte de su tiempo en bailar al son de la guitarra con las mujeres que les acompañaban. Atraía de esa forma la curiosidad estupefacta de los serios habitantes de Hamburgo, cuyo periódico contaba estos detalles a una Europa sorprendida por tan extraordinarias escenas”*⁶⁶.

Después de pasar los expedicionarios españoles varios meses acantonados en Hamburgo y sus alrededores, a principios de 1808 recibieron la orden de trasladarse a Dinamarca. Pero, a la hora de partir, según se desprende de un escrito de Ranz Romanillos, ministro de España en Hamburgo, se dio la orden de que en la citada ciudad debían permanecer *“los enfermos, el Cuerpo de Ingenieros y las mujeres de los oficiales y soldados que habían seguido a sus maridos, y a las que se les dio orden de no pasar adelante”*. Ahora bien, dicha orden, por lo que respecta a las mujeres, fue ignorada y no se cumplió, como veremos a continuación.



**Christoph y Cornelius Suhr,
El Burgués de Hamburgo.
Expedición de La Romana
a Dinamarca**

⁶⁵ THIERS, Adolphe: *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Ed. Paulin, París, 1855, Tomo VII, pág. 541.

⁶⁶ *Ibidem*, pág. 542.

En tierras de Dinamarca le sorprendió al marqués de La Romana la sublevación del 2 de mayo de Madrid. Para evitar caer prisioneros de los franceses, el marqués fingió seguir siendo fiel a la alianza con los franceses, pero en secreto pudo contactar con los ingleses, y planear la huida a España a bordo de buques británicos. Y así se hizo.

En agosto, la mayoría de las tropas del cuerpo expedicionario español al mando del marqués de La Romana (más de 9.000 hombres) pudieron embarcar apresuradamente en la isla de Langeland y regresar a España. Entre las tropas repatriadas, viajaron numerosas mujeres, aunque resulta imposible determinar el número exacto porque los datos que proporcionan las diversas fuentes consultadas fluctúan de unas a otras. El contralmirante Keats, jefe de la flota inglesa que repatrió a los expedicionarios, afirmó que viajaban más de 234 mujeres y niños. Boppe asegura que los buques ingleses trasportaron a 18 esposas de oficiales, 127 de suboficiales y tropa, 67 criadas y 60 niñas. También podemos encontrar datos sobre el número de mujeres repatriadas de Dinamarca en la Memoria de De la Quadra, aunque las cifras varían ligeramente respecto a los anteriores: 116 mujeres, 67 niñas y 49 criadas; o en la Memoria del coronel Astrandi, donde se señala que las mujeres presentes eran 127 sirvientas, 34 esposas de jefes, 32 de oficiales, 254 de suboficiales y tropas, y 135 niños⁶⁷.

Al margen de las cifras que proporcionan unos y otros, hay algo que resulta más que evidente: la orden de que estas mujeres se quedaran en Hamburgo, y no se trasladaran a Dinamarca, no fue cumplida.

El problema surgió con los más de 4.000 hombres del cuerpo expedicionario que, por distintas circunstancias desafortunadas, no pudieron escapar de Dinamarca, y fueron hechos prisioneros por los franceses. Estos soldados fueron conducidos, en carretas y en muy malas condiciones, a diferentes depósitos de prisioneros situados por toda Francia. En esa ocasión, sus mujeres, una vez más, tampoco dudaron en seguirlos. Lo veremos en el siguiente epígrafe.

La situación de estos prisioneros también repercutió en la situación de sus mujeres residentes en España (ya fuera porque decidieron quedarse en su hogar, ya fuera porque regresaron de Etruria meses antes). Si bien durante los primeros meses debieron recibir, de forma puntual y con cierta regularidad, la asignación correspondiente (al menos la documentación consultada no indica lo contrario), al estallar la guerra contra Francia, y caer sus mari-

⁶⁷ Aunque las cifras son ciertamente dispares entre ellas, sí da una idea, cuanto menos, de la existencia de esos colectivos humanos entre las unidades militares españolas. V. PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: *De los últimos de Kronstad y otros olvidados de la Guerra de la Independencia*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2009, pág. 33.

dos prisioneros, se interrumpió el contacto con su unidad y desapareció su vinculación con el Regimiento. Como consecuencia, estas mujeres dejaron de recibir la asignación mensual. Sin recursos, muchas de ellas se verían en la más absoluta miseria y obligadas a sobrevivir como buenamente pudieron, por sí mismas, solas, o gracias al apoyo y la caridad de sus familias y amigos.

Terrible situación la de estas mujeres, en un país arrasado, con escasos recursos y asolado por la guerra. La suya será en adelante una supervivencia difícil y en precario, luchando en soledad para sacar a sus familias adelante. Vidas difíciles, que bien merece un futuro estudio en profundidad.

Duros, sin duda, debieron de ser los más de seis años de soledad y penurias, que son los que muchas de estas mujeres tardaron en recuperar el contacto con sus maridos y compañeros, llevados a Francia como prisioneros e internados en los distintos depósitos, creados a tal efecto y desperdigados por toda la geografía gala. Nosotros disponemos del desgarrador testimonio de una de ellas, Francisca Bermejo, esposa del teniente D. Francisco Camilleri, del batallón de Voluntarios de Cataluña, que, como otras muchas, en 1806 partió esperanzada de España, acompañando a su marido, que había sido destinado a Italia a guarnecer el pequeño reino de Etruria.

Cuando en la primavera de 1807, después de un año de plácida estancia en tierras italianas, se ordenó la inmediata salida del cuerpo expedicionario español desde Etruria hacia Alemania, Francisca, en vista de la dureza de la campaña que se avecinaba, decidió regresar a España. Entonces, recibió de su marido, el teniente Camilleri, una asignación mensual de 160 reales de vellón, en concepto de pensión alimentaria para ella y los hijos del matrimonio⁶⁸.

⁶⁸ Así consta en la relación que los mariscales de campo Antonio Samper y José Navarro le trasladan, de parte del Príncipe de la Paz, que a su vez la había recibido del general O'Farrill desde Etruria, al ministro de la Guerra, D. José Caballero, en Madrid, a 5 de febrero de 1806, para que este proceda a ejecutar las órdenes dispuestas, en la que puede leerse:

“Excmo. Señor:

El Señor generalísimo Príncipe de la Paz nos manda pasar a manos de V.E la adjunta relación copia de la que le ha dirigido el Señor D. Gonzalo O'Farrill comandante del Cuerpo de tropas que marcha a Etruria en que se manifiesta las asignaciones que algunos oficiales y otros individuos de los regimientos de aquella División, se proponen dejar a sus familias con expresión de la Tesorería en que desea se verifique su pago a fin de que V.E se sirva expedir las órdenes oportunas a que se realice este socorro, cuyo importe se descuenta a los interesados por las Cajas de sus respectivos Cuerpos.

Dios Gué a V.E, dado en Madrid. 5 de febrero de 1806.”

Poco tiempo pudo disfrutar de esta ayuda. Por un escrito de la propia Francisca Bermejo, fechado en Barcelona el 28 de octubre de 1815, solicitando pensión al monarca, sabemos de la realidad de los hechos y también su triste historia. Aquel estremecedor escrito decía así:

“Señor:

Doña Francisca Camilleri, consorte de D. Francisco Camilleri teniente coronel o comandante del Regimiento Imperial Alejandro con el mayor respeto a V.R.M. expone: Que en el año 1806 se halló con su marido en el Reyno de Etruria, y en el de 1807, habiendo dispuesto S.M pasase su marido al Norte a incorporarse con el marqués de La Romana, tuvo la exponente que regresar con su familia a España y habitó en Barcelona, de donde salió al momento del levantamiento de la España contra los ejércitos de Napoleón para tomar parte en la justa causa y fue a domiciliarse a la Villa de Reus, en donde permaneció cinco años en cuyo tiempo hizo varios servicios a la Patria exponiendo su vida, favoreciendo a cuantos infelices le fue posible librando a algunos de la muerte con su ingenio y limosnas hasta arrodillarse a los pies del general enemigo vistiendo unas veces como mujer del campo y otras de su propio carácter de señora: lo dicho consta por los adjuntos documentos, que acompaña.

*Ocho años, señor, se hallaba ausente de su marido por haber ignorado su paradero y aunque hace un año sabe de él, no puede ir a juntarse, pues a consecuencia de los muchos sustos que recibió durante el tiempo que se ha desvelado en defensa de la Patria le han sobrevivido unos accidentes que la imposibilitan el viajar por cuyo motivo se halla muy corta de auxilios para su subsistencia y la de su familia; y como considera que V.M no olvida ni deja de premiar los méritos contraídos por vuestros vasallos, por lo mismo se acoge al amparo de S.R.M.: Suplicando rendidamente a V.M se digne concederla aquella pensión que sea de su mayor agrado. Gracia que espera del personal corazón de V.M=Barcelona, 29 de octubre de 1815”.*⁶⁹

Triste historia la de Francisca Camilleri, mujer excepcional, que como otras muchas mujeres de soldados fue parte de una raza de féminas singulares de coraje extraordinario. Durante seis años demostró su entereza para sobreponerse, ella sola, a la adversidad de una existencia precaria, llena de soledad, incertidumbres y penuria, sacando lo mejor de sí en aquellos difi-

⁶⁹ Esta petición, que se encuentra en el expediente personal de Francisco Camilleri, se halla acompañada de una importante colección de documentos acreditativos de su patriótica conducta salvando numerosas vidas de prisioneros cuyo testimonio acompaña. Legajo C-657/ 1ª Sec. Archivo General Militar de Segovia.

les tiempos de guerra, revueltas y confusión. Pero no fue la única. Miles de mujeres de la generación de Francisca, con heroísmo y de forma anónima, tuvieron que hacer frente a esa misma soledad, incertidumbre, desamparo y una total falta de recursos, y, sobreponiéndose a tanta adversidad con entrega, coraje y valentía ilimitada, solventaron las extremas dificultades de su precaria existencia, sacaron adelante a sus familias y entregaron sus vidas a deberes más altos como la llamada de la Patria.

LAS “PRISIONERAS” DE NAPOLEÓN

En tiempos de Napoleón a los prisioneros de guerra se les definía como “*aquellos soldados que han cesado de combatir y a los que se les retiene al objeto de impedirles tomar parte de nuevo en las hostilidades*”. Así pues, la cautividad de guerra, un hecho común por la frecuencia misma de las guerras, se aplicaba a todos sin distinción cuando eran despojados de las armas. La teoría era simple, pero en la realidad las cosas no resultaban tan sencillas e iban más lejos. Conforme a los usos del tiempo, se podía someter, no solo a los combatientes, sino también a todos aquellos que, aun no siendo soldados, tenían una acción directa sobre la fuerza militar del país enemigo; es decir, el soberano, los altos funcionarios, los representantes de las ciudades. Pero también civiles, aquellos civiles que seguían a los militares en campaña⁷⁰... y por tanto, en línea con ese razonamiento, también a sus mujeres, de manera que podríamos pensar que, en adelante, pasaban ellas también a ser “prisioneras”.

Entre las prisioneras españolas de Napoleón que pasaron la guerra en Francia podemos distinguir dos grandes grupos. Por una lado, las españolas que siguieron a sus maridos o compañeros hasta Dinamarca, y que fueron hechos prisioneros en aquellas tierras. Por otro, las españolas que, al saber que su marido había sido hecho prisionero en España, y había sido

⁷⁰ ROUANET, David. *Les prisonniers de guerre étrangers dans le Nord-Est de la France (1803-1814)*. Thèse Doctorale, Directeur: Jacques-Olivier Boudon, Université Paris-Sorbonne, París, 2009, pág. 23. Eran numerosísimos los civiles que seguían no solo al francés sino a todos los ejércitos de la época. Tenderos de todo tipo, cantineras, lavanderas, hijos y sobre todo esposas pueden encontrarse entre los prisioneros abandonados al ejército vencedor. Al seguir al ejército sabían que en caso de rendición seguirían ellos la misma suerte que las tropas y no podrán por tanto contar más que con la humanidad del vencedor. En Astorga el 1 de enero de 1809, Napoleón encontró cientos de mujeres y niños británicos refugiados en una granja sin víveres desde hacía dos días. El general inglés John Moore, al ralentizar con su presencia el avance hacia el puerto de La Coruña, decidió dejarlos a su suerte y a la generosidad del ogro. BERNARD, Léonce: *Les prisonniers de guerre du Premier Empire*. Edit Christian, París, 2002, pág. 150.

trasladado a Francia, decidieron viajar al país vecino para estar a su lado. Estas últimas, cruzaron ellas solas la frontera con Francia, sin autorización ni permiso de ningún tipo, con la esperanza de encontrarlos y reunirse con ellos en alguno de los numerosos depósitos de prisioneros diseminados por toda la geografía gala. Por lo general, en la frontera se les impedía el paso, salvo que se tratara de mujeres de oficiales, en cuyo caso solían ser menos estrictos⁷¹.

Las mujeres de los prisioneros no eran bienvenidas. Al contrario, su presencia resultaba especialmente embarazosa para el Gobierno Imperial, y a la larga un problema añadido, ya que no sabían muy bien qué hacer con ellas, pues, legalmente, no se las podía meter en la cárcel, por lo que deambulaban descontroladamente, de un lado a otro del país.

Según avanzaba la guerra de España, se iba incrementando el número de prisioneros que, conforme a lo decretado por Napoleón, debían ser rápidamente alejados del teatro de operaciones y trasladados a Francia para evitar cualquier tentación de huida o fuga. En consecuencia, aumentaba también el número de españolas que, de una forma u otra, conseguían desplazarse al país vecino en busca de sus esposos. Un proceso lento pero constante que, a modo de goteo imparable, se constataría, día a día, en todos los depósitos de prisioneros de Francia. Al principio fue un acontecimiento menor y se produjo de forma sutil y sin consecuencias, pero con el tiempo se convirtió en una incómoda realidad, que conllevaba desagradables inconvenientes. El descubrimiento oficial de su presencia data del año 1811⁷². Fue entonces cuando Napoleón se enteró de que ya eran unas 820 mujeres⁷³.

Ese número, que inevitablemente estaba llamado a crecer, obligó al Gobierno francés a dejar de ignorar el problema y tomar una decisión. En adelante, la administración departamental y local se encargaría de regularizar los desplazamientos de esas exiliadas voluntarias. Con tales medidas se evitaba que recorriesen el país de forma incontrolada y en todas direcciones, de un depósito de prisioneros a otro, averiguando el paradero de sus maridos y compañeros, buscándose la vida como podían y subsistiendo de la mejor forma posible⁷⁴.

⁷¹ Las demás tuvieron que buscar mil artimañas para cruzar por su cuenta los Pirineos.

⁷² AYMES, Jean-René: *Los españoles en Francia (1808-1814), la deportación bajo el Primer Imperio*. Edit. Siglo XXI, Madrid, 1987, pág. 103.

⁷³ Existe un informe fechado en 1811 que cifra en 825 las mujeres viviendo en campos de prisioneros, normalmente esposas de algunos de los allí recluidos, a las que se tildaba de “*comportamiento bueno y decente*”, con casi ausencia de meretrices. PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: op. cit., pág.66.

⁷⁴ En ese sentido, debemos puntualizar que por aquel entonces en Francia ya estaba aprobado y en plena vigencia el Código Civil elaborado por Napoleón, de ideas muy avan-

Esa fue la realidad en el caso de mujeres de soldados rasos y suboficiales. Las mujeres de los oficiales gozaron de una situación algo mejor, ya que tenían una cierta consideración social, y su situación legal y económica era diferente, por lo general algo más desahogada. Un tiempo después, ya en la primavera de 1813, dentro de esta categoría genérica de “mujeres de oficiales” se operaría una clara e importante discriminación de orden político: si el marido había jurado sumisión al rey José I, su mujer tenía derecho a reunirse con él⁷⁵. Se trataba de una forma de compensar a los súbitos del nuevo rey, y a su vez, de animar a los oficiales que aún vacilaban si acatar o no al nuevo monarca⁷⁶.

Un grupo aparte dentro del conjunto nada homogéneo de las mujeres “exiliadas” en Francia, y del que no queremos olvidarnos, pues era realmente importante en número, es el de las “mozas de fortuna”, término con el que se designaba en aquella época a las prostitutas. Se establecían en los acantonamientos militares, buscando las grandes concentraciones de hombres, y también merodeaban por los alrededores de los depósitos de prisioneros, causando estragos morales y fisiológicos de toda clase y condición. Junto a las prostitutas, aunque formando un grupo aparte, habría que añadir el compuesto por algunas esposas y viudas, cuya moralidad se había venido abajo, empujadas por la miseria, la soledad y la desesperación. Tanto unas como otras causaban problemas a la administración imperial por los escándalos que, con frecuencia, provocaban en torno a los depósitos de prisioneros, por lo que muchas fueron expulsadas de Francia, y en algunos casos incluso fueron encarceladas.

Entre “las depravadas” y “las virtuosas” se extendía, como es natural, todo un arco de comportamientos humanos. Toda una gama de mujeres, cuanto menos medianamente honestas o “imperfectamente inocentes”⁷⁷, que se dedicaban a intrigar, establecer relaciones irregulares, y aun sin pre-

zadas y que tendría mucha influencia en todos los países europeos. En ese Código se compaginaban las ideas del derecho romano con las ideas moderadas de la revolución: libertad, igualdad, abolición del feudalismo, etc. Importante es constatar que el sujeto de derecho no era el pueblo, el colectivo, sino la persona, el individuo, lo que le daba una gran modernidad. Como defectos del Código podemos ver que sometía a la mujer al hombre, y no reconocía la igualdad entre los cónyuges. Era demasiado pronto. Es por ello, por lo que la suerte de la mujer iba tan íntimamente ligada a la suerte de su marido.

⁷⁵ Privilegio que no gozaban las mujeres cuyos maridos no hubiesen jurado al rey José Bonaparte.

⁷⁶ Esos oficiales “juramentados” llamaban a sus mujeres a su lado con el fin de protegerlas. La guerra no tardaría en finalizar, y querían evitar las represalias que los patriotas podían tomar con ellas, como mujeres de oficiales juramentados, y, por tanto, afrancesados. La mejor opción era el exilio en Francia.

⁷⁷ Son palabras del propio AYMES, Jean-René: op. cit., pág. 102.

tenderlo, provocaban toda una serie de dramas sentimentales y personales entre el grupo de los prisioneros españoles.

Pero existía, además, otra categoría de féminas, que era precisamente la más numerosa, que estaba integrada por cientos de mujeres de conducta “modosa” y meritoria, cuando no irreprochable. Un heterogéneo grupo que, en su empeño por reunirse con sus maridos y compañeros, luchaban, día a día, contra la indigencia ejerciendo toda clase de oficios manuales. Y supieron hacerlo con maestría y dignidad. A pesar del viejo prejuicio antiespañol que, desgraciadamente, dominaba en los medios gubernamentales de la vecina Francia, el propio ministro de la Guerra, cautivado por las cualidades de estas mujeres de virtud intachable y valor probado, obligadas a sobrevivir en medio de un mundo hostil, no pudo dejar de reconocer su calidad humana cuando, refiriéndose a ellas, en noviembre de 1811, dejó escrito:

*“Estas mujeres, con excepción de un pequeño número, están cerca de sus maridos y tienen hijos. No han dado lugar a ningún reproche y muchas trabajan como lavanderas de los prisioneros”*⁷⁸.

Un importante grupo de españolas (precisamente las más) consiguieron buscarse la vida con honradez. Y para subsistir, trabajaron de criadas, costureras, cocineras, etc., ejerciendo los diferentes oficios con enorme dignidad. Junto a ellas, otras muchas compatriotas, todas ellas dignas de lástima y respeto, no tuvieron sin embargo tanta suerte. No encontraron un empleo, y se negaron a vender su cuerpo. Estas pobres mujeres vivían en la más absoluta de las miserias, y no tenían más remedio que mendigar.

En un momento dado, especialmente después de la desastrosa campaña de Rusia de 1812, el Gobierno napoleónico, agobiado por los graves problemas que empezaban a surgir⁷⁹, se vio obligado a soltar lastre, ahogado por las dificultades económicas sobrevenidas, y autorizó el regreso a España de todas las mujeres que lo desearan. Muchas fueron las que, en unas pocas semanas, recogieron sus pocas pertenencias, y con ellas a cuesta emprendieron el camino hacia los Pirineos, regresando a sus casas y reencontrándose con sus familias y su vida anterior.

A partir de este momento, las españolas que quedaron en la Vieja Francia apenas pasaron de unos pocos cientos. Ellas habían optado por permanecer en suelo galo. Así lo habían decidido, bien por propia voluntad (para poder continuar al lado de sus maridos), bien por imposibilidad de

⁷⁸ *Ibíd.*, pág. 103.

⁷⁹ Con lógica rigurosa que, en este caso, le hacía únicamente tener en cuenta el criterio económico-financiero. *Ibíd.*, pág. 103.

reunir el dinero necesario para el viaje, o bien porque no les quedaba otra opción porque, a causa de su comportamiento, habían sido calificadas como “peligrosas” y estaban sometidas a medidas especiales de internamiento o de asignación de residencia, aunque estas últimas eran la minoría.

Concluida la guerra y firmada la paz, en la primavera de 1814 se produjo el regreso masivo de los prisioneros españoles de Francia, y, con ellos, sus mujeres, las “prisioneras” de Napoleón. Algunas habían pasado fuera de España más de siete años, siete largos años en los que sus vidas habían cambiado sustancialmente. Ahora, tocaba finalmente el retorno a la normalidad.



**Soldados napoleónicos con una joven tendera.
Adrien Moreau (1843-1906)**

El 9 de septiembre de 2002, al excavar la cimentación para un edificio de apartamentos en la ciudad de Vilna, capital de Letonia, se encontró la mayor fosa común descubierta de la época napoleónica: 1.724 esqueletos reconocibles. De los 930 cuerpos a los que se pudo determinar el sexo -al examinar la pelvis, más estrecha en los hombres- 27 eran, sin lugar a dudas, mujeres: un 3% del total de los individuos que componían la Grande Armée de Napoleón.

Todas ellas, mujeres soldado, esposas, compañeras, viudas, aventureras, cantineras, lavanderas, prostitutas y barraganas, llevaron una vida compleja y errante. Una existencia difícil, llena de soledad, carencias, dudas, incertidumbres, inseguridades y constantes sobresaltos. Y fue de este modo como todas ellas tuvieron su lugar en la Historia de los ejércitos en tiempos de Napoleón. Un papel en la sombra del teatro de la Historia, eminentemente masculino, y desdeñado, por poco conocido, y por no aparecer normalmente en los relatos de historia militar. Una carencia que hemos intentado paliar con esta pequeña aportación que tal vez sirva de recuerdo y reconocimiento a su memoria.

BIBLIOGRAFÍA

- ABRANTES: *Memorias de la duquesa de Abrantes, recuerdos o Napoleón histórico*, París: Librairie de L. Librairie de L. Mame, 1835, p. Mame, París, 1835, T. 2.184-185.
- ANDUJAR CASTILLO, Francisco: “Familias irlandesas en el ejército y en la Corte Borbónica”, en *Extranjeros en el ejército. Militares irlandeses en la sociedad española, 1580-1818*. Enrique García Hernán y Oscar Recio Morales (coords). Ministerio de Defensa, Madrid, 2007.
- ALONSO, José Ramón: *Historia Política del ejército español*. Editora Nacional, Madrid, 1974.
- AYMES, Jean-René: *La Déportation sous le Premier Empire. Les Espagnols en France (1808-1814)*. Publications de la Sorbonne, París, 1983.
- AYMES, Jean-René: *Los españoles en Francia (1808-1814), la deportación bajo el Primer Imperio*. Edit. Siglo XXI, Madrid, 1987.
- BALDET, Marcel: *La Vie quotidienne Dans les Armées de Napoléon*. Edit Hachette, París, 1964.
- BERNARD, Léonce: *Les prisonniers de guerre du Premier Empire*. Edit Christian, París, 2002.
- BLAZE, E. capitaine: *Souvenirs de un officier de la Grande-Armée. La vie militaire sous le Premier Empire*. Fayard editeur, París, 1904.
- BLOND, George: *La Grande Armée. 1804-1815*. Robert Laffont, edit., París, 1979.
- BORREGUERO BELTRÁN, Cristina: *Del Tercio al Regimiento*. Real Sociedad Económica de Amigos del País, Valencia, 2001.
- BOURGOGNE, Sargent: *Mémoires du sargent Bourgogne*. Edit Arléa, París, 1992.
- COIG-O'DONELL DURÁN, Luis: “Militares y Unidades Irlandesas en España”, en *Revista de Historia Militar*, nº 60, SHM, Madrid, 1986.
- CIFUENTES CUENCAS, Margarita: *El Imperial Alejandro. El Ejército en los orígenes del constitucionalismo español*. Ministerio de Defensa, Madrid, 2018.
- CHANDLER, David: *Dictionary of the napoleonic wars*. Wordsworth editions, Kent, 1999.
- DAMMAME, Jean Claude: *Les soldats de la Grande Armée*, Ed. Perrin, París, 2002.
- DEMOUGIN, Jacques: *La Grande Armée*. Col. Tresor du Patrimoine, París, 2004.

- FACON, Patrick; GRIMAUD, Renée, y PERNOT, François: *Au Coeur de la Grande Armée. La Glorieuse épopée de Napoléon*. Edit. Atlas, Evreux, 2004.
- FONTANA LAZARO, Josep: *La quiebra de la Monarquía Absoluta, 1814-20*. Edit. Ariel, Barcelona, 1978.
- GARCÍA DE LA RASILLA, María del Carmen: “El Montepío Militar. La asistencia social en el Ejército de la segunda mitad del siglo XVIII”, en *Revista de Historia Militar*, nº 31, S.H.M, Madrid, 1981.
- HERRÁIZ DE MIOTA, César: “Los Montepíos militares del Siglo XVIII como origen del sistema de clases pasivas del Estado”, en *Revista del Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales*, nº 56, Madrid, 2005.
- LUCAS-DUBRETÓN, J.: *Soldats de Napoléon*. Edit, Tallandier, París, 1977.
- MARTÍN MAS, Miguel Angel: *La Grande-Armée. Introducción al Ejército napoleónico*. Andrea Press Edit., Madrid, 2005.
- MÖRNER, Magnus: *El marqués de La Romana y el mariscal Bernadotte. La epopeya singular de la División del Norte en Dinamarca (1808)*. Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, Madrid, 2004.
- MORVAN, Jean: *Le soldat Imperial (1800-1814)*. Plon-Nourrit edit., París, 1904, vol I.
- PIGEARD, Alain: *L'Armée Napoléonienne. Organisation et vie quotidienne*. Edit Tallandier, París, 2000.
- PORRAS Y RODRÍGUEZ DE LEÓN, Gonzalo: *De los últimos de Kronstad y otros olvidados de la Guerra de la Independencia*. Col. Adalid, Ministerio de Defensa, Madrid, 2009.
- PUELL DE LA VILLA, Fernando: *El soldado desconocido. De la leva a la “mili”*. Biblioteca nueva, Madrid, 1996.
- ROUANET, David. *Les prisonniers de guerre étrangers dans le Nord-Est de la France (1803-1814)*. Thèse Doctorale, Directeur: Jacques-Olivier Boudon, Université Paris-Sorbonne, París, 2009.
- RUMEU DE ARMAS, Antonio: *Historia de la previsión social en España. Cofradías-Gremios-Hermandades-Montepíos*. Editorial Revista de Derecho Privado, Madrid, 1944.
- SANZ, Raymundo: *Diccionario militar de todos los términos propios al Arte de la Guerra*. Barcelona, Juan Piferrer, 1749.
- SOKOLOV, Oleg: *L'Armée de Napoléon*. Editions Commios. Marcel Tache edit. Villier-Le-Bel. 2003
- SUMMERVILLE, Christopher: *La retirada a la Coruña de Sir John Moore, 1808-1809*. Inédita editores, Madrid, 2003.

THIERS, Adolphe: *Histoire du Consulat et de l'Empire*. Ed. Paulin, París, 1855, Tomo VII.

TULARD, Jean: *Napoléon chef de Guerre*. Tallandier edit., París. 2012.

FUENTES DOCUMENTALES

Archivo General Militar de Segovia:

- 1.^a sección. Expedientes personales de:
 - José O'Donnell. Leg: O-103.
 - Francisco Camilleri y Gomis. Leg: C-657.
- 2.^a sección:
 - División 7. Legajo 12. Expedición a Francia. Estados de Fuerza.
 - División 3. Legajo: 1551.

Recibido: 15/01/2019

Aceptado: 25/11/2020

PRIMEROS AÑOS DE FRANCISCO DE TOVAR COMO ALCAIDE Y CAPITÁN DE LA GOLETA (1538-1540)

Ricardo GONZÁLEZ CASTRILLO¹

RESUMEN

El presente trabajo analiza los primeros años de gobierno de Francisco de Tovar (1538-1540) al frente de la plaza de la Goleta, a la luz de los datos que ofrece la correspondencia por él mantenida, la cual se conserva en el Archivo General de Simancas. Las principales cuestiones tratadas guardan relación con la situación interna de este presidio militar, las obras de construcción que se llevaban a cabo en el mismo y las diferentes opiniones sobre cómo ejecutarlas, así como las difíciles relaciones diplomáticas con el emir ḥafsī Mulay Ḥasān, vasallo del emperador Carlos V, a quien le había dado el gobierno tunecino tras la campaña del año 1535. Dos hechos de especial trascendencia –el motín de la guarnición en 1538 y la visita de Martín Niño en 1539– son tratados de forma pormenorizada en este estudio por la importancia que tuvieron en la gestión de la fortaleza.

¹ Universidad Rey Juan Carlos (c/ Tulipán, s/n, 28933 Móstoles, Madrid),
ricardo.gonzalez@urjc.es.

PALABRAS CLAVE: Tovar, Francisco de; Goleta, fortaleza de la; presidios norteafricanos-siglo XVI; motines-siglo XVI; Ḥasān, Mulay, emir ḥafsī.

ABSTRACT

This paper analyzes the first years of the government of Francisco de Tovar (1538-1540) as a mayor and captain of the fortress of the Goleta, in the light of the data offered by the correspondence maintained by him, which is kept in the General Archive of Simancas. The main issues dealt with relate to the internal situation of this military site, the construction works carried out in it and the different opinions on how to execute them, as well as the difficult diplomatic relations with Mulay Ḥasān, vassal of the Emperor Charles V, whom the Tunisian government had given him after the campaign of 1535. Two events of special significance -the garrison riot in 1538 and the visit of Martín Niño in 1539- are dealt with in detail in this study by the importance they had in the management of the fortress.

KEY WORDS: Tovar, Francisco de; Goleta, fortress of the; North African military sites-XVI century; riots-XVI century; Ḥasān, Mulay, emir ḥafsī.

* * * * *

SITUACIÓN DE LA GOLETA A LA LLEGADA DE FRANCISCO DE TOVAR

*Ausencias de Mendoza, Ferramolino y Mulay Ḥasān.
Capitulación entre el virrey de Sicilia y el emir tunecino
(enero a abril de 1538)*

Francisco de Tovar y García de Trujillo fue nombrado alcaide y capitán de la fortaleza de la Goleta en 1538 en sustitución de Bernardino de Mendoza y Pacheco² quien había ostentado ese cargo desde que Carlos V la conquistase a Barbarroja, junto con la ciudad de Túnez, en el verano

² Para la biografía de este militar, *vid.* Pañeda Ruiz, José María: “Redescubriendo a don Bernardino de Mendoza”, en *Revista de las Órdenes Militares*, nº 8, 2015, pp. 225-255. El 4 de mayo de 1539 se firmaba el asiento entre Carlos V y Bernardino de Mendoza por el cual pasaba a ocupar el puesto de capitán general de las galeras de España, con diez galeras, cargo que había desempeñado anteriormente Álvaro de Bazán.

del año 1535³. Sin duda alguna, “el desembarco de un ejército en el litoral de una tierra adversaria” es una de las operaciones militares más complejas porque requiere una buena coordinación de efectivos terrestres y marítimos que, en el caso que nos ocupa, se ejecutó de forma excepcional⁴. La importancia de la Goleta radicaba en su posición estratégica, que la convertían en un enclave destacado para el control del Mediterráneo. De no haber realizado esta expedición, el emperador se hubiera expuesto a la creación de un estado satélite turco en el Norte de África que, apoyado por los otomanos, constituiría una seria amenaza para España y para las vías de comunicación con sus territorios italianos⁵. Sin embargo, la falta de continuidad en esta política norteafricana –que era, en realidad, un escenario más de la lucha entre dos Imperios, regidos por Carlos V y Solimán el Grande– fue mermando la presencia española en la zona e hizo que Argel⁶ se convirtiera en un foco de actividad corsaria al servicio del sultán turco⁷. Tras la victoria, y antes de embarcar para España, el emperador había suscrito unas capitulaciones con el emir ḥafṣī Mulay Ḥasān el 6 de agosto reconociendo su dominio sobre Túnez a cambio del pago de unas obligaciones económicas, conocidas con el nombre de «parias», entre otras de diversa índole, como la de no poder firmar acuerdos con otros estados⁸.

³ Una relación completa de esta jornada puede verse en el ms. de la Biblioteca de El Escorial, signado como V.II.3, ff. 263-273, que fue publicada, con variantes, en CODOIN, t. I, pp. 159 y ss. Los primeros en acceder a la fortaleza de la Goleta fueron los alféreces Mendoza y Fuensalida, recompensados con 250 ducados, seguidos por el alférez Pedro Gaytan, a quien se le premió con 200 ducados. *Vid.* Archivo General Militar de Madrid [en adelante, AGMM], *Fondo Aparici*, t. V, sign. 1-5-5 (rollo 2, microfilm). “Copia de una relación original de los que primero entraron en la Goleta y las recompensas que se les debían dar”, p. 12.

⁴ Arqués, Enrique: *Las adelantadas de España*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1966, pág. 19.

⁵ Clot, André: *Solimán le Magnifique*. Fayard, París 1983, pág. 143. *Vid.* también Braudel, Ferdinand: “Les espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 a 1577”, en *Revue Africaine. Bulletin de la Société Historique Algérienne*, n° 69, 1928, pág. 363.

⁶ Sobre este primer asentamiento otomano en el Norte de África, *vid.* Bunes Ibarra, Miguel Ángel de: “El norte de África y los otomanos a principios del siglo XVI”, en *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon*, vol. II. Instituto de Estudios Ceuties, Ceuta, 1998, pág. 120.

⁷ Martínez Laínez, Fernando: *La guerra del Turco. España contra el Imperio Otomano. El choque de dos gigantes*. EdaF, Madrid, 2010, pág. 67. *Vid.* también Téllez Alarcía, Diego: “El papel del Norte de África en la política exterior hispana (ss. XV-XVI)”, en *Tiempos modernos*, n° 1, 2000, pág. 10.

⁸ La cantidad a abonar era de 12.000 ducados de oro, los cuales se liquidarían en dos pagos anuales de 6.000 ducados, en enero y julio, comenzando esta obligación a partir del año 1536. Asimismo, junto con la del mes de julio, se entregarían “seis buenos cauallos moriscos y doze falcones [...] sopena de zinquenta mill ducados de oro [...] por la primera vez que habra falta en ello, y por la segunda de cien mill ducados”. *Vid.* Archivo Histórico Nacional [en adelante A.H.N.], *Estado*, leg. 2876, n° 12. “Copia de la capitulación hecha entre el emperador Carlos V y el rey de Túnez cerca de la Goleta a 6 de agosto

La elección de Tovar parecía adecuada por su experiencia en la dirección de una fortaleza⁹. A mediados de febrero de 1538 partió de Barcelona, dejando “mis criados y mi ropa que, aunque es poco, es todo lo que tengo” en Málaga –ciudad desde la que se organizaron muchas campañas norteafricanas y de donde salían los suministros para los «presidios» militares-, a la espera de recibirlos pronto, junto a otras vituallas solicitadas para la fortaleza¹⁰. En el mes de abril llegó a su destino en compañía de 239 soldados, después de un azaroso viaje que duró treinta y tres días a causa de las malas condiciones climáticas y por haberse detenido en Bona¹¹ para dejar un destacamento de 100 hombres en ese fuerte. En la Goleta halló una situación un tanto anómala ya que su gobernador, Bernardino de Mendoza, se encontraba ausente y enfermo en Sicilia desde hacía más de dos meses¹², adonde había ido para cumplir el encargo real de armar dos galeras. Y había quedado al frente de este presidio al capitán Miguel Pérez de Varáiz, quien “tenía las llaves desta fortaleza en su nombre”, pero aconsejó al nuevo alcaide esperar a que “veniese don Bernaldino” para hacerle la entrega formal

de 1535”. *Vid.* también Varriale, Gennaro: “Un juicio de frontera: el caso de Francisco Tovar, alcalde de la Goleta”, en Jiménez Estrella, Antonio y Lozano Navarro, Julián A. [eds.]: *Actas de la XI reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, vol. 1. Editorial Universidad Granada, Granada, 2012, pág. 1225.

⁹ *Ibidem*, p. 1226. Varriale señala que anteriormente había sido castellano del bastión de Trezzo, en Lombardía, cargo en el que fue restablecido tras su destitución de la Goleta en 1546.

¹⁰ *Vid.* Archivo General de Simancas [en adelante A.G.S.], *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 125. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León, del Consejo Secreto de S.M. y su primer secretario en la corte de Barcelona” de fecha 30 de abril de 1538. Precisa aquí que tales suministros eran picas, arcabuces y pólvora, si bien no hace mención alguna de cantidades.

¹¹ Bona –actual ciudad de Annaba, en Argelia- fue conquistada por Andrea Doria en 1535, quien dejó como gobernador de la misma a Alvar Gómez de Horozco. Yāqūt había destacado de ella que “era una ciudad de Ifrīqiya entre Marsa al-Jarz y Yazīra b. Mazganna [...] fortificada y fuerte [...] [con] frutas y huertos [...] y una mina de hierro. Está sobre el mar [...] [en nota] y da al monte Zagūg, muy nevado y frío. Y de las [cosas] sorprendentes [...] es que en este monte hay una mezquita [...]”. En Bona está la tumba del rey de Ifrīqiya”. *Vid.* Al-Ŷūndī, Farīd Abd al-Azīz: *Mu’ ŷam al-Buldān*, Beirut, 1990, t. I, pág. 607. Tovar siempre mostró sus recelos al mantenimiento de esta fortificación recomendando a Carlos V su desmantelamiento, porque “en Bona V.M. gasta mucho y ay poca necesidad de sostener aquello”, cuyos recursos podrían pasar a reforzar la Goleta. *Vid.* A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 54. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 3 de septiembre de 1539.

¹² El emir escribía al virrey de Sicilia, el 1 de febrero de 1538, informándole de que “el capitan don Bernardin a stato malato; y partiose de aca, porque le conselaro que en Sicilia sanarja”. “Carta de Mulay Ḥasān a Hernando de Gonzaga”. *Vid.* “Lettere di Muley-Hassen re di Tinisi a Ferrante Gonzaga, vicerè di Sicilia (1537-1547)”, en *Atti e memorie delle RR. Deputazioni di Storia Patria per le provincia Modenesi e Parmensi*. Carlo Vincenzi, Módena, 1866.

de la fortaleza¹³. Tovar siguió esta sugerencia, y aunque desde el primer momento “hazia aqui lo que me paresçia [...] pareçieme que no hera inconveniente disimular algun dia, pues yo estava dentro de la fortaleza y hazia lo que queria”¹⁴. No obstante, el tiempo transcurría sin noticias de Mendoza lo cual empezó a preocupar a Tovar. Por ello, decidió finalmente empezar a actuar como jefe supremo sin más dilación, si bien pospuso hacer los inventarios de la artillería y guarnición hasta la llegada del ausente, comprometiéndose a enviar luego ambos documentos¹⁵.

Al fin, Mendoza escribió desde Sicilia a Tovar anunciándole que pronto regresaría a la Goleta, y al capitán Varáiz solicitando que le “enviase la galeota y el bergantín que aqui [La Goleta] avia quedado”¹⁶. El cumplimiento de tal mandato suponía dejar la Goleta sin ninguna embarcación, como hace constar Tovar en su carta al monarca para explicar la carencia de navíos en la fortaleza. No obstante, en los demás aspectos, la situación era aceptable pues estaba “bien en horden asy de gente, artilleria, municiones, bastimentos”¹⁷. En otra epístola dirigida al comendador mayor de León, Francisco de los Cobos –que había actuado como secretario en la firma de las capitulaciones de 1535-, con quien se había entrevistado en Barcelona, reconocía no haber informado antes del 30 de abril porque “tiene don Bernaldino todo tan bien en horden [que] no me ha paresçido que a avido neçessidad de avissar con priesa de nada”¹⁸. Sin embargo, esta situación de bonanza cambió súbitamente al ser avistadas varias fustas enemigas en los alrededores del cabo Bono, momento en que Tovar se apresuró a preparar un viejo bergantín para avisar del peligro y urgir a Mendoza que viniese cuanto antes¹⁹.

Por lo que respecta a las obras de acondicionamiento de la fortaleza, es bien sabido que las capitulaciones de 1535 permitían al emperador for-

¹³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 125. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León” de fecha 30 de abril de 1538.

¹⁴ *Ibidem*.

¹⁵ “El capitán Baraez –escribe Tovar- me lo entrego todo, ovedeciendo y cumpliendo la provision de S.M. No se tomo por ynventario el artilleria, y otras cossas, ni se hizo muestra de la jente”. *Ibidem*.

¹⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538. *Vid.* también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 92. Resumen de la carta de Francisco de Tovar de fecha 30 de abril de 1538.

¹⁷ *Ibidem*.

¹⁸ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 125. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León” de fecha 30 de abril de 1538.

¹⁹ “Envío –comenta el gobernador- vn bergatín [...] que aqui se a adereçado para esto, a avisar a don Bernaldino avnque se que el tiene arto cuidado, mas bien es que sepa que estan aqui estas velas”. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V de fecha 30 de abril de 1538.

tificar la Goleta, y había confiado el proyecto al ingeniero italiano Antonio Ferramolino, quien tampoco se hallaba por entonces allí. En este tema, Tovar era un decidido partidario de las ideas defendidas por Mendoza, cuyos planos había visto en Barcelona, y se proponía realizar “el hedificio perpetuo conforme a la traça que don Bernaldino avia enviado”²⁰. Mendoza, por su parte, había puesto de manifiesto sus dudas con relación a los cimientos de la “obra perpetua [...] porque Ferramolino la quiere hacer sobre madera en la parte de la tierra”²¹. Sin embargo, no todos estaban conformes. Ferramolino, el almirante genovés Andrea Doria y el virrey siciliano Hernando de Gonzaga, duque de Ariano, discrepaban acerca de cómo debían proseguir las obras ya iniciadas²². El virrey opinaba que la muralla había de hacerse de tierra y no de piedra como pensaba Tovar, quien creía que “desde donde la ay [tierra] costaria tanto o mas que traer piedra”²³. Y, por ello, se sometió al emperador la decisión²⁴. Piedra había en abundancia, de buena calidad y ya labrada, puesto que se sacaba del acueducto de Adriano²⁵. Tovar había visitado dos veces este monumento romano desde su llegada a la Goleta, pues se enteró de que un arco del mismo se había desprendido y “solo aquel paresçe que sirve para hazerse mucha parte de la muralla”²⁶. La dificultad estribaba en acarrearla desde este lugar debido a que eran “moros los que lo traen [y] el rey de Tunez no dexa traer syno con seys carretas”²⁷. Por este motivo, el nuevo gobernador había ordenado traer de Nápoles 30 carretas, adquiriendo las parejas de bueyes necesarias en la Goleta por ser más económicos. Por otra parte, cuando la guarnición saliera a proveerse de agua fuera de la fortaleza, podría aprovechar el viaje para cargar también esta piedra²⁸. Tovar, desde luego, habría deseado poder discutir las diferentes opciones de construcción con Mendoza y con Ferramolino ya que los dos oficiales que quedaban en la Goleta eran incapaces de resolver las dudas que se planteaban. En realidad, lo que había era un edificio de arena y juncos, con diversas

²⁰ *Ibidem*.

²¹ AGMM. *Fondo Aparici*, t. V, sign. 1-5-5 (rollo 2, microfilm), pág. 13.

²² Sobre las diferentes propuestas, *vid.* Vera Aparici, Jorge: “La Goleta: comienzos de una fortaleza”, en *Sharq al-Andalus: estudios mudéjares y moriscos*, nº 8, 1991, pp. 235-241.

²³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538.

²⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 92. “Resumen de la carta de Francisco de Tovar” de fecha 30 de abril de 1538.

²⁵ Vera Aparici, Jorge: *op.cit.*, pág. 237. “Piedra ay tanta –escribe Tovar– en los arcos y toda tan buena y labrada como V.M. ha visto”. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V de fecha 30 de abril de 1538.

²⁶ *Ibidem*.

²⁷ *Ibidem*.

²⁸ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 92. “Resumen de la carta de Francisco de Tovar” de fecha 30 de abril de 1538.

mejoras. El inconveniente era “que todo esto esta syn foso” –existía pero anegado en ese momento-, por haberse cegado con arena cuando sopló viento, lo cual había sucedido ya en dos ocasiones²⁹. Para obviar esto, proponía realizar alrededor del foso “vn petrill delgado al modo que esta en el foso del castillo de Milan”. Y como esta solución no estaba contemplada en el proyecto, solicitó a Francisco de los Cobos su parecer al respecto³⁰. Al mismo tiempo, pedía también personas experimentadas en la construcción, en concreto “vn maestro de cantería que veniese de Beneçia”³¹, y otros oficiales españoles, expertos en carpintería. E indicaba incluso la procedencia más conveniente de estos últimos, la zona cántabra española, puesto que allí los había “muchos, y muy buenos, y los mande venir, que no se les haze agravio syno antes merced porque ellos son jente que andan a buscar obras por todas las partes del mundo”³².

Cuando Tovar arribó a la Goleta, no se encontraba tampoco en Túnez Mulay Ḥasān a quien Tovar había dirigido una misiva para pedirle su colaboración. Ignoraba cómo proceder con este emir por no haber recibido instrucciones reales en este sentido, y carecer de las correspondientes credenciales, que solicitaba al comendador mayor de León con la mayor urgencia. A todo esto, el emir tunecino le había enviado una legación para protestar por un suceso acaecido en Susa, con anterioridad a su llegada, protagonizado por el virrey de Sicilia Hernando de Gonzaga, quien había suscrito un tratado en nombre del emperador -representado por el mercader genovés Anfrano de Camulle o Camugi-, con el emir ḥafsī el 10 de enero de 1538, en virtud del cual se enviaban “dos mil soldados españoles para servir al dicho señor rey de Tunez y con ellos las diez galeras que al presente son en el Reyno de Sizilia, y los nauios que mas fueren menester para traer la dicha gente con las vituallas e municiones” para recuperar las ciudades de Monastir, Susa, Hammamet y Ezfaqz. A cambio, Mulay Ḥasān se obligaba a pagar “onze mil doblas de oro/en oro por cada mes para el sueldo de los dichos soldados,

²⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538.

³⁰ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 125. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León, del Consejo Secreto de S.M. y su primer secretario en la corte de Barcelona” de fecha 30 de abril de 1538. Vid. también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 92. “Resumen de la carta de Francisco de Tovar” de fecha 30 de abril de 1538. En este segundo documento se aclara que, en caso de no poderse realizar completamente la mejora señalada, se hiciera, al menos, “hazia la parte del xaloque para que no se çiegue”.

³¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538.

³² A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 125. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León, del Consejo Secreto de S.M. y su primer secretario en la corte de Barcelona” de fecha 30 de abril de 1538.

galeras e navios”³³. La armada quedaba al mando de Bernardino de Mendoza, a la sazón alcaide y capitán de la Goleta. Al propio tiempo, se preparó también un ejército que salió de esta plaza en dirección a Kélibia³⁴, el cual, al no poder reunirse con la flota, marchó sobre Susa, donde desembarcaron las tropas y artillería que llevaban, uniéndose a ellos el ejército del emir ḥafsī. Y pronto surgieron las discrepancias entre los coaligados pues Mulay Ḥasān y los capitanes de las galeras querían asegurar el sitio antes de asaltar el castillo, en tanto que el virrey y el ingeniero Ferramolino opinaban tomarlo en primer lugar, criterio que prevaleció. Así pues, batieron la muralla del castillo de Susa y, por la brecha abierta de siete pasos, entraron al mismo. Pero la acción acabó en tragedia pues murieron 40 soldados –entre ellos el capitán Diego de Castilla y su alférez, los primeros en acceder al recinto– y otros 150 fueron heridos, tras de lo cual se retiraron y regresaron a Sicilia.

El emir tunecino exponía ante Tovar la difícil situación en la que le habían dejado “porque con esperanza della [Susa] sostenia a Tunez y a todo lo demas y que agora no sabe que hacer de si ni donde irse, que nada le es seguro”³⁵. Incluso mostraba su deseo de entrevistarse en persona con el emperador para que le ayudase militarmente o le acogiera como un gobernante exiliado. Ante ello, inexperto como era entonces en la política norteafricana, Tovar se limitó a asegurarle que Carlos V no había ordenado esta expedición y que el virrey siciliano había actuado por cuenta propia en este asunto³⁶. Aprovechó además para denunciar al ḥafsī la venta de remos de algunas galeras a los alárabes³⁷ para hacer lanzas.

³³ A.H.N., *Estado*, leg. 2876, nº 14. “Copia de la capitulación hecha entre el virrey de Sicilia en nombre del emperador Carlos V y el Rey de Túnez a 10 de enero de 1538”.

³⁴ Kélibia fue tomada posteriormente, junto a otras ciudades tunecinas, en las campañas de los años 1540 y 1541 por García Álvarez de Toledo y Osorio, que, por entonces, era capitán de las galeras de Nápoles, adonde fue por orden del almirante Andrea Doria y de Hernando de Gonzaga, virrey de Nápoles. Vid. la relación por él redactada en A.G.S., *Estado*, leg. 1033, doc. 64. “Discurso de lo que García de Toledo hizo en Berbería, así en la empresa de la Calibia como en lo demás, hasta volver a Messina”.

³⁵ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538.

³⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 92. “Resumen de la carta de Francisco de Tovar” de fecha 30 de abril de 1538.

³⁷ “Alarabes comunmente son llamados aquellos que moran en Arabia”. Vid. Mármol Carvajal, Luis del: *Primera parte de la descripción general de África*. Rene Rabut, Granada, 1573, fol. 35v. Por lo general, este término, en las campañas norteafricanas, designa a la caballería ligera armada con lanzas a la morisca, que tenía una gran movilidad. Laborda Barceló, Juan: *Los condicionantes de la política militar norteafricana de Felipe II: estrategias, logística, campañas y sostenimiento de las plazas: de los Gelves a la paz con el Turco*. Universidad Complutense, Madrid, 2014, pág. 51.

Las parias que el emir debía pagar al emperador sufrían con frecuencia notables retrasos que aquél intentaba justificar con disculpas varias. La conflictiva situación de Qayrawān fue una de ellas. Y es que sus habitantes se habían levantado en armas contra los turcos dando muerte a su alcaide y a cuarenta más, y de nada sirvió que los otomanos enviasen desde Susa a 150 soldados para castigar a los sublevados porque fueron aniquilados. Mulay Hasān se encontraba por entonces precisamente en Qayrawān adonde había ido con intención de “tratar con vn moro que esta en el alquriuan que se llama Çidi Arfa, que lo tienen los moros todos desta tierra por santo”³⁸. Y tal era la influencia de este personaje que el emir ḥafsī temía que pudiera arrebatarse el control de la zona, pues contaba con las simpatías de sus habitantes y con los suficientes recursos económicos para emprender una revuelta que desestabilizase la situación. Con gran astucia, pues, Mulay Hasān, supo aprovechar la cuestión de Qayrawān para justificar ante Tovar el retraso del pago de las parias.

LLEGADA DE BERNARDINO DE MENDOZA A LA GOLETA

El motín de la guarnición.

La Tregua de Niza entre Francisco I y Carlos V (mayo-diciembre 1538)

El jueves 2 de mayo de 1538 se encontraba Bernardino de Mendoza en la Goleta, tras haber cumplido con éxito la misión encomendada por el emperador³⁹. Sin embargo, su más que esperada venida fue el detonante de un levantamiento generalizado de los soldados de la fortaleza, decepcionados tras comprobar que no traía dinero para satisfacer las pagas que se les adeudaban. Notoria es, por otra parte, la carencia de medios económicos que padecían los ejércitos de la época y el considerable retraso con que los soldados recibían su salario⁴⁰. De hecho, en la mayoría de las insurrecciones que se produjeron en ese tiempo, no faltaban razones para la protesta, y carece por tanto de sentido presentarlas como una cuestión de indisciplina

³⁸ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 91. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 30 de abril de 1538.

³⁹ Así lo hace constar Tovar en la carta que dirigió al emperador, fechada el 8 de mayo de 1538, si bien existe una errata en el mes pues indica que la llegada se produjo en el mes de abril, y no en el siguiente, como en verdad ocurrió: “Don Bernardino de Mençoça – escribe- llego aquí jueves a dos días del presente mes de abril [sic] de Siçilia, donde hera ydo a curarse de çierta enfermedad que de aqui llevo, y armar las dos galeras que V.M. le mando, traxolas armadas”. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 93.

⁴⁰ *Vid.* González Castrillo, Ricardo: *El arte militar en la España del siglo XVI*. Edición personal, Madrid, 2000, pág. 65.

o de barbarie⁴¹. De ahí que los motines como forma de protesta eran algo habitual en la milicia y de nada servían las recomendaciones de algunos tratadistas militares de la época que exhortaban a los soldados a soportar los padecimientos por esta razón⁴².

Precisamente ese mismo año había sido sofocado uno muy virulento en Lombardía, región italiana sede del anterior destino de Tovar⁴³. En esta ocasión, el marqués del Vasto, gobernador de Milán, “apaziguo el motin muy a costa del pays con contribucion extrahordinaria” y reformó el ejército de cincuenta mil hombres⁴⁴.

El alcaide intentó justificar ante el monarca el levantamiento arguyendo lo razonable y justificado de sus demandas. Pero lo cierto es que, en la madrugada del segundo día del mes de mayo, estalló la revuelta. Los amotinados intentaron hacerse fuertes en “lo alto de la Goleta, adonde estan las cisternas”, pero el gobernador con los oficiales y algunos soldados que permanecieron leales se lo impidieron⁴⁵, hasta que llegó la noche. Cuando amaneció, los ánimos seguían estando exaltados y los amotinados trasladaron al alcaide su primera exigencia: los oficiales debían abandonar la fortaleza y esperar fuera de la misma en las galeras que había traído Mendoza. Tovar accedió a esta demanda para evitar males mayores, ya que la noche anterior habían resultado heridas varias personas, entre ellas los capitanes Varáiz y Martín Alonso de los Ríos, un alférez y dos soldados.

Las motivaciones de los soldados para rebelarse las expusieron en una carta dirigida al emperador, que guarda el Archivo General de Simancas⁴⁶, donde le recuerdan, en primer lugar, que ellos habían participado en la campaña de 1535 y habían quedado allí como guarnición cuando la Goleta no era más que “vn campo rasso de arena sin defensa ninguna”⁴⁷.

⁴¹ Vid. Albi de la Cuesta, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Balkan Editores, Madrid, 2005, pág.174.

⁴² Vid. González Castrillo, Ricardo: “Ardides y estratagemas de guerra”, en *Revista de historia militar*, nº 122, 2017, pág. 147.

⁴³ Sandoval, Prudencio de: *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Bartolomé Paris, Logroño, 1634, pp. 349_a-350_b.

⁴⁴ Real Biblioteca de Madrid [en adelante, RBM], II-1273. “Relazion del Reynado de Carlos 5^o”. Sobre esta fuente, vid. González Castrillo, Ricardo: “Una relación anónima manuscrita sobre el Emperador Carlos V en la Real Biblioteca de Madrid”, en *Segundo Congreso Carolus: primeros pasos hacia la globalización. Homenaje a José María Ruiz Povedano*. celebrado en Alcalá la Real los días 10 y 11 de mayo de 2019.

⁴⁵ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 93. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁴⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 94. “Carta de los soldados de la Goleta al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁴⁷ *Ibidem*.

Pese a las duras condiciones de vida, comunes a todos los presidios militares norteafricanos, habían contribuido a “las obras y reparos de dicha Goleta”, si bien ahora se sentían perjudicados “en los preçios que se les an cargado los bastimentos que se les an dado”⁴⁸, por ejemplo el precio de algunos productos de consumo más corrientes, como el vino y la harina. Con relación al primero, hacían constar que

“una quartara de vino de la medida de Palermo la cuentan en çiento y ocho maravedis ques tres reales y medio, y ansimismo vna arroba de vino de la medida de España çiento y veinte maravedis, quatro reales, costando en Seçilia a tres y a quatro ducados la botta de treinta quartaras, y dende arriba que sale la botta lo vno en çiento reales y lo otro en çiento y veinte”.

Tampoco salía mejor parado el precio de la harina que se traía de Sicilia “a siete rreales y medio la rraçion de dos arrobas, medida de España, y de vna rraçion salen quarenta y çinco panes”⁴⁹. Y así, podrían seguir enumerando los costes de otros productos para llegar a la misma conclusión: que todos ellos tenían unos precios desproporcionados. Braudel lo apunta también al señalar los elevados precios que los comerciantes aplicaban a sus mercancías⁵⁰. En consecuencia, y como solución proponen los soldados de la Goleta que acudiesen allí cuantos mercaderes deseen vender sus productos, al precio que quieran, pues, al existir libre competencia, “comeremos e vestiremos barato, lo que hasta aqui no emos hecho, e que vendan vino todos los que quieran”⁵¹. De todo lo expuesto darían información más concreta los cinco emisarios que los sublevados habían enviado al emperador en un bergantín fletado para la ocasión, que Tovar confiaba en que regresaran pronto pues, de no hacerlo, “podria ser mucho inconveniente que tardasen en boluer”⁵². En verdad los soldados habían pretendido que fuese el propio alcaide su portavoz ante el emperador, y que al regresar, trajeran el nuevo destacamento de hombres que demandaban. Pero su negativa a abandonar

⁴⁸ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 97. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar escribió al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁴⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 94. “Carta de los soldados de la Goleta al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵⁰ Braudel, Ferdinand: *op. cit.*, pág. 374.

⁵¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 94. “Carta de los soldados de la Goleta al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538. Vid. también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 97. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar escribió al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵² *Ibidem*.

Tovar el puesto “si no fuese haciendome pedaços” obligó a los amotinados a modificar sus planes, aunque el bergantín sí fue enviado⁵³.

No obstante ser el elevado coste de la vida el principal problema de la fortaleza, los soldados exigían como demanda prioritaria “ser pagados y sacados de la Goletta”⁵⁴. En su escrito al monarca, Tovar aclaraba que se les debía doce meses de paga, si bien reconocía que habían recibido “algunas vituallas y socorros, avnque muy pocos los socorros”, razón por la cual también estaban insatisfechos. Como norma general, los «socorros» o adelantos eran un recurso empleado por los mandos del ejército para mantener «entretenidos» a los soldados y rebajar así la posibilidad de que estallasen los temidos motines⁵⁵. Y en cuanto a la petición que formulaban también los sediciosos de ser sustituidos en sus puestos, el alcaide estaba conforme con la renovación de la guarnición siempre que fuesen reemplazados por otros quinientos soldados⁵⁶. Pese a su actitud levantisca, lo cierto es que los sublevados mantenían un mínimo de disciplina pues se comprometieron a obedecer las órdenes de Francisco de Tovar para evitar así posibles desmanes, en tanto llegaban las instrucciones del emperador. En este sentido, se promulgaron algunos bandos para que “ninguno sea osado de echar mano a las armas para otro dentro de la Goletta, y que los moros sean bien tratados y no se les tome cosas sin pagar, y que no se toque a cosa de ningun mercader”⁵⁷. La habilidad del nuevo gobernador en manejar esta difícil situación fue, a no dudarlo, decisiva al confiar en la buena voluntad de los amotinados para defender la fortaleza⁵⁸. Y es que, en realidad, se sentía, en parte, identificado con sus reclamaciones, aunque no compartiese los métodos empleados para lograrlas. Procuró evitar el motín, haciendo “mas de lo posible [...] por estorbar esto”⁵⁹, y, al no conseguirlo, utilizó todas las estrategias necesarias,

⁵³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 95. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁵⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 94. “Carta de los soldados de la Goleta al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵⁵ Albi de la Cuesta, Julio: *op.cit.*, pág. 176.

⁵⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 93. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 94. “Carta de los soldados de la Goleta al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538. *Vid.* también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 97. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar escribió al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵⁸ “Estos soldados –escribía Tovar– quedan de la manera que a V.M. digo arriba, mas no por eso a de aver menos guarda y rrecaudo en esta fortaleza que a avido hasta aqui, yo ansi lo confio en la buena lealtad que ellos tienen y voluntad al servicio de V.M. y todos travajaremos en ello”. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 93. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁵⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 126. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León” de fecha 8 de mayo de 1538.

incluso prometerles, en nombre del monarca, el perdón real por sus actos. En su carta, solicitaba asimismo al emperador que mandase al virrey de Sicilia cumplir con sus compromisos hacia la Goleta. Y le informaba, de paso, que había rechazado la ayuda ofrecida por el emir tunecino pues desconfiaba de las intenciones de este «avieso gobernante», con el que se había entrevistado el 5 de mayo en Túnez, cuando aprovechó para recordarle el pago de las parias. Al referirse a él, destaca que “venia muy triste del mal recaudo que hubo en lo de Sussa”⁶⁰.

En su afán por restablecer el orden y dado que Tovar conocía las reclamaciones de los sublevados desde el 9 de mayo de 1538, cuya principal exigencia era el cobro de las pagas atrasadas, con gran sagacidad obtuvo de los mercaderes el préstamo necesario para abonar a las tropas las retribuciones correspondientes a enero-abril de 1538, que unidas al pago de los meses de mayo a diciembre del año anterior, suponían la liquidación total de lo adeudado. Explicaba al monarca que “fue menester hazerles la paga de todos los doze meses para que dexasen las armas, y se desapoderasen de los bestiones y artilleria en que estaban apoderados”⁶¹. Sin embargo, aunque consiguió que los soldados depusieran las armas y liberasen los bastiones ocupados, reconocía al mismo tiempo que esta medida había servido de poco pues ellos seguían “tan amotinados como el primer dia”⁶². Para corroborarlo, refiere el incidente ocurrido el 23 de marzo de 1538, en el cual los rebelados pidieron a Tovar que ajusticiase a dos soldados que querían dejar entrar en la fortaleza a los oficiales, a uno de los cuales tenían prisionero.

El resentimiento que los soldados manifestaban hacia sus mandos era más que evidente —especialmente contra los capitanes Martín Alonso y Aguilera— y el alcaide no pudo hacer nada para hacerles desistir de su propósito, pues “quanto mas les desia, tanto se yndignavan mas”⁶³. La situación del alcaide en el interior de la fortaleza era, en verdad, dramática, ya que no contaba con ningún oficial y, en definitiva, “syn hombre con que pueda descuidar vna ora ni vn momento ni que haga mi voluntad syno yo la de los soldados”⁶⁴. Ni siquiera pudo lograr que, al menos, dejasen entrar en la fortaleza al alférez Estíbaliz, de la compañía del capitán Luis Pérez de

⁶⁰ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 93. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 8 de mayo de 1538.

⁶¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 95. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁶² *Ibidem*.

⁶³ *Ibidem*.

⁶⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 126. “Carta de Francisco de Tovar al comendador mayor de León, del Consejo Secreto de S.M. y su primer secretario en la Corte de Barcelona” de fecha 24 de mayo de 1538.

Vargas⁶⁵, a quien Tovar requería para poner orden en la plaza. Así pues, “los capitanes y alférez y cabos [...] en vna nao” aragonesa atracada en la playa, quedaron retenidos y aislados, sin acceso a la Goleta⁶⁶. A finales de mayo de 1538, la situación había empeorado notablemente y el gobernador estaba preocupado ya que la fortaleza quedaba “en todo el extremo de peligro que se puede pensar”⁶⁷. Bernardino de Mendoza, por su parte, había acudido a la Corte a informar al emperador de tal estado de cosas: el motín más violento que hasta entonces se había visto. Era, por tanto, urgente la renovación de la guarnición de este presidio militar, y que otros mejores soldados ocupasen el puesto de los actuales. Ahora bien, Tovar recomendaba en su carta que las nuevas tropas no se reclutasen en el Reino de Granada por el peligro de que se apuntasen moriscos⁶⁸, ni que tampoco fuesen gascones, ya que, de esta última procedencia, había muchos en la Goleta “que han hecho y hacen avn mas daño que los propios moriscos”⁶⁹.

A todo esto, la política tunecina había dado un peligroso giro con el protagonismo adquirido por Sidi Arfa en Qayrawān. “Agora de nuevo —explicaba Tovar— en el Qairuan han hecho vn rey que tiene mucho poder de moros para venir contra el rey de Tunez, que dize qu’es de su sangre y le pertenece el Reino”⁷⁰. En realidad, Sidi Arfa había designado a un sobrino suyo para instalarle en el trono tunecino. Contaba con el apoyo de “gran numero de moros y mucha cantidad de alarabes y gran parte de los turcos que estan en estas tierras”, así como los recursos económicos de Sidi Arfa y su ascendencia sobre los naturales del país⁷¹. Temía, pues, que este persona-

⁶⁵ Ocupó el cargo de alcaide y capitán de la Goleta en 1546. Un año más tarde, el 24 de enero de 1547, se firmaba en esa fortaleza un nuevo tratado entre el emperador y Mulay Amida, sucesor de Mulay Ḥasān. Vid. A.H.N., *Estado*, leg. 2876, doc. 16. “Capitulaciones ajustadas en la fortaleza de la Goleta a 24 de enero de 1547, entre el señor emperador don Carlos V y Amida rey de Túnez”.

⁶⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 96. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar dirigió al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁶⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 95. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁶⁸ El problema de la piratería berberisca en aguas del Mediterráneo estuvo unido a la cuestión morisca durante toda la decimosexta centuria pues los huidos tras la toma de Granada se dispersaron por otras zonas de la Monarquía. Vid. Bordejé y Morencos, Fernando de: *El escenario estratégico español en el siglo XVI (1492-1556)*. Editorial Naval, Madrid, 1990, pág. 92.

⁶⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 95. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538. Vid. también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 96. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar dirigió al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁷⁰ *Ibidem*.

⁷¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

je emprendiese una campaña en el mes de junio para desalojar del poder a Mulay Hasán y, de producirse, pondría en evidente riesgo a la fortaleza. En la Goleta quedaban pocos soldados aunque se desconocía su número exacto por no haberse realizado un recuento de efectivos en aquella difícil coyuntura. Por todo ello, era necesario atajar el motín cuanto antes, trayendo nuevos soldados. Y si antes pensaba que 500 eran los adecuados, ahora creía que debía elevarse esta cantidad hasta 800 los cuales, sumados a los cerca de 200 que vinieron con él, harían una fuerza de 1000 hombres aproximadamente, número recomendado por el emperador para este presidio. Es decir, Tovar proponía la renovación completa de la guarnición de la Goleta, y en especial rogaba encarecidamente al monarca que ordenase a Hernando de Gonzaga, virrey de Sicilia, cumplir sus compromisos, pues en tres ocasiones le había escrito para pedirle dinero y hombres sin obtener respuesta alguna.

La firma de la *Tregua de Niza*, suscrita el 18 de junio de 1538 entre Carlos V y Francisco I, que ponía fin al enfrentamiento galo-español en Italia, permitió realizar una nueva distribución de tropas en esa zona militar⁷². Y así, desde Barcelona, a finales de julio de 1538, tras leer las cartas recibidas de Tovar de 9, 24 y 25 de ese mes, el emperador ordenaba el traslado de 800 soldados que estaban “en la frontera de Perpiñan [...] y se truxesen a estos Reynos los que estavan en dicha fortaleza”, con lo cual satisfacía la petición de Tovar y la segunda de las reivindicaciones principales de los amotinados⁷³. Al mismo tiempo, el emperador dio instrucciones a Francés de Álava, Capitán General de Artillería, para que embarcasen los soldados y nombrase dos capitanes, Mondragón y Salcedo, que los condujesen a la Goleta. Y mantuvo también el compromiso de no castigar a los amotinados, respetando así los acuerdos alcanzados por Mendoza y Tovar con los insurrectos, aunque estaba convencido de que merecían penas severas ya que sus demandas no respondían a una *causa justa*. Es más, tampoco tomó medida alguna contra los “soldados que uinieron en el vergantín” en representación de los sublevados, a los cuales se trató con corrección y se les facilitó luego su regreso a la Goleta. Es decir, por decisión real, se permitió abandonar la fortaleza a la antigua guarnición y solo se les penalizó a ser “ynhauilitados de cargo de capitan ny de ser rreçeuídos a nuestro sueldo, y que los que fue-

⁷² El emperador Carlos V escribió al gobernador Tovar desde Barcelona para informarle de la firma de esta *Tregua* y pedirle que liberase a los franceses prisioneros en la Goleta, en cumplimiento de los acuerdos establecidos. *Vid.* A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 52. “Cartas del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”.

⁷³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 218. “Carta del monarca Carlos V al corregidor de la ciudad de Málaga” fechada en noviembre de 1538..

ren hijosdalgo pierdan su liuertad”⁷⁴. Y para hacer cumplir este mandato, el emperador dirigió un escrito al corregidor de Málaga informándole de todos los pormenores del motín, a fin de que tuviese en cuenta estas instrucciones por si llegaba allí alguno de tales soldados. Aún más, con el propósito de identificar a los cabecillas de la revuelta, se redactó una lista de los mismos –un total de 22-, con sus nombres, y en ocasiones, su lugar de nacimiento o la compañía a la que pertenecían, así como ciertos rasgos físicos o alguna otra característica identificatoria, que se conserva en el Archivo General de Simancas⁷⁵.

Seguidamente, presentamos tales datos en forma de cuadro sinóptico:

NOMBRE	LUGAR DE NACIMIENTO	COMPAÑÍA	OTRAS OBSERVACIONES
Alonso de Mata	Marbella	Martín Alonso de los Ríos	Sabe escribir, hijo de un escribano
Martín de Lillo		Luis Pérez de Vargas	De mediana estatura, bermejo, con dientes grandes
Juan Gil		Martín Alonso de los Ríos	Uno de los cinco que fueron a la Corte. De los más traidores
Francisco Márquez		Martín Alonso de los Ríos	Flaco de complexión y enfermo
Hernán Sánchez Chacón			Presenta una cuchillada en la cara y tiene una oreja cortada, quizá por la misma cuchillada recibida

⁷⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 53. “Carta del monarca Carlos V a Francisco de Tovar” fechada en noviembre de 1538. Es curioso reseñar que en la carta que el emperador escribió al corregidor de la ciudad de Málaga aparece tachado este último aspecto, relativo a los hidalgos. A.G.S., leg. 16, doc. 218. “Carta del monarca Carlos V al corregidor de la ciudad de Málaga” fechada en noviembre de 1538. Tampoco aparece esta sanción en otro escrito del monarca a Tovar, posiblemente de 1539. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 52. “Carta del monarca Carlos V a Francisco de Tovar”.

⁷⁵ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 37, doc. 216. “Memoria de los soldados más culpados en el motín de la Goleta”.

Bartolomé de Rojas			
Luis de Espinardo			
Juan de San Martín			
Juan Valero			Joven alto y tuerto
Simón Ruiz	Castro del Río		
“El gallego”		Varáiz	
Martín Chamorro	Martos		Joven delgado, con poca barba
Juan Centellas	Osuna		Joven de buen gesto
Miguel Serrano		Martín Alonso de los Ríos	Con una cuchillada en el lado izquierdo del rostro, jorobado
Alonso de Solís		Martín Alonso de los Ríos	Joven moreno, bajo de estatura y algo gordo
Francisco Jiménez			Con una pequeña herida en el rostro, diestro en la esgrima
Sebastián Jiménez	Montijo		Hombre con canas, uno de los mayores traidores
Baltasar de Peñaranda	Toledo		Algo jorobado
Baltasar Núñez			
Trujillo			Hombre de poca estatura y de ruin gesto, se sospecha que ha podido ser fraile
Valderrama			Contador de la Goleta
Benito de Alcalá			Oficial del contador Valderrama

Tovar acató las decisiones reales pero lamentaba no haber podido castigar severamente a los cinco soldados que fueron en representación de los amotinados, por haberles dado su palabra de que nada les pasaría, si

bien exculpaba a “dos dellos [...] que fueron forçados por los otros que aca quedauan”⁷⁶. Sospechaba, además, que algunos oficiales habían apoyado a los rebeldes dando “causa a las alteraciones y desasosiegos que en ella a hauido”, como el contador Valderrama y un subalerno suyo, llamado Benito de Alcalá⁷⁷. Tovar escribió también al virrey de Sicilia para informarle que ocho de estos cabecillas se habían apoderado de un bergantín, para que fuesen capturados y él mismo ajustició a un soldado que consiguió detener antes de embarcar. Las naves que se utilizaron para llevar a la Goleta las nuevas tropas se emplearon luego para trasladar a los insurrectos⁷⁸. Sin embargo, “uiniendo por el mar, se tornaron a amotinar diciendo que no hauian de venir a estos rreynos”, motivo por el cual el capitán puso rumbo a Sicilia donde desembarcaron⁷⁹. Según el cronista Sandoval, los sublevados habían sido trasladados a esta isla con la promesa de que su virrey, Hernando de Gonzaga, les pagaría lo que se les adeudaba y, al ver insatisfechas sus demandas, protagonizaron otro levantamiento, sofocado por el maestre Álvaro de Sande⁸⁰. La violencia en sofocar este nuevo motín “empaño el concepto que se tuuo siempre de que D. Hernando Gonzaga era poco afecto a los españoles”⁸¹. Tal levantamiento no hubiera tenido que ocurrir si, como afirma Tovar en sus cartas, el pago de las soldadas había sido ya satisfecho. Por otra parte, el emperador remitió a Andrea Doria y a los virreyes de Nápoles y de Sicilia la relación de los soldados sublevados antes indicada para que fuesen apresados y castigados por sus delitos.

Visita de Martín Niño a la fortaleza en 1539.

La correspondencia entre Tovar y el monarca Carlos V en ese año

Sofocado el motín de los soldados de la Goleta y renovada su guarnición, Francisco de Tovar pudo dedicarse entonces a resolver los asuntos pendientes. El más acuciente, era el de proseguir las obras de la fortaleza conforme al proyecto de Bernardino de Mendoza, cuyo presupuesto no po-

⁷⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

⁷⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, docs. 52 y 53. “Cartas del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”.

⁷⁸ Gutiérrez Cruz, Rafael: “Las fronteras del Imperio. El motín en la Goleta de Túnez en 1538”, en *Estudios de frontera. 9. Economía, derecho y sociedad en la frontera*. Diputación Provincial, Jaén, 2014, pág. 282.

⁷⁹ *Ibidem*.

⁸⁰ Sandoval, Prudencio de: *op.cit.*, pp. 349_a-350_b. Vid. también Varriale, Gennaro: *op.cit.*, pág. 1227 y Pañeda Ruiz, José María: *op.cit.*, pág. 235.

⁸¹ RBM, II-1273. “Relazion del reynado de Carlos 5^o”.

día concretar al no hallarse presente el ingeniero Ferramolino. No obstante, con el fin de agilizar los trabajos previstos, creyó conveniente aprovisionarse anticipadamente de piedra y cal en cantidad, materiales necesarios de los que carecía la plaza. Y propuso que se trajesen de una sola vez en quince o veinte naves, para ahorrar tiempo y dinero. Ahora bien, no dejaba de advertir que de poco servirían los pertrechos si no se contaba con los oficiales que había solicitado con anterioridad⁸².

En 1539, el emperador Carlos V envió a Martín Niño a visitar los presidios de Bona y la Goleta, provisto de dinero y otros varios suministros para cada uno de ellos. Y el 8 de junio el emisario informaba por carta al monarca del resultado de su doble cometido. El 5 de abril había arribado a Bona, donde encontró una complicada situación por haber sufrido un terremoto reciente. Después de satisfacer a los soldados las pagas correspondientes a los meses de enero a septiembre de 1538, les prometió también que pronto se produciría una renovación de la guarnición. Y con la llegada el 20 de abril de nuevos suministros procedentes de Sicilia y Cerdeña, quedaba Bona “medianamente socorrida y la muralla echa del daño que abia rreçebido del terremoto, que fueron çien pasos”, e incluso podrían abonarse a los soldados los meses adeudados de octubre a diciembre del año anterior⁸³. Y, antes de dirigirse a la Goleta, el capitán Alvar Gómez de Horozco –que había actuado como testigo en las capitulaciones de 1535, y que moriría poco después, en 1540⁸⁴- le facilitó un bergantín para que pudiese inspeccionar “el sitio de la isilla que se llama Maçalarez”, donde se pensaba levantar una torre de defensa que protegiese a quienes se ocupaban de recoger el coral, viaje que realizó el 7 de mayo⁸⁵.

Ocho días más tarde, Martín Niño se encontraba ya en la Goleta, “donde fuymos tan bien reçebidos como en Bona porque estavan con mas necesidad que nunca an tenido despues que V.M. la gano”⁸⁶. Venía con 24.000 escudos -16.000 en efectivo y 8.000 en género, especialmente paños,

⁸² A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 95. “Carta de Francisco de Tovar al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538. Vid. también A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 13, doc. 96. “Resumen de la carta que Francisco de Tovar dirigió al monarca Carlos V” de fecha 24 de mayo de 1538.

⁸³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 22. “Carta de Martín Niño al emperador Carlos V” de fecha 8 de junio de 1539.

⁸⁴ A.G.S., *Estado*, leg. 1373. “Carta de Francisco Duarte” de fecha 16 de diciembre de 1540.

⁸⁵ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 22. “Carta de Martín Niño al emperador Carlos V” de fecha 8 de junio de 1539.

⁸⁶ *Ibidem*.

cordeles, camisas, zapatos y alpargatas⁸⁷-, que ayudaron a paliar la difícil situación por la que atravesaba la fortaleza. De hecho, el alcaide indicaba que, hacía poco, había distribuido entre los soldados todo lo que tenía, que no bastó para impedir que algunos murieran de inanición⁸⁸. Niño hizo entrega a Tovar de una carta del monarca, escrita el 6 de febrero de dicho año 1539, en respuesta a otras suyas, a la cual contestó el 9 de junio. Al igual que en Bona, lo primero que se hizo fue abonar los sueldos del año 1538 a quienes todavía no los habían recibido. A unos se les adeudaban cuatro meses, a otros seis, e incluso, había artilleros y jinetes que no habían recibido paga alguna. Y, de este modo, “quedaron todos y igual pagados”, sobrando un excedente en ropa y dinero para ser empleado a lo largo del año 1539⁸⁹. Niño anunciaba además que más adelante comunicaría al monarca el número exacto de pagas satisfechas, y esperaba incluso que pudieran abonarse las del primer trimestre de 1539, “y así quedara la gente contenta que se le quedara a deber poco”⁹⁰. La guarnición de la Goleta se había estimado que debía comprender 1.000 hombres. Y lo cierto es que, después de sustituir a los sublevados por otros soldados, Niño apuntaba en su carta que unos 400 eran *gente inútil* y convenía reemplazarlos, como Tovar había sugerido también en varias ocasiones. Y eso que el emperador había dado a este plena libertad para seleccionar “entre los que de aca fueron [800] y los que halla haya [=allá], no siendo de los amotinados, [...] los mejores y mas vtiles de todos hasta en el numero que haueis de tener [1000]”⁹¹. Ahora bien, conocedor de los problemas derivados de una nueva remesa de soldados, reducía a 300 los sustituibles, y aconsejaba que el capitán Luis Pérez de Vargas se encargara de su reclutamiento. Niño había de cumplir, además, otro cometido sugerido por Tovar: investigar la participación de los oficiales en el motín, para ajusticiarlos si quedaba demostrada su intervención.

Más complejo era el tema de las obras que se venían realizando en la Goleta. Niño creía que la «obra perpetua» de la muralla había ya comenza-

⁸⁷ Tovar consideraba todo un acierto que se hubiese recibido esta cuantía en ropa y le parecía una buena medida que, al menos, viniese a partir de ahora “la quarta parte en ropa con que sea los preçios que agora es”, evitando, eso sí, paños de color negro pues no los veía adecuados para los soldados. Y lo que respecta al dinero en efectivo recibido, señala que los soldados encontraban dificultades en adquirir bienes. Vid. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

⁸⁸ *Ibidem*.

⁸⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 22. “Carta de Martín Niño al emperador Carlos V” de fecha 8 de junio de 1539.

⁹⁰ *Ibidem*.

⁹¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 52. “Carta del monarca Carlos V a Francisco de Tovar”.

do, ante lo cual Tovar mostró su extrañeza “porque –explica- yo nunca he escrito que lo esta, y si alguno ha informado otra cosa, informa mal”⁹². Y continúa diciendo que todavía faltaba por colocar la primera piedra, indicando, de paso, que esta era más gruesa en la parte superior que en la de abajo, lo cual obligaría a reforzarla. Después de inspeccionar ambos el estado en que se encontraba la construcción, Niño apunta que solo el interior del castillo y de las cisternas eran de piedra, así como el exterior de las tahonas y almacenes, añadiendo Tovar que “en magazenes y en tahonas y hornos [...] se an abierto çimientos y se ha hecho todo de nuevo”⁹³. Visitaron también el lugar donde se proveían de piedra –el acueducto romano- y comprobó que, por encontrarse ya labradas, no tenían mayor trabajo que acarrearlas al lugar donde serían colocadas. Por ello, compartía la opinión de Tovar de llevar carros y bestias de carga en número suficiente para transportarlas, como informó al monarca en su escrito. No obstante, Niño no quiso pronunciarse a favor de un modelo u otro para el trazado definitivo de la Goleta pues otras personas más experimentadas en materia de construcción habían dado ya su parecer. Sólo indica que le parecía muy grande la planta de la fortaleza “y para azella asi de obra perpetua costaria mucho [...], bastaria otra mas pequeña”, pues con ello se obtendría un ahorro económico, una mayor rapidez en la ejecución de la obra y un menor número de soldados necesarios para defender el recinto⁹⁴. Sin embargo, Tovar no dejó pasar la oportunidad de manifestar que los diseños que conocía, y que había traído a la Goleta –el de Mendoza y el del virrey de Sicilia- eran contradictorios entre sí, y así lo indicaba “por lo que conuiene al seruiçio de V.M.”. En su opinión, era partidario de hacer un trazado en “cuadra como aca parece que seria mejor”, poniendo en duda la disposición “en triangulo” del ingeniero Ferramolino, por ser más fácil de batir con artillería⁹⁵.

⁹² A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

⁹³ *Ibidem*.

⁹⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 22. “Carta de Martín Niño al emperador Carlos V” de fecha 8 de junio de 1539.

⁹⁵ Sus motivos los expone en los siguientes términos: “lo vno porque yendo en triangulo como el la tiene traçada [se refiere a Ferramolino] la muralla desta fortaleza y como agora esta hecho de bestiones de arena es menester mucha gente para guardarla porque se alarga mucho el triangulo, y en muchas partes, y queda dentro muy poco espacio para todas las cosas que son necesarias dentro, que son muchas. Lo otro porque como va de punta en punta la fortaleza, y la punta va a la torre del agua que es la parte donde se le puede asentar el artilleria, a esta fortaleza dexa descubiertos los traueses que guardan todo el lienço del canal y los traueses que guardan el lienço de la mar. Y si por esta parte que digo de hazia la torre del agua se hiziese el lienço derecho con sus dos torriones, vno a la parte de la mar y otro a la parte del estaño, quedauan cubiertos los traueses que no se podían batir de ningun cabo. Ya que V.M. no se a seruido de mandar que la fortaleza se

Niño dedicó también parte de su tiempo a entrevistarse con el emir ḥafṣī, en dos ocasiones, asesorado previamente por Tovar, a quien Carlos V había encargado le ayudase con su experiencia. En ambos encuentros, los temas tratados fueron las parias no satisfechas –que, según deseo real, debían utilizarse para los gastos de la Goleta⁹⁶- y la obligación contraída con la fortaleza de proporcionarle suministros, entre ellos piedra, cal y trigo. Mulay Ḥasān alegó como justificación del impago lo mismo que antes había transmitido a Tovar: que tras lo ocurrido en Susa su prestigio había decaído tanto que sus súbditos no contribuían económicamente al sostenimiento del reino tunecino. Pero ante la insistencia de Niño, aseguró que “daría trigo a como valiese en Tunez, lo qual yo açevte de buena voluntad”, aunque sin precisar la cantidad⁹⁷. Sin embargo, como en anteriores ocasiones, no cumplió nada de lo concertado. Se comprometió también a pagar 100.000 ducados si le ayudaban a recuperar algunos lugares de su reino -Susa, Monastir y Kélibia- abonando 60.000 ducados cuando le entregasen los lugares conquistados, y el resto en el plazo de un año, como había acordado con el virrey de Sicilia en las capitulaciones de 1538, importe que Tovar consideraba suficiente para costear la campaña.

Niño, conocedor de los escasos recursos de la fortaleza, centró su atención en averiguar la gestión que se había hecho de los excedentes hasta entonces, ya que Tovar le urgía a plantear este asunto al monarca. Los oficiales responsables–el contador y el municionero- declararon lo mismo que, en su momento, habían manifestado al alcaide: que “de respeto nunca los avido ni agora ay, syno los vastimentos que siempre a avido son los que an venido de Çiçilia para la paga ordinaria de la gente”⁹⁸. “Y segun lo que yo vi y entendi quando vine–afirmaba Tovar- agora he hecho a Martin Niño que lo

haga en cuadra como aca parece que seria mejor, a lo menos que los turrones que agora estan en la traça a la parte de la torre del agua, que saliesen mas en vno hazia la mar y en otro hazia el estaño para que cubriesen los traueses que estan hazia la canal, y guardasen el lienço de la mar y el lienço del estaño”. A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539. Sobre la crítica de Tovar al modelo de Ferramolino, *vid.* Castro Fernández, José Javier de y Cuadrado Basas, África: “Las fortificaciones de la corona hispánica en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII (1492-1700)”, en *IV Congreso de Castellología*. Asociación Española de Amigos de los Castillos, Madrid, 2012, pág. 164.

⁹⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, docs. 52 y 53. “Cartas del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”. Con relación a las parias, la opinión del emperador era siempre la misma: “que en ninguna manera se le soltaran [al emir] las dichas parias ni cosa dellas por estar consinadas para lo que esta dicho”, o, dicho de otro modo, no liberaría del pago de las mismas a Mulay Hasan por ser indispensables para el mantenimiento de la Goleta.

⁹⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 22. “Carta de Martín Niño al emperador Carlos V” de fecha 8 de junio de 1539.

⁹⁸ *Ibidem*.

entienda”⁹⁹. En resumen: nunca se había previsto una partida de gasto para la compra de tales excedentes, pese a contravenir las instrucciones reales en este sentido, pues Carlos V había ordenado a Bernardino de Mendoza, en su carta de 15 de noviembre de 1536, que se comprasen “bastimentos para que estouiesen de rrespeto y que se rremudasen y rrenouasen a sus tiempos”. Y tan seguro estaba del cumplimiento de este mandato que en su contestación a Mendoza el 31 de diciembre de 1537, el emperador escribía “que lo executo y proueyo que no se tocasen ni gastasen los bastimentos que huuiese de rrespeto sin poner otros de nueuo”¹⁰⁰. Por este motivo, no alcanzaba a comprender cómo Tovar le indicaba que la Goleta carecía de reservas hasta el punto de que cuando escaseaban los suministros procedentes de la ciudad de Túnez, se veía obligado a distribuir lo poco que había entre los soldados para que no muriesen de hambre. En junio de 1539, la situación debió ser tan dramática que tuvo que limitar la entrega de alimentos “porque queria mas aventurar a que se muriesen aquellos que no aventurarlos a todos”¹⁰¹. Ante tal estado de cosas, solicitó Martín Niño al alcaide le indicara cuáles serían en su opinión los excedentes necesarios. Y precisamente la relación elaborada por Tovar nos permite conocer con bastante exactitud el número de fuerzas que constituían la guarnición de la Goleta en aquellos momentos. En principio, las reservas debían servir para cubrir las necesidades de un año completo, ya que su existencia era imprescindible en caso de asedio. Por tanto, calculaba que para los 1500 hombres aproximadamente que había en la fortaleza –1000 soldados, 200 gastadores y 300 marinos- lo adecuado sería tener un remanente de 5.625 quintales de bizcocho –una libra por hombre diaria-, 1.000 botas de vino, 1.500 quintales de queso y otros tantos de arroz, además de una cantidad de tocino y vinagre que no concreta. Y proponía asimismo que se adquiriesen estos productos en España por tener mejores precios que Sicilia, y el tocino en Cerdeña, por la misma razón económica.

Por último, Niño informó al emperador que Tovar estaba molesto por la reducción del número de jinetes, que pasaron de 12 a 7. “Creo que quien informo dello- señalaba el alcaide- no deue auer visto mucha guerra pues dize que aqui no ay necessidad de mas”¹⁰². Aducía como justificación la existencia de alárabes por la zona, los más peligrosos enemigos de la Goleta, contra los cuales poco podía hacer la infantería. Por ello solicitaba que no

⁹⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

¹⁰⁰ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, docs. 52 y 53. “Cartas del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”.

¹⁰¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

¹⁰² *Ibidem*.

se disminuyese el número de jinetes sino que incluso se incrementara hasta alcanzar los cuarenta, “convirtiendo la paga de ochenta soldados en cuarenta cauallos”¹⁰³. No obstante, él mismo reconoce que no había podido hasta el momento llegar a ese número por no haber encontrado gente preparada. Y recordaba al emperador que en la fortaleza hubo hasta un total de “veynte cauallos [...] aunque V.M. no pagaua sino siete. Y agora ay muchos mas como Martin Niño ha visto, y V.M. no paga sino diez”¹⁰⁴. Finaliza aquí el contenido de la carta que Niño dirigió al monarca, no sin antes volver sobre el asunto del coral, y señalar que el virrey de Sicilia tenía planeada una expedición para extraerlo de la que creía no había informado al emperador como convenía.

La correspondencia entre Carlos V y Francisco de Tovar de ese año 1539 arroja algunos otros aspectos interesantes para el conocimiento de la situación de esta fortaleza. Por ejemplo, en lo relativo al dinero utilizado por el gobernador para adelantar las pagas a los soldados-1800 doblas de Bernardino de Mendoza y el préstamo aportado por los mercaderes- el monarca le liberó de estas deudas dando instrucciones al contador para que ambas cantidades fuesen reintegradas, exonerándole así de estas deudas¹⁰⁵. De ahí la extrañeza de Tovar al recibir poco después la reclamación de don Bernardino por el dinero entregado. Otros documentos tratan de asuntos varios relacionados con las condiciones defensivas de la fortaleza y a la artillería que Mendoza trajo a la Goleta –un cañón y varios sacres-, encomendando al gobernador que despachase este asunto directamente con él, al tiempo que le ordenaba también poner a punto los 300 arcabuces que acababa de recibir de Málaga. Asimismo, debía enviar al virrey de Sicilia una culebrina turca y un cañón inservibles para que fuesen allí fundidos, recibiendo, a cambio, otras dos piezas de similares características. Pero desconfiaba realizar esta gestión ‘por vía de Sicilia’, “por ser tan largas las cosas de allá que nunca avran effeto”, salvo que lo mandase el monarca. Recomendaba, en su lugar, que llegasen de Málaga, junto a otros materiales para el arsenal de la Goleta¹⁰⁶. No obstante, sí reconocía que Hernando de Gonzaga había cumplido

¹⁰³ *Ibidem*.

¹⁰⁴ *Ibidem*.

¹⁰⁵ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, docs. 52 y 53. “Cartas del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”. Según Gutiérrez Cruz esta deuda era de 1.900 doblas y todavía, en mayo de 1540, no había sido satisfecha a Mendoza. *op. cit.*, pág. 281.

¹⁰⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539. El emperador Carlos V escribió al virrey de Sicilia sobre este asunto para que, en el primer envío que se hiciera a la Goleta, se mandasen ambas piezas. A.G.S., *Guerra y Marina* leg. 16, doc. 53. “Carta del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”.

con el resto de los compromisos contraídos el año anterior de 1538 y solo faltaba por recibir “cerca de dos mil ducados”. Pero insistía en que solamente atendía las órdenes reales.

Tovar señalaba que el principal escollo del presidio estribaba en la dificultad de aprovisionarse en la zona tunecina, dada la actitud del emir ḥafsī, a quien acusaba incluso de que “quanto mas vee que creçe la neçessidad, tanto menos prouee en cosa ninguna de lo que es obligado”¹⁰⁷. Y refiere como ejemplo el acuerdo de suministrar piedra y cal a la fortaleza, que solía cumplir uno o dos meses con regularidad, suspendiendo luego los envíos, con lo que evidenciaba la “poca gana de que se haga esta fortaleza”¹⁰⁸. En consecuencia, los esfuerzos de Tovar se centraron en localizar nuevas fuentes de abastecimiento de estos materiales, convencido como estaba que, de haberlos tenido en número suficiente, las obras habrían ya concluido. Y, gracias a la información que le facilitaron ciertos espías, supo que, próximo a la Goleta, navegando hacia Levante, existía un lugar con abundancia de tales productos, cuya situación sin embargo no concreta. Pero fue a reconocerlo en un bergantín y observó que había “vn castillo que esta junto a la marina, en el passo por donde passan los alarabes muchas vezes”¹⁰⁹. Aseguraba que podría mantenerse con 50 soldados y, en caso de ataque enemigo, podría ser abandonado en hora y media, acogiendo su guarnición en la Goleta. El control de esta posición no solo era conveniente por hallarse allí piedra con la que hacer cal sino también porque era un lugar de tránsito para los suministros que recibía la ciudad de Túnez, que eran allí más baratos. El problema era que Mulay Ḥasān quisiera entregarlo a los españoles. Ahora bien, Carlos V se permitía indicar la forma de plantearle esta cuestión. En su opinión, podría decirsele que serviría para garantizar la venida de la flota en invierno, teniendo otro punto de recalado en el litoral tunecino. Tovar incluso había modificado su parecer y pensaba ahora que sería oportuno ayudar al emir a recuperar los territorios que habían dado lugar a las capitulaciones de 1538 pues, de hacerlo así, carecería de sentido la justificación de no poder hacer frente al pago de las parias por el crédito perdido tras el desastre de Susa. Y serviría, al propio tiempo, para obtener, con la cesión de este castillo, algún beneficio detrayendo “de las parias lo que vale”¹¹⁰. Para ello se abstuvo en alguna ocasión de conceder autorización a los mercaderes para que comerciasen en Túnez, conocedor de la importancia que tenía el tráfico mercantil

¹⁰⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

¹⁰⁸ *Ibidem*.

¹⁰⁹ *Ibidem*.

¹¹⁰ *Ibidem*.

para la vida de la ciudad. Sin embargo, la medida no surtió efecto porque el ḥafsī ordenó a su vez suspender las relaciones comerciales, y pasaron “quatorze días que no vino aqui ningun moro ni judio, ni truxeron ningunos bastimentos”¹¹¹. Finalmente, el asunto se solventó cuando Tovar se disculpó ante él por medio de un emisario judío. Ahora bien, sugería al emperador que podría restituirse el pago de un impuesto anterior, ya suprimido, sobre la aduana y que “no pagando las parias, se cobrara aqui de su aduana, pues por aqui passa toda la ropa que a el se lleua”¹¹².

La correspondencia entre Carlos V y el gobernador Francisco de Tovar contiene muchas e interesantes noticias sobre la historia de la Goleta, como queda expuesto, indicativas en buena parte de las difíciles relaciones que presidían el día a día con el emir ḥafsī Mulay Ḥasān, rey de Túnez y conflictivo vasallo del emperador. Asimismo, las obras de fortificación de la plaza y el abastecimiento de la misma son temas frecuentes en dicha correspondencia. Pero junto a estas cuestiones importantes, otras de menor rango figuran tratadas también en las cartas cruzadas entre ambos. Como ejemplo, la relativa a los bienes del pagador Martín Pérez de Idiacáiz, personaje que, al parecer, había dejado en la Goleta cueros y lanas por valor de 7.000 ducados. Herencia que ninguno de sus descendientes quiso aceptar. Tras comunicar este hecho al emperador, Tovar fue autorizado a vender tales bienes en Sicilia o Nápoles y destinar el importe obtenido a la fortaleza. Y con el visto bueno del contador lo hizo así e invirtió dicho importe en la compra de madera. Conviene advertir que el tal contador era una persona bajo sospecha de haber participado en el reciente motín que perturbó la vida de la Goleta. De hecho, una de las misiones encomendadas a Niño por el monarca era la de “informarse como ha vsado y vsa su ofiçio y nos traiga rrelaçion dello”¹¹³. Otro incidente, comunicado con amplitud al emperador en carta del 9 de junio de 1539, es el protagonizado por el pagador Juan de Argarain, sobre el que recaía sospechas de haber ocultado los 2.800 escudos que traía consigo en una galeota que naufragó en la isla de Zimbano, próxima a la Goleta. Enviado a Sicilia para recabar más dinero, con instrucciones para que regresara cuanto antes a la fortaleza, “estuuo alla mas de ocho meses”¹¹⁴. Y, para mayor desobediencia, cuando estuvo preparado, no quiso seguir la derrota que le indicó el gobernador. Por todo ello, al desembarcar en la Goleta, mandó

¹¹¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

¹¹² *Ibidem*.

¹¹³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 53. “Carta del emperador Carlos V a Francisco de Tovar”.

¹¹⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

apresarle y, sometido a tormento, “confeso la verdad, y con esto descubrió que él y otros dos avian escondido los dineros”¹¹⁵, que solo se recuperaron en parte ya que un mercader implicado en el asunto consiguió ocultar una cantidad. Sin embargo, los bienes que Juan de Argarain tenía en la Goleta sirvieron para compensar lo que había robado. Pero Tovar quería ir más lejos y someterle a un castigo ejemplar puesto que aseguraba que el pagador, español de origen y casado con una mujer siciliana, tenía en esa isla más bienes que debían ser confiscados. En ese sentido, escribió a Hernando de Gonzaga para informarle de todo y rogarle, de paso, que le entregase a los otros responsables que estaban presos en la cárcel de Trapani.

En ese año de 1539, Tovar se entrevistó con Ferramolino de forma imprevista ya que había venido a Bona para observar las consecuencias del terremoto sufrido. Apenas pudieron hablar tres horas ya que tenía que regresar a Sicilia en las naves que recalaron en Puerto Farín. En realidad, el gobernador no deseaba oponerse frontalmente al proyecto del ingeniero cuyas trazas se seguían en la construcción de la fortaleza, aunque reconocía que “*algo va herrado*” por lo cual dudaba de que el resultado fuera satisfactorio. En lo que sí coincidían ambos era en comenzar la obra perpetua en la “punta de Santiago, y en esto tiene razon”, y se proponía ejecutarlo así aunque careciese de cal, la cual pensaba que podría conseguirse a mejores precios en Cerdeña¹¹⁶. Tovar recordaba al monarca Carlos V la necesidad de disponer de carretas para facilitar los trabajos de construcción en la fortaleza. Si el año anterior le había sugerido la adquisición de 30, elevaba ahora su número hasta 50 y pedía como bestias de carga mulas en vez de bueyes. Estimaba el gasto en 600.000 maravedís, calculando que, en muchas partes de Castilla, el precio de una carreta y un par de mulas rondaba los 10.000. En cuanto a los artesanos de los diferentes oficios, ya había mostrado su preferencia por que fuesen de origen español. Consideraba, incluso, una opción válida: que se trajesen a la Goleta condenados españoles que podrían trabajar sin sueldo en las obras y servir como soldados en caso de necesidad. A su juicio, éstos eran *más recios* que los malteses que residían en la Goleta, empleados como gastadores. Sólo exceptuaba de este criterio étnico al oficial veneciano solicitado el año pasado, por lo experto que era en asentar construcciones sobre el agua. Asimismo expone que la fortaleza necesitaba toda clase de herramientas —especialmente azadas, palas y hachas— que proponía adquirirlas en Venecia por ser allí más baratas que en Sicilia. En cuanto al arsenal de la fortaleza, reconoce que adolecía de carencias significativas. Por ejemplo, el

¹¹⁵ *Ibidem.*

¹¹⁶ *Ibidem.*

número de ballestas era escaso porque los soldados que salieron de la Goleta se las llevaron, y las que quedaban eran inservibles por varias razones. De ahí que esperase recibir 300 nuevas, además de dos artesanos especializados en fabricarlas. También los arcabuces llegados de Málaga eran de mala calidad y no valían “mas de por hierro viejo”¹¹⁷. En consecuencia, solicitaba su sustitución por la misma cantidad recibida, es decir, 300. Igualmente las picas eran escasas y deficientes. Y tampoco quedaba demasiada pólvora pues se empleaba en las tareas de construcción.

Una de las peticiones que los soldados amotinados habían expresado en su memorial al monarca era que los mercaderes pudieran libremente vender sus productos en la Goleta, estableciendo el precio que estimasen conveniente. Tovar vigiló muy de cerca la actuación de los mismos e, incluso, llegó a expulsar de la fortaleza a quienes contravenían las instrucciones dadas. Por otro lado, reconocía haberse equivocado a la hora de juzgar al capitán Mondragón, para quien anteriormente había solicitado el cese de su puesto, y que su compañía pasase a Alonso de Monroy. Pero después de tratarle personalmente, cambió de parecer y reconocía ahora que tenía “alguna habilidad para toda cosa, y ansi vsa bien su cargo”¹¹⁸. No obstante, Mondragón murió poco después y Tovar designó como capitán de su compañía al alférez Estíbaliz de Emparan, con veinticinco años de servicios¹¹⁹.

La sospecha de corrupción que afectó a varios oficiales de la Goleta alcanzó también a la persona de su gobernador, que sufrió desconfianzas y celos por un presunto soborno al encargado de los bastimentos. Por supuesto, Tovar negó haber cometido tal infracción, achacando la acusación a la mala voluntad de algunos subordinados. Lo cierto es que había quienes estaban molestos con él por controlarles demasiado en sus trabajos, pues lo que querían era que “que tuuiese yo mas cuidado de otras cosas que de mirarles siempre en las manos”¹²⁰. Y aprovechó la visita de Niño para informarle de sus desavenencias con sus principales adversarios, el pagador y el contador de la Goleta, a quienes acusaba de informar al emir tunecino de lo que sucedía en la fortaleza¹²¹. Su mayor enemigo era, sin duda, este último, sospechoso de haber alentado el motín; si bien reconocía que era una persona experimentada y hábil en su oficio, y sería una gran pérdida deponerle de su cargo.

¹¹⁷ *Ibidem*.

¹¹⁸ *Ibidem*.

¹¹⁹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 54. “Carta de Francisco de Tovar al emperador” de fecha 3 de septiembre de 1539.

¹²⁰ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 15, doc. 34. “Carta de Francisco de Tovar al emperador Carlos V” de fecha 9 de junio de 1539.

¹²¹ Gutiérrez Cruz, Rafael: *op.cit.*, pág. 283.

En el mes de septiembre de 1539, Tovar escribía al emperador una carta que le entregó el capitán Luis Pérez de Vargas, tras conocer la conquista otomana de Castelnuovo el 7 de agosto¹²², pese a los intentos del virrey de Sicilia, Hernando de Gonzaga, de reanudar las negociaciones con Barbarroja –que se llevaban a cabo en secreto desde 1537- para ayudar a los sitiados¹²³. Tovar temía que este suceso influyera negativamente en las relaciones que mantenía con el emir tunecino –quien supo la noticia antes que él y no le informó de nada-, no obstante el acuerdo existente entre ambos para ayudar a recuperar tierras en poder de los turcos a cambio de dinero. El último ofrecimiento de Mulay Ḥasān había sido el de dar “çiento y nouenta y siete mil ducados siendo vuestra magestad seruido de que le entregasen çiertas tierras [blanco] le estan reueladas por turcos”¹²⁴. Las sospechas de Tovar se vieron confirmadas cuando el emir aprovechó la caída de Castelnuovo para retener los envíos de trigo –paralizados desde hacía ocho meses- a la Goleta a cuenta de las parias. Y aun más: mantuvo tratos con una nao genovesa para adquirir una remesa de este cereal en Puerto Farín, que Tovar procuraba impedir por todos los medios, convencido de que “todos moriríamos de hambre si esto fuese adelante”¹²⁵, por lo cual solicitaba al monarca su intervención para frustrar este intento. Por su parte, Mulay Ḥasān amenazaba con enviar al emperador un emisario suyo para contrarrestar las falsedades que, a su juicio, señalaba el gobernador. En verdad, este hecho demostraba el contrabando de productos –no solo alimentos, sino también armas- que venía realizándose entre cristianos y musulmanes “sin que en esta fortaleza se les estorue”, cosa que Tovar quería solucionar convirtiéndola en aduana para el tránsito de mercancías.

El gobernador creía además que los suministros de Sicilia que recibía la fortaleza podrían verse mermados por tener que atender otras necesidades más perentorias, a raíz de la pérdida de Castelnuovo. Sin embargo, ocurrió lo contrario pues los que, en principio, iban destinados allí, acabaron finalmente en la Goleta. Se trataba de “vna nao cargada con mil quintales de viz-

¹²² La armada de la Santa Liga –coalición formada por el Papa Paulo III, el emperador Carlos V y su hermano Fernando I de Austria, así como la república de Venecia- había conquistado Castelnuovo a los turcos en octubre de 1538. Vid. González Castrillo, Ricardo: “La pérdida de Castelnuovo en 1539 según fuentes españolas”, en *Anaquele de Estudios Arabes*, nº 24, 2013, pp. 73-84. Vid. también Armillas Vicente, José Antonio: “Monarquía e Imperio”, en Enrique Martínez Ruiz [et al.], *La España moderna*. Istmo, Madrid, 1992, pp. 107-108.

¹²³ Fernández Álvarez, Manuel: *Carlos V, el César y el hombre*. Espasa, Madrid, 2003, pp. 584-585.

¹²⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 16, doc. 54. “Carta de Francisco de Tovar al emperador” de fecha 3 de septiembre de 1539.

¹²⁵ *Ibidem*.

cocho y cien botas de vino, y dozientos y çinquenta puercos, y queso, arroz, atun, y çinquenta barriles de poluora de arcabuz”¹²⁶, que aliviaron solo en parte la dramática situación, consecuencia de la carestía de víveres. Aun así, confiaban que los turcos “perderan aqui lo que en Castelnouo ganaron aunque las murallas sean de arena”¹²⁷. Tal era la necesidad de suministros en la fortaleza que Tovar tuvo que apresurarse a enviar al capitán Aguilera para proveerse de ellos en Sicilia, especialmente de cuerda de arcabuz, y le autorizaba incluso a encallar la nao en la que los transportara en caso de que estuviese asediada la fortaleza, pues era preferible perder la embarcación y recuperar luego “lo que viniere en ella”¹²⁸.

La carencia de toda clase de bienes que padecía la Goleta era, a no dudar, una de las mayores preocupaciones de Tovar. Pero aun había dos asuntos que le inquietaban mayormente: la paga de los soldados y el regreso de Barbarroja. En cuanto a la primera cuestión, aseguraba que, en septiembre, no quedaba un solo ducado en la Goleta, y se debían los sueldos de todo el año 1539. Y en cuanto a la segunda, la llegada de la flota turco-berberisca inquietaba al gobernador, en un momento en que la Goleta tenía una parte de su muralla abierta. Por ello, procedió a toda prisa a cerrarla “de faxina y retama y arena como es todo lo otro”¹²⁹, materiales que tuvieron que tomarse por la fuerza, tras ciertas escaramuzas con los alárabes porque el emir se negaba a proporcionarlos.

*Los memoriales de Francisco de Tovar sobre la Goleta
(alrededor de 1540)*

El alcaide Tovar redactó diferentes informes sobre las necesidades de la fortaleza, alguno de los cuales obtuvo respuesta por parte de las autoridades competentes. Y, aunque carecen de datación, podrían circunscribirse a los años 1540 o, quizá, 1541, por las fechas de los demás documentos que conforman los legajos en los que están insertos. En uno de ellos, dirigido a los oficiales de la Casa de Málaga, pedía con urgencia diversos suministros relacionados con la artillería, en concreto cureñas, ruedas, ejes de cañones y culebrinas porque “aunque de muchas cossas ay necesidad, de ninguna

¹²⁶ *Ibidem.*

¹²⁷ *Ibidem.*

¹²⁸ *Ibidem.*

¹²⁹ *Ibidem.*

ay mas que de esta”¹³⁰. En respuesta a esta petición, recibió diez cureñas, veinte ruedas para las mismas, cuarenta ejes y algunas culebrinas nuevas¹³¹. Tovar siempre incidía en que los suministros fuesen nuevos porque la Goleta carecía de los materiales necesarios para repararlos en caso de que se estropeasen. Y ponía como ejemplo los esmeriles recibidos con anterioridad, que habían sido de la peor calidad y fueron fundidos por inservibles para fabricar otras piezas solicitadas por el presidio de Bona. Por ello solicitaba le enviasen cien esmeriles nuevos. En su lugar, la Casa de Málaga mandó a la Goleta “treze versos de fierro buenos [...] y veinte y siete mosquetes mui buenos”¹³². No acaban aquí las necesidades del arsenal de la fortaleza, pues faltaban arcabuces con los que sustituir los existentes, que no servían más que “para hierro viejo”. Solicita, por tanto, 400 nuevos, de los cuales la Casa de Málaga acabó remitiendo 200, de la mejor calidad. Pólvora de cañón y arcabuz, “que aunque desto ay alguna cantidad –indicaba Tovar– todavía es menester mucho mas”, balas de todo tipo, cáñamo para acarrear la artillería, fuegos artificiales y otros suministros son también pedidos en dicho informe¹³³. Y, de todo ello, se mandó alguna cantidad, excepción hecha de los fuegos artificiales, de los que no había existencias. De pólvora de cañón recibió la Goleta en esta ocasión 100 quintales; de la de arcabuz, 30 quintales; 4.500 balas de todas las medidas y los 12 cabos de cáñamo solicitados. Asimismo, era necesario abastecer de materiales para las obras de construcción que se realizaban en la fortaleza. Madera, hierro, clavos, hachas, azadas, cestas, son algunas peticiones que figuran en el memorial. En algunas ocasiones, se le envía todo el excedente disponible en la Casa de Málaga, llegando incluso a adquirir los materiales que no había en suficiente cantidad para atender cada solicitud. Por ejemplo, se remiten 150 tablas de roble de las 1.000 pedidas “que se an comprado porque no se an allado mas”, aclaran los oficiales de la Casa de Málaga¹³⁴. Y en cuanto a los clavos, se mandaron 12.000 de distintos tamaños, comprando *ad hoc* otros 6.000 más para atender las diferentes medidas que el alcaide requería, y todo ello “pesara asta çinquenta quintales”¹³⁵. Finalmente, este memorial contie-

¹³⁰ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 89. “Memorial de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”.

¹³¹ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 90. “Contestación al Memorial de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”.

¹³² *Ibidem*.

¹³³ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 89. “Memorial de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”.

¹³⁴ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 90. “Contestación al Memorial de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”.

¹³⁵ *Ibidem*.

ne una curiosa referencia relativa a los soldados, en la que pedía se trajesen 400 a la fortaleza. Y argumentaba esta solicitud explicando que entre los venidos después de su llegada a la Goleta había “mucha gente vsada y gente inútil, y así ay algunos agora”¹³⁶.

Otros informes posteriores redactados por el alcaide Tovar contienen igualmente solicitudes de provisiones con destino a la fortaleza¹³⁷. Por lo general, las carencias apuntadas guardan relación con necesidades de tipo militar o con herramientas para los trabajos de fortificación. Arcabuces, picas, piezas de artillería, pólvora, munición, son las más comunes entre las primeras. Y clavos, hachas, carretas, mulas, madera, ladrillos, azadas, y un largo etcétera de materiales de esta clase, entre los segundos. Asimismo, se incluyen también peticiones de personal especializado en diversos oficios, como canteros, carreteros, polvoristas, ballesteros y artilleros, cuyo número actual consideraba insuficiente. Y otras que tenían que ver con la alimentación de personas y animales, especialmente tocino, legumbres y cereales. En ocasiones, acompaña Tovar la solicitud de algún comentario aclaratorio como el que añade a su petición de morteretes, explicando que son útiles para alcanzar con sus tiros a Túnez y de este modo mantener la ciudad controlada. O cuando a su demanda de lombardas de hierro, indica la urgencia de disponer de ellas, trayéndolas de Vizcaya, si no había existencias en la Casa de Málaga.

CONCLUSIONES

La correspondencia entre Francisco de Tovar y el emperador Carlos V, conservada en el Archivo General de Simancas, correspondiente a los años 1538 a 1540, proporciona datos de gran interés sobre las cuestiones más relevantes a las que tuvo que enfrentarse al ocupar el cargo de alcaide y capitán general de la Goleta. Asuntos como las complicadas relaciones que mantuvo con el emir *ħafsi* Mulay *Ĥasān* a quien Carlos V había restituido al frente de Túnez tras la campaña de 1535 o el progreso de las obras de fortificación que se llevaban a cabo en la fortaleza, lastradas por la existencia de diferentes opiniones acerca de cómo ejecutarlas, son algunos de los temas

¹³⁶ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 89. “Memorial de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”.

¹³⁷ A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 22, doc. 91. “Informe de Francisco de Tovar sobre lo que es necesario para la fortaleza de la Goleta”. De este mismo documento existen dos copias más en este legajo, numeradas como docs. 92 y 93. Vid. también, A.G.S., *Guerra y Marina*, leg. 38, doc. 185. “Memorial de Francisco de Tovar sobre las cosas que se han de proveer de España para la Goleta”.

tratados con profusión en esta colección epistolar. Especial mención merece el relativo al motín de la guarnición en 1538, provocado por el retraso en las pagas, donde se aportan datos novedosos no recogidos en otras fuentes –como la identificación de los cabecillas de la rebelión o algunas demandas de los sublevados- que finalizó con la renovación completa de los efectivos militares, lo cual fue posible gracias a la firma de la Tregua de Niza, suscrita por Carlos V y Francisco I. Asimismo, resulta de gran interés la visita que realizó Martín Niño a la Goleta en 1539, en la que tuvo ocasión de conocer de primera mano los problemas más acuciantes de este presidio, información coincidente con la suministrada por el propio alcaide. Por último, solventados con éxito los graves problemas a que se enfrentó Tovar en los primeros años de su mandato, y con un mejor conocimiento de la realidad de la fortaleza, dedicó el siguiente año de 1540 a redactar una serie de informes sobre sus carencias, y sus peticiones. En este caso, se refieren principalmente a completar el arsenal artillero o a proseguir las obras de fortificación, reclamando para ello los medios materiales y humanos necesarios.

Fuentes y bibliografía consultadas

FUENTES MANUSCRITAS

- Archivo General de Simancas (AGS).
- Archivo Histórico Nacional (AHN).
- Archivo General Militar de Madrid (AGMM).
- Real Biblioteca de Madrid (RBM).
- Biblioteca de El Escorial (BE).

FUENTES IMPRESAS

MÁRMOL DE CARVAJAL, Luis del: *Primera parte de la descripción general de África*. Rene Rabut, Granada, 1573.

SANDOVAL, Prudencio de: *Historia de la vida y hechos del emperador Carlos V*. Bartolomé Paris, Logroño, 1634.

BIBLIOGRAFÍA

ALBI DE LA CUESTA, Julio: *De Pavía a Rocroi. Los Tercios de infantería española en los siglos XVI y XVII*. Balkan Editores, Madrid, 2005.

ARMILLAS VICENTE, José Antonio: “Monarquía e Imperio”, en Enrique Martínez Ruiz [et al.], *La España moderna*. Itsmo, Madrid, 1992.

ARQUÉS, Enrique: *Las adelantadas de España*. Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid, 1966.

BORDEJÉ Y MORENCOS, Fernando de: *El escenario estratégico español en el siglo XVI (1492-1556)*. Editorial Naval, Madrid, 1990.

BRAUDEL, Ferdinand: “Les espagnols et l’Afrique du Nord de 1492 a 1577”, en *Revue Africaine. Bulletin de la Société Historique Algérienne*, nº 69, 1928, pp. 351-428.

BUNES IBARRA, Miguel Ángel de: “El norte de África y los otomanos a principios del siglo XVI”, en *Homenaje al Profesor Carlos Posac Mon*, vol. II. Instituto de Estudios Ceutíes, Ceuta, 1998, pp. 113-124.

CASTRO FERNÁNDEZ, José Javier de y CUADRADO BASAS, África: “Las fortificaciones de la corona hispánica en el Mediterráneo durante los siglos XVI y XVII (1492-1700)”, en *IV Congreso de Castellología*. Asociación Española de Amigos de los Castillos, Madrid, 2012, pp. 143-200.

CLOT, André: *Soliman le Magnifique*. Fayard, París, 1983.

- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Carlos V, el César y el hombre*. Espasa, Madrid, 2003.
- GONZÁLEZ CASTRILLO, Ricardo: *El arte militar en la España del siglo XVI*. Edición personal, Madrid, 2000.
- : “La pérdida de Castelnuovo en 1539 según fuentes españolas”, en *Anaquel de Estudios Árabes*, nº 24, 2013, pp. 73-84.
- : “Ardides y estratagemas de guerra”, en *Revista de historia militar*, nº 122, 2017, pp. 131-154.
- : “Una relación anónima manuscrita sobre el Emperador Carlos V en la Real Biblioteca de Madrid”, en *Segundo Congreso Carolus: primeros pasos hacia la globalización. Homenaje a José María Ruiz Povedano*. Ayuntamiento, Alcalá La Real, 2019.
- GUTIÉRREZ CRUZ, Rafael: “Las fronteras del Imperio. El motín en la Goleta de Túnez en 1538”, en *Estudios de frontera. 9. Economía, derecho y sociedad en la frontera*. Diputación Provincial, Jaén, 2014, pp. 273-286.
- LABORDA BARCELÓ, Juan: *Los condicionantes de la política militar norteafricana de Felipe II: estrategias, logística, campañas y sostenimiento de las plazas: de los Gelves a la paz con el Turco*. Universidad Complutense, Madrid, 2014.
- “Lettere di Muley-Hassen re di Tinisi a Ferrante Gonzaga, vicerè di Sicilia (1537-1547)”, en *Atti e memorie delle RR. Deputazioni di Storia Patria per le provincia Modenesi e Parmensi*. Carlo Vincenzi, Módena, 1866.
- MARTÍNEZ LAÍNEZ, Fernando: *La guerra del Turco. España contra el Imperio Otomano. El choque de dos gigantes*. Edaf, Madrid, 2010.
- AL-ÛUNDÏ, Farîd Abd al-Azîz: *Mu ÿam al-Buldân*. Beirut, 1990.
- PAÑEDA RUIZ, José María: “Redescubriendo a don Bernardino de Mendoza”, en *Revista de las Órdenes Militares*, nº 8, 2015, pp. 225-256.
- TÉLLEZ ALARCIA, Diego: “El papel del Norte de África en la política exterior hispana (ss. XV-XVI)”, en *Tiempos modernos*, nº 1, 2000.
- VARRIALE, Gennaro: “Un juicio de frontera: el caso de Francisco Tovar, alcalde de la Goleta”, en Antonio JIMÉNEZ ESTRELLA y Julián A. LOZANO NAVARRO [eds.], *Actas de la XI reunión científica de la Fundación Española de Historia Moderna*, vol. 1. Editorial Universidad Granada, Granada, 2012, pp. 1224-1235.
- VERA APARICI, Jorge: “La Goleta: comienzos de una fortaleza”, en *Sharq al-Andalus: estudios mudéjares y moriscos*, nº 8, 1991, pp. 235-241.

Recibido: 26/08/2019

Aceptado: 19/12/2019

LA ARTILLERÍA JURAMENTADA EN LOS SITIOS BRITÁNICOS A BADAJOZ EN 1811

Jacinto Jesús MARABEL MATOS¹

RESUMEN

Entre mayo y junio de 1811 los británicos pusieron dos veces cerco a la plaza de Badajoz, entonces en poder de los franceses. El primero de ellos tuvo que ser rápidamente levantado para hacer frente al mariscal Soult, que llegaba de Andalucía con el V Cuerpo para socorrer a la guarnición. Retomado después de la Batalla de La Albuera, los movimientos coordinados de los ejércitos franceses precipitaron los planes diseñados por Lord Wellington para tomar la plaza, poniendo de manifiesto las carencias del Real Cuerpo de Ingenieros en la guerra de sitios.

PALABRAS CLAVE: Guerra de la Independencia; Sitio de Badajoz; Artillería; Wellington; José Napoleón.

¹ Doctor en Derecho. Licenciado en Derecho por la UNEX. Licenciado en Ciencias Políticas y Sociología por la UNED. Letrado de la Comisión Jurídica de Extremadura. Secretario de la Asociación Histórico - Militar Alfonso IX.

ABSTRACT

Between May and June 1811 the British twice laid siege to the place of Badajoz, then in possession of the French. The first of them had to be quickly lifted to face Marshal Soult, who came from Andalusia with the V Corps to help the garrison. Resumed after the Battle of La Albuera, the coordinated movements of the French armies precipitated the plans designed by Lord Wellington to take the place, revealing the shortcomings of the Corps of Royal Engineers in the war of sieges, but, above all, the superiority of the French artillery that ended up defeating him. Paradoxically, those guns were directed by Spaniards, officials of the Army of Joseph Napoleon later relegated by History. This work tries to recover the memory of one of them: the Colonel César González, the Spaniard who defeated Wellington.

KEY WORDS: Peninsular War; Siege of Badajoz; Artillery; Wellington; Joseph Napoleon.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

El general Arthur Wellesley, que pasó a la Historia con el sobrenombre de Lord Wellington, comenzó sin duda a cimentar su leyenda tras la conquista de Badajoz el 6 de abril de 1812. Después de la retirada de Talavera, los británicos pasaron casi tres años encerrados tras las líneas de Torres Vedras, asomándose para presentar batalla en Fuentes de Oñoro o La Albuera con resultados discutibles, y dando pábulo al incremento de las voces críticas con la intervención militar en la Península. Sin embargo, a principios de 1812 Napoleón sustrajo un gran número de efectivos en España para destinarlos al frente ruso, y primó la conquista de Levante haciendo bascular las fuerzas hacia este punto. Ambas decisiones fueron aprovechadas por Lord Wellington para cruzar la frontera y hacerse con sus dos principales plazas fuertes, Ciudad Rodrigo al norte y Badajoz al sur, cambiando el curso del conflicto en la primavera de ese mismo año.

La noticia de la caída de esta segunda plaza, una ciudad maldita para los británicos desde la epidemia en la que sucumbió una tercera parte de su

Ejército en el otoño de 1809², tuvo un impacto sin precedentes en la opinión pública. La victoria llegó al puerto de Plymouth el 22 de abril y dos días más tarde *The London Gazette* abrió una edición especial reproduciendo el triunfalista informe oficial³. Durante los días siguientes el clima de euforia se extendió por toda la prensa, lo cual fue aprovechado por algunos avisados empresarios, como John Phillip Astley, que ofreció un monumental espectáculo sobre el Sitio de Badajoz que mantuvo exitosamente en cartel hasta bien entrado el verano, o Robert Barker, que hizo lo propio con un monumental Panorama en el que ofrecía vistas privilegiadas del asalto. La victoria en el tercer cerco que Lord Wellington puso a Badajoz durante la Guerra de la Independencia, impregnó ya para siempre la cultura militar británica, sucediéndose las recreaciones multitudinarias, como las que tuvieron lugar en los Jardines de Surrey en 1849 o Adershot en 1928, y generando toda una literatura en torno a este episodio que alcanza hasta nuestros días⁴.

Sin embargo, apenas constan referencias a los sitios que tuvieron lugar entre abril y junio de 1811. Conservamos algunos sucintos datos aportados por el coronel de ingenieros John Thomas Jones que, sin descuidar la crítica con la estrategia empleada en ambos sitios⁵, pueden ser contrastados con los del diario publicado apenas seis años antes por su antagonista, el coronel Jean-Baptiste Hippolyte Lamare, responsable de las obras de fortificación francesa⁶. Su autor, que tampoco eludió la crítica al gobernador de la plaza, el general Armad Philippon, suscribió tres versiones en las que siempre fue fiel respecto al hombre que propició las derrotas

² Según las estimaciones de los servicios médicos británicos, alrededor de diez mil hombres habrían enfermado de distinta gravedad en apenas seis semanas, mientras que más de quinientos, entre oficiales y simples soldados, murieron a consecuencia de las fiebres padecidas en el otoño de 1809. Vid. Marabel Matos, Jacinto Jesús: "Fiebre y Sábanas. El otoño de Wellington en Badajoz (II)", en *Actas de los XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, Trujillo, 2018, pp. 409-425.

³ Vid. *The London Gazette Extraordinary*, de 24 de abril de 1812.

⁴ Una estudio más detallado de las referencias al Sitio de Badajoz en el Astley's Amphitheatre, el Panorama de Robert Barker y las distintas recreaciones, puede consultarse en Marabel Matos, Jacinto Jesús: "Badajoz 1812: Provecho y espectáculo de la ciudad tomada (II)", en *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2017, Tomo XXV, pp. 315-344.

⁵ Jones, John Thomas: *Journals of sieges carried on by the army under the duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Egerton, Whitehall, 1827, Volumen I.

⁶ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *Relation de la deuxième défense de la place de Badajoz en 1812, par les troupes françaises de l'armée du midi en Espagne, contre l'armée anglo-portugaise*. Anselin et Pochard, Paris, 1825.

británicas⁷. Un hombre al que Napoleón concedió la más alta distinción del Imperio, la Legión de Honor, sin ser hijo de Francia⁸. Porque, en efecto, el hombre que venció a Wellington en 1811 era español. Fue coronel de artillería y se llamaba César González Tournelle. Y aunque no pasó a la Historia, sin duda alguna llegó a ser reconocido como el héroe de aquellas gloriosas jornadas.

BADAJOS EN 1811. EL CERCO FRANCÉS

Hasta bien entrado el Siglo XIX Badajoz era la clave de bóveda sobre la que giraba el principal sistema abaluartado dominante del suroeste peninsular, por lo que su conquista se hacía ineludible para controlar el vasto territorio que se extendía de Sevilla a Lisboa, además del paso obligado entre esta última y Madrid. El río Guadiana abrazaba la plaza por el norte, mientras un puente, a cuyo extremo se levantaba un hornabeque, enlazaba ambas orillas y ocho baluartes la rodeaban de oeste a este, conectando en este punto con el recinto amurallado de la alcazaba árabe, la más extensa de España, a su vez dominada desde el margen opuesto por el imponente fuerte de San Cristóbal. Por su parte, el sector meridional estaba protegido por el fuerte de Pardaleras, reforzado a su vez con los fortines de La Picuriña y San Roque, que se alzaban sobre sendos padrastrós situados a su derecha.

No era pues tarea fácil conquistar la ciudad, y así pareció entenderlo el propio Napoleón cuando, antes de regresar a París a mediados de enero de 1809, estableció la estrategia general que debían seguir sus mariscales para someter a los españoles. En lo que respecta a la mitad oeste peninsular, el II Cuerpo del mariscal Soult debía avanzar desde Galicia para tomar Lisboa en paralelo al I Cuerpo del mariscal Víctor, que haría lo propio con Extremadura, enlazando ambos en Badajoz antes de continuar hasta Sevilla. El plan no pudo ser llevado a efecto porque Soult quedó enfangado en Oporto, y Víctor, que había cumplido derrotando al ejército del general Cuesta en Mesa de Ibor y Medellín, tuvo que dar media vuelta y retroceder hasta Talavera ante el peligro de quedar aislado.

Allí, entre el 27 y el 28 de julio de 1809, los franceses presentaron batalla en Talavera a los ejércitos aliados con el resultado de todos conocido.

⁷ Una aproximación a las ediciones del diario del coronel Lamare puede consultarse en Marabel Matos, Jacinto Jesús: “Jean-Baptiste Hippolyte Lamare en La Rochelle”, en Labretonnière, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos, Badajoz, 2012, pp. 7-32.

⁸ Vid. *Journal de L'Empire*, de 7 de octubre de 1811.

Las bajas, cuantiosas por ambas partes, apremiaron la retirada de los británicos que, siguiendo la ruta que discurre hasta Trujillo a través de la Sierra de Guadalupe, llega finalmente a Badajoz, en cuyas inmediaciones acantonaron hasta últimos de diciembre consumidos por una epidemia de fiebre amarilla que hizo estragos entre sus filas. La ciudad, que durante los dos primeros años del conflicto se mantuvo alejada del teatro de operaciones, pasaría a ser a partir de entonces protagonista destacada en la más cruenta y decisiva etapa de la Guerra de la Independencia, pues al poco que Lord Wellington decidió que “el Ejército británico no debía nada a la Provincia”⁹ y pasó a enrocarse en Portugal a la espera de vientos más favorables, los franceses se presentaron ante la plaza decididos a conquistarla.

En efecto, el 10 de febrero de 1810 el V Cuerpo del mariscal Mortier puso cerco a Badajoz¹⁰. Los franceses, que habían partido de Sevilla apenas una semana antes¹¹, encontraron expedito el camino porque en el temerario plan de defender la capital de Andalucía, el duque de Alburquerque había arrastrado al Ejército de la Izquierda desguarneciendo Extremadura. En la precipitada acción quedó cortada parte de la retaguardia, formada por el regimiento de infantería ligera de Osuna, un batallón del regimiento de infantería ligera de Sevilla y otro de cazadores de Zafra, que comandados por el brigadier Rafael Menacho tuvo que buscar refugio en las estribaciones de la Sierra de Monsalud, donde al cabo terminaron cercados por los franceses. Un ardid del brigadier Menacho posibilitó que los españoles consiguieran traspasar las líneas enemigas y entrar dos días más tarde a uña de caballo en Badajoz, donde fueron recibidos como auténticos héroes¹². El teniente coronel Cayetano Ollara, que comandaba el batallón del regimiento de infantería ligera de Sevilla, contó: “que en dos días no comió la división rancho alguno, y en veinte y cinco horas no hizo un alto; quedaron medio reventados y

⁹ Vid. Oficio dirigido por Lord Wellington a la Junta Suprema de Extremadura el 7 de diciembre de 1809, publicado en la *Gazeta de la Regencia*, de 14 de diciembre de 1809.

¹⁰ Según apuntó con precisión matemática el *Diario Mercantil de Cádiz*, de 27 de febrero de 1810, a las “nueve y diez de la mañana” del 10 de febrero, los franceses completaron una línea de circunvalación que se extendía a media legua de la ciudad, sobre los cerros de San Miguel, San Gabriel el Viejo, Las Mayas y La Picuriña.

¹¹ Moreno Alonso, Manuel: *Sevilla Napoleónica*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2011, pág. 266.

¹² Según el historiador Adolfo de Castro, Menacho envió a tres tamborcillos a unos cerros distantes para que encendieran hogueras, haciendo creer a los franceses que por allí se desenvolvían las tropas españolas y descuidando el flanco izquierdo, por el que pudieron escapar finalmente a marchas forzadas hasta Badajoz. De Castro y Rossi, Adolfo: *Historia de Cádiz y su Provincia desde los tiempos remotos hasta 1814*. Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1858, pág. 744.

desfallecidos muchos de los tres cuerpos que se componía la división; pero la retirada tan arriesgada y pronta se alabó en los papeles de Badajoz¹³.

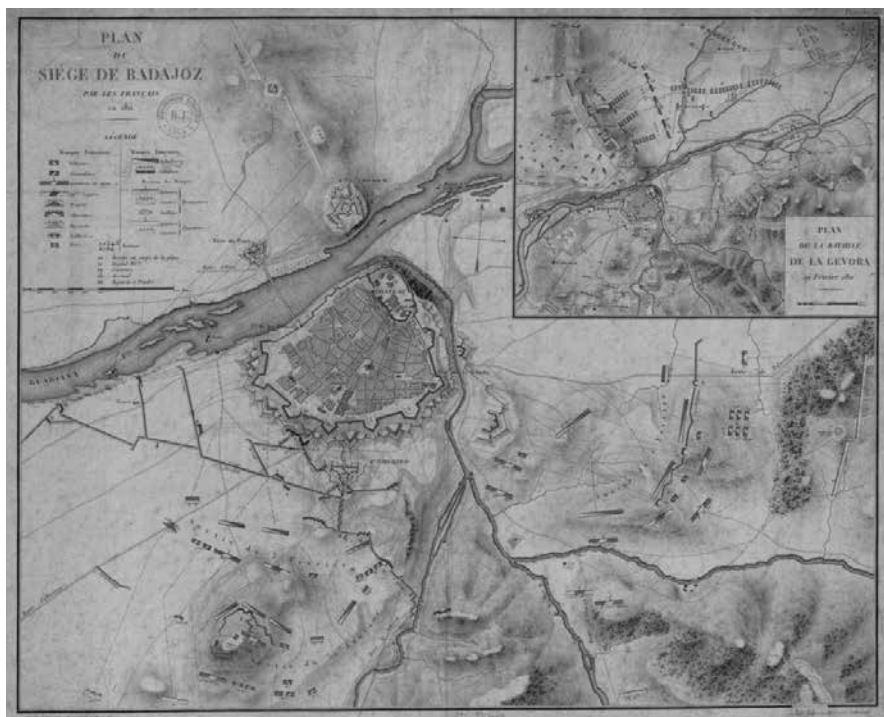


Figura 1. Plano de Badajoz de 1811, incluido en la obra del comandante de los ingenieros franceses, el coronel Lamare, sobre los asedios, publicada en París en 1825. Bibliothèque Nationale de France, GED-1723

La tropas pudieron atravesar la línea de circunvalación gracias a la salida practicada la noche antes por las guerrillas de la plaza, en la que malograron los trabajos de trinchera, tomaron herramientas e hicieron multitud de bajas a los franceses¹⁴. Éstos, viendo que la guarnición había sido reforzada, levantaron el cerco y regresaron al cuartel general que habían es-

¹³ Vid. *El Redactor General*, de 29 de octubre de 1812.

¹⁴ Vid. *Gazeta de la Regencia*, de 23 de marzo de 1810, *Diario Mercantil de Cádiz*, de 10 de marzo de 1810, y *Diario de Mallorca*, de 12 y 13 de abril de 1810. Por esta acción, el Regimiento de Voluntarios de Extremadura recibió un escudo de distinción, que luce aún en la coronela de la unidad que se conserva en el Museo del Ejército. VV.AA: *Catálogo General del Museo de Artillería*. Madrid, Imprenta de Eduardo Arias, 1917, Tomo IV, pág. 246. La gesta fue inmortalizada así mismo con el *Himno a Badajoz Vencedora, el 11 de febrero de 1810*, compuesto por F. J. Molié, cuya partitura podía adquirirse en casa

tablecido en Llerena, a mitad de camino de Sevilla, desde donde hostigarían la plaza en las distintas escaramuzas que se sucedieron a tiro de fusil de sus murallas hasta bien entrado el verano.

Las tropas del marqués de La Romana no daban abasto a los numerosos frentes abiertos en la provincia hasta que después de las derrotas de Cantaelgallo y la Dehesa del Campo, este “marchó a prestar, sin que nadie se lo pidiera, ni se lo mandase, el innecesario auxilio a los ingleses en la campaña emprendida por estos tras las famosas Líneas de Torres Vedras”¹⁵. La Junta Suprema de Extremadura salió tras él dejando la región sin poder político y militar que la rigiese, hasta que el 27 de septiembre de 1810 el Consejo de Regencia ascendió a Menacho a mariscal de campo, nombrándole gobernador de Badajoz y aunando en él ambos poderes¹⁶. Un cargo nada fácil, porque la ciudad se encontraba por entonces al borde la rebelión, con el estamento eclesiástico, las clases altas y aún los propios vecinos, superados por las ingentes cantidades con las que debían contribuir a los gastos del ejército y temiendo que los franceses asomasen de un momento a otro a las puertas de sus casas.

Temores nada infundados, que comenzaron a hacerse realidad cuando el 1 de enero de 1811 el mariscal Soult partió de Sevilla acompañado del V Cuerpo de Mortier, la caballería de reserva del general Latourg-Maubourg, al que se le unieron tres regimientos de dragones, dos de húsares y uno de cazadores del I Cuerpo, y ocho compañías de artillería al mando del general Bourget, que arrastraban un tren con cincuenta y cuatro bocas de fuego. Aunque el objetivo principal de la campaña de Soult era realizar una maniobra de distracción para facilitar que el mariscal Masséna pudiera poner a salvo sus tropas al norte de la frontera portuguesa, Soult se proponía conquistar de una vez por todas la plaza de Badajoz para asegurar el frente y poder dedicarse a resolver los focos de insurrecciones que emergían por toda Andalucía. Así es como el 22 de enero tomó en primer lugar Olivenza, para plantarse cuatro días más tarde delante de Badajoz, donde Menacho contaba con apenas 4.000 hombres¹⁷.

Estos no se dejaron arredrar por los casi 20.000 franceses que les cercaron y ejecutaron hasta cinco exitosas salidas demorando los aproches, a la

de Font y Closas, en la calle de San Francisco de la capital gaditana, al precio de quince reales de vellón según la *Gazeta de la Regencia*, de 22 de junio de 1810.

¹⁵ Gómez Villafranca, Ramón: *Extremadura en la Guerra de la Independencia. Memoria Histórica y Colección Diplomática*. Uceda Hermanos. Badajoz, 1908, pp. 214 y 215.

¹⁶ *Ibidem*, pág. 224.

¹⁷ Las operaciones del cerco pueden ser consultadas en AHN. *Diversos-Colecciones*, 109, nº 25. “Sitio de Badajoz. Pormenores sobre el estado en que se encuentra la plaza de Badajoz y diario de los sitiados desde el 28 de febrero hasta el 4 de marzo de 1811.”

espera de las cuatro divisiones españolas que finalmente entraron el 6 de febrero. Estaban bajo el mando interino del teniente general Gabriel de Mendizábal porque el marqués de La Romana había muerto de apoplejía quince días antes en Cartaxo. Pronto se demostró que la capacidad de Mendizábal no estaba a la altura exigida: cuando el 7 de febrero cosechó su primera derrota frente a los muros de la plaza, decidió cruzar el río para llevarse las tropas a acampar al otro lado, en lugar de continuar hostigando a los franceses, cortar sus líneas de comunicación o presentar batalla. Mendizábal mantuvo inoperativo al Ejército durante días dejando vía libre al enemigo para que extendiera las paralelas, de tal modo que la noche del 10 de febrero los franceses tomaron el descuidado fuerte de Pardaleras, exponiendo a un ataque todo el sector meridional, como pudo verse de inmediato, cuando iniciaron una zapa en zigzag amenazando el camino cubierto frente a la cortina de San Francisco, donde se proponían emplazar la artillería de brecha para batir los muros de la plaza.



Figura 2. Estatua del general Menacho realizada por Salvador Amaya, inaugurada en 2019 en Badajoz



Figuras 3 y 4. Retratos del teniente general William Carr Beresford, pintado por Charles Turner en 1815, y del mayor Alexander Dickson, comandante de la artillería británica, pintado por Edme Quenedey, apenas tres años más tarde de ser rendida la plaza

Con todo, la situación de los defensores pasó a ser crítica apenas una semana más tarde, cuando el Ejército español fue completamente derrotado por los franceses, que aprovecharon la intensa niebla que cubría el terreno para sorprenderles en su mismo campamento, haciéndoles multitud de bajas y tomando 4.346 prisioneros, entre ellos el brigadier Virués, comandante de la II División, con su estado mayor al completo¹⁸. Mendizábal, junto a los mariscales de campo Carlos de España y Martín de La Carrera, logró ponerse a salvo en Portugal, mientras que el mariscal de campo Juan José García consiguió entrar con 1.377 hombres en Badajoz, que quedó aislada completamente. A partir de aquí, el gobernador Menacho multiplicó los trabajos de defensa y las salidas para estorbar la zapa de aproximación del frente amenazado, pues se tenían noticias de que un fuerte contingente británico se aproximaba a levantar el cerco¹⁹. Acaudillada por Menacho, resuelto a dejarse enterrar literalmente entre los muros de la ciudad antes que rendirla

¹⁸ Vid. *Gazeta Extraordinaria de Sevilla*, de 6 de marzo de 1811.

¹⁹ Cuando el 4 de marzo se hizo evidente que Masséna comenzaba a retirar las tropas situadas frente a las líneas de Torres Vedras, Lord Wellington cedió al teniente general William Carr Beresford la II y IV división, junto a las dos brigadas portuguesas de Hamilton, para que marchara en auxilio de Badajoz. Pero el 9 de marzo recibió un falso informe que le hizo creer que los franceses se concentraban para presentar combate en Tomar y dictó una contraorden, por lo que no fue sino hasta el 14 de marzo cuando Beresford pudo ponerse en marcha hacia Badajoz, ignorando que por entonces la plaza había sido rendida. El lugar elegido para reagrupar las fuerzas anglo-lusas fue Portalegre, situada a una jornada de distancia al norte de la capital de Extremadura, a la que llegaron finalmente el 22 de marzo, debiendo modificar de nuevo sus planes. Oman, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volumen IV, pp. 248-251.

al enemigo, la población se unió a la guarnición en las labores defensivas. Y todos mostraban un espíritu de resistencia extremo, hasta que un grano de metralla que cayó en las inmediaciones del cuartel de la Bomba se llevó por delante la vida del Gobernador, propiciando que su segundo, el brigadier José Imaz Altolaguirre, rindiera la plaza una semana más tarde.

EL PRIMER CERCO BRITÁNICO

El 11 de marzo de 1811 el mariscal Soult tomó posesión de Badajoz y 9.756 hombres entregaron las armas²⁰. Sin duda fue un triunfo poco tiempo saboreado, ya que de inmediato tuvo que marchar a Sevilla, donde urgía su presencia después del duro revés que los aliados les habían infringido en Chiclana. Soult nombró gobernador al general Armand Philippon y ordenó al mariscal Mortier que saliese a poner cerco a Campomayor, que cayó el 21 de marzo completando el control francés sobre tres de las cuatro plazas fortificadas que dominaban la frontera. Después, Mortier marchó a París, donde había sido invitado a los festejos para conmemorar el nacimiento del Rey de Roma, y dejó al frente de las exiguas tropas que por entonces se mantenían en las inmediaciones al general de caballería Latour-Maubourg.

Casi al mismo tiempo algunos destacamentos británicos llegaban a Elvas, distante de Badajoz 20 kilómetros al oeste. Desde allí, el 25 de marzo, apenas dos semanas más tarde de la capitulación de la plaza, las brigadas portuguesas del teniente general Alexander Hamilton se adentraron en España para abrir camino a las divisiones que habrían de lanzar la contraofensiva. El objetivo era tomar posiciones en el margen derecho del Guadiana, pero a mitad del trayecto se encontraron con el 100º regimiento de infantería de línea francés, que escoltaba un convoy con dieciséis piezas de artillería sacadas de Campomayor, protegido en las alas por el 26º regimiento de dragones y el 2º y 10º de húsares, con lo que entablaron un inesperado combate. En medio de una escaramuza, los británicos estuvieron a punto de apoderarse de los cañones si no hubiese sido porque el general Robert Ballard Long, que estaba al frente de la caballería, ordenó una extemporánea y anárquica carga que malogró la operación, permitiendo que los franceses entraran en Badajoz poniendo a salvo todas las piezas²¹.

²⁰ Este número se corresponde con el último estadillo realizado antes de la capitulación, inserto en Calatrava Peinado, José María, y otros: *Contestación por la Provincia de Extremadura al aviso publicado por el coronel Don Rafael Horé*. Imprenta Real, Cádiz, 1811.

²¹ En este combate los británicos sufrieron 15 muertos, 64 heridos y 77 prisioneros, mientras que las bajas francesas estuvieron muy próximas a los doscientos efectivos. El lance fue muy criticado por Wellington, que reprendió severamente al general Long por aquella alo-

Con todo, las columnas de Hamilton consiguieron despejar el margen derecho, y la IV División del teniente general Cole pudo acampar libremente en las inmediaciones, a la espera de que la II División del general Steward alcanzase a investir la plaza por el sur. Pues en efecto, en tanto tenía lugar el anterior combate, un destacamento británico marchaba aguas abajo en busca de un vado que les permitiera cruzar el Guadiana y poder formar sitio a Olivenza, antes de emprender las operaciones frente a la capital de Extremadura. El único paso posible era por Juromenha, pero las aguas venían crecidas y los ingenieros no lograron establecer un puente de barcas hasta la noche del 5 de abril, a través del cual pudo pasar la artillería para poner cerco a Olivenza cuatro días más tarde. Los franceses dejaron aquí una guarnición de 364 hombres, que el 15 de abril rindieron las armas permitiendo que el Ejército británico avanzara libre de obstáculos hacia Badajoz²².

Por su parte, Lord Wellington, que después de un mes hostigado a Masséna había logrado encerrarlo en Almeida, arribó a Elvas el 20 de abril para entrevistarse con el teniente general William Carr Beresford, comisionado para dirigir los trabajos de sitio. Ambos acudieron dos días más tarde a supervisar el terreno desde una altura inmediata y a punto estuvieron de ser hechos prisioneros, cuando un destacamento francés que había salido para aprovisionarse de leña en un bosque cercano sorprendió a la comitiva, haciéndoles decenas de bajas y llevándose cuatro oficiales y treinta y ocho soldados, que a la postre desvelarían los planes que barajaban los suyos para tomar la plaza²³. Según el coronel Jones, aunque las directrices pasaban por un ataque dirigido contra las tres obras exteriores, la prioridad de Wellington era tomar en primer lugar el fuerte de San Cristóbal, porque desde esta posición dominante se podría silenciar la artillería de la luneta de San Roque y del baluarte de San Pedro, facilitando los otros dos ataques combinados contra los fortines de Pardaleras y La Picuriña, que había que rendir antes de establecer una batería de brecha contra los muros del castillo²⁴.

cada cabalgada de más de diez kilómetros, que tan solo detuvo frente a los glacis del fuerte de San Cristóbal, llegando a decir que “no era propia de soldados que confían en la disciplina y en los oficiales, sino antes al contrario de una horda salvaje que galopa imprudentemente dejándose llevar por sus monturas, pues precisamente cuando el enemigo estaba a su merced, sacrificaron ventajas sustanciales, además del propio objetivo de la operación, persiguiéndole más allá de lo aconsejable”. Oman, Charles: *op.cit.*, pp. 264 y 265.

²² Lo cual fue posible gracias a que, en una estrategia conjunta, el brigadier Morillo había tomado Mérida y la caballería del conde de Penne Villemur Almendralejo, obligando al general Latour-Maubourg a retroceder hasta Llerena, donde estableció el cuartel general y mandó correos a Soult informando sobre estos movimientos. *Ibidem*, pp. 272-273.

²³ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 143-144.

²⁴ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 14-19.

Para hacer efectivo este plan, el mayor Alexander Dickson²⁵ hizo reunir en Elvas un tren de sitio compuesto de veinticuatro piezas de 16 libras, dieciséis de 8, diez obuses de 2 pulgadas y ocho de 6. En total treinta y dos bocas de fuego de distinto calibre, servidas por cinco compañías portuguesas, que a la postre se revelarían insuficientes teniendo en cuenta las cincuenta y cuatro usadas por los franceses en el cerco anterior. En cualquier caso, ninguna estuvo lista de inmediato, puesto que una nueva crecida del Guadiana se llevó por delante el puente de barcas y no fue sino hasta el 4 de mayo cuando las columnas británicas pudieron presentarse finalmente ante Badajoz. Cuatro días más tarde el cerco fue completado, y el 11 de mayo tres piezas de 24 libras junto a dos morteros de 8 pulgadas abrieron fuego contra San Cristóbal. Pero esa misma noche la batería fue silenciada con la que habían emplazado los franceses en el castillo, y como al día siguiente los informes alertaron del fuerte contingente que, al mando de Soult, se aproximaba desde Andalucía, Beresford ordenó levantar el sitio.



Figura 5. Defeat of a French Division Before Badajoz, acuarela de Thomas Sutherland de 1815 en la que se representa el combate librado en las inmediaciones de Badajoz, el 25 de marzo de 1811

²⁵ La artillería británica estuvo a cargo del mayor Alexander Dickson, que registró todas sus decisiones en un minucioso diario que heredó su hijo Collingwood Dickson. Años más tarde este lo cedió al mayor Francis Duncan, hijo a su vez del oficial del mismo nombre que murió en agosto de 1812 en Sevilla tras explotar accidentalmente un polvorín que custodiaba, el cual se había empeñado en escribir una crónica del Real Regimiento de Artillería Británico. Aunque parece ser que el diario acabó extraviado, las notas más importantes fueron transcritas en la versión de Duncan, además de admitidas también en la del coronel Jones que venimos citando. Vid. Duncan, Francis: *History of the Royal Regiment of Artillery*. Murray, Londres, 1879, Volumen II.

Los británicos achacaron el fracaso de este primer cerco a las carencias de la artillería portuguesa. Llegaron a decir que sus cañones habrían hecho las delicias de cualquier museo, porque databan de mediados del siglo XVII, eran imposibles de calibrar y muy poco fiables en aquellas circunstancias, a lo que había que sumar la escasa experiencia de los artilleros portugueses que los servían²⁶. Sin embargo, el propio mayor Dickson procuró contrarrestar estas falsedades elogiando expresamente el celo y la profesionalidad desplegados por sus aliados²⁷, y poniendo el dedo en la llaga, por el contrario, en la crónica falta de medios y oficiales facultativos del Ejército británico, cuestión esta que a corto plazo acarrearía serios problemas para encarar la guerra de sitios que se preveía en esta etapa del conflicto. A su juicio, el responsable de aquel fracaso no era otro que el teniente general Beresford, de quien llegó a decir que:

Fue mejor administrador en tiempos de paz que general en tiempos de guerra. No puede dejar de alabarse sus desvelos por organizar e instruir al Ejército portugués, ni tampoco la fidelidad que mostró siempre a Wellington; pero su capacidad para el combate dejó mucho que desear, y el éxito que siguió al primer sitio de Badajoz lo fue a pesar suya, no gracias a él. La Albuera fue una de las más crueles batallas de la Península, y estará asociada para siempre al nombre de Beresford, pese a que en lugar de su heroísmo las crónicas debieron registrar su temeraria incapacidad para el combate. Porque, aunque sea más que dudoso que las decisiones en el campo de batalla correspondan a un único general, lo cierto es que las suyas se revelaron siempre extremadamente erróneas, cubiertas tan solo por el coraje de sus hombres después de un ingente número de bajas. De tal modo que, frente a un general como Soult, la disposición que hizo de las líneas el 16 de mayo puso de manifiesto tal candor infantil que, en la figura de un general obligado a velar por las vidas de sus soldados, rayaba temerariamente lo criminal²⁸.

En efecto, pese a la táctica empleada por Beresford, que dispuso del mando del Ejército aliado en atención al número de tropas aportadas por expreso deseo del capitán general Francisco Javier Castaños²⁹, la sangrienta

²⁶ Oman, Charles: *op.cit.*, pág. 275.

²⁷ Duncan, Francis: *op.cit.*, pp. 292 y 293.

²⁸ Duncan, Francis: *Ibidem*, pág. 293.

²⁹ La historiografía británica trató siempre de ocultar la desastrosa estrategia empleada por los británicos en la batalla de La Albuera, minimizando la participación de los españoles, hasta que recientes trabajos han puesto de manifiesto el relevante protagonismo de los nuestros y la urgente revisión de aquellos textos que abogan por una visión partidista y

batalla de La Albuera consiguió alejar a Soult de su propósito principal, que no era otro que levantar el cerco de Badajoz, pero no alteró significativamente la estrategia general del conflicto. Aunque al menos sirvió para que, una vez frenado el avance del Ejército francés sobre la capital de Extremadura, los británicos pudieran reanudar los trabajos de circunvalación con los que se habían propuesto rendir la plaza³⁰. Y en cuanto a esta cuestión, la experiencia del primer cerco demostró que cualquier resultado satisfactorio pasaba por otorgar un papel decisivo a la potencia de fuego. Porque a estas alturas ya todos daban por hecho que el segundo sitio de Badajoz iba a ser fundamentalmente un combate a librar entre dos cuerpos de artillería.

*EL PAPEL DE LA ARTILLERÍA JURAMENTADA.
EL CORONEL CÉSAR GONZÁLEZ*

Así se lo hizo ver a Wellington el mayor Dickson. El comandante de las fuerzas británicas regresó a Elvas el 19 de mayo, advirtiendo de inmediato la urgencia por conquistar Badajoz. Aunque acababa de infringir un serio revés a Masséna en Fuentes de Oñoro, pronto tuvo noticias de que el Ejército de Portugal, que continuaba operativo al mando de Marmont, se había puesto en marcha hacia Extremadura en una maniobra envolvente con el ejército de Soult, con el objetivo de desbloquear la plaza y copar a los británicos encerrándolos en el valle del Guadiana³¹. Por esta razón, ordenó que la III y VII División salieran de inmediato a reforzar el cerco, tomando además las medidas oportunas para que fuera reunido un tren de sitio compuesto de treinta cañones de 24 libras, ocho de 12, cuatro de 16, dos obuses de 10 pulgadas y cuatro de 8, que serían servidas por seiscientos diez artilleros portugueses³². Como se ve, estas eran el doble de piezas de las usadas apenas unos días antes, porque el plan pasaba ahora por tomar la plaza en

unidireccional de la Historia. Vid., en este sentido, Sañudo Bayón, Juan José: *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!* Almena, Madrid, 2006.

³⁰ Aunque de inmediato ambos contendientes procuraron arrogarse el triunfo de la batalla - son significativas en este sentido las ediciones extraordinarias de la *Gazeta de la Regencia*, de 23 de mayo de 1811 y la *Gazeta de Sevilla*, de 5 de junio de 1811 -, lo cierto es que la tregua vino impuesta por el ingente número de pérdidas que afectó por igual a jefes, oficiales y soldados. Según Sañudo Bayón, los españoles tuvieron un total de 1.461, mientras que por el otro lado Oman precisó un total de 4.159 bajas británicas, además de otras 389 portuguesas y 5.936 francesas. Sañudo Bayón, Juan José: *op.cit.*, pp. 85 y 86; Oman, Charles: *op.cit.*, pp. 632- 635.

³¹ Oman Charles: *op.cit.*, pág.407.

³² Jones, John Thomas: *op.cit.*, pág. 39.

once días, si no quería quedar atrapado a merced de los cuerpos franceses que comenzaban a cerrar la tenaza sobre sus divisiones.

En todo caso, este número se aproximaba más a las usadas por los franceses para conquistar Badajoz apenas tres meses antes, entre las que destacaban cuatro de los dieciochos obuses Villantroys fundidos en la Real Maestranza de Sevilla por el afamado Manuel Pe de Arros³³. Estas piezas, que pesaban más de cinco mil libras y eran transportadas sobre afustes de bronce como los morteros, tenían por el contrario una longitud de ánima de casi tres metros, lo que permitía realizar tiros parabólicos en ángulos de 45° con un alcance de más de cinco kilómetros de distancia. Estas características, que hicieron imprescindibles a los obuses Villantroys en el cerco de Cádiz, resultaron fundamentales para bombardear las posiciones españolas sobre Santa Engracia, logrando encerrar al Ejército de Mendizábal con anterioridad a la ya comentada batalla del 19 de febrero. Por esta razón, cuando conquistaron la plaza, los franceses mantuvieron dos de estas piezas antes de regresar con el tren de sitio a Sevilla. Y la decisión no pudo ser más acertada para el devenir de los acontecimientos, como en breve se expondrá.

Aunque quizás la decisión más determinante, fruto no obstante de una contingencia en la cadena de mando, fue la de poner a un español al frente de las baterías que habrían de enfrentarse a los británicos. En efecto, a mediados de mayo, el coronel Hyacinthe Colin, comandante del 7º regimiento de artillería francés, cayó enfermo y hubo de ser sustituido por el coronel César González, auxiliado en las labores de defensa por el capitán Francisco Javier Horé³⁴. Ambos habían dado muestras de una acreditada hoja de servicios hasta su incorporación al ejército juramentado apenas unos meses antes, aunque con posterioridad cayeron en el olvido. Por diversas razones, los hombres que juraron lealtad al rey José Napoleón acabaron siendo los grandes olvidados por los estudiosos de la Guerra de la Independencia, cuestión que resulta especialmente flagrante en el caso de los cuerpos facultativos, como ha llegado a reconocer el vexilólogo Luis Sorando, que ha dedicado más de veinte años a recomponer las distintas unidades del ejército josefino³⁵. En el caso que nos ocupa, la artillería tuvo un papel esencial en

³³ Torrejón Chaves, Juan: “Sénarmont, Comandante en Jefe de la Artillería Napoleónica en España”, en *Revista de Historia Militar*. Año LV. Nº Extraordinario. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011, pp. 51 y 52.

³⁴ “Rapport du maréchal Soult, duc de Dalmatie, au prince Berthier, major général. Badajoz, le 22 juin 1811”, en Belmas, Jean Vital: *Journaux des Sièges faits ou soutenus par les français dans la Péninsule, de 1807 a 1814*. Hermanos Firmin Didot, Paris, 1836, Tomo I, pág. 578.

³⁵ Vid. Sorando Muzás, Luis: *El Ejército español de José Napoleón*. Desperta Ferro, Madrid, 2018.

la defensa desplegada por los franceses y, paradójicamente, fue dirigida por un español: el coronel González.

César González Tournelle nació en La Coruña en 1771³⁶. Su padre había sido coronel de artillería y dos hermanos suyos siguieron los mismos pasos. Uno murió en la batalla de Trafalgar y otro le acompañaría en el exilio a Francia, en 1813. Con dieciocho años sentó plaza de caballero cadete en el Real Colegio de Artillería de Segovia, donde a principios de 1792 se graduó en empleo de teniente segundo. Entró entonces como ayudante del afamado científico Joseph Louis Proust en el recién inaugurado laboratorio de química, mandado construir sobre las ruinas de las antiguas casas del obispado, frente al Alcázar. El 11 de noviembre de ese mismo año participó en Real Sitio del Escorial y en presencia de Carlos IV, junto a los también tenientes segundos Pedro Fuentes y Manuel Gutiérrez, en un exitoso y pionero ejercicio de aerostación destinado a revolucionar la técnica a nivel mundial.



Figura 6. Elevación de un globo ante la Corte de Carlos IV, pintado por Antonio Carnicero en 1792 que se conserva en el Museo de Bellas Artes de Bilbao. En el mismo pueden apreciarse los oficiales y cadetes del Real Colegio de Artillería de Segovia que participaron en la práctica del globo cautivo dirigida por Louis Proust ante los reyes de España

³⁶ Los datos que se exponen han sido extractados a partir de la Hoja de Servicios del coronel González facilitada por Fernando de la Iglesia Ruíz, el *Mercurio Histórico y Político*, números de enero de 1793 y 1794, en lo referente a la Campaña del Rosellón, y el *Memorial de Artillería*, año 68, Serie VI. Imprenta Arias, Madrid, 1913, Tomo IV, pp. 5-17, en cuanto a la exhibición del globo aeroestático, recogido también por Gomá Orduña, José: *Historia de la Aeronáutica Española*. Prensa Española, Madrid, 1946, pp. 25-27.

Al año siguiente fue destinado a la Campaña del Rosellón, en la que sirvió en el Ejército de los Pirineos Occidentales bajo las órdenes del capitán general Ventura Caro, destacándose en las baterías contra el Castillo de Piñón, en las expediciones de Arnuegui y Ondarolla, y en los combates de Casas de Arrupe, Irún y Fuenterrabía de 1794, donde fue hecho prisionero, junto al entonces teniente Luis Daoiz, con quien entabló una profunda amistad. Liberado tras la contienda, César González fue ascendido a teniente primero, grado con el que sirvió al frente de la compañía de pontoneros que debía abrir paso al ejército de Godoy en los prolegómenos de la Guerra de las Naranjas. En 1804 ascendió a capitán segundo para ser destinado a Cartagena, donde participó en distintas misiones de expediciones sobre el mar y artillería de costa, frente a la amenaza inglesa de hacerse con las Islas Baleares. En 1805 ascendió a capitán y pasó de secretario al estado mayor del mariscal de campo José Navarro Sangrán. Allí coincidió con el capitán Pedro Velarde, que era secretario de la Junta Superior Económica, con el que formaría parte de una comisión destinada en 1806 a la Fábrica de Murcia, para experimentar una invención que trataba de duplicar la potencia de la pólvora. A su vuelta, realizó el primer inventario de las piezas conservadas en el Museo de Artillería, por entonces en el Palacio de Monteleón, compaginando la dirección del mismo en 1807.

Como es conocido, el parque de artillería aquí reunido fue defendido por sus amigos Daoiz y Velarde el 2 de mayo de 1808. Si González no tomó parte en aquel acto heroico se debió probablemente a que fue retenido por Navarro Sangrán en el Estado Mayor, quedando bloqueado a partir de entonces en el bando de los que durante mucho tiempo se les denominó “malos españoles” e “hijos desnaturalizados de la Patria”, cuando lo cierto es que en la mayor parte de los casos no hicieron sino cumplir las órdenes de sus superiores, aun por encima de sus preferencias personales. La Historia fue cruel con todos ellos, pues una vez superado el conflicto, los vencedores pusieron en marcha una inexorable *Damnatio Memoriae* en la que, además de expropiarles el patrimonio, se les marcó durante varias generaciones de serviles y colaboracionistas. De este modo, se condenó al ostracismo a miles de españoles que, como entonces argumentaba el intelectual eclesiástico José Félix Reinoso:

No eran sino hombres más o menos decididos por la resistencia; hombres con más crecidas, o más cortas, o ningunas esperanzas en la victoria; hombres que se acomodaron fácilmente a la necesidad de la sumisión; hombres que para libertarse de vejaciones, o por consultar a sus intereses, que todo es lo mismo, se acercaron y obsequiaron más a los conquistado-

*res; hombres débiles, tímidos, equivocados, imprudentes acaso, yo no negaré que los hubo. Pero tales hombres conquistados primero y subyugados a la fuerza después, ¿merecen en justicia la calificación de criminales? ¿Qué mal verdadero y efectivo causaron? ¿Qué daños hubo, que sin ellos no hubieran sucedido?*³⁷

Sin duda César González Tournelle fue uno de aquellos hombres. Obligado a seguir a la Corte del Rey José hasta Vitoria, cuando el Ejército de Castaños entró triunfante en Madrid, hubo de prestar finalmente juramento a la dinastía de los Bonaparte. En mayo de 1809 fue nombrado comandante de batallón, un mando nominativo, porque a aquellas alturas del conflicto no existía aún un cuerpo de artillería formado. Hasta que el 1 de febrero de 1810 el rey José entró Sevilla y los franceses pudieron tomar posesión de la Real Fábrica de Artillería y de casi trescientas piezas de todos los calibres, abandonadas por el ejército español en su precipitada retirada a Cádiz. Muchos de estos cañones acabarían por servir al embrión del Cuerpo de Artillería juramentado que rápidamente comenzó a organizarse en Sevilla, fundamentalmente a partir de un grupo de artilleros extremeños que quedaron aislados cuando el duque de Alburquerque puso a salvo los restos de sus tropas en Cádiz³⁸. El grupo se puso a las órdenes del capitán Francisco Javier Horé, que había defendido el paso del puente de Almaraz en enero de 1809, para posteriormente ser hecho prisionero en la batalla de Medellín, librada el 28 de marzo del mismo año³⁹, formando finalmente una compañía que al poco tiempo contaba ya con 10 oficiales, 83 hombres y 11 caballos, además de otros 30 desplazados a Constantina y Niebla⁴⁰.

Los artilleros juramentados auxiliaron a los franceses en el sitio de Badajoz, donde una vez rendida la plaza acabó formándose una compañía de parque con muchos de los que habían venido sirviendo en la guarnición desde los orígenes del conflicto⁴¹. Según el estadillo aportado por el coronel Lamare, durante los dos asedios británicos esta compañía estaba formada por cinco oficiales y cuarenta y nueve artilleros⁴². Así, además del coronel González, jefe de batallón y comandante segundo del cuerpo, los oficia-

³⁷ Reinoso, Félix José: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*. Imprenta de la Viuda de Duprat, Auch, 1816, pp. 229 y 230.

³⁸ Vid. *Gazeta de Madrid*, de 20 de febrero de 1810.

³⁹ Vid. *Semanario Patriótico*, de 13 de julio de 1809 y *Gazeta del Gobierno*, de 11 de abril de 1809.

⁴⁰ Sorando Muzás, Luis: *op.cit.*, pág. 238.

⁴¹ Marabel Matos, Jacinto Jesús: *Damnatio Memoriae*. Trespiés, Badajoz, 2017, pp. 217-219.

⁴² Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, Lamare, pág. 210.

les juramentados que defendieron la plaza de Badajoz fueron los capitanes Francisco Javier Horé y Antonio de Hocés, el teniente primero Manuel Fariñas y los tenientes segundos Ramón Consello y Cristóbal Cervera⁴³. Los españoles continuaron pues al frente de la mayor parte de las piezas confiscadas por Soult tras la capitulación de la plaza⁴⁴, dirigiéndolas ahora contra otro enemigo. Porque al poco tiempo este ingente arsenal, al que los franceses sumaron los cañones traídos de Olivenza y Campomayor, dejó en perfecto estado de defensa tanto los baluartes como las obras exteriores que formaban, ya de por sí, el vigoroso sistema fortificado de Badajoz, a la espera del ulterior asalto que habrían de probar los británicos.



**Figura 7. Entrada del rey José en Sevilla,
según grabado publicado en *France Militaire* en 1838**

⁴³ Marabel Matos, Jacinto Jesús: *op.cit.*, pp. 218-129; 247.

⁴⁴ Unas cien, según el oficio que el coronel Caamaño dirigió a Castaños el 4 de abril de 1811, en el que aseguraba también que al tiempo de entrar los franceses en la plaza los almacenes disponían de quinientas libras de pólvora, treinta y dos mil proyectiles de los distintos calibres, quinientas bombas, incluidas trescientas de asalto, cinco mil quinientas granadas de mano, un millón de cartuchos de fusil, treinta barriles de brecha, mil varas de salchichas cargadas para minas y tres mil cañones de fusil sin caja para mediano servicio. Caamaño y Pardo, Joaquín: *Papel formado de los acontecimientos en la defensa de Badajoz, por el comandante de artillería de esta Plaza en el Sitio que le pusieron los franceses en 1811*. Elvas, 1811, pp. 12 y 13.



Figura 8. Retrato del general Armad Philippon, gobernador de Badajoz. Miniatura realizada por Friedrich Karl Rupprecht en 1807, cuando aquel era aún coronel del 54º regimiento de infantería de línea

EL SEGUNDO CERCO BRITÁNICO

Un asalto que en todo caso tenían que concluir en once días, si no querían quedar atrapados a merced del enemigo⁴⁵. Conocedor del peligro que aventuraba la artillería de la plaza, la experiencia del primer cerco debería haber advertido a Lord Wellington sobre la imposibilidad de alcanzar este objetivo en tan corto espacio de tiempo⁴⁶, pero sin duda el comandante de las fuerzas británicas sobreestimaba la capacidad de sus cuerpos facultativos, en realidad exigüos en materiales y falto de especialistas para llevar a cabo un cerco de tamaña envergadura, y el desastre devino inevitable.

⁴⁵ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pág. 30.

⁴⁶ No obstante, poco tiempo después acabaría sincerándose con el conde de Liverpool en cuanto a lo erróneo de su estrategia, llegando a asegurar que: “tras la batalla de La Albuera y una vez reunidos los refuerzos, emprendí el asedio de Badajoz, previendo que con los medios que contaba la plaza sería tomada antes del final de la segunda semana de junio, puesto que para entonces había estimado que el Cuerpo del mariscal Soult, reforzado con el Ejército de Castilla, estuviera en disposición de auxiliar la plaza. Desafortunadamente me equivoqué infravalorando la calidad de dichos medios.” Gurwood, John: *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, K.G., during his various campaigns*. Murray, Londres, 1837, Volumen VIII, pág. 13.

Obviamente, nada de esto fue contemplado cuando el domingo 19 de mayo, tres días después del combate de La Albuera, Lord Wellington reunió en Elvas al coronel Richard Fletcher y al mayor Alexander Dickson, responsables de los cuerpos de ingeniería y artillería respectivamente, para coordinar los trabajos de cerco. Abandonado el plan anterior de tomar la plaza por el sur, las órdenes contemplaban en esta ocasión dos asaltos simultáneos contra el fuerte de San Cristóbal y el castillo al que dominaba. Para lograr abrir brecha en el primero, la artillería contaría con doce piezas de 24 libras y cuatro de 16, junto a dos morteros de 10 pulgadas y cuatro de 8; mientras que para el castillo se emplearían catorce piezas de 24, dos morteros de 10 y cuatro de 8. Todas ellas serían servidas por tres regimientos portugueses que hacían un total cuatrocientos hombres, a los que se sumaron otros ciento diez procedentes del Real Cuerpo de Artillería Británico⁴⁷.

Con todo, no fue sino hasta el 25 de mayo cuando las columnas de la VII División del teniente general Houston hicieron su aparición en las alturas próximas al fuerte de San Cristóbal. Formada en marzo de ese mismo año, era esta una división ligera con dos brigadas, dirigidas por los generales hannoverianos Karl August von Alten y John Sontag, además de otra portuguesa al mando del general Federico Lecor, cuya heterogénea composición le había valido el título de “La Mestiza”⁴⁸, pues no sin razón, además de dos regimientos de la Legión Alemana del Rey, contaba con un batallón de tropas del Ducado de Brunswick y otro de *Chasseurs Britanniques*, unidades ambas formadas con mercenarios polacos, suizos, croatas e italianos, de escasa disciplina y frecuente tendencia a la desertión⁴⁹.

Acampados en Santa Engracia, al otro lado del río, aún tuvieron que esperar dos días a que la III División del teniente general Picton, a la que acompañaban las brigadas portuguesas de Hamilton, terminase de cruzar el puente de barcas emplazado aguas abajo y tomara posesión de la orilla iz-

⁴⁷ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 38-39.

⁴⁸ Literalmente “*The Mongrel*”. OMAN, Charles: *Wellington's Army 1809-1814*. Edward Arnold, Londres, 1913, pág. 171.

⁴⁹ Precisamente, tras los fallidos asaltos de junio de 1811, Lord Wellington escribiría al conde de Liverpool lamentando esta circunstancia e informando “que desde el comienzo del asedio de Badajoz, han desertado 52 *Chasseurs Britanniques*, a pesar de contar tan solo con una parte de ellos en el Ejército, puesto que sospechamos que unos 686 se quedaron en Lisboa. El riesgo de la desertión de estos soldados para nuestras armas es muy elevado, ya que es casi el único modo por el que el enemigo puede adquirir información; pero además de este perjuicio general, cuyo alcance no es poco, sería conveniente acrecentar estos cuerpos con más tropas. Me temo que el reclutamiento, tanto de los *Chasseurs Britanniques* como de la Legión de Brunswick, no se está llevando a cabo del modo en que fue propuesto al Gobierno, sino que se está cubriendo con prisioneros y desertores de otros cuerpos.” Gurwood, John: *op.cit.*, pp.11-12.

quierda del Guadiana. En total, los británicos dispusieron en torno a 14.000 hombres frente a los muros de Badajoz, cuya guarnición estaba formada por un total 3.587 efectivos, incluido el personal médico y de administración⁵⁰. La noche del 29 al 30 de mayo los ingenieros comenzaron las paralelas, mientras la artillería se repartía la dirección de los ataques: el del castillo quedó bajo responsabilidad del mayor Dickson, auxiliado de los capitanes Rainsford y Latham, y el de San Cristóbal quedó a cargo del capitán Cleaves, auxiliado por los tenientes Hawker y Connel⁵¹. En el primer sector se montó una batería de catorce piezas de 24 libras, dos obuses de 10 pulgadas y cuatro de 8, mientras que en el segundo se emplazaron cuatro: una de cinco piezas de 24 para silenciar los fuegos del castillo, otra de 4 de 24 con cuatro obuses de 8 pulgadas destinada a contrarrestar los fuegos de San Cristóbal, otra de cuatro de 24 contra el parapeto y otra más de cuatro de 16, junto a dos obuses de 10, contra el hornabeque de la cabeza de puente⁵².

Sin embargo, antes de que pudieran estar listas, el coronel González dirigió rápidamente las suyas contra las trincheras, haciendo numerosas bajas entre el enemigo⁵³. Con todo, las baterías quedaron completadas la noche del 2 de junio, por lo que, al amanecer del día siguiente, la deflagración de cuarenta y tres bocas de fuego de todos los calibres hizo retumbar los contornos. Pero la guarnición respondió entonces con los cañones Villantroys y logró destruir casi al instante cinco piezas enemigas, silenciando el conjunto de baterías por el resto de la jornada⁵⁴. Para hacernos una idea de la potencia de fuego de estos cañones, nada mejor que la descripción que hizo el soldado William Wheeler, del 51º regimiento de infantería ligera, en su diario de campaña:

Un viejo portugués acababa de llegar [al campamento] con un carro de municiones tirado por bueyes. Apenas hubo dejado su carga en el polvorín, el enemigo nos agradó con un proyectil del “Big Tom”, que es el nombre que le hemos dado a uno de sus descomunales morteros. Cuando miré en la dirección que había estallado, a pocos pies de los bueyes, pude observar los restos de los animales desmembrados junto al carro, y cuando

⁵⁰ Oman Charles: *op.cit.*, pág. 416; Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 210.

⁵¹ Duncan, Francis: *op.cit.*, pág. 300.

⁵² Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 44 y 50.

⁵³ Además del acierto en el tiro de los artilleros de la guarnición, las bajas entre los trabajadores de las trincheras fueron cuantiosas porque la inexperiencia del cuerpo de ingenieros en este tipo de combates les llevó a rellenar los gaviones con grava en lugar de tierra, convirtiéndolos en proyectiles mortales cuando una bomba enemiga caía sobre ellos. *Ibidem*, pág. 45.

⁵⁴ *Ibidem*, pág. 51.

*la nube de polvo y humo se hubo disipado, conseguimos ver al viejo, que había logrado escapar milagrosamente, corriendo en la distancia como un gamo*⁵⁵.

Los días sucesivos, el coronel González continuó dirigiendo el fuego de los Villantroys contra las baterías británicas emplazadas frente al castillo, impidiendo que aproximaran los caballeros de trinchera para batir con efectividad sus muros. Tres días más tarde había reducido la potencia de fuego del enemigo un 30%, por lo que este solo podía oponer catorce piezas operativas contra el castillo y diecisiete contra San Cristóbal⁵⁶. No obstante, en este último sector el débil revestimiento de uno de los parapetos hizo caer finalmente parte de la camisa del flanco derecho del fuerte, por lo que, contra el parecer del grupo de ingenieros que dirigía el ataque, Lord Wellington dictó las órdenes oportunas para probar el asalto esa misma noche⁵⁷.



Figura 9. Siege of Badajoz. Acuarela de Henri Leveque, publicada un año más tarde del sitio británico de 1811 y que se conserva en la Anne S.K. Brown Military Collection de la biblioteca de la Universidad de Brown. En la misma pueden apreciarse en primer término las baterías dispuestas por el mayor Dickson para contrarrestar las emplazadas por el coronel González en la alcazaba

⁵⁵ Durante los dos primeros días el conjunto de baterías de la plaza realizó más de tres mil descargas. El apodo del mortero al que hace referencia el soldado Wheeler tiene su origen en el estruendoso repique de “Great Tom”, la gigantesca campana de la torre central de la catedral de Lincoln. Liddell Hart, Basil Henry: *The Letters of private Wheeler*. Michael Joseph, Gloucestershire, 1951, pág. 59.

⁵⁶ Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 50-60.

⁵⁷ El teniente coronel Fletcher dirigió un informe a Lord Wellington, firmado a las tres de la mañana del 4 de junio, en el que después de consultar al capitán Squire, dudaba que fuera practicable la brecha del fuerte de San Cristóbal. En el siguiente, firmado a las ocho y media de la mañana, añadía que ni el capitán Squire ni el propio general Houston consideraban practicable la brecha. Gurwood, John: *Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington*, K.G. Murray, Londres, 1860, Volumen VII, pp. 151-152.

Resultaba esencial tomar el fuerte de San Cristóbal para poder dominar las baterías del castillo que impedían a los británicos aproximar las suyas para abrir brecha y ejecutar un asalto general. Como se ha dicho, la urgencia de Wellington era máxima y por esta razón dispuso un destacamento de ciento cincuenta y cinco hombres para tomar el fuerte la noche del 6 de junio. A este destacamento formado en su mayor parte por granaderos de las compañías del 85° y del 51° ligeros, se le unieron además voluntarios del batallón del Ducado de Brunswick, de los *Chasseurs Britanniques* y del 17° regimiento de infantería ligera portugués⁵⁸.

A media noche, el *forlorn hope* abandonó las trincheras y avanzó sin oposición sobre el glacis. Las empalizadas habían sido derribadas por el fuego de la artillería y la contraescarpa tampoco representó ningún problema, pues en este punto solo alcanzaba el metro de altura, pero al llegar al pie de la brecha la encontraron impracticable y erizada de todo tipo de obstáculos. Además, los franceses habían reconstruido el parapeto con fajinas, sacos terreros y fardos de lana. Los granaderos del 88° regimiento de línea del capitán Chauvin que defendían el fuerte, fueron armados con tres fusiles cada uno, junto a gran cantidad de bombas de catorce pulgadas que debían ser lanzadas al foso cuando apareciera el enemigo. Tan convencidos estaban de su posición dominante que, “sin inmutarse, recibieron a los asaltantes a pie firme, arrojándolos sobre los escombros, mientras todo tipo de bombas y granadas, lanzadas por artilleros y zapadores, estallaban y llevaban la muerte en medio de los grupos que se encontraban junto a la brecha”⁵⁹.

Durante un cuarto de hora, ciento ochenta hombres, arracimados en la estrechez del foso, trataron de fijar las escalas. Y cuando algunos de ellos consiguieron apoyarlas, pudieron comprobar con desesperación que estas eran demasiado cortas y se hacía imposible alcanzar el muro. El mayor Mackintosh, que dirigía el grupo de asalto, ordenó la retirada de los pocos soldados que aún quedaban en pie, porque por entonces más de la mitad del destacamento había sucumbido en los fosos de San Cristóbal: el 51° ligero perdió cuarenta y dos hombres, el 85° ligero a ocho, los portugueses tuvieron treinta y siete bajas, y los mercenarios de los batallones extranjeros siete. Por su parte, la guarnición tan solo tuvo que lamentar un muerto y cinco heridos⁶⁰.

Exasperados quizás con su propia negligencia, los británicos dirigieron su rabia contra la población y al amanecer del día siguiente comenzaron a castigar sin compasión la plaza: “un gran número de casas aparecían hun-

⁵⁸ Oman Charles: *op.cit.*, pp. 424-425.

⁵⁹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 189-190.

⁶⁰ Oman Charles: *op.cit.*, pág. 425; Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 189.

didadas entre los escombros; los habitantes, consternados, abandonaban los barrios donde corrían infinidad de peligros. Pero la ciudad no ofrecía ningún lugar seguro; era sin cesar presa de las llamas, y los vecinos caían destrozadas bajo los escombros”⁶¹. Ese mismo día Lord Wellington ordenó redoblar los fuegos contra el fuerte de San Cristóbal y establecer una tercera batería en el ataque del castillo, con lo que dieciséis piezas de 24 libras acabaron dirigiendo sus fuegos contra el muro⁶² y, pese a los esfuerzos de la artillería juramentada, el día 9 de junio la brecha amaneció practicable.

Los británicos decidieron probar un nuevo asalto contra San Cristóbal y esa misma noche se dictaron las órdenes oportunas. En esta ocasión, el destacamento estaría formado por cuatrocientos hombres, la mitad de ellos integrados en el grupo de asalto, dividido a su vez en dos compañías de granaderos. Para solventar uno de los principales problemas del anterior asalto, los ingenieros hicieron construir dieciséis escalas de algo más de nueve metros, cuya longitud creyeron ahora suficiente para superar la altura del muro. El resto del destacamento, otros doscientos hombres, debía cubrir el ataque con una descarga de fusilería dirigida contra la guarnición del fuerte⁶³.

Así fue como a las diez de la noche, el *forlon hope* saltó de nuevo las trincheras secundados del grupo de asalto. Pero justo en ese instante fueron descubiertos por las dos compañías de élite del 21º regimiento ligero que, al mando del capitán Joudiou, defendían en esta ocasión el fuerte. La guarnición les recibió con regocijo invitándoles a avanzar⁶⁴, y en el fuego cruzado que se inició entonces resultó muerto el mayor McGeachy, comandante del 17º regimiento de infantería ligera portugués que dirigía el destacamento, con lo que la cadena de mando se resintió y los hombres vagaron desorientados por el foso. Los franceses disparaban a discreción mientras arrojaban todo tipo de artefactos incendiarios sobre la avanzada de los asaltantes, estrechados en muy pocos metros en el foso. Y como colofón al desastre que anunciaba la caótica situación, llegó entonces el segundo destacamento, precedido de la compañía de *Chasseurs Britanniques* encargada de portar las escalas necesarias para trepar el muro. Estos hombres:

No bien hubieron superado el glacis, mostraron gran prisa por desembarazarse de la carga y, sin mayores miramientos, arrojaron las escalas

⁶¹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 192.

⁶² Con estas órdenes no hacía sino reconocer que, por el momento, no era factible el asalto en ningún punto de la fortificación, tal y como le habían tratado de hacer ver sus ingenieros. Gurwood, John: *Supplementary, op.cit.*, pág. 157.

⁶³ Las órdenes de este segundo asalto fueron recogidas por Jones, John Thomas: *op.cit.*, pp. 72-74.

⁶⁴ *Ibidem*, pag. 76.

al foso en lugar de pasarlas a través de las empalizadas. Después saltaron sobre ellas, advirtiendo de inmediato que eran incapaces de moverlas, pues además de encontrarse trabadas, la madera verde de la que estaban hechas pesaba tanto que resultó imposible liberarlas. Como consecuencia de tal cúmulo de despropósitos, casi todo el destacamento acabó masacrado en el foso⁶⁵.



Figura 10. Badajoz during the Siege of June, 1811. Acuarela de Charles Turner, que se conserva en Yale Center of British Art de New Haven, Connecticut, y en la que se puede apreciar los preparativos del cerco en el margen izquierdo del Guadiana iniciados por la III División del general Picton

En efecto, las pérdidas de este segundo intento de asalto fueron aún mayores que en el primero. El ataque dejó un saldo de trescientas veintitrés bajas, entre muertos y heridos, sin contar las decenas de prisioneros que fueron hechos por los franceses⁶⁶. Sin duda, la unidad más damnificada fue el 51º regimiento de infantería ligera, que llegó a perder en todo el cerco más

⁶⁵ Grattan, William: “Reminiscences of a Subaltern”, en *The United Service Journal and Naval and Military Magazine*. Henry Colburn, Londres, 1831, Volumen II, pág. 336.

⁶⁶ El parte oficial de bajas contabilizó un total de cuatrocientos setenta y cinco efectivos, de las que cabe sustraer ciento cincuenta y dos correspondientes al primer asalto fallido. Vid. *London Gazzete*, de 6 de junio de 1811. Por su parte, el general Houston informó a Lord Wellington en una carta dirigida al día siguiente, que algunos oficiales habían sido capturados por la guarnición del fuerte, entre ellos los capitanes Nixon y Budd, así como el alférez Leslie, por lo que es probable que este número acabara aumentando. Gurwood, John: *Supplementary, op.cit.*, pág. 159.

de la mitad de sus efectivos⁶⁷. El teniente coronel Samuel Rice, que tuvo que ponerse al frente tras resultar herido el coronel Mainwaring que los mandaba, dejó escrito en su diario que:

Fuimos cruelmente hostigados día y noche, haciendo un blanco fácil al descubierto sobre la campiña y expuestos al Sol abrasador de junio. Nuestro regimiento sufrió lo indecible en los dos intentos fallidos de asaltar el fuerte de San Cristóbal, con más de trescientos hombres muertos o heridos, entre ellos varios oficiales. Yo escapé milagrosamente del más incesante fuego que he recibido en mi vida. Hoy escribo desde el suelo desnudo que ha sido mi morada durante el último mes, presto a sustituir al coronel Mainwaring y comandar el regimiento, reducido a menos de trescientos hombres. ¡Pagamos un excesivo precio por preservar el honor y la gloria de nuestras armas!⁶⁸.

Un parlamentario se acercó a las diez de la mañana del día siguiente hasta las inmediaciones del hornabeque de la cabeza de puente. Traía una carta del teniente general William Stewart dirigida al gobernador Armand Philippon, solicitando el cese de las hostilidades para poder recoger las decenas de muertos y heridos que cubrían las laderas de Santa Engracia⁶⁹. Como los franceses accedieron a ello, después de llevarse a sus camaradas caídos, los británicos comenzaron a levantar el cerco. Entre el 12 y el 13 de junio desmontaron las baterías artilleras y las piezas fueron conducidas de nuevo a Elvas, escoltadas por los restos de la VII División. El mayor Alexander Dickson asumió en su diario la parte del fracaso que le correspondía, asegurando que “había sacado todo lo que podía esperarse del cuerpo de artillería”, teniendo en cuenta la escasez de medios con los que contaba y el acierto en los tiros de la guarnición, que en ningún momento le permitió acercar las baterías destinadas a abrir brecha en el muro del castillo⁷⁰.

La labor en la dirección de la artillería de la plaza fue reconocida por el enemigo, pero también por el mariscal Soult, que finalmente entró en Badajoz junto al mariscal Marmont el miércoles 20 de junio de 1811, precedido de un escuadrón de dragones. La guarnición, que le esperaba formada

⁶⁷ Liddell Hart, Basil Henry: *op.cit.*, pág. 65.

⁶⁸ Mockler-Ferryman, Augustus: *The life of a Regimental officer during the Great War, 1793-1815*. Blackwood and sons. Edimburgo, 1913, pp. 160-161. El coronel Mainwaring regresó inválido a Gran Bretaña, donde fue nombrado comandante de la guarnición de Hilsa, cerca de Portsmouth, alcanzó el grado de teniente general en 1837 y murió cinco años más tarde.

⁶⁹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pp. 198-199.

⁷⁰ Duncan, Francis: *op.cit.*, pp. 304 y 305.

en el campo de San Juan, con todas las campanas de las iglesias repicando sin cesar, recibió numerosos elogios por su valerosa defensa: “Habéis rivalizado todos en celo, actividad y valor ¡Os habéis mostrado como auténticos franceses!”, les dijo⁷¹. Después repartió ascensos y honores entre la compañía de artilleros juramentados, proponiendo al coronel González y al capitán Horé para la Legión de Honor. Ambos tuvieron la satisfacción de ser los dos únicos oficiales españoles proclamados miembros de la más alta distinción francesa por el propio Napoleón⁷², una dignidad que también fue compartida por el rey José, que los designó así mismo caballeros de la Orden Real de España por la defensa que hicieron en el segundo cerco que los británicos pusieron a Badajoz⁷³.

Para entonces, el coronel González ya se encontraba en Sevilla. El coronel Manuel del Río, auxiliado por el comandante Francisco de Biedma y los capitanes Horé, Hoces y Fariñas, se mantuvieron al frente de la compañía de parque que volvería a enfrentarse a los ingleses en el sitio de Badajoz de 1812, aunque con un resultado bien distinto. Todos ellos fueron fusilados después de la rendición de la plaza⁷⁴, por lo que, intuyendo quizás que podría pasarle algo parecido, César González acabó exiliado en Francia en noviembre de 1813, a donde pasó con una compañía a pie compuesta de dos oficiales, veintiún hombres y cuatro cañones⁷⁵. Aunque al año siguiente fue nombrado director de artillería en Lion, pudo regresar a España en el Trienio Liberal. Por entonces, las Cortes acordaron que se tuviera por meritorias y honoríficas las causas que se formaron a varios exiliados por su adhesión a la Constitución de 1812, por lo que además de indultarlo le fueron reconocidas sus anteriores acciones. Declarado “auténtico testimonio y timbre glorioso de patriotismo”, César González encontró finalmente empleo de civil como fundidor mayor en la Real Maestranza de Sevilla⁷⁶.

⁷¹ Lamare, Jean-Baptiste Hippolyte: *op.cit.*, pág. 206.

⁷² Vid. *Journal de l'Empire*, de 7 de octubre de 1811. Nombramiento con efectos desde el 6 de agosto anterior.

⁷³ Vid. Decretos de 14 de agosto de 1811 y 17 de marzo de 1812, respectivamente, publicados en la *Gazeta de Madrid*, de 19 de agosto y 21 de marzo de 1812.

⁷⁴ Oman, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volumen V, pág. 110.

⁷⁵ AHN, Consejos, 49809, Exp. 149 “Expediente César y Manuel González, afrancesados que emigraron a Francia”.

⁷⁶ “Orden de 25 de junio de 1812, por la que se declaran meritorias y honoríficas las causas formadas a los individuos de la adjunta lista, por adictos al sistema constitucional”, en VV.AA: *Colección de Decretos y Órdenes expedidas por las Cortes Ordinarias de los años 1820 y 1821*. Imprenta Nacional, Madrid, 1822, Tomo VII, pp. 194-196. De Salas, Ramón: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imprenta García, Madrid, 1831, pág. 158.

Duró poco, porque al año siguiente consiguió la cátedra de química en la Academia de Artillería de Segovia, donde tuvo el honor de leer el discurso inaugural del curso académico, y allí se mantuvo impartiendo clases hasta 1823, cuando los Cien Mil Hijos de San Luis invadieron España para restaurar el absolutismo. El 22 de abril profesores y cadetes abandonaron Segovia y tuvieron que huir a pie hasta Badajoz, donde a finales de año quedaría disuelto el Colegio y los alumnos fueron forzados a regresar a sus casas⁷⁷. Allí, en la ciudad que defendió con éxito frente a los ingleses, le perdemos por el momento la pista, porque si bien este trabajo trata de recuperar su memoria, esta no deja de ser una labor siempre abierta a la investigación. En todo caso, las presentes líneas habrán servido para descubrir bastantes cosas. Entre otras, que César González fue un artillero. Un artillero español, que no es poco. Y aunque este sería un epígrafe más que suficiente para poner colofón a una vida, tampoco está nada mal tener a gala el título de haber sido precisamente el español que derrotó a Wellington.

⁷⁷ Vid. Nombramiento de la Cátedra de Química en *El Universal*, de 25 de febrero de 1821. El éxodo de profesores y cadetes desde el Real Colegio de Artillería puede consultarse en Oliver-Copons, Eduardo: *El Alcázar de Segovia*. Imprenta Castellana, Valladolid, 1916; pp. 298 y 299.

BIBLIOGRAFÍA

- BELMAS, Jean Vital: *Journaux des Sièges faits ou souteneus par les français dans la Péninsule, de 1807 a 1814*. Hermanos Firmin Didot, Paris, 1836, Tomo I.
- CAAMAÑO Y PARDO, Joaquín: *Papel formado de los acontecimientos en la defensa de Badajoz, por el comandante de artillería de esta Plaza en el Sitio que le pusieron los franceses en 1811*. Elvas, 1811.
- CALATRAVA PEINADO, José María, y otros: *Contestación por la Provincia de Extremadura al aviso publicado por el coronel Don Rafael Horé*. Imprenta Real, Cádiz, 1811.
- DE CASTRO Y ROSSI, Adolfo: *Historia de Cádiz y su Provincia desde los tiempos remotos hasta 1814*. Imprenta de la Revista Médica, Cádiz, 1858.
- DE SALAS, Ramón: *Memorial Histórico de la Artillería Española*. Imprenta García, Madrid, 1831.
- DUNCAN, Francis: *History of the Royal Regiment of Artillery*. Murray, Londres, 1879, Volumen II.
- GOMÁ ORDUÑA, José: *Historia de la Aeronáutica Española*. Prensa Española, Madrid, 1946.
- GÓMEZ VILLAFRANCA, Ramón: *Extremadura en la Guerra de la Independencia. Memoria Histórica y Colección Diplomática*. Uceda Hermanos. Badajoz, 1908.
- GRATTAN, William: “Reminiscences of a Subaltern”, en *The United Service Journal and Naval and Military Magazine*. Henry Colburn, Londres, 1831. Volumen II,
- GURWOOD, John: *The Dispatches of Field Marshal the Duke of Wellington, K.G, during his various campaigns*. Murray, Londres, 1837, Volumen VIII.
- Supplementary Despatches, Correspondence and Memoranda of Field Marshal Arthur Duke of Wellington, K.G*. Murray, Londres, 1860, Volumen VII.
- JONES, John Thomas: *Journal of Sieges carried on by the Army under the Duke of Wellington in Spain, between the years 1811 and 1814*. Egerton, Whitehall, 1827, Volumen I.
- LAMARE, Jean-Baptiste Hippolyte: *Relation de la deuxième défense de la place de Badajoz en 1812, par les troupes françaises de l’armée du midi en Espagne, contre l’armée anglo-portugaise*. Anselin et Pochard, Paris, 1825.

- LIDDELL HART, Basil Henry: *The Letters of private Wheeler*. Michael Joseph, Gloucestershire, 1951.
- MARABEL MATOS, Jacinto Jesús: “El otoño de Wellington en Badajoz (II)”, en *Actas de los XLVI Coloquios Históricos de Extremadura*. Asociación Cultural Coloquios Históricos de Extremadura, Trujillo, 2018.
- Damnatio Memoriae*. Trespiés, Badajoz, 2017.
- “Badajoz 1812: Provecho y espectáculo de la ciudad tomada (II)”, en *Boletín de la Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes*. Real Academia de Extremadura de las Letras y las Artes, Trujillo, 2017, Tomo XXV.
- “Jean-Baptiste Hippolyte Lamare en La Rochelle”, en Labretonnière, Émile: *El Capitán Fariñas. Episodio del Sitio de Badajoz*. Cuatro Gatos, Badajoz, 2012.
- MOCKLER-FERRYMAN, Augustus: *The life of a Regimental officer during the Great War, 1793-1815*. Blackwood and sons. Edimburgo, 1913.
- MORENO ALONSO, Manuel: *Sevilla Napoleónica*. Universidad de Sevilla, Sevilla, 2011.
- OLIVER-COPONS, Eduardo: *El Alcázar de Segovia*. Imprenta Castellana, Valladolid, 1916.
- OMAN, Charles: *A History of the Peninsular War*. Clarendon Press, Oxford, 1911, Volúmenes IV y V.
- Wellington's Army 1809-1814*. Edward Arnold, Londres, 1913.
- REINOSO, Félix José: *Examen de los delitos de infidelidad a la Patria, imputados a los españoles sometidos bajo la dominación francesa*. Imprenta de la Viuda de Duprat, Auch, 1816.
- SAÑUDO BAYÓN, Juan José: *La Albuera 1811 ¡Glorioso campo de sufrimiento!* Almena, Madrid, 2006.
- SORANDO MUZÁS, Luis: *El Ejército español de José Napoleón*. Desperta Ferro, Madrid, 2018.
- TORREJÓN CHAVES, Juan: “Sénarmont, Comandante en Jefe de la Artillería Napoleónica en España”, en *Revista de Historia Militar*. Año LV. Nº Extraordinario. Ministerio de Defensa, Madrid, 2011.
- VV.AA.: *Catálogo General del Museo de Artillería*. Imprenta de Eduardo Arias, Madrid, 1917, Tomo IV.
- VV.AA.: *Colección de Decretos y Órdenes expedidas por las Cortes Ordinarias de los años 1820 y 1821*. Imprenta Nacional, Madrid, 1822, Tomo VII.

Recibido: 12/07/2019

Aceptado: 19/12/2019

SUB IUGUM

HUMILLACIÓN, SOMETIMIENTO Y ESTRATEGIA TRAS LA DERROTA EN EL MUNDO MILITAR ROMANO

Juan PÉREZ CARRANDI¹

RESUMEN

Durante el primer milenio anterior a nuestra era, diferentes pueblos de la Península Itálica emplearán, luego de derrotar a sus vecinos, una peculiar forma de humillar a la fuerza vencida haciendo que esta pase bajo un yugo erigido por tres lanzas. De este modo, tal práctica no sería privativa de los romanos ni, parece, constituida por estos. En cambio, en su expansión Roma empleará el paso bajo el yugo sobre otros pueblos mediterráneos, y estos, por imitación, tendrán ocasión de hacer lo propio sobre los primeros. En todos los casos el paso será resultado del acuerdo previo de las partes. Sin embargo, conviene matizar que los romanos tenderán a utilizarán el yugo como la mejor ejemplificación posible de su voluntad de sometimiento, mientras los demás pueblos optarán por dicha práctica para forzar una paz estable frente a la agresividad imperialista desplegada por el Estado romano.

PALABRAS CLAVE: expansión militar, tratado, paz ilegal, yugo, sometimiento.

¹ Profesor de Derecho Romano en Real Centro Universitario María Cristina y Universidad Internacional de Valencia. E-mail: jcarrandi@rcumariacristina.com

ABSTRACT

During the first millennium prior to our era, different peoples of the Italian Peninsula use, after defeating their neighbors, a peculiar way of humiliating the defeated force by causing it to pass under a yoke erected by three lances. In this way, such a practice would not be exclusive to the Romans nor, it seems, constituted by them. On the other hand, in its expansion Rome uses the step under the yoke on other Mediterranean peoples, and these, by imitation, have the opportunity to do the same on the first. In all cases, the step is the result of the prior agreement of the parties. However, it should be clarified that the Romans tend to use the yoke as the best possible example of their will to submit, while the other peoples opt for this practice to force a stable peace in the face of the imperialist aggressiveness displayed by the Roman State.

KEY WORDS: military expansion, treaty, illegal peace, yoke, submission.

* * * * *

CONTEXTO GEOGRÁFICO

Los desastres militares de Espurio y Aulo son un notable ejemplo de las derrotas sufridas por el ejército romano, pero no serán estas las primeras, ni tampoco las últimas, que sufra la fuerza romana frente al enemigo. Cuando Yugurta emplea el paso bajo el yugo para materializar una humillante derrota sobre los romanos, este está llevando a cabo, sorprendentemente, una costumbre propiamente itálica, y no por ello exclusivamente romana, pues, así como en épocas pasadas los romanos emplearán el paso bajo el yugo para humillar a sus vecinos vencidos, los últimos harán lo propio sobre los romanos. Efectivamente, durante el primer milenio anterior a nuestra era diferentes pueblos de la Península Itálica emplearán, luego de derrotar a sus vecinos, una peculiar forma de humillar a la fuerza vencida haciendo que esta pase bajo un yugo erigido por tres lanzas. De este modo, tal práctica no sería privativa de los romanos ni, parece, constituida por estos. En cambio, en su expansión Roma empleará el paso bajo el yugo so-

bre otros pueblos mediterráneos, y estos, por imitación, tendrán ocasión de hacer lo propio sobre los primeros. En todos los casos el paso será resultado del acuerdo previo de las partes. Sin embargo, conviene matizar que los romanos tenderán a emplear el yugo como la mejor ejemplificación posible de su voluntad de sometimiento, mientras los demás pueblos optarán por dicha práctica para forzar una paz estable frente a la agresividad imperialista desplegada por el Estado romano.

EL YUGO ROMANO

El yugo o *iugum* lleva a hablar indefectiblemente de uno de los elementos que componen el arado, no solo romano, sino oriental y occidental en general. Este artilugio supondrá un cambio revolucionario dentro de la ingeniería agraria que se desarrolla en el Mundo Antiguo. Concretamente, y para el caso romano específicamente, el yugo da nombre a un elemento de madera adosado a la sien de las bestias de carga (dos generalmente), haciendo que la fuerza de tiro de estas quede sometida a la voluntad humana. Sin embargo, será objetivo a analizar en la presente publicación el yugo asociado al ámbito militar, no con el fin de estudiar un posible sistema agrario o de transporte castrense, sino con la intención de valorar la aparición del término asociado a una práctica presente en ceremonias desarrolladas inmediatamente después de producirse algunas derrotas militares.

Primeramente, recogeremos algunas ideas asociadas al propio artilugio del yugo, lo cual lleva a citar al célebre estudioso de la religión romana George Dumézil², quien ya observara cómo habría estado relacionado el yugo, dentro de las primitivas creencias romanas, con los malos augurios, idea esta en apariencia confusa. Cicerón aporta información al respecto mostrando que no hablaríamos de una negatividad sistemática con la mera presencia del yugo, sino que, apareciendo este dentro de un determinado contexto sí se podría hablar de presagios negativos. El orador señala esta circunstancia durante un discurso sobre la pérdida de costumbres en el ámbito de la *auguratio*³, indicando que los augures -él lo es entonces- aconsejan desunir las bestias para evitar que sobrevenga auspicio alguno “bajo el

² DUMÉZIL, George, “A propos de l’inscriptiom du Lapis Niger”, en *Latomus*, núm. 29, 1970, pp. 1039-1045.

³ La *auguratio* supondrá la observación de los signos divinos, una tarea desarrollada por los augures. Para saber más, véase: DOMINGO OSLÉ, Rafael, *Ex Roma ius*, Pamplona, Thomson-Aranzadi, 2005, pp. 81-82.

yugo” (*ne iuges auspicium obueniat*)⁴. Requeriremos de la ayuda de Festo para comprender claramente el asunto: el auspicio del yugo tendría lugar cuando dos bestias sometidas bajo aquél defecasen de manera simultánea:

*iuges auspicium est, cum iunctum iumentum stercus fecit*⁵.

Es a través de este hecho que Dumèzil ha construido una argumentación teórica en torno al propio contenido de la *lapis niger*⁶, afirmando que el célebre epígrafe localizado en el subsuelo del Foro Republicano, en Roma, contendría una expresa advertencia a los viandantes de la vía Sacra -calzada que discurre junto a la piedra- en relación a los malos augurios que produciría la defecación simultánea de dos bueyes enyugados frente al lugar. El epígrafe señalaría la necesidad de que el rey, como *rex sacrorum*, máximo cargo de los asuntos religiosos en el primitivo Estado romano, ordenase de inmediato a sus ayudantes en los auspicios (*calatores*) la retirada de los excrementos de la vía. Posiblemente la *lapis niger* estuviese asociada a un espacio dotado de un fuerte componente sacro, si bien hoy existe un importante desconocimiento al respecto.

Mostramos a continuación la reconstrucción del epígrafe realizada por Dumèzil:

*Mārtiās, rēgī iūs ut est, cum iubet augurātionem fieri nouam, quos renouātum auspicia mittit quisque suom calātorem habe(n)t, cuius iussū omnis obuius ē iugo cito iūmenta capiat, ut augurēs impollūtum iter perficiant; quia, redditā iunctorum iumentorum (ali) cui aluo, nequeunt iam augurium agere auspicio iusto liquido*⁷.

⁴ Cic. *de diu.* II.77: *huic simile est, quod nos augures praecipimus, ne iuge auspicium obueniat ut aumenta iubeant diiungere.*

⁵ Fest. *ep.* 92 L.

⁶ Un reciente estudio arqueológico de Robert Ross Holloway se convierte en una interesante manera de abordar un estado de la cuestión al respecto de la *lapis niger* [HOLLOWAY, Robert Ross, *The Archaeology in Early Rome and Latium*, Londres-Nueva York, Routledge, 2014, pp. 81-90].

⁷ Mostramos a continuación el texto original, resultando las letras mayúsculas a la porción de epígrafe efectivamente conservado y las minúsculas a la propia reconstrucción de Dumèzil: 4. [... ...] mArTIAS / 5. RECEI IOUs utei est, quom ubi-/ 6. et augurationem fiese nEVAM / 7. QVOS REdevatum avispecta / (. Mitit quisque sevoM KALATO- /9. REM HABE(n)t, quiois iusud omnis / 10. Obvios ex iugod ciTOD OOVXMEN-/11. TA KAPIAD, VT AVgures empolut- / 12. uM ITER PERfaciunt quia, redit / 13. Ad iuntum iouxmentoM QVOI HA- / 14. VELOD, NEQVeinont iam auguri- / 15. um agese avispectIOD / 16. LOI[V]QVIOD. En base a dicho texto original, una propuesta de traducción sería la que sigue: “Quien viole este lugar sea maldito (...) al rey (...) el heraldo (...) llevar el ganado (...) derecho”. El epígrafe muestra, sin lugar a dudas, evidentes problemas en cuanto a su correcta traducción.

El yugo se muestra como un elemento negativo entre los romanos, pues solo producirán un mal augurio los bueyes que defequen disponiéndose sometidos bajo aquél.

Acudamos ahora a otra mención arcaica de etapa monárquica en relación al yugo. Nos situamos en el reinado de Tulio Hostilio, donde tiene lugar una historia en la que el yugo se manifiesta asociado metafóricamente a un arco conformado por una viga inserta en dos estrechas paredes. Esta singular arquitectura encuentra su ser en el marco de un ritual de purificación que nace fruto del siguiente relato. Es célebremente conocida la historia del joven Horacio, quien, en el marco de la lucha abierta desarrollada entre las ciudades vecinas de Roma y Alba Longa, se dispone a combatir por el bando romano junto con sus dos hermanos, contra los igualmente trillizos hermanos curiacios pertenecientes a Alba Longa. Las dos ciudades en pugna, extenuadas por momentos, habían decidido llevar la suerte de la guerra a manos de un grupo de trillizos perteneciente a cada pueblo y ambos habrían de luchar entre sí en combate singular haciendo del bando ganador también victoriosa a su respectiva ciudad en la guerra. Horacio, desarrollando gran astucia, acaba derrotando a los hermanos curiacios, resultando único superviviente del combate. Al tornar a Roma el joven convertido en héroe, gran número de conciudadanos se agolpa a las puertas de la ciudad para recibirlo, también su hermana, quien casualmente mantenía un idilio con uno de los contrincantes curiacios muertos. La joven observa entre los despojos que porta su hermano la capa de su amado y rompe en llanto, tras lo cual Horacio, horrorizado por tamaño luto por un enemigo que a punto había estado de darle muerte, decide atravesar el cuerpo de su hermana con la espada⁸, terminando súbitamente con su vida.

Tal crimen no debía quedar impune y Horacio es llevado ante el rey Tulio para ser juzgado⁹. Sin embargo, el monarca se verá en una comprometida situación debiendo procesar -siendo anticipable un previsible castigo- a quien tornaba del combate convertido en héroe, por lo que decide desprenderse de la causa llevando su resolución a la cognición de un tribunal popular (*iudicium populi*) que, finalmente, con agrado, terminará absolviendo al reo¹⁰. Sin embargo, el poder público estimará preceptivo implementar la resolución popular a través de la purificación de un reo “manchado” tras derramar la sangre de su hermana, por lo que el Estado costeará ciertos sacri-

⁸ Liu. I.26: *mouet feroci iuueni animum comploratio sororis in uictoria sua tantoque gaudio publico. stricto itaque gladio simul uerbis increpans transfigit puellam.*

⁹ Liu. I.26: *atrox uisum id facinus patribus plebique, sed recens meritum facto obstabat. tamen raptus in ius ad regem.*

¹⁰ Liu. I.26: *absolueruntque admiratione magis uirtutis.*

ficios expiatorios al efecto y, en la misma línea, el propio padre de Horacio hará colocar una viga de madera (*tigillo*) en una estrecha calle del centro de Roma de una a otra pared y hará pasar bajo esta a su hijo:

*transmisso per uiam tigillo capite adoperto uelut sub iugum misit iuuenem*¹¹.

En su relato Livio se refiere a una viga o *tigillo*, pero al mencionar el paso de Horacio habla del yugo (*sub iugum*). Al respecto de este ritual singular dice Dionisio de Halicarnaso, quien emplea la palabra “ζυγόν”, que nos encontramos ante una práctica que habría tenido un origen enteramente purificadorio, siendo el de Horacio un último ejemplo en este sentido, pues la práctica acabará derivando en una forma de sometimiento aplicada en el mundo militar sobre los enemigos vencidos, haciendo a estos pasar bajo una estructura básica compuesta por dos lanzas horizontales unidas a una tercera vertical:

καὶ τελευτῶντες ὑπήγαγον τὸν Ὀράτιον ὑπὸ ζυγόν. ἔστι δὲ Ῥωμαίοις νόμιμον, ὅταν πολεμίων παραδιδόντων τὰ ὄπλα γένωνται κύριοι, δύο καταπήττειν ξύλα ὀρθὰ καὶ τρίτον ἐφαρμόττειν αὐτοῖς ἄνωθεν πλάγιον, ἔπειθ' ὑπάγειν τοὺς αἰχμαλώτους ὑπὸ ταῦτα καὶ διελθόντας ἀπολύειν ἐλευθέρους ἐπὶ τὰ σφέτερα. τοῦτο καλεῖται παρ' αὐτοῖς ζυγόν, ᾧ καὶ οἱ τότε καθαίροντες τὸν ἄνδρα τελευταίῳ τῶν περὶ τοὺς καθαρμοὺς νομίμων ἐχρήσαντο¹².

Antes de adentrarnos en el empleo del yugo en el ámbito castrense abordaremos brevemente la posibilidad de estar ante una práctica privativa de los romanos, siendo otra posibilidad que dicha práctica estuviese presente igualmente en otros pueblos. Las fuentes literarias clásicas se pronuncian en el último sentido, y concretamente Trogo dice del *sub iugum* militar que nos encontramos ante una costumbre de carácter itálico. Los pueblos de la Península Itálica jamás manifestaron la menor voluntad de unión con el creciente poderío romano, y en este sentido, en un contexto de guerra abierta

¹¹ Liu. I.26.

¹² Dion. Hal. III.22.7: “(...) realizaron otros ritos purificadorios y finalmente condujeron a Horacio bajo el yugo. Es costumbre entre los romanos, cuando los enemigos deponen las armas y ellos quedan como soberanos, clavar en tierra dos maderos rectos y ajustarles encima un tercero transversal, luego conducir debajo a los cautivos y una vez que lo atraviesan, mandarlos libres a sus casas. Esto lo llaman yugo, y fue el último de los ritos expiatorios que utilizaron los que entonces purificaron a Horacio”, Trad. Elvira Jiménez-Ester Sánchez, 1984).

permanente en Italia se producirán ocasiones en que los ejércitos romanos se vean obligados a pasar bajo el yugo luego de ser derrotados por diferentes ciudades vecinas, afirmando el autor galo- romano que asistimos aquí a una nueva forma de ofensa:

*et a multis ciuitatibus Italiae deletos Romanorum exercitus ferri, a quibusdam nouo contumeliae more sub iugum missos*¹³.

EL YUGO MILITAR

Si nos atenemos a la definición técnica de Festo, siempre circunscrita al citado plano militar, el paso bajo el yugo está protagonizado por los enemigos que han de transitar bajo tres lanzas ligadas entre sí a modo de arco:

*sub iugum mitti dicuntur hostes, cum duabus hastis in terra defixis tertiaque super ligata inermes sub eas coguntur transire*¹⁴.

Enemigos sub iugum

Aclarado este punto abordemos las diferentes ocasiones en que el ejército romano hizo pasar a sus adversarios bajo el yugo. Nos situaremos de este modo en el episodio más arcaico referido por las fuentes, en el 458 a.C., cuando en el transcurso de la guerra con ecuos y volscos, los romanos se ven obligados a auxiliar a sus aliados tusculanos luego de ser tomada su ciudad por los ecuos. Túsculo¹⁵ había sido saqueada por el enemigo y abandonada a continuación¹⁶, permaneciendo en la plaza un reducido contingente que se hizo fuerte en la ciudadela, lugar inexpugnable¹⁷ que no podrá ser tomado por las tropas del cónsul Quinto Fabio Vibulano luego de un infructuoso

¹³ Trog. XXXVIII.4.12: “(...) y se dice que muchas ciudades de Italia destruyeron a los ejércitos de los romanos y que algunas los pasaron bajo el yugo con una nueva forma de humillación”, (Trad. José Castro Sánchez, 1995).

¹⁴ Fest. 113: “Se construyó así el yugo bajo el cual se hizo pasar a los enemigos. Se pusieron dos jabalinas en el suelo, a las que se ató una tercera; los vencidos se vieron obligados a pasar por debajo de él desarmados”, (Trad. Autor).

¹⁵ Sus ruinas se sitúan a 25 kilómetros al noroeste de Roma, en los actuales Montes Albanos.

¹⁶ Dion. Hal. X.20.7: τῶν δ' οἱ μὲν πλείους ἀπεληλύθεσαν ἤδη διηρπακότες τὴν πόλιν.

¹⁷ Dion. Hal. X.20.7: ὀλίγοι δὲ τινες ὑπέμενον φυλάττοντες τὴν ἄκραν: ἔστι δὲ σφόδρα ἐχρῶν καὶ οὐ πολλῆς δεομένη φυλακῆς.

asedio¹⁸. Será el propio desabastecimiento el que termine forzando a los sitiados a rendir la plaza¹⁹ y enviar emisarios para pactar la paz con los romanos. Estos se avienen a alcanzar un acuerdo si antes se cumplen dos condiciones ineludibles: que los ecuos entreguen sus armas y luego pasen bajo el yugo:

ὁ δὲ τοῖς μὲν ἄλλοις Αἰκανοῖς ἔφη σπένδεσθαι καὶ δίδοναι τοῖς σώμασι τὴν ἄδειαν τὰ τε ὄπλα ἀποθεμένοις καὶ καθ' ἓνα διεξιούσιν ὑπὸ ζυγόν²⁰.

Los enemigos han de transitar bajo el yugo provistos de una simple túnica (*nudique omnes*)²¹, naciendo esta práctica, en palabras de Livio, del deseo romano de deshonorar al enemigo (*is ignominiam infensus addidit*)²². Asimismo, se hará a los ecuos entregar la plaza de Corbión a los aliados tusculanos, manifestando que, prescindiendo de un mayor derramamiento de sangre²³, los romanos entenderán el paso bajo el yugo como la plena asunción por parte del enemigo de haber sido sometido y dominado (*licere abire, sed ut exprimatur tandem confessio subactam dominamque esse gentem, sub iugum abituros*)²⁴. En este sentido hemos de señalar que el paso bajo el yugo nace de una “solicitud” que realiza el vencedor al vencido, y si bien asistimos a una situación de clara inequidad, de alguna manera se pretende que la propia fuerza perdedora participe activamente de su derrota, tornándola más humillante aún al verse obligada a aceptar explícitamente, no solo su claudicación, sino también su propio sometimiento, escenificado este de una forma muy gráfica por medio del paso *sub iugum*. La práctica se erige en la más alta garantía de sumisión y el yugo vendrá a sustituir al papel en lo que constituye un deshonroso pseudotratado de rendición. Dionisio de Halicarnaso habla al respecto de un compromiso adquirido a través de una estipulación (τοῖς σώμασιν αὐτοῖς ἄδειαν αἰτησαμένους καὶ ζυγὸν ὑποστάντας)²⁵.

¹⁸ Liu. III.23.4: *ui numquam eo subiri potuit*.

¹⁹ Dion. Hal. X.20.7: ἕτεροι δὲ ἐκπολιορκηθέντας ὑπὸ τοῦ Φαβίου καθ' ὁμολογίαν παραδοῦναι τὸ φρούριον; Ual. Max. II.7.7: quo deuietis Aequiculis; Liu. III.23.4: *fames postremo inde detraxit hostem*.

²⁰ Dion. Hal. X.24.6: “Este dijo que iba a firmar un tratado con los demás ecuos y a ofrecer la inmunidad para sus personas una vez que hubieran depuesto sus armas y pasaran bajo el yugo de uno en uno”, (Trad. Elvira Jiménez-Ester Sánchez, 1988). En igual sentido, Ual. Max. II.7.7: *sub iugum missis*.

²¹ Liu. III.23.4.

²² Liu. III.28.9.

²³ Liu. III.28.9: *sanguinis se Aequorum non egere*.

²⁴ Liu. III.28.9.

²⁵ Dion. Hal. X.20.7.

De este modo, serán los mismos ecuos quienes se desprendan de sus armas y, abandonando su campamento, penetren en el romano, donde se había dispuesto un arco compuesto de tres lanzas cuya disposición hemos referido ya -dos horizontales y una sobre aquéllas, vertical²⁶-, bajo el cual pasarán de uno en uno todos los vencidos²⁷.

Nos dirigimos a otro conflicto que tiene igual origen en el auxilio romano a un aliado, la ciudad de Ardea²⁸, atacada por el pueblo volsco durante el 443 a.C. Si bien aquí, en contra de lo ocurrido en Túsculo, los sitiadores no logran tomar la pequeña urbe, mantienen sobre esta un sitio constante asistidos por estructuras de asedio que circundan completamente Ardea²⁹. La noticia arriba pronto a Roma, a media jornada de camino, e inmediatamente el cónsul Marco Geganio encabeza una fuerza armada que llega en el mismo día al lugar y acampa a cierta distancia del enemigo. Cuando la noche es ya cerrada el cónsul ordena sitiar a los propios sitiadores a través de una fortificación aún más extensa que la realizada por los volscos³⁰, lo que hace insostenible la situación para estos, ahora acorralados por dos frentes (*cum ab omni parte caederentur*)³¹. Sin posibilidad siquiera de huir, los volscos piden cuartel a los romanos y, nuevamente, estos solo acceden bajo condiciones previas de rendición (*dedito imperator*), entrega total de armas (*traditisque armis*) y paso bajo el yugo (*sub iugum missi*)³². Los volscos se avienen, se rinden, se desarman, y pasan finalmente con una sola prenda (*cum singulis uestimentis*) de forma humillante bajo el yugo. El infortunio no termina aquí para los vencidos, pues cuando esta masa ahora inerme y semidesnuda se dispone a retornar a su tierra, a su paso frente a Túsculo, ciudad que guardaba antiguos rencores con los volscos, los últimos verán la oportunidad de exterminar a su enemigo, lo cual prácticamente consiguen, sobreviviendo apenas un pequeño grupo de entre los volscos capaz de llegar a su país para transmitir la doble catástrofe³³.

²⁶ Liu. III.28.9: *tribus hastis iugum fit, humi fixis duabus superque eas transversa una deligata.*

²⁷ Dion. Hal. X.24.8: *αὐτοὶ δὲ τὰ ὅπλα θέντες ἐξέλιπον τὴν παρεμβολὴν διαπορευόμενοι, καθάπερ ὁ στρατηγὸς ἐκέλευσε, διὰ τοῦ Ῥωμαίων χάρακος καθ' ἓνα ὑπὸ ζυγόν.*

²⁸ La población se conserva en la actualidad manteniendo su nombre, ubicada a 35 kilómetros al sur de Roma.

²⁹ Liu. IV.9: *moenibus hostium uallum obiecere.*

³⁰ Liu. IV.9: *ut sole orto Uolsci firmiore se munimento ab Romaniscircumvallatos quama se urbem uiderent.*

³¹ Liu. IV.10.

³² Liu. IV.10.

³³ Liu. IV.10: *et cum haud procul urbe Tusculo consedissent, uetere Tusculanorum odio inermes oppressi dederunt poenas, uix nuntiis caedis relictis.*

En el 319 a.C., en el contexto de la Segunda Guerra Samnita se producirá un enfrentamiento armado entre romanos y samnitas sin mediar apoyo romano a aliado alguno. Este conflicto, en que los romanos derrotarán a los enemigos y los harán pasar bajo el yugo, será la respuesta a otra batalla acontecida en el 322 a.C. en la que Roma no había tenido igual suerte, resultando perdedora y siendo entonces su ejército obligado a pasar bajo el yugo³⁴. En aquella triste ocasión los samnitas, como vencedores, también habían dispuesto la entrega como rehenes de seiscientos jinetes romanos, siendo este el motivo desencadenante del contraataque romano del 319 a.C. Pero ahora, en su revancha los romanos sitian a los samnitas en la ciudad de Lucera³⁵, ante lo cual los asediados, rodeados de escasez y penuria, deciden bajar las armas y dialogar con los sitiadores ofreciendo como precio al alto el fuego la entrega de los seiscientos rehenes incautados en el 322 a.C.³⁶. Los romanos acceden únicamente cuando los en torno a siete mil samnitas ubicados en Lucera terminan pasando bajo el yugo (*septem milia militum sub iugum missa*)³⁷ provistos de una única prenda corporal (*cum singulis uestimentis*). Los ahora vencedores no hicieron sino pagar de idéntica forma una humillación previa, si bien a costa de romper el pacto derivado de la anterior derrota, pues como hemos observado, el paso bajo el yugo es siempre posterior a un acuerdo de rendición (*posteriore anno infringunt Romani firmatam cum Samnitibus pactionem*)³⁸.

También dentro de la Segunda Guerra Samnita hemos de ubicar un ulterior conflicto entre romanos y samnitas en el 307 a.C. Los hechos acontecen junto a la ciudad de Alife³⁹, en la Campania, donde tiene lugar la derrota de los samnitas, que se refugian inmediatamente en su campamento, una plaza que no fue destruida por los romanos gracias a la llegada de la noche⁴⁰, si bien se pudo rodear completamente a los prófugos⁴¹ y estos acabaron rindiéndose definitivamente al llegar el alba (*deditio fieri coepta*)⁴².

³⁴ Dedicaremos espacio en el siguiente apartado a tratar esta célebre derrota romana acontecida en el desfiladero de las Horcas Caudinas.

³⁵ Actual Lucera, en el tercio sur de Italia. En el 322 a.C. los samnitas habían hecho caer a los romanos en el falso rumor de estar asediando la ciudad, acudiendo de esta forma raudos los últimos a socorrer a la ciudad aliada, cayendo así en la trampa tendida a su paso por el desfiladero de las Horcas Caudinas.

³⁶ Liu. IX.15: *legatos misere ad consulem Romanum, ut receptis equitibus qui causa belli essent, absisteret obsidione.*

³⁷ Liu. IX.15.

³⁸ Oros. III.15.8.

³⁹ En el tercio sur de Italia.

⁴⁰ Liu. IX.42: *fusi hostes atque in castra compulsi; nec castra forent retenta, ni exiguum superfuisset diei.*

⁴¹ Liu. IX.42: *ante noctem tamen sunt circumsessa.*

⁴² Liu. IX.42.

Sin embargo, los romanos aceptarían el fin de los enfrentamientos solo tras la suscripción de un pacto: los samnitas habrían de pasar bajo el yugo con una sola prenda (*et pacti qui Samnitium forent ut cum singulis uestimentis emitterentur; ii omnes sub iugum missi*)⁴³. Una vez más el yugo nace fruto de un pacto (*pactus*).

En el transcurso de la Tercera Guerra Samnita, en el 294 a.C. tenemos ocasión de comprobar cómo el habitual pacto que tiene lugar con anterioridad al paso bajo el yugo habría tenido una importancia crucial en este ritual celebrado tras las derrotas. Siendo cónsul, Marco Atilio marcha a luchar con la fuerza samnita que pretendía sitiar la ciudad aliada de Lucera y ambos ejércitos entablan combate en campo abierto, sin que a la conclusión del enfrentamiento puedan hablar los romanos de un resultado favorable. La noche cae y los romanos tornan inquietos a su campamento⁴⁴. Al alba el cónsul Atilio, temeroso de resultar cercados en su emplazamiento por el enemigo, realiza una enérgica arenga a la acongojada tropa comprometiendo su propia vida antes de que tal extremo se diese⁴⁵, un hecho que termina animando levemente a sus hombres, pero no por mucho tiempo, pues al salir a combatir se producirá un intento frustrado de fuga generalizada entre las tropas romanas. Así todo, y casi de manera sorprendente, una vez recompuestos los romanos conseguirán imponer sus armas a las samnitas apresando además a más de siete mil enemigos⁴⁶. A continuación, los vencidos son despojados de sus ropas y pasados bajo el yugo (*qui omnes nudi sub iugum missi*)⁴⁷.

Tras la victoria Marco Atilio solicita la celebración de un triunfo en Roma, pero se le deniega debido al elevado número de bajas sufrido entre las propias filas⁴⁸ y, también, por haber pasado al enemigo bajo el yugo sin ser ello resultado de un pacto previo de rendición (*quod captiuos sine pactione sub iugum misisset*)⁴⁹. El último motivo viene a confirmar al pacto como un requisito previo sine qua non en el ceremonial sub iugum, así como afianza la visión de la rendición como una ulterior garantía de sumisión voluntaria al poder romano, lo que eleva el grado de humillación en la derrota.

⁴³ Liu. IX.42.

⁴⁴ Liu. X.35: *itaque is terror in castris ortus, qui si pugnantes cepisset, insignis accepta clades foret.*

⁴⁵ Liu. X.35: *consulem M. Atilium uel solum, si nemo alius sequatur, iturum aduersus hostes casarumque inter signa Samnitium potius quam circumuallari castra Romana uideat.*

⁴⁶ Liu. X.36: *captiuorum numerus fuit septem milium octingentorum.*

⁴⁷ Liu. X.36.

⁴⁸ Liu. X.36: *et ob amissa tot milia militum.*

⁴⁹ Liu. X.36.

Romanos sub iugum

Los romanos sufrieron la vejación del tránsito bajo el yugo y, lo hemos expuesto, la primera ocasión en que las fuentes dan cuenta de ello será en el 322 a.C., en el transcurso de la Segunda Guerra Samnita, en el desfiladero de las Horcas Caudinas. En aquella ocasión el enemigo tendió una trampa a los romanos haciéndoles creer que se disponía a sitiar la ciudad de Lucera, en el sur de Italia⁵⁰, propagando interesadamente la falsedad entre los lugareños y pasando la información por medio de estos a los romanos. Los últimos ponen rumbo ingenuamente desde el centro de Italia hacia el sur. En cambio, en vez de avanzar por la costa adriática, dotada de un itinerario más seguro, pero también más extenso, lo hacen por el interior, cruzando obligatoriamente el hoy famoso desfiladero de las Horcas Caudinas⁵¹. La geografía del lugar hace que los romanos deban transitar por un tramo estrecho que da paso a un campo abierto, también rodeado de colinas, que luego vuelve a cerrarse en un tercer espacio estrecho. Es precisamente en el área intermedia donde los romanos son acorralados por los samnitas, que taponan el paso al tercer tramo con piedras y troncos, e igualmente hacen en la retaguardia⁵².

Los sitiados se ven obligados a parapetarse en la explanada construyendo un improvisado campamento, pero son conscientes de estar completamente cercados por un enemigo que se deja ver de manera provocadora en lo alto de las colinas⁵³, por lo que deciden enviar negociadores (*uicti necessitate legatos mittunt*)⁵⁴. Poncio, jefe samnita, será claro: perdonará la vida al ejército romano si todo aquél se decide a pasar, semidesnudo, bajo el yugo (*inermes cum singulis uestimentis sub iugum missurum*)⁵⁵. Asimismo, los romanos deberán abandonar el territorio enemigo⁵⁶. Los cónsules Espurio Postumio Albino y Tito Veturio Calvino estuvieron al frente del acuerdo con los samnitas y bajo su rúbrica se terminó suscribiendo un acuerdo de rendición que no dispuso del placet del pueblo y senado romanos, ni del colegio de feciales⁵⁷, careciendo así la humillante paz acordada de validez

⁵⁰ En la actual región de Apulia.

⁵¹ Hoy región del Benevento.

⁵² Flor. I.11.10: *cluso per insidias intra eum saltum exercitu, unde non posset euadere*.

⁵³ Oros. III.15.2: *circumspectiore cura Samnites ac magis instructo apparatus apud Caudinas furculas consederunt*.

⁵⁴ Liu. IX.4.

⁵⁵ Liu. IX.4.

⁵⁶ Liu. IX.4.

⁵⁷ Liu. IX.5: *cum de foedere uictor agitaret, negarunt iniussu populi foedus fieri posse nec sine fetialibus*. El colegio de los feciales es el encargado en manejar el calendario y las ceremonias asociadas al inicio y conclusión de la guerra que Roma entabla con

alguna para el Estado romano. No estábamos ante un tratado (*itaque non, ut uolgo credunt Claudiusque etiam scribit*), sino ante una promesa particular (*per sponsionem facta est*)⁵⁸. En efecto, el compromiso había sido asumido por los altos mandos de la fuerza militar romana⁵⁹, mientras que un estricto tratado de paz reconocido por Roma incluiría en el documento resultante, no los nombres de los citados oficiales, como es el caso, sino aquellos correspondientes a los dos sacerdotes feciales⁶⁰.

Dentro del acuerdo también se había dispuesto la entrega de seiscientos rehenes de entre la caballería romana como garantía de cumplimiento a lo pactado⁶¹, hallando aquí otro elemento probatorio del carácter ilegal de tal pacto, pues un tratado solemne de paz romano prescindiría completamente de tal caución adicional al incluir el documento resultante la súplica a Júpiter de golpear a la parte responsable de un posible incumplimiento de lo acordado en la misma forma en que los feciales golpeaban al cerdo en sus sacrificios rituales⁶².

Por último, se hace salir a los romanos de su campamento desarmados y vestidos con una sola prenda⁶³. Los dos cónsules no correrán mejor suerte, siendo despojados de sus lictores y capas⁶⁴ para luego pasar en primer lugar bajo el yugo, y tras estos el resto de mandos por orden de graduación y luego todas las legiones⁶⁵. Orosio revela una peculiaridad del yugo dispuesto para la ocasión: la altura de este sería escasa, obligando así a los soldados a agachar la cabeza a su paso (*corporum tegenda concessis*)⁶⁶. El autor asocia

otros pueblos, y Ernst Samter ha escrito al respecto, “Fetiales”, en *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, núm. 6, 2, 1909, p. 2259 y ss. Citamos algunas publicaciones sobre los protocolos romanos internacionales en periodos de combate: BIERZANEK, P., *Sur les origines du droit de la guerre et de la paix*, en *Revue Historique De Droit Français Et Étranger*, núm. 37, 1960, p. 83 y ss.; DUPONT, Clémence, *Guerre et paix dans l'empire romaine de 312 à 565 après J. - C.*, en *Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*, núm. 22, 1975, p. 212 y ss.; BANCALARI MOLINA, Alejandro, “En torno a tres aspectos de la Guerra en el mundo romano greco- romano”, en *Tiempo y Espacio*, núm. 1, 1990, pp. 9–17.

⁵⁸ Liu. IX.5.

⁵⁹ Liu. IX.5: *sponponderunt consules, legati, quaestores, tribuni militum, nominaque omnium qui sponponderunt exstant.*

⁶⁰ Liu. IX.5: *ubi, si ex foedere acta res esset, praeterquam duorum fetialium non exstarent.*

⁶¹ Liu. IX.5: *obsides etiam sexcenti equites imperati.*

⁶² Liu. IX.5: *quid enim aut sponsoribus in foedere opus esset aut obsidibus, ubi precatione res transigitur, per quem populum fiat quo minus legibus dictis stetur, ut eum ita Iuppiter feriat, quemadmodum a fetialibus porcus feriat?*

⁶³ Liu. IX.5: *iam primum cum singulis uestimentis, inermes, extra uallum exire iussi.*

⁶⁴ Liu. IX.5: *tum a consulibus abire lictores iussi paludamentaque detracta.*

⁶⁵ Liu. IX.5: *itaque Samnites uictoria potiti uniuersum exercitum Romanum turpiter captum armis etiam uestimentisque nudatum.*

⁶⁶ Oros. III.15.5.

la actual situación de los vencidos con una cuasi esclavitud (*seruitioque subiectum*).

La ceremonia es tan vergonzante que una vez recibida la noticia en Roma se inicia espontáneamente un luto generalizado que lleva a cerrar todas las tiendas del Foro y a paralizar la actividad pública⁶⁷. De este modo, tanto las insistentes referencias en las fuentes respecto del carácter ilegal de los tratados de rendición firmados por las tropas romanas derrotadas, como las expresivas muestras de pesar que la opinión pública romana manifiesta al respecto, llevan en conjunto a aventurar que se sucederán serios correctivos sobre los mandos romanos implicados en los hechos. En tal sentido Cicerón afirma que los cónsules Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio Albino, al haber acordado una paz con el enemigo sin la previa autorización del pueblo y el Senado romanos, fueron entregados a sus vencedores:

*pacem cum Samnitibus fecerant, dediti sunt iis, iniussu enim populi senatusque fecerant*⁶⁸

Incluso los tribunos de la plebe Tiberio Numicio y Quinto Maelio, como responsables últimos de la materialización de la paz a través de su concreta sanción, serán enviados al Samnio⁶⁹. Esta medida tenía una explicación que trasciende la del mero castigo a los responsables del tratado, pues lo que verdaderamente pretende el Estado es romper el tratado por medio de estas devoluciones.

Avanzamos en el tiempo y nos situamos en el 137 a.C. en Hispania, en el transcurso de las Guerras Celtíberas. El escenario corresponde a la ciudad íbera de Numancia, inexpugnable. En el enésimo intento por tomar la ciudad el cónsul Mancino Hostilio acabará rindiendo en su infructuoso asedio todo su ejército a la escasa fuerza hispana. A continuación, los numantinos harán pasar a los romanos bajo el yugo (*cum aduersus Numantinos, qui exercitus populi Romani sub iugum miserant*)⁷⁰. Nuevamente, todo nace como resultado de una capitulación pactada a través de un tratado previo que -lo conocemos bien ya- no está reconocido por el Estado romano. Y una vez

⁶⁷ Oros. III.15.5: *tabernae circa forum clausae iustitiumque in foro sua sponte coeptum prius quam indictum.*

⁶⁸ Cic. *de off.* III.109: “(...) habían acordado la paz con los samnitas tras hacer pasar nuestras legiones bajo el yugo -lo habían hecho sin mandato del Senado y el pueblo-.” (Trad. Ignacio J. García Pinilla, 2014); Eutr. *breu.* II.9.1, refiere igualmente el carácter ilegal de la paz: *pax tamen a senatu et populo soluta est, quae cum ipsis propter necessitatem facta fuerat.*

⁶⁹ Cic. *de off.* III.109: *Ti. Numicius, Q. Maelius, qui tum tribuni pl. erant, quod eorum auctoritate pax erat facta.*

⁷⁰ Ueg. I.15.

más el mando militar responsable del acuerdo será devuelto al enemigo con la voluntad de romper un tratado que no tiene la autorización del Senado (*C. Mancinus, qui, ut Numantinis, quibuscum sine senatus auctoritate foedus fecerat, dederetur, rogationem suasit eam ... ex senatus consulto ferebant*)⁷¹. El cónsul es portado por los propios sacerdotes feciales, desnudo y atado, frente a la muralla numantina⁷², y se hace notar la puesta en escena de dichos cargos religiosos, cuando sabemos que estos tienen encomendada la celebración de las ceremonias pías prescritas, tanto para declarar hostilidades contra otros pueblos, como para, y sería el caso aquí, concluir las. Su presencia supone un recordatorio de que solo a ellos corresponde -y por extensión al Estado- tratar todo lo referente a la paz o la guerra con otras naciones. Así todo, los numantinos, muy probablemente conocedores de las intenciones de los romanos al pretender la devolución del cónsul, rechazarán la entrega de Mancino, al igual que hicieron en el pasado los samnitas con Tito Veturio Calvino y Espurio Postumio Albino⁷³.

Dejamos la Península Ibérica para adentrarnos en el reino de Numidia⁷⁴, en el norte de África, territorio que vive entre el 112 y el 105 a.C. una guerra abierta con Roma. La fuerte inestabilidad en el trono africano, con la aparición de varios regicidios, había llevado a los romanos a enviar sucesivas embajadas a Numidia para promover la pacificación y estabilización de la zona. Sin embargo, con el sangriento advenimiento al trono de Yugurta la situación se deteriora hasta tal punto que Roma se ve obligada a sustituir la diplomacia por la guerra. En torno al 110 a.C. Espurio Postumio Albino es comandado rumbo a África al frente de un ejército para someter al monarca númida, tarea que no emprende con determinación, pues al poco de arribar al continente decide tornar nuevamente a Roma para presentarse al consulado del año próximo. Deja al frente de las operaciones a su hermano Aulo Postumio Albino, aún peor estratega. Aulo inicia inmediatamente el asedio de la importante plaza enemiga de Suthul, donde se creía, descansaba el tesoro del reino númida⁷⁵, y será esta precipitación romana por priorizar el pronto lucro económico sobre el mandato explícito de poner inmediato final al poder enemigo lo que lleve al astuto Yugurta a la convicción de que la avaricia presente en Espurio permanece acentuada en la figura de su hermano, pudiendo ello suponer una ventaja táctica para el bando numidiano.

⁷¹ Cic. *de off.* III.109.

⁷² Uell. Pat. II.1.5: *ut per fetiales nudus ac post tergum religatis manibus dederetur hostibus.*

⁷³ Uell. Pat. II.1.5: *quem illi recipere se negauerunt, sicut quondam Caudini fecerunt.*

⁷⁴ Territorio que se correspondería con la zona costera limítrofe entre las actuales Túnez y Argelia.

⁷⁵ Sall. XXXVII.3: *peruenit ad oppidum Suthul, ubi regis thesauri erant.*

El monarca se decide entonces a tender una trampa a los romanos iniciando una huida ficticia hacia el interior del reino, a lo que los itálicos responden abandonando el asedio a Suthul y penetrando en abierta persecución en el interior de Numidia. En ese momento el rey africano inicia la segunda fase de su estrategia: en el transcurso de la persecución los romanos deciden tomar alto y establecer un campamento, y la misma noche en que lo habitan el enemigo lo rodea sorpresivamente provocando el caos en su interior⁷⁶. El plan avanza según lo previsto y desde ese momento pasa a resultar fundamental la colaboración acordada previamente desde el interior del propio campamento romano. En concreto nos referimos a un grupo de individuos perteneciente a la tropa auxiliar, un reducido número de legionarios y, más sorprendente aún, el primer centurión (*primi pilum*) de la tercera legión⁷⁷, y todos a través de la dirección del último habrán de hacer pasar al enemigo por el tramo de empalizada cuya custodia le estaba encomendada al centurión⁷⁸. La estrategia se consuma y toda la fuerza invasora huye en desbandada⁷⁹.

Al amanecer Aulo y Yugurta negocian las condiciones de la rendición romana. El monarca pide una promesa formal de paz como condición al retorno de los vencidos a Italia, pero añade, el ejército romano habrá de pasar bajo el yugo y abandonar el reino en no más de diez días:

*si secum foedus faceret, incolumis omnis sub iugum missurum; praeterea uti diebus decem Numidia decederet*⁸⁰.

Salustio sostiene que la única alternativa a estos tratados (*foedi*) de paz humillantes resultaría aún peor para unos ejércitos que, luego de ser derrotados, quedan maltrechos y apenas disponen de margen de actuación, una situación extrema que haría más probable un desenlace fatal (*quia mortis*

⁷⁶ Sall. XXXVIII.5: *milites Romani, percussi tumultu insolito, arma capere alii, alii se abdere, pars territos confirmare, trepidare omnibus locis.*

⁷⁷ Sall. XXXVIII.6: *sed ex eo numero, quos paulo ante corruptos diximus, cohors una Ligurum cum duabus turmis Thracum et paucis gregariis militibus transiere ad regem, et centurio primi pili tertiae legionis per munitionem.*

⁷⁸ Sall. XXXVIII.6: *quam uti defenderet acceperat locum hostibus introeundi dedit, eaque Numidae cuncti irrupere.*

⁷⁹ Frente a unos y otros, traidores y fugados, el Derecho militar romano es taxativo al prescribir la ejecución sumaria, luego de ser aplicada la degradación automática con la correspondiente pérdida de la condición de soldados (Dig. XLIX.16.7): *proditores, transfugae plerumque capite puniuntur; et exactorati torquentur; nam pro hoste, non pro milite habentur.*

⁸⁰ Sall. XXXVIII.9: “(...) enviaría bajo el yugo a todos sanos y salvos, si hacía un pacto con él; además que abandonara Numidia en diez días”, (Trad. Joaquín García Álvarez, 1985).

metu mutabantur)⁸¹. En cambio, siendo evidenciable la condición de manifiesta inferioridad dentro del bando romano -lo cual genera una lógica inequidad en el momento de acordar las condiciones de rendición-, no es menos cierto que más que un gesto de gracia por parte del enemigo, esta forma de sometimiento pactada, dando garantías del cese a futuras hostilidades por parte romana, muy probablemente supuso un claro intento de frenar la escalada imperialista de Roma sobre sus pueblos vecinos -primero itálicos y luego mediterráneos-, pues tanto aquí Yugurta, como en Hispania los numantinos, en la Galia los tigurinos o en la propia Italia los volscos y samnitas, tuvieron clara conciencia de que, tras las legiones derrotadas, vendrían otras. Y en este sentido la claudicación ritualizada con el paso bajo el yugo debemos entenderla, a nuestro modo de ver, aun resultando paradójico, como una maniobra desesperada empleada por los enemigos de Roma para evitar el expansionismo de la vigorosa ciudad del Lacio. No en vano, sus enemigos eran conocedores de la política diplomática romana y, muy probablemente, creyeron que mediante los tratados rubricados juntamente con los mandos romanos estaban recibiendo la valiosa garantía del propio Estado romano, pero las fuentes son claras en este punto al advertir de manera insistente respecto de la ilegalidad de tales pactos.

De esta forma, una vez más, Roma rechazará un acuerdo del que no ha participado a través de su preceptiva aprobación, por lo que el convenio celebrado entre Aulo y Yugurta será anulado. Tal extremo le es expuesto contundentemente a Escauro por el Senado en sus acelerados preparativos para tornar a Numidia con urgencia a intentar recomponer la desastrosa situación desatada por su hermano. El venerable consejo afirma que bajo ningún concepto reconocerá una paz que no ha sido aprobada por el Senado y pueblo de Roma:

*senatus ita, uti par fuerat, decernit, suo atque populi iniussu nullum potuisse foedus fieri*⁸².

Contemporáneamente, en el 107 a.C., los tigurinos, una de las cuatro tribus que componen el pueblo helvecio, infligirán una fuerte derrota sobre las armas romanas. Julio César da cuenta de ello a propósito de la petición que aquellos le realizan solicitando permiso para cruzar a través de la Galia Cisalpina⁸³, entonces gobernada por César (58 a.C.). El general niega el

⁸¹ Sall. XXXVIII.9.

⁸² Sall. XXXIX.3: "El senado decreta, así como había sido justo, que ningún tratado había podido ser hecho sin orden suya y del pueblo", (Trad. Joaquín García Álvarez, 1985).

⁸³ Territorio que comprende el actual tercio norte de Italia.

paso a más de trescientas mil personas⁸⁴ alegando que, tiempo atrás, los que ahora imploraban a los romanos antes habían asesinado al cónsul Lucio Casio, luego de hacer pasar a todo su ejército bajo el yugo:

*Caesar, quod memoria tenebat L. Cassium consulem occisum exercitumque eius ab Heluetais pulsum et sub iugum missum*⁸⁵.

Los tigurinos habían abandonado en el pasado las tierras⁸⁶ en que habita el pueblo helvecio, iniciando un periplo que les llevó a recorrer gran parte de la Galia. En el 107 a.C. se topan con las tropas romanas mandadas por Casio, quien pone en persecución a los tigurinos, pero estos, en un golpe táctico acaban cercando y atacando a los propios romanos frente a las costas atlánticas, sitiándole frente a la ciudad de Burdigala⁸⁷. Además del cónsul Casio morirá su lugarteniente Lucio Pisón, quedando únicamente Gayo Publio como único mando superior del ejército romano. Con el objetivo de evitar males mayores sobre su ejército guarecido en el campamento, Publio entregará a los tigurinos rehenes y el bagaje portado por la fuerza romana, todo ello como resultado de un pacto (*foedere dedit*)⁸⁸. Curiosamente Orosio, que narra los hechos, no refiere el paso bajo el yugo, señalando en cambio que a su llegada a Roma Gayo Publio es llevado a juicio⁸⁹ por haber entregado rehenes al enemigo, motivo por el que terminará en el exilio (*in exilium profugit*)⁹⁰. Pese a la omisión, no hemos de cuestionar la aparición del yugo tras la derrota romana de Burdigala, pues resulta bastante determinante al respecto que César se refiera específicamente al paso *sub iugum* nada menos que en dos ocasiones, circunstancia que aleja la posibilidad de encontrarnos ante una referencia más metafórica que explícita.

⁸⁴ Los tigurinos tratarán de atravesar entonces por tierras de los sécuanos (en la Galia Transalpina), pero César marchará hacia allí con asombrosa rapidez poniendo en fuga a los helvecios y exterminando gran número de ellos.

⁸⁵ Caes. I.7.4-5: “(...) César, que tenía presente en su memoria la muerte del cónsul L. Casio y la derrota infligida entonces al ejército romano, que había sido obligado por los helvecios a pasar bajo el yugo (...), (Trad. Valentín García Yebra-Hipólito Escolar Sobrino, 1964). También el I.12.6: *is pagus appellabatur Tigurinus ... L. Cassium consulem interfecerat et eius exercitum sub iugum meserat*.

⁸⁶ Actual Suiza.

⁸⁷ Actual Burdeos. Oros. V.23: *isdem praeterea Iugurthini belli temporibus L. Cassius consul in Gallia Tigurinos usque Oceanum persecutus rursusque ab isdem insidiis circumventus occisus est*.

⁸⁸ Oros. V.24: *C. Publius alter legatus, ne residua exercitus portio, quae in castra confugerat, deleteretur, obsides et dimidiam partem rerum omnium Tigurinis turpissimo foedere dedit*.

⁸⁹ Sin duda un proceso popular (*iudicium populi*) en el que un jurado resuelve.

⁹⁰ Oros. V.24.

Muy probablemente, y los antecedentes expuestos favorecen un pronunciemos en tal sentido, el proceso a Gayo Publio debió iniciarse a raíz del tratado que este acordara unilateralmente con el enemigo samnita. Recordemos al respecto las semejanzas que surgen con la derrota acaecida en las Horcas Caudinas, donde los cónsules romanos también habían acordado la entrega de rehenes dentro de un tratado de rendición que, igualmente, dispuso el paso bajo el yugo.

El ejército romano experimentará la humillación del yugo en puntos tan distantes del Imperio como la propia Armenia (*ignominia ad Orientem legionibus in Armenia sub iugum missis aegreque Syria retenta*)⁹¹, donde será resultado del acuerdo entre vencedores (los partos) y vencidos, debiendo abandonar por medio de este los romanos el territorio armenio⁹² y, también, entregar todos sus enseres al enemigo⁹³.

SIGNIFICACIÓN DEL PASO SUB IUGUM

Son interesantes las palabras de Tácito respecto del sentido del paso bajo el yugo, entendiendo este como una “ocurrencia” de las que suelen surgir en las adversidades (*et alia ex rebus infaustis, quorum simulacrum ab Armeniis usurpatum est*)⁹⁴. Sin embargo, como hemos expuesto en el primer apartado, Livio⁹⁵ habla del tránsito de Horacio bajo el yugo otorgando protagonismo a fines purificatorios, mientras que Dionisio de Halicarnaso⁹⁶ dice que la naturaleza religiosa del yugo será empleada sobre Horacio por última vez, pues en adelante los romanos se valdrán de esta práctica dentro del ámbito militar para humillar al enemigo vencido. En cambio, luego de estudiar los diferentes escenarios en que el *iugum* ha sido desplegado tras la batalla, creemos poder alcanzar una inmediata conclusión: el paso bajo el yugo no es una práctica empleada únicamente por los romanos, pues comprobamos que pueblos tan distantes en Asia, África o Europa aplicarán esta humillación sobre los romanos. Podría objetarse al respecto que los tigurinos, numantinos, numidianos o armenios, habrían ido aplicando el yugo por imitación, lo cual no parece cuestionable. Y si nos acercamos a la Península Itálica en el período histórico previo a la expansión imperial

⁹¹ Suet. *Ner.* XXXIX; Tac. XV.15: *addidit rumor, sub iugum missas legiones.*

⁹² Tac. XV.14: *et decedere omnem militem finibus Armeniorum castellaque.*

⁹³ Tac. XV.14: *castellaque et commeatus Parthis tradi.*

⁹⁴ Tac. XV.15.

⁹⁵ Liu. I.26.

⁹⁶ Dion. Hal. III.22.7.

por el Mediterráneo, comprobamos que los romanos ya hacían pasar a sus pueblos vecinos bajo yugo. La cuestión es que esos mismos vecinos hacían lo propio con los romanos. Y si nos atenemos a lo estrictamente referido en las fuentes, serán los romanos quienes casualmente sean reflejados por vez primera pasando bajo el yugo enemigo en el 458 a.C. a manos de los ecuos, como hemos visto. Se podría sostener que este hecho no permite por sí solo afirmar categóricamente que no habría conflictos previos en los que los romanos sí hubiesen aplicado por vez primera el paso bajo el yugo sobre sus enemigos. Así todo, a través de lo dicho por el ya citado Trogo⁹⁷, quien señalaba al paso *sub iugum* como una práctica empleada por los itálicos para defenderse del intento de sometimiento romano, si bien no nos atrevemos a negar explícitamente que estemos ante una invención romana, sí estamos en condiciones de afirmar que fue esta una costumbre entre los diferentes pueblos itálicos.

Sea como fuere, parece evidente que los romanos asociaron el yugo presente en la historia de Horacio con el paso bajo el yugo dispuesto tras una claudicación militar, si bien ello lo hicieron sin evidencias nítidas de una correlación directa entre ambas prácticas. De hecho, resulta complicado asociar ambos eventos sin introducir por medio fuertes dosis de inventiva. Livio menciona el paso de Horacio bajo el yugo, pero en su relato empleará con mayor profusión la palabra viga (*tigillo*), siendo posible que el historiador hubiese asociado el arco dispuesto en la estrecha calle con el yugo formado por lanzas sin que ambos tuviesen mayor relación. Más explícita es la relación que establece Dionisio de Halicarnaso entre ambas prácticas, afirmando que el rito de Horacio da origen al posterior de carácter militar, si bien desprendiéndose el último del carácter purificadorio presente en el primero. A pesar de ello, en el estudio de fuentes llevado a cabo en el presente artículo hemos comprobado que ni siquiera en las derrotas atestiguadas en épocas más antiguas se relaciona el paso bajo el yugo con otro fin que no sea la propia humillación y los intereses diplomáticos.

En este punto incluiremos al respecto algunas opiniones planteadas por autores actuales, si bien hemos de advertir en cuanto a la escasa bibliografía existente en relación a la práctica del paso bajo el yugo. Se hace obligado hablar de Fowler⁹⁸, quien entendió, entre las tres posibles actuaciones de parte del enemigo sobre la fuerza derrotada, se encontraba la propia eliminación física, si bien el autor considera que este tipo de desenlace no gozaría de mucha tradición en Italia, donde se evitarían los

⁹⁷ Trog. XXXVIII.4.12.

⁹⁸ FOLWER, William Warde, *Roman Essays and Interpretations*, Oxford, Oxford University Press, 1920, p. 70.

derramamientos innecesarios de sangre. Esta postura roza el absurdo más absoluto a poco que conozcamos mínimamente la historia de exterminio romano en su implacable expansión, a través de Italia primero, y luego por toda la cuenca mediterránea. La segunda opción pasaría por vender a los sometidos, si bien no sería una posibilidad del todo acertada para Fowler, al encontrarnos en un período en que no está desarrollado el comercio de esclavos a gran escala. Esta idea podría ser aplicable, quizás, en períodos extremadamente primitivos dentro de la historia de Roma, pues la esclavitud ha sido un motor fundamental dentro del despegue romano como superpotencia. Por el contrario, creemos más acertado poner el foco en esas grandes cantidades de varones derrotados en edad de luchar que suponen en todo momento una amenaza, también convertidos en esclavos, y de hecho, es muy probable que la omisión del exterminio sobre el vencido sea debida a una mera cuestión estratégica, pues hemos constatado en las fuentes que las claudicaciones del enemigo que acaba pasando bajo el yugo siempre se producen sobre ejércitos que conservan varios miles de soldados, por lo que el acuerdo de rendición beneficia a los vencidos, logrando tornar a casa, pero también favorece a los vencedores, que logran así evitar correr mayores riesgos en unos enfrentamientos que rozan el componente pírrico. Siempre que Roma tiene oportunidad de neutralizar a una fuerza con la que lucha, lo hace por medio de su eliminación física. Los romanos no pasaron a los numantinos bajo el yugo cuando tomaron la ciudad, ni hicieron lo propio con la ciudad de Cartago, ni en la toma de Alexia; en todos estos escenarios y en muchos otros exterminaron de la faz de la tierra a quienes, ingenuos, se interpusieron en su camino. Por ello, en los momentos en que, en vez de la eliminación, se empleó el yugo, ello fue así dispuesto a la espera de una mejor oportunidad para completar el objetivo de eliminación de la resistencia. ¿O es que algunos de los pueblos a los que Roma pasó en algún momento bajo el yugo no fueron eliminados o plenamente sometidos más pronto que tarde? El yugo se erigió en una especie de fase intermedia dentro del proceso de ocupación de algunos pueblos, pues dejó clara la vocación de dominio romana sobre sus enemigos. Era cuestión de tiempo. Entra aquí en juego la tercera vía de Fowler, para el autor más factible, pues la puesta en libertad del enemigo estaría condicionada al paso bajo el yugo. Efectivamente, este será el medio empleado en los casos referidos en las fuentes. El problema reside, a nuestro entender, en las motivaciones que defiende Fowler como precursoras del ejercicio de dicha práctica, no encontrando en la voluntad de manifestar humillantemente el dominio el verdadero ser del *sub iugum* romano, pues

para él es el *tigillo* de Horacio, su paso bajo la viga⁹⁹, el origen del yugo militar. El yugo de Horacio se había dispuesto para que el héroe expiase y purificase el crimen cometido.

El romano volvió del combate con los curiacios hirviente de *furor bellicus*, lo cual imposibilitaba su incorporación directa a la vida civil sin el sometimiento previo a un rito de paso. En cambio, Gille¹⁰⁰ sostiene que este ceremonial purificador no sería privativo de los romanos, sino que se alimenta del sustrato indoeuropeo, una teoría que ya desarrolló en su momento Dumezil¹⁰¹.

Dando un paso más, Fowler asociará el caso de Horacio con el paso de los soldados romanos bajo el arco triunfal, y en ambos casos estaríamos ante ritos de paso a través de los cuales los soldados han de purificarse de manera previa a su incorporación a la comunidad¹⁰². Los soldados victoriosos habrían de purificarse luego de haber mantenido contacto con el enemigo, y en este sentido el autor cree que el yugo sobre los vencidos habría tenido un carácter de limpieza sobre estos, hecho que no llegamos a comprender plenamente.

⁹⁹ FOLWER, William Warde: *Roman Essays*, cit. p. 71.

¹⁰⁰ LIOU-GILLE, Bernadette: “La perduellio: les procès d’Horace et de Rabirius”, en *Latomus*, núm. 53, 1994, pp. 26 y 27.

¹⁰¹ DÚMEZIL, George, *Horaces et Curiaes*, París, Gallimard, 1942. Dumezil relacionó la purificación de Horacio con la leyenda irlandesa del héroe Cúchulain, quien tras participar en un combate similar al de Horacio -con tres individuos-, posee tal nivel de cólera que acaba convirtiéndose en un individuo nocivo para la comunidad. Por ello, antes de tornar a su hogar se envía a su encuentro a cincuenta jóvenes desnudas que lo hipnotizan y sumergen en tres grandes hoyas de agua que terminan hirviendo por el calor de su sangre. Finalmente, el héroe se calma y puede tornar de forma segura a la comunidad. El relato de Horacio, similar al irlandés, refiere el peligro que puede representar para la colectividad un guerrero recién tornado del combate. De esta forma, Horacio no se habría desprendido de su *furor bellicus* y habría tratado a su hermana como un enemigo público, asesinandola.

¹⁰² La asociación del arco triunfal romano con un elemento de purificación de la tropa que torna victoriosa es tomada por Fowler de otro autor, Frazer, quien afirmase que los guerreros se mueven en un ambiente de riesgo espiritual que les obliga a hacer uso de gran cantidad de supersticiones de una naturaleza muy diferente a la utilizada racionalmente contra los enemigos de carne y hueso. Los soldados, en los momentos anteriores y posteriores a los conflictos armados, son llevados a un estado de reclusión o cuarentena espiritual. Frazer expone el ejemplo de los indios greek, que no mantenían relaciones sexuales durante los tres últimos días previos a partir a la guerra y, en el mismo sentido, también a la vuelta, todo con un fin purificador. Las tribus de los bapedi y los bathonga, ambas sudafricanas, vivían situaciones análogas: los guerreros victoriosos no podían incorporarse de inmediato a la comunidad y habían de purificarse por el miedo a los espíritus de los muertos [FRAZER, James George, *La rama de oro*, Trad. Elizabeth y Tadeo Campuzano, México, Fondo de Cultura Económica, 1944, pp. 179-182].

Nock¹⁰³, en igual sentido que Fowler, entendiendo el tránsito bajo el yugo como un rito de paso para favorecer la limpieza de enfermedades o elementos demoniacos, expone el ejemplo de Horacio sin lograr asociar esta práctica con el yugo presente en el ámbito militar¹⁰⁴.

En nuestra opinión, para poder explicar la presencia del paso bajo el yugo en el mundo castrense hemos de desprendernos de cualquier pretendida vinculación con el caso de Horacio, pues no existen evidencias objetivas que permitan asociar en el menor de los sentidos ambos escenarios. Resultará más acertado acercarse a otra referencia ya expuesta proporcionada por Cicerón¹⁰⁵ respecto del *iuges auspicium*, donde comprobamos que el elemento negativo rodea en todo momento al yugo, aún en su empleo rutinario dentro del mundo agrario. Efectivamente, estamos ante un artificio que simboliza la dominación y las propias fuentes romanas hablan en ocasiones del yugo de los animales¹⁰⁶ aplicado sobre los militares derrotados:

*tauri subigi iungendo domarique potuere, nostri exercitus sub iugum missi sunt*¹⁰⁷.

*inde in aciem profectus, uictos, ne quid a rustici operis imitatione cesaret, more pecudum sub iugum misit*¹⁰⁸.

De este modo, cuando Roma inicia la conquista de otros pueblos los cronistas romanos emplean frecuentemente el término *iugum* para transmitir el deseo de dominar, o en su caso, su consumación:

¹⁰³ NOCK, Arthur Darby, "Intrare sub iugum [intrare sub iugum]", en *The Classical Quarterly*, núm. 20, p. 107.

¹⁰⁴ Bien es cierto que el artículo de Nock trata de adentrarse en el estudio del siguiente epígrafe encontrado en la ciudad africana de Neferis, *CIL VIII 24034: SATURNO AUG. SA/CRU C. MEMMIUS PUDENS SACER/DOS INTRAVIT / SUB IUGU L.A.* El documento incluye la expresión "sub iugu", si bien el autor la relaciona en este específico contexto con un ritual de iniciación al sacerdocio [NOCK, Arthur Darby, *Intrare*, cit. p. 108].

¹⁰⁵ Cic. *de diu.* II.77.

¹⁰⁶ Myles Lavan ha observado que las fuentes describen la conquista romana de extranjeros con expresiones como *domare, perdomare, subigere, frangere* o *coercere*, palabras usualmente empleadas en la acción de domar animales. Pero, yendo más allá, recuerda que los esclavos efectivamente son muchas veces asociados a los propios animales domésticos, y dicho nexo se muestra más nítidamente cuando aparece la expresión *iugum seruire* [Cic. *rep.*, II.46, *Phil.* I.6; Ual. Max. VIII.9.2; Sen. *de ira*, II.14.4; Ius. *epit.* VI.9.7, XI.14.7]. LAVAN, Myles, *Slaves to Rome. Paradigms of Empire in Roman Culture*, Cambridge, Cambridge University Press, 2013, pp. 83-85.

¹⁰⁷ M. Corn. Fron., *bell. Parth.* XV: "(...) como los toros enyugados y domados, nuestro ejército fue pasado bajo el yugo, (Trad. Autor).

¹⁰⁸ Flor. I.5.13: "(...) dirigiéndose de allí a la lucha, después de vencerlos, para no dejar de imitar las labores del campo, los sometió al yugo a modo de animales", (Trad. Gregorio Hinojo Andrés-Isabel Moreno Ferrero, 2000).

*Sardinia inter primum et secundum bellum Punicum ductu T. Manli consulis, certum recepit imperi iugum*¹⁰⁹.

*Cantabrum indoctum iuga ferre nostra*¹¹⁰.

Los testimonios documentales de la Antigüedad permiten comprobar que el paso bajo el yugo no se recoge en episodio alguno dotado de carácter purificadorio. En nuestra opinión la explicación es más simple: se pretende escenificar en el mayor grado posible la nueva situación de sometimiento¹¹¹ de los derrotados, un objetivo que se ve dotado de mayores garantías a través del acuerdo previo entre las partes, donde la fuerza contrincante vencida ejecuta el paso bajo el yugo como la mejor rúbrica posible a su posterior cumplimiento de lo dispuesto. Y si los romanos aplican el *iugum* como una forma de mostrar su superioridad y dominio incontestable, cuando por el contrario son estos quienes son sometidos, los enemigos tienden a emplear el paso bajo el yugo y el preceptivo acuerdo previo como una garantía firme que neutralice la grave amenaza romana. Conscientes de la importancia del honor y la palabra entre los romanos, los vecinos y demás pueblos bajo los que los romanos caen en ocasiones derrotados emplearán el yugo como el sello a una paz entre dos pueblos, o al menos esa será la pretensión. Sería absurdo pensar en el empleo del yugo como una forma de humillación misericordiosa, pues todos los pueblos que van teniendo contacto con Roma no tardan en entender que se encuentran ante un enemigo muy superior, por lo que samnitas, volscos, tigurinos, numantinos o numidianos, entre muchos otros que tuvieron oportunidad de eliminar ejércitos romanos luego de haberlos derrotados, no darían tal paso por el miedo a una fuerza militar muy superior que había tenido el valor de posicionarse en las propias puertas de los hogares enemigos con contundencia y vocación de permanencia, por lo que, si esta era destruida, detrás vendrían otras a conquistar, como así terminó sucediendo, pueblo a pueblo, todo el mundo conocido.

¹⁰⁹ Uell. Pat. II.38.3: “Cerdeña recibió el yugo ineludible de la sumisión entre la Primera y la Segunda Guerra Púnica, por obra del cónsul T. Manlio”, (Trad. M^a Asunción Sánchez Manzano, 2001).

¹¹⁰ Hor. *carm.* II.6.2: (...) el cántabro, que nuestro yugo a soportar no aprende”, (Trad. José Luis Moralejo, 2007).

¹¹¹ En este sentido, Hans-Friedrich Mueller sostiene que cuando un ejército victorioso pretendía humillar al derrotado, establecía un arco o “yugo” para hacer pasar bajo este a los vencidos. Además, la acción de inclinarse para ello suponía un signo adicional de sumisión. Los romanos infligieron esta práctica a otros pueblos dentro de una fuerte mentalidad de profundo desagrado al comportamiento irrespetuoso que no reconocía la superioridad romana [MUELLER, Hans-Friedrich, *Caesar Selections from His Commentarii De Bello Gallico*, Illinois, Bolchazy-Carducci Publishes, 2012, p. 41].

BIBLIOGRAFÍA

- BANCALARI MOLINA, Alejandro, “En torno a tres aspectos de la Guerra en el mundo romano greco-romano”, en *Tiempo y Espacio*, núm. 1, 1990.
- BIERZANEK, *Sur les origines du droit de la guerre et de la paix*, en *Revue Historique De Droit Français Et Étranger*, núm. 37, 1960
- DOMINGO OSLÉ, Rafael, *Ex Roma ius*, Pamplona, Thomson-Aranzadi, 2005.
- DUMÈZIL, George, “A propos de l’inscriptiom du Lapis Niger”, en *Latomus*, núm. 29, 1970.
- : *Horaces et Curiaces*, París, Gallimard, 1942
- DUPONT, Clémence, *Guerre et paix dans l’empire romaine de 312 à 565 après J. - C.*, en *Revue Internationale des Droits de l’Antiquité*, núm. 22, 1975.
- FOLWER, William Warde, *Roman Essays and Interpretations*, Oxford, Oxford University Press, 1920.
- FRAZER, James George, *La rama de oro*, Trad. Elizabeth y Tadeo Campuzano, México, Fondo de Cultura Económica, 1944
- HOLLOWAY, Robert Ross, *The Archeology in Early Rome and Latium*, Londres-Nueva York, Routledge, 2014.
- LIOU-GILLE, Bernadette, “La perduellio: les procès d’Horace et de Rabinus”, en *Latomus*, núm. 53, 1994.
- NOCK, Arthur Darby, “Intrare sub iugum [intrare sub iugum]”, en *The Classical Quartely*, núm. 20.
- SAMTER, Ernst, “Fetiales”, en *Realencyclopädie der classischen Altertumswissenschaft*, núm. 6, 2, 1909.

Recibido: 08/07/2019

Aceptado: 25/11/2020

LA VERTIENTE MILITAR DEL CARDENAL CISNEROS. UN FRAILE FRANCISCANO CONVERTIDO EN CAPITÁN GENERAL DE ÁFRICA

Agustín J. PÉREZ CIPITRIA¹

RESUMEN

Francisco Jiménez de Cisneros, cardenal, arzobispo de Toledo, primado de España e inquisidor general de Castilla, ha sido tradicionalmente considerado como una de las figuras más destacadas de la historia de España debido a su compromiso e implicación, como hombre de Estado, en muchos de los principales acontecimientos relacionados con la política, la religión y la cultura castellana.

Sin embargo, más allá de su interminable lista de logros políticos y religiosos, interesa resaltar una faceta menos conocida del Cardenal, que no por ello menos importante: su auténtica vocación militar. El fraile franciscano siempre mostró una gran admiración por el mundo de la milicia hasta el punto de ser el principal artífice de la creación de uno de los primeros

¹ Doctor en Historia Contemporánea. Filiación profesional: Centro de Idiomas (Dpto. Español) Fundación General de la Universidad de Valladolid. Edificio Rector Tejerina, Plaza de Santa Cruz 6, 2ª planta, 47002 Valladolid.

ejércitos de Europa con total dependencia y lealtad hacia una corona, sufragar campañas militares e incluso intervenir en las decisiones de grandes operaciones bélicas acaecidas en el norte de África, ostentando el mando de Capitán General de África.

PALABRAS CLAVE: artillería, armada, conquista, milicias, piratería, Cisneros.

ABSTRACT

Francisco Jiménez de Cisneros, cardinal, archbishop of Toledo, primate of Spain and Inquisitor General of Castile, has traditionally been regarded as one of the leading figures in the history of Spain due to his commitment and involvement, as a statesman, in many of the key events related to Castilian politics, religion and culture.

However, beyond his lengthy list of political and religious achievements, there is another less well-known, yet by no means less important, side to the Cardinal: his undoubted military vocation. This Franciscan monk always displayed great admiration for the military world, to the point that he was the main architect behind the creation of one of the first armies in Europe to be totally independent and loyal to the crown. He also funded military campaigns and even became involved in the decisions concerning major military operations to take place in North Africa, holding the post General Captain of Africa.

KEY WORDS: artillery, armada, conquest, militias, piracy, Cisneros.

* * * * *

INTRODUCCIÓN

Francisco Jiménez de Cisneros fue un hombre con una enorme capacidad como gobernante durante las dos etapas en las que estuvo desempeñando funciones como regente de la Corona de Castilla. Del mismo modo, es también muy reconocida su labor en el ámbito humanístico reflejada en su mecenazgo en obras culturales y científicas e, incluso, en la

creación de trascendentes instituciones como fue la fundación de la Universidad de Alcalá de Henares, en la que se implicó personalmente.

Desde otra perspectiva, cabe destacar su clara vocación religiosa y su carácter austero y humilde. Como miembro de la orden franciscana fue su decisión la de llevar una vida pulcra y discreta, concibiendo el poder del que se le dotó tan solo como un instrumento para desempeñar sus obligaciones como hombre de estado. Asimismo, realizó importantes reformas en la iglesia e incluso ejerció, dentro de sus labores de confesor, de guía espiritual de la reina Isabel la Católica.

Su carisma como gobernante se puso a prueba en sus dos regencias, coincidentes con momentos en los que la eficaz política interior anteriormente desarrollada por los Reyes Católicos no proporcionaba el éxito deseado y la situación de incertidumbre e interinidad animaba a la agitación de parte de la nobleza que veía en esas épocas transitorias un buen momento para reivindicar sus peticiones. Dentro de este complicado contexto, el cardenal siempre actuó con decisión ante la nobleza y el clero, siempre inquietos y dispuestos a la conspiración y conscientes de que en un futuro próximo la corona recaería en la persona de Carlos, un flamenco, hijo de Felipe y Juana, muy alejado de los intereses castellanos.

De igual manera, Cisneros mantuvo siempre la firmeza cuando sus decisiones no eran muy populares. Dada la fuerte personalidad del cardenal, en ningún momento dudó en utilizar las fuerzas militares disponibles para hacer cumplir sus órdenes o solventar las difíciles situaciones que tuvo que afrontar e incluso para implicarse personalmente en ambiciosos proyectos de conquistas en tierras norteafricanas.

1. LA APORTACIÓN MILITAR DE CISNEROS ENTRE 1505 Y 1516

1.1. Cisneros y su implicación en las guerras de África

Es indudable el papel protagonista que tuvo Cisneros en algunas de las ocupaciones españolas desarrolladas en el norte de África. Sin embargo, para comprender el verdadero interés que tenía el cardenal por la conquista de plazas norteafricanas es necesario conocer primeramente cuáles fueron las principales justificaciones que pudieron llevar a la corte española a abordar estas difíciles empresas en tierras berberiscas.

Como punto de partida, debemos considerar un argumento de índole social. Con la llegada al trono de los Reyes Católicos la nobleza fue some-

tida a la autoridad regia, aunque también se vio beneficiada con la exención de impuestos, el reconocimiento a la jurisdicción señorial y la posesión de tierras. Ante esta nueva situación, las guerras del norte de África se presentaban para ellos como una oportunidad de consolidar su estatus social y aumentar su prestigio pues tenían el derecho y la responsabilidad de defender las zonas conquistadas tal y como ocurrió en la toma de posesión de Melilla en 1497 por parte del duque de Medina Sidonia.

Otro aspecto a tener en cuenta fue el económico. La producción africana de mercancías demandadas en la península motivó el interés español en conquistar tierras magrebíes pues así se controlaba más fácilmente el comercio en el Mediterráneo y en el mar de Alborán. Conquistar plazas norteafricanas suponía una importante seguridad geoestratégica ya que aseguraba la navegación en el Estrecho de Gibraltar y, especialmente, dificultaba una posible contraofensiva musulmana sobre el recientemente conquistado reino granadino².

Por último, hay que considerar la justificación religiosa. Los conflictos bélicos en las zonas islamizadas no solamente se producían como consecuencia del gran rechazo que había en aquella época hacia el islamismo, estimado por muchos como una religión espuria, sino también, por lo mal considerados que estaban los sistemas de gobierno islámicos. Fue precisamente la Reina Católica quien expresó en su testamento la importancia de conquistar zonas de África con el objeto de combatir la religión mahometana:

Ruego a la princesa mi hija y al príncipe mi marido que, como príncipes católicos, muestren la mayor atención a las cosas relativas a Dios y a la Santa Fe; se ocupen incesantemente de la conquista de África y de combatir por la Religión contra los infieles³.

A esto hay que añadir el gran interés que había en la Europa cristiana y en concreto en el papado bajo los pontificios de Alejandro VI (1492-1503) y Julio II (1503-1513) por potenciar nuevamente las cruzadas aportando para ello considerables subsidios a la corona española⁴. Es precisamente dentro de este ideal religioso-militar en donde se encontraba plenamente identificado el cardenal Cisneros hasta el punto de ser considerado por muchos como el último de los grandes cruzados.

² FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Isabel la Católica*. Espasa, Madrid, 2006, pág. 402.

³ ISABEL LA CATÓLICA: *Testamento*, ed. Archivo General de Simancas, Valladolid, 1994, pág. 28.

⁴ BRAUDEL, Fernand: *En torno al Mediterráneo*, Paidós, Barcelona, 1997, pág. 54.

1.2. *La primera aventura militar de Cisneros: La conquista de Mazalquivir (1505)*

Tras la conquista de Granada, los navegantes castellanos pudieron tener un mayor conocimiento de las costas norteafricanas no solo por los múltiples contactos comerciales que se producían a ambos lados del Estrecho sino también por la información procedente de las constantes incursiones de marineros españoles en la zona berberisca que tenían como objeto la incautación de rápidos botines.

Los primeros intereses serios en dominar nuevos enclaves en el norte de África surgieron poco antes de la muerte de Isabel la Católica, siendo la plaza de Mazalquivir uno de los objetivos iniciales de conquista por parte de la Corona. Fernando de Aragón era consciente de la importancia estratégica que tenía esta plaza al disponer de un puerto que podría ser clave para llevar a cabo una conquista rápida en diferentes territorios costeros próximos a la zona o simplemente como apoyo logístico en el desembarco de tropas y armamentos.

Para afrontar tan ambicioso proyecto fue fundamental la figura de Jerónimo Vianello, un conocido mercader veneciano que trabajaba al servicio de la corona castellana. El comerciante había sido testigo en múltiples de sus viajes norteafricanos de las deficiencias defensivas que tenía el reino de Tremecén⁵ por lo que consideraba relativamente sencillo la conquista de sus costas. De la misma manera, a juicio del que fuera ayudante de Cisneros, Juan de Vallejo⁶, tanto el puerto como la villa de Mazalquivir fueron considerados para el veneciano como lugares óptimos para su conquista y muy útiles estratégicamente en previsión de una posible toma de la anhelada ciudad de Orán⁷.

Las opiniones de Vianello fueron bien valoradas por los Reyes Católicos y decidieron apoyar el proyecto de conquistar Mazalquivir. Para lograr tal fin, los monarcas pusieron en contacto al veneciano con el gobernador de Granada, Íñigo López de Mendoza, conde de Tendilla, un noble que siempre

⁵ El reino de Tremecén fue un antiguo territorio bereber situado en lo que actualmente se corresponde al noroeste de Argelia.

⁶ Juan de Vallejo fue paje y posteriormente camarero de Cisneros. Tras haber estado al servicio del arzobispo de Toledo escribió un memorial sobre su vida cuya redacción se sitúa en torno a 1530. Debemos resaltar que entre los principales biógrafos del cardenal Vallejo fue el único que trató personalmente a Cisneros siendo un testigo privilegiado de muchos de los principales sucesos de su vida. VAZQUEZ MARTÍNEZ, Francisco: "Un problema de historiografía y cronología: la fecha de nacimiento del Cardenal Jiménez de Cisneros" en *Hispania Sacra*, LXVIII, 137, enero-junio 2016, págs. 281-298.

⁷ DE VALLEJO, Juan: *Memorial de la vida de Cisneros*; ed. por Antonio de la Torre y del Cerro, Madrid, 1913, pág. 77.

manifestó un gran entusiasmo por participar en el proyecto de esta plaza africana.

Reunidas las dos partes, hubo un principio de acuerdo para que en el verano de 1504 el conde de Tendilla gestionara los preparativos de esta nueva conquista, de la misma manera que unos años antes lo hiciera Juan Pérez de Guzmán en la ocupación de Melilla en 1497. Sin embargo, las fuertes discrepancias surgidas entre el noble y Vianello provocaron el fracaso del proyecto, si bien, el aristócrata, siempre consciente del prestigio que proporcionaban las conquistas en plazas norteafricanas, participaría activamente en las tareas de aprovisionamiento para las futuras expediciones de Mazalquivir en 1505 y de Orán en 1509⁸.

A pesar de este primer fracaso, las aspiraciones de obtener Mazalquivir no quedaron en el olvido. En febrero de 1505 Vianello no desistió de su proyecto conquistador y entró en contacto con Cisneros en Toro, lugar en el que se encontraba establecida la corte castellana. El veneciano, que mantenía la convicción de que aún era posible la conquista de Mazalquivir y Orán, mostró al cardenal una importante y extensa documentación que proporcionaba suficiente información para avalar el éxito de la operación. Entre la documentación aportada por Vianello se encontraban una serie de mapas y planos de construcciones defensivas norteafricanas que ayudaron a que el cardenal pudiera tener un conocimiento muy aproximado de las principales defensas de la fortaleza de Mazalquivir, su situación estratégica respecto al puerto y los accidentes geográficos próximos a ella. Igualmente, a través de estos trascendentes informes se confirmaba que esta plaza, por sus pequeñas dimensiones, tendría problemas de autoabastecimiento a diferencia del enclave próximo de Orán, muy bien dotado en infraestructuras y condiciones naturales. De esta manera, Cisneros, que se mostró muy receptivo al dossier mostrado, valoró con gran optimismo la propuesta de Vianello.

Dada la favorable situación para emprender el nuevo proyecto, el cardenal procedió en primer lugar a organizar la recluta de capitanes ya experimentados en diferentes conquistas como la de Melilla. De la misma manera, ordenó que se seleccionaran las zonas óptimas para el reclutamiento de soldados y elaboró un informe en el que se detallaban todos los aspectos relacionados con la logística y la formación de una flota de barcos.

Organizados los preparativos esenciales, se presentó el proyecto al rey Fernando que, sin tener la seguridad del éxito de la misión, tomó la decisión de no participar en esta aventura salvo que la empresa fuera costeada

⁸ ESTRELLA JIMÉNEZ, Antonio: “Los Mendoza y la proveeduría General de Armadas y presidios norteafricanos: servicio nobiliario y función militar en el marco geopolítico mediterráneo (1535-1558)” en *Revista de Historia Militar*, n.º 95, 2004, págs. 123-155.

por un particular y, de producirse la conquista de la plaza, esta quedara bajo el auspicio de la Corona.

Teniendo en cuenta que el dinero necesario para la toma de Mazalquivir no podía ser financiado en ese momento por la monarquía, fue el propio Cisneros, uno de los hombres con más poder económico de Castilla, el que decidió asumir los gastos necesarios⁹, contando al mismo tiempo con el apoyo del ya mencionado conde de Tendilla.

Finalmente, el cardenal Cisneros aportó a la causa once cuentos de maravedís, lo que suponía una suficiente suma de dinero para mantener al ejército durante un periodo de dos meses¹⁰. Este capital le sería devuelto posteriormente por el regente aragonés una vez que el territorio conquistado fuera incorporado a la Corona.

Cerrados todos los acuerdos y ultimada la recluta de soldados en diferentes puertos españoles, se procedió a formar una tropa en el puerto de Málaga con una formación de 250 peones, de los cuales había 50 espingarderos, 100 ballesteros y otros 100 hombres de campo armados con lanzas largas y dardos, a los que se añadirían 300 lanzas de las órdenes militares, artilleros y peones de guarnición. Sin embargo, el mayor número de tropas fue el de los Soldados Viejos de Italia, una potente fuerza militar que ya había servido a las órdenes del Gran Capitán y que estaba compuesta por 4.000 peones provenientes de Nápoles. A este importante contingente se sumaron arquitectos militares, ingenieros y gente de obras como albañiles, tapiadores y azadoneros, todos ellos con el cometido de reforzar las estructuras de la fortaleza si finalmente era conquistada. En cuanto a las embarcaciones seleccionadas para esta campaña, se reunieron 6 galeras procedentes de Cataluña, navíos sueltos y carabelas llegadas de Andalucía. El número total de reclutados fue algo superior al de los 7.000 hombres¹¹.

El noble y militar Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, fue el hombre elegido por el rey Fernando para comandar el contingente. El aristócrata, sobrino de Gonzalo Fernández de Córdoba, acreditaba una importante experiencia castrense por su participación en la toma de Granada y en la lucha contra los moriscos sublevados en Filabres en 1501.

⁹ El poder económico y político del cardenal era inmenso debido a su rango de arzobispo de Toledo que, como primado de España, le situaba como una de las personas más influyentes de Castilla. BRAUDEL, Fernand: op. cit., pág. 50.

¹⁰ GÓMEZ DE CASTRO Alvar: *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*. Ed. José Oroz Reta, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1984, pág. 253.

¹¹ FERNÁNDEZ DURO Cesáreo: *La Armada Española. Desde la unión de los reinos de Castilla y de León (Tomo I)*. Madrid, Sucesores de Rivadeneyra, 1895, pág. 48.

El noble también estuvo acompañado de otros mandos muy experimentados en el campo de batalla como Ramón Cardena, almirante de Aragón, Diego de Vera, encargado de la Artillería y Pedro López de Orozco responsable de la Caballería. Junto a ellos también estuvieron como principales testigos, Vianello, protagonista de la elaboración del proyecto y el capitán Gonzalo de Ayora que, en sus funciones de cronista oficial¹², actuó como observador para el rey Fernando al que le mantuvo puntualmente informado de los principales pormenores de la batalla¹³.

1.2.1. Desarrollo de la conquista

Tras ultimar los preparativos, la Armada partió del puerto de Málaga el 3 de agosto de 1505, sin embargo, las circunstancias climatológicas no fueron favorables debido a la resistencia de vientos contrarios por lo que tuvieron que variar el rumbo y dirigirse a la costa de Almería en donde permanecieron hasta el día 8. Al día siguiente, ya con el viento a favor y la mar calmada, la flota partió a media noche hacia Mazalquivir a través del Estrecho.

Dos días más tarde, al alba, las naves alcanzaron la plaza norteafricana, si bien, no todos los barcos llegaron al mismo tiempo debido al retraso de las naos que, por su tamaño y peso, tuvieron que llegar a la costa con dos horas de retraso.

La conquista de la fortaleza no fue una misión sencilla tal y como lo describió Gonzalo de Ayora a Fernando el Católico. Este relevante testigo constató que tras el primer desembarco se produjeron numerosos combates hasta que los soldados españoles lograron tomar la “sierra alta”, una zona estratégicamente idónea para el asalto final a la fortificación.

Aunque la resistencia musulmana fue muy intensa, el 13 de agosto fue rendida la plaza ante el asedio de los soldados españoles con la condición previa de que:

[...] *sus personas, y haciendas, y armas y caballos fuesen libres, y dejasen la villa, y artillería, y munición y provisiones*¹⁴.

¹² Gonzalo de Ayora, conocido por ser uno de los principales precursores de la Infantería española, tuvo la responsabilidad de ejercer la labor de cronista oficial de los Reyes Católicos.

¹³ GÓMEZ DE CASTRO Alvar: op. cit., pág. 253.

¹⁴ *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XLVII, «Carta de Ayora al Rey Católico don Fernando V sobre la toma de Mazalquivir a fecha de 15 de septiembre de 1505», Madrid, Imprenta de la viuda de Calero, 1865, pág. 548.

Los vencedores hispanos, ya como ocupantes del castillo de Mazalquivir, se percataron de lo bien que estaba situada la fortaleza a nivel defensivo dada su ubicación sobre una enorme roca que no solo proporcionaba seguridad defensiva, sino que también se mostraba como un magnífico punto para poder divisar la mar y las tierras próximas.

Valorando las ventajas que tenía esta posición privilegiada, se realizaron reformas en varios puntos defensivos del castillo, habilitando zonas para la tropa, reparando los desperfectos de los muros causados por su propia artillería y mejorando aún más las defensas, pues los mandos eran conscientes de que en un futuro próximo se producirían situaciones de asedio, pues ya se ya contemplaba que los musulmanes intentarían recuperar nuevamente la plaza¹⁵.

La conquista de Mazalquivir fue celebrada en España con todos los honores, hasta el punto de elevar oraciones por todo el país durante ocho días¹⁶. Por otra parte, el mérito de la conquista fue atribuido al cardenal, considerado como el máximo artífice de la empresa no solo por su implicación económica, sino también por la confianza que siempre depositó en Vianello, personaje que resultó fundamental para conseguir los objetivos previstos gracias a su experiencia en tierras norteafricanas y a la excelente información que aportó a través de documentación privada.

1.3. Cisneros ante los conflictos entre la nobleza

Tras la muerte repentina de Felipe I en Burgos el 25 de septiembre de 1506, Cisneros asumió la regencia de Castilla hasta agosto de 1507, fecha en la que el rey Fernando asumió el gobierno castellano como regente de su hija Juana. Durante el desarrollo de este gobierno muchos nobles, que anteriormente habían sido relegados a un segundo plano por ser partidarios de Fernando, se levantaron en armas contra otros aristócratas dirimiendo entre ellos viejas discrepancias.

Esta complicada situación, con disonancias y situaciones tensas entre una parte de la nobleza, estuvo cerca de provocar una guerra civil en Castilla. Cisneros, que se encontraba a la espera de la vuelta de Fernando

¹⁵ Gonzalo de Ayora informó a Fernando el Católico que la fortaleza podría ser defendida holgadamente con 300 lanzas de guarnición y 1.500 peones, pudiéndose ampliar, en caso de necesidad, a 600 lanzas y 3.000 peones. «Carta de Ayora al Rey Católico don Fernando V sobre la toma de Mazalquivir a fecha de 15 de septiembre de 1505», en *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, op. cit., pág. 550.

¹⁶ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 257.

a tierras castellanas, decidió aplicar la fuerza militar para intentar solventar este conflicto. Como primera medida para aplacar los posibles brotes de rebeldía entre los aristócratas, según constata Juan de Vallejo, el franciscano solicitó los servicios de un hombre de plena confianza, el ya mencionado Jerónimo Vianello [...] *gentilhombre venegiano, al qual su señoría tenía en mucho, por ser hombre muy ardid y prudente y experimentado en guerra y de quien su señoría se fiava*¹⁷. Cabe recordar que Vianello ya era considerado por Cisneros como un experto en asuntos de milicia, con una amplia experiencia en gestionar estrategias de conflictos bélicos, tal y como lo demostró en la conquista de Mazalquivir.

Tras asignarle el grado de capitán, el cardenal proporcionó a Vianello la suma de 1.000 maravedís con la responsabilidad de reclutar un pequeño ejército. A su vez, afirma Vallejo, Cisneros encargó a otro hombre de confianza, Gonzalo de Reynoso, la compra en Marquina (Vizcaya), de 1.000 coseletes y más de 2.000 picas. Finalmente, el veneciano logró formar un cuerpo de unos 500 infantes con los correspondientes mandos formados por tenientes y alféreces. Las medidas preventivas impuestas por Cisneros fueron muy eficientes, si bien, el fin de esta improvisada tropa no fue solo el de controlar las posibles acciones violentas de la nobleza sino también el de servir de guardia a la reina Juana para que, dentro de estos enfrentamientos internos, ningún noble pudiera utilizarla por motivos políticos¹⁸.

1.4. El principal proyecto militar de Cisneros: La conquista de Orán en 1509

1.4.1. Situación geoestratégica de Orán

Una vez conquistada la plaza de Mazalquivir, España se vio fortalecida en la difícil misión de controlar con mayor eficacia las costas bañadas por el Mediterráneo a través de las cuales se producía un comercio cada vez más floreciente. Esta situación allanó el camino para que Cisneros lograra su conquista más anhelada, la ciudad de Orán, importante capital económica del reino de Tremecén y una de las urbes más ricas del continente africano.

La ciudad norteafricana se caracterizaba por tener una tierra con abundancia de agua lo que la hacía muy fértil y, por consiguiente, fundamental para la subsistencia de la ya conquistada plaza de Mazalquivir, situada a

¹⁷ DE VALLEJO, Juan: op. cit., pág. 117.

¹⁸ Ibidem, pág.118.

menos de una legua y, como ya se ha comentado, con importantes carencias en lo que se refería al autoabastecimiento¹⁹.

Por otra parte, conquistar Orán no iba a ser tarea fácil. Cabe señalar que esta ciudad, por su importante situación costera, históricamente había sido un centro comercial receptor de diferentes culturas de Asia y de Europa, lo que la abocaba al riesgo de entrada de pueblos extranjeros dispuestos a posibles ataques. Esta constante amenaza motivó que la urbe estuviera bien guarnecida y fuertemente defendida con unas imponentes fortificaciones constituidas por una muralla continua con elevados torreones espaciados²⁰.

Por lo que respecta al control político de la ciudad, aunque legalmente se encontraba bajo el amparo del rey de Tremecén, sus habitantes gozaban de una gran independencia hasta el punto de disponer de sus propias leyes, si bien, tenían la obligación de pagar un impuesto anual a la autoridad real²¹.

1.4.2. El Cardenal Cisneros como principal actor de la conquista

Cisneros llevaba varios años madurando la idea de cómo conquistar la ciudad de Orán. Ya en 1505, una vez tomada la plaza de Mazalquivir, estudió varios proyectos para llevar a cabo esta magna conquista. Sin embargo, tras la repentina muerte del archiduque Felipe en septiembre de 1506, el cardenal tuvo que asumir la regencia de Castilla, con la consecuente inestabilidad que ello suponía, por lo que se disiparon todas las posibilidades de poner en marcha esta aventura.

El proyecto no comenzó a concebirse hasta que el rey Fernando pudo confirmar su autoridad en Castilla al asumir su control en agosto de 1507. De esta manera, una vez reestablecido y afianzado el poder del monarca aragonés, se retomaron los objetivos de conquistas en el Norte África, siempre con el propósito de defender la Cristiandad y, al mismo tiempo, luchar contra los corsarios que atentaban contra los intereses económicos hispanos en el Mediterráneo. Esta circunstancia fue aprovechada por Cisneros para solicitar a Fernando un encuentro entre ambos que definiera la estrategia a seguir para lograr la conquista de la ansiada Orán.

¹⁹ ALONSO ACERO, Beatriz: “Orán, Ciudad de frontera”, en TERKI-HASSAINE Ismet, SOLA CASTAÑO Emilio, DÍEZ TRORRE Alejandro y CASADO ARBONIES Manuel (eds.), *Las Campanas de Orán 1509-2009. Estudios en homenaje a Fátima Benhamamouche*, pp. 67-89. Madrid, Alcalá de Henares, 2012.

²⁰ HENRI-LÉON, Fey: *Historia de Orán. Antes durante y después de la dominación española*. Alzagazara, Málaga, 1999, pág. 64.

²¹ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 252.

Reunidas las dos importantes personalidades para concretar la viabilidad del proyecto, se llegó a un acuerdo por ambas partes mediante el cual se confirmaba el protagonismo del cardenal en la campaña, ya que costearían, de la misma manera que sucedió en Mazalquivir, los sueldos y flete de la armada pues la monarquía española carecía en esos momentos de suficiente liquidez para afrontar tales gastos. Finalmente, tal y como se acordó entre Fernando el Católico y Cisneros, el dinero aportado por este último le sería devuelto posteriormente por la Corona que, a su vez, se haría cargo de la plaza conquistada²².

En cuanto a la responsabilidad de dirigir esta misión, el rey Fernando aceptó que fuera Cisneros quien ostentara el cargo de Capitán General de la empresa, sin embargo, el monarca no admitió la propuesta del cardenal para que la Armada que se iba a formar fuera dirigida por el prestigioso Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán. La elección del aragonés fue la de Pedro Navarro al que lo nombró Maese de Campo²³. Navarro era un militar muy experimentado en el arte de la guerra, habiendo participado con éxito en diferentes campañas. Sin embargo, esta decisión no fue del gusto del cardenal, aspecto que poco tiempo después quedó constatado debido a las continuas desavenencias, en ocasiones muy tensas, surgidas posteriormente entre el religioso y el militar.

1.4.3. Preparativos de la conquista

Como primer paso hacia la conquista, el 23 de julio de 1508 se produjo la ocupación del Peñón de Vélez, precisamente bajo el mando de Pedro Navarro, lo cual estimuló aún más las gestiones para tramitar la toma de Orán.

Unas semanas más tarde, a principios de agosto, las bases portuarias de Cartagena y Mazalquivir recibieron la correspondiente notificación de ponerse a la orden de Cisneros, nombrado oficialmente Capitán General para la guerra de África el día 20 del citado mes.

El cardenal se encontraba deseoso de emprender la aventura de conquistar Orán, por lo que puso todo su empeño en acelerar las gestiones en la preparación de la armada que debía zarpar desde Cartagena. No obstante, y en contra de lo previsto, los preparativos sufrieron un importante retraso. A

²² DE VALLEJO, Juan: op. cit., pág. 78.

²³ Pedro Navarro era considerado como un militar con sobrada experiencia en el campo de batalla, pero con dudosos principios morales. ADRO Xavier: *Cardenal Cisneros. Hombre del Renacimiento*. Casals, Barcelona, 1988, pág. 409.

mediados de septiembre de 1508 Cisneros achacaba la culpa de la demora a Pedro Navarro quien, con toda probabilidad, entendía que no era el momento oportuno para ultimar una operación de semejante envergadura. En una carta del prelado a su secretario López de Ayala²⁴, este manifestaba su malestar hacia el militar, no solamente por su mala gestión sobre los abastecimientos que iban llegando, sino también por estar más pendiente de la posible conquista de Honein que de los asuntos relacionados con los preparativos de la toma de Orán:

[...] porque aquel factor del licenciado de vargas, Villalobos que entiendo en proveer lo de los bastimentos, como quiera que ha dicho y dice que cumplir lo del memorial que alla tiene destos bastimentos, gasta y emplea la mayor parte dellos para otros ardidés y cosas en que el conde pedro navarro entiendo particularmente; asy como en lo de one (Honein) y otras cosas particulares²⁵.

Tras varias semanas en las que los preparativos continuaban desarrollándose con demasiada lentitud, el desagrado de Cisneros se fue acrecentando hasta el punto de amenazar con abandonar el proyecto. Por otra parte, dado el retraso que se estaba produciendo, tanto el rey Fernando como Pedro Navarro acordaron que teniendo en cuenta la proximidad del invierno, lo más conveniente era posponer la empresa para el año siguiente. Esta decisión causó una nueva contrariedad al cardenal.

A pesar del desacuerdo y descontento de Cisneros por el retraso de los planes, la maquinaria de guerra destinada a Orán continuaba con su progresivo desarrollo. En el invierno de finales de 1508 se iba cumpliendo con lo establecido respecto a la composición y organización de los materiales bélicos necesarios para la campaña. En este sentido, a través de un agente

²⁴ La relación profesional entre Cisneros y su secretario Ayala fue larga y fructífera. La correspondencia enviada entre ambos puede dividirse en tres periodos: la conquista de Orán y sus consecuencias entre 1508 y mediados de 1509, desde septiembre de 1509 a principios de 1516 y desde esta última fecha a noviembre de 1517, mes en el que murió Cisneros. En esta tercera etapa, tras el fallecimiento de Fernando de Aragón, el cardenal Cisneros, que ostentaba su segunda regencia en Castilla, necesitaba tener cerca del rey Carlos V y de Guillermo de Croy (tutor y chambelán del futuro emperador) a una persona de toda confianza para comunicarse con ellos, despachar ciertos asuntos y que le sirviera al mismo tiempo de embajador. Para tal fin Cisneros envió a la corte, situada en Bruselas, a su Provisor y Vicario general Diego López de Ayala. Durante esta época, parte de la correspondencia escrita entre ambos era de carácter muy reservado y se elaborada con letras cifradas.

²⁵ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: *Cartas del cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros, dirigidas a Don Diego López de Ayala*, vol. I, pág. 10. Madrid, 15 de septiembre de 1508, Madrid, 1867.

del cardenal se ordenó el encargo de aprovisionar la artillería en Málaga según el inventario proporcionado por Pedro Navarro. El hecho de que fuera elegida esta ciudad para tal fin se debía a que en aquella época la capital andaluza era la principal referencia de Castilla tanto para la fundición de cañones destinados a abastecer las expediciones del norte de África como para la defensa de las bahías de los presidios castellanos²⁶. Con todo ello, en enero de 1509 el cardenal mostró mayor optimismo respecto a los avances y preparativos de la conquista de Orán.

Fracasado el intento de la toma de Honein y ante la provisional ausencia de conflictos con Francia, que se encontraba momentáneamente unida a Aragón en la *Liga de Cambrai*, parecía que tanto Fernando como Pedro Navarro habían decidido priorizar en la empresa de Orán. A su vez, tal y como puede comprobarse en una carta escrita por Cisneros a López de Ayala en febrero de 1509, el franciscano llegó a un acuerdo con Pedro Navarro a través del cual este se haría cargo del definitivo aprovisionamiento de la Armada y del contingente de soldados:

[...]el señor conde don pedro navarro, estando yo de camjno para cartajena. y quedo assentado que el tome á su cargo de Cacer todas las bituallas, y proveer en lo de los nabjos, y facer toda la gente de pie y todas las otras cosas que sean necesarias.

De igual manera, se confirmaba en el mismo escrito el día 15 de abril de 1509 como la fecha de partida de la Armada:

[...] y ha señalado el dia para quando lo terná todo á punto. que es para el domingo de quasimodo, que sera a qujnxe dias de abril, para que con ayuda de nuestro señor podamos embarcar aquel dia²⁷.

Mientras se iban ultimando las gestiones en lo concerniente a formalizar los asuntos legislativos necesarios para abordar la empresa, Cisneros hizo acto de presencia en distintos conventos toledanos. Posteriormente, el 21 de febrero el cardenal se dirigió hacia Cartagena acompañado de su personal de servicio y hombres de confianza. Durante los cinco días que duró el viaje, el prelado mostraba públicamente con orgulloso la cruz de plata maciza, enseña representativa del arzobispado de Toledo, y el estandarte ajedrezado propio de los Cisneros. A su vez, se hizo rodear de los tercios de

²⁶ COBOS GUERRA, Fernando: *La artillería de los Reyes Católicos*. Valladolid, Junta de Castilla y León, 2004, pág. 14.

²⁷ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: *Cartas del cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros, dirigidas a Don Diego López de Ayala*, vol. I, pp. 27 y 28, Madrid el 20 de febrero de 1509. Madrid, 1867.

Italia, tropas de Alcalá, de Asturias y de Cantabria. De este modo, se pretendía manifestar al pueblo una imagen de poder resplandeciente que no hacía más que resaltar la figura militar y religiosa del franciscano como principal emprendedor de un enorme proyecto evangelizador en tierras africanas²⁸.

El día 26 de febrero de 1509 Cisneros ya se encontraba en Cartagena con la ilusión y esperanza de dirigir en primera persona los últimos preparativos antes de afrontar la conquista de Orán. La ciudad de la costa mediterránea se encontraba abarrotada de soldados, muchos de ellos mercenarios. Cabe recordar que este tipo de soldado de fortuna generaba un gran rechazo al Capitán General de África por su brutalidad en los campos de batalla y sus abusos con la población civil. Precisamente, este fue uno de los motivos por los que el cardenal siempre abogó por un ejército profesional con valores de sacrificio, disciplina y lealtad hacia la Corona, asunto que trataremos con posterioridad.

A pesar de la proximidad de la fecha de partida hacia Orán, con la llegada del cardenal a la ciudad cartagenera las desavenencias entre el prelado y Pedro Navarro volvieron a surgir. El franciscano siempre fue consciente de la pretensión que tenía el militar de comandar su propia Armada sin contar con él pese a ostentar el empleo de Capitán General de la expedición, mientras que Navarro consideraba que Cisneros, por sus escasos conocimientos militares, interfería en sus decisiones, poniéndole en constantes dificultades para el mando de sus subordinados²⁹. En cualquier caso, dada la buena relación de Navarro con el rey Fernando, Cisneros tuvo que aceptar el liderazgo de éste, aunque siempre se mantuvo en una situación vigilante respecto a sus actuaciones.

La enemistad de Cisneros con Pedro Navarro no fue el único problema que tuvo que afrontar el cardenal antes de la partida hacia Orán. La soldadesca, deseosa de entrar en combate, veía impaciente como se retrasaba en exceso la salida de la Armada; al mismo tiempo, muchos de estos soldados de fortuna manifestaron abiertamente su indignación al comprobar como pasaban las semanas sin que recibieran las primeras pagas del salario que les correspondía. Ante esta compleja situación se tomó la medida de remunerar a los soldados, pero no a los capitanes, quienes también optaron por amotinarse. Finalmente, tras varias negociaciones con la oficialidad, el problema fue solucionado en un primer momento, si bien, no cesó definitivamente el descontento de algunos de estos militares, dependientes muchos de ellos de las órdenes de Navarro³⁰.

²⁸ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 270.

²⁹ GARCÍA ORO, José: *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*, vol. II. Biblioteca Autores Cristianos, Madrid, 1993, pág. 547.

³⁰ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 273.

1.4.4. Formación de la Armada

A pesar de los retrasos en su formación, la Armada constituida por Cisneros se planificó con una importante flota de barcos y un considerable contingente de soldados, muchos de ellos con gran experiencia en combate tanto en plazas africanas como italianas.

Los militares responsables de comandar esta flota fueron los Maestres García de Villarroel, Adelantado de Cazorla y sobrino de Cisneros, que se encargó de la Caballería, Jerónimo Vianello al frente de la Artillería y el propio Pedro Navarro que se responsabilizó de la Infantería³¹.

Por lo que se refiere a la composición definitiva de la Armada, no se conoce con exactitud la cifra de los bajeles que compusieron la flota, ni el número de personas que embarcaron en los navíos. Gómez de Castro tan solo proporciona una aproximación sobre la formación de la escuadra con 80 naves ligeras, 10 trirremes muy grandes, muchas naves pequeñas y barcas que servían a las grandes naves. A su vez, Castro aporta la cifra de 10.000 infantes, 4.000 jinetes y un número suficiente de cantineros y mozos³². García Oro apunta a una Armada formada por 10.000 picas, 8.000 escopeteros y ballesteros, 2.000 hombres de Caballería y 200 azadoneros. Todos ellos embarcados en 10 galeras y 150 velas³³. Por su parte, el capitán de navío Cesáreo Fernández tampoco es conocedor de los datos numéricos exactos de esta Armada, no obstante, indica como cifra probable una formación de barcos compuesta por 33 naos, 22 carabelas, 3 galeotas, 3 tafurcas y una fusta³⁴ y un número aproximado de 8 a 12.000 infantes y de 3 a 4.000 jinetes³⁵.

1.4.5. Desarrollo de la batalla

Tras finalizar los preparativos, el 13 de mayo de 1509 embarcaba la Armada rumbo a la costa berberisca. No obstante, tuvieron que permanecer tres días en espera de un viento favorable que pudiera mover las grandes

³¹ GARCÍA ORO, José: op. cit., pág. 546.

³² GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 276.

³³ García Oro aporta estos datos basados en biógrafos cisnerianos pero los considera algo abultados. GARCÍA ORO, José: op. cit., pág. 546.

³⁴ Las tafurcas eran embarcaciones chatas, sin quilla, concebidas para el transporte de caballos. Por su parte, las fustas eran naves estrechas, de escaso calado e impulsadas por velas y remeros.

³⁵ FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Historia de la Armada desde la formación de los reinos de Castilla y León* (tomo I). Museo Naval de Madrid, Madrid, 1972, pág. 72.

embarcaciones. Finalmente, el 16 de mayo la flota zarpaba hacia el puerto de Mazalquivir, plaza que, como ya hemos comentado, fue conquistada en 1505 y que serviría de base y apoyo para la conquista de Orán. Desde el momento de la partida las percepciones entre los soldados españoles de lograr con éxito la conquista de Orán eran predominantes, tal y como se constata a través de una carta de Cisneros dirigida a López de Ayala:

*[...]la armada va de mucha gente y muy buena; van contentos y con mucho esfuerzo y con esperanza que en poco tiempo alcanzarán la victoria que desean...*³⁶.

La llegada a Mazalquivir se produjo en la noche del jueves 17 de mayo, antes del amanecer. El primer desembarco de las naves lo realizó la infantería, formada ordenadamente en cuatro escuadrones. La caballería, dirigida por Villarroel, desembarcó para el combate por imposición de Cisneros debido a que la consideraba necesaria para los primeros ataques, contradiciendo la opinión de Navarro que, poco convencido de la efectividad del uso de los caballos, ordenó que permanecieran en las embarcaciones³⁷. Este hecho, que enfureció enormemente a Pedro Navarro, no solo volvió a confirmar las discrepancias entre ambos líderes, sino que también mostraba las diferentes visiones que ambos tenían sobre el arte de la guerra.

Una vez desembarcada toda la tropa, una fracción de la flota se aproximó a Orán para disparar contra la fortaleza su artillería pesada. Por su parte, los soldados se desplazaron hacia Orán tras escuchar atentamente una arenga militar del propio Cisneros que, por su edad (tenía setenta y dos años) permaneció en Mazalquivir, evitando también de esta manera la posibilidad de caer en manos del enemigo o, lo que aún sería peor, fallecer en el campo de batalla³⁸.

Hacia las dos de la tarde los escuadrones comenzaron a subir una ladera de la sierra de Orán defendida por norteafricanos armados con espingardas, búzanos³⁹ y ballestas entre otras armas. A pesar del calor y del agotamiento, los soldados españoles lograron tomar la cima provocando la huida de los enemigos supervivientes hacia el interior de la fortaleza.

³⁶ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., vol. I. pp. 27 y 28. Madrid, 16 de mayo de 1509, «Cartas del cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros, dirigidas a Don Diego López de Ayala»

³⁷ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 276.

³⁸ STARKIE, Walter: *La España de Cisneros*. Juventud, Barcelona, 1943, pág. 374.

³⁹ Las espingardas eran cañones largos usados habitualmente por los españoles mientras que los búzanos eran piezas de artillería de pequeño calibre usadas para abatir murallas y torres.

La infantería iba llegando a las murallas de la ciudad ya avanzada la tarde. Al mismo tiempo, la artillería disparada desde la flota española hacia los altos muros de la urbe favoreció la llegada de los soldados a la zona fortificada. Nuevamente, en contraposición a lo ordenado por Pedro Navarro, Cisneros, informado de que la infantería avanzaba en solitario hacia las murallas de Orán, dio la orden inmediata de que fuera apoyada por los jinetes de caballería. Esta decisión, según confirmó posteriormente el propio cardenal a través de su secretario, fue de gran valor para el avance de la infantería⁴⁰.

Mientras se atacaba Orán, Navarro tuvo dudas sobre la posibilidad de continuar luchando pues la noche se aproximaba y se corría más riesgo en el ataque por la escasa luz. Sin embargo, tal y como apunta Gómez de Castro, fue Cisneros el que decidió proseguir la batalla, hecho que según el humanista fue providencial, ya que pocas horas después de haber conquistado Orán llegó una ayuda militar desde Tremecén que pudo haber sido transcendental para los intereses del enemigo.

Por lo que respecta a las operaciones militares que facilitaron el acceso a la urbe amurallada, según afirma Jerónimo de Illán, secretario de Cisneros, fueron las picas las que ayudaron a la Infantería de Navarro a escalar los muros⁴¹: *[...] entretanto toda la ynfanteria se subió por las picas, y entraron por los muros dentro, y derrivaronse por lugares muy agros, y comentaron a saquear la cibdad*⁴².

Finalmente, una vez tomada la fortaleza, Sosa, jefe de la cohorte del prelado, anunció la victoria alcanzada desde la parte más alta de las murallas mostrando el estandarte representativo de Cisneros⁴³.

En las primeras horas de la madrugada del 19 de mayo se confirmó la conquista de Orán. En el interior del recinto amurallado la soldadesca cristiana luchó contra los norteafricanos que permanecían en la ciudad, matándolos o haciéndolos prisioneros. De la misma manera, realizaron numerosos actos de pillaje, expoliando oro, plata, joyas y dinero:

⁴⁰ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 45. Cartagena, 25 de mayo de 1509, «Carta de Jerónimo de Illán, secretario del Cardenal Cisneros, sobre la toma de Orán, escrito por la orden de éste».

⁴¹ La acción de escalada a los muros usando las picas está representada en el fresco que Juan de Borgoña pintó en la Catedral de Toledo pocos años después de la batalla.

⁴² JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 45. Cartagena, 25 de mayo de 1509, «Carta de Jerónimo de Illán, secretario del Cardenal Cisneros, sobre la toma de Orán, escrito por la orden de éste».

⁴³ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit. pág., 284.

El despojo fue tan grande y tan rrico de joyas de oro y plata y seda y djneros y cativos, que valdrá mas de qujnientos mjll ducados, porque soldado ay que ovo mas de diez mjll ducados de moneda y joyas⁴⁴.

Finalizado el saqueo y asegurando con soldados los puntos más estratégicos de la ciudad, el jueves 20 de mayo tuvo lugar el recorrido triunfal de Cisneros que había llegado desde Mazalquivir acompañado de otros frailes franciscanos. Este acto estuvo rodeado de un evidente simbolismo religioso. La sublime entrada procesional del cardenal por la puerta de entrada de Orán, llamada *De Canastel*, estaba amenizada por cánticos del *Tedeum laudamus*. La comitiva se dirigió en primer lugar a las casas mayores de la judería y a su sinagoga, que ya se encontraba limpia y preparada con un altar improvisado para que el cardenal pudiera officiar misa. Una vez allí, el prelado bendijo el recinto con una solemne ceremonia religiosa y dispuso que la sinagoga fuera destinada a la atención de los heridos, adjudicándola el nombre de Hospital de la Misericordia. Asimismo, ordenó que este improvisado centro hospitalario fuera aprovisionado de la botica y las camas necesarias para poder socorrer a los heridos que se encontraban en la plaza recientemente conquistada. El franciscano consagró la mezquita mayor de Orán con la advocación y nombre de la Virgen de Nuestra Señora de la Victoria, realizando posteriormente el mismo acto en otras dos mezquitas, ambas situadas en la parte más alta de la ciudad⁴⁵.

Cisneros, deseoso de conocer en profundidad Orán, quiso realizar un amplio recorrido por esta ciudad, sin embargo, tuvo que esperar hasta el domingo 23 de mayo para poder pasear a caballo por la urbe debido a que las calles estaban abarrotadas de cadáveres que impedían cabalgar e incluso andar a través de ellas. El cardenal se quedó sorprendido de la riqueza económica de este enclave africano en donde había más de 1.500 tiendas de oficiales y especieros. Algo insólito, incluso para las grandes ciudades de Castilla⁴⁶.

⁴⁴ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 46. Cartagena, 25 de mayo de 1509, «Carta de Jerónimo de Illán, secretario del Cardenal Cisneros, sobre la toma de Orán, escrito por la orden de éste».

⁴⁵ SUÁREZ MONTAÑÉS, Diego: «Historia del maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja: la maanera como gobernaron las memorables plaças de Orán y Marzaelquivir, reynos de Tremecén y Túnez en África, siendo allí capitanes generales uno en pos de otro como aquí se narra», en BUNES IBARRA, Miguel y ALÓNDO ACERO, Beatriz (eds.): *Alfonso el Magnánimo*, Valencia, 2005, pp. 134-136.

⁴⁶ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 46, Cartagena, 25 de mayo de 1509, «Carta de Jerónimo de Illán, secretario del Cardenal Cisneros, sobre la toma de Orán, escrito por la orden de éste».

El 24 de mayo Cisneros partió de vuelta a Cartagena dejando a Pedro Navarro al mando de Orán. La responsabilidad de la defensa de la fortaleza fue delegada a García de Villaroel y a Alonso de Castilla. Por su parte, el cardenal dio la orden de proporcionar avituallamiento a la guarnición para los próximos tres meses:

[...]mj venjda a cartágena fue tan necesaria para dar orden como se llevase bastimentos, que luego como llegué les envje todo el vizcocho e harina que se pudo rrecoger, y dexé allj y en otras partes personas que no entendiesen otra cosa syno en enbjarles provjsjones⁴⁷.

El hecho de que Cisneros volviera tan apresuradamente a Cartagena sorprendió enormemente al rey Fernando y al conde de Tendilla, ambos temerosos de perder la plaza de Orán ante las inquietantes noticias que llegaron a la corte que informaban del caos y la anarquía que imperaba en la ciudad por los continuos saqueos producidos por parte de la soldadesca española que veía en esta conquista un medio para poder enriquecerse a través de actos de pillaje. El propio Cisneros consideraba que Pedro Navarro no se veía capaz de controlar esta situación al ser influenciado por sus capitanes a los que el cardenal consideraba como *almogávares* o soldados de fortuna dedicados al pillaje por las costas:

[...]como el no hace oira cosa sjno lo que les parece a aquellos capiranes que trae consigo, ponjanle en mucha« cosas conformes al oficio que traen, que es como almogavares , andar por aquella costa a saquear y rrobar lo mas fácil qae hallassen⁴⁸.

Precisamente, este fue el principal motivo que causó la súbita retirada de Cisneros. Probablemente su retorno a España pretendía denunciar con más firmeza el desorden ocasionado por muchos de los soldados que, siendo conscientes de la carencia de mandos que les impusiera la necesaria disciplina, abusaban de su fuerza militar. El prelado, conocedor de este grave problema, señaló como principal responsable a Pedro Navarro al que acusó de no imponer su autoridad por los continuos actos violentos indiscriminados y

⁴⁷ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 46. Alcalá, 12 de junio de 1509, «Carta de Jerónimo de Illán avisando del regreso de Cisneros a Cartagena».

⁴⁸ El documento, escrito por Jerónimo de Illán iba destinado a un canónigo de Toledo que se dirigía a la Corte de Bruselas para dar cuenta al Rey Carlos. JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco, op. cit., pág. 51. Alcalá, 12 de junio de 1509.

de estar implicado en asuntos de corrupción dentro de la administración de Haciendas Reales⁴⁹.

Para solucionar esta contrariedad, un mes más tarde, el 16 de agosto, se firmaba una nueva disposición por la cual se nombraba a Diego Fernández de Córdoba, gobernador de Mazalquivir y Capitán General de Orán. Desde ese momento, con la consiguiente autorización de Cisneros, se volvió al orden deseado y se controlaron las dos plazas sin más contratiempos⁵⁰.

En definitiva, a pesar de las dificultades que surgieron en la preparación y posterior toma de Orán, la conquista de esta ciudad norteafricana colmó de satisfacción y esperanza a Cisneros, no solamente por las ventajas económicas que supuso esta actuación, sino también por ser el primer paso para culminar su gran sueño de cruzada en el norte de África que le acercaría a su soñada conquista de Jerusalén.

2. *LOS AVANCES MILITARES DE CISNEROS Y EL FRACASO EN ARGEL DURANTE EL GOBIERNO DE SU SEGUNDA REGENCIA (1516-1517)*

La segunda regencia de Cisneros surge por disposición testamentaria como consecuencia de la muerte del rey Fernando el 23 de enero de 1516. El cardenal, ya octogenario, se mantuvo en este puesto hasta su muerte el 8 de noviembre de 1517, precisamente cuando se encontraba de camino para reunirse con el joven Carlos que, procedente de Flandes, había llegado a España para proceder a su entronización.

Pese al escaso tiempo en el que Cisneros estuvo gobernando como máxima autoridad del Reino de Castilla a la espera de la llegada del nuevo rey, su segunda regencia fue muy fecunda en lo que se refiere a sucesos militares.

2.1. *Cisneros ante la amenaza francesa en Navarra*

Uno de los primeros conflictos que tuvo que afrontar el prelado fue el del intento de invasión de los franceses en Navarra, reino que se encontraba incorporado a Castilla desde 1513. Aprovechando el fallecimiento de Fernando el Católico, Francisco I, rey de Francia, vio la oportunidad de

⁴⁹ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 57. Alcalá, 25 de julio de 1509.

⁵⁰ GARCÍA ORO, José: op. cit., pág. 559.

conspirar y atacar nuevamente contra tierras navarras ofreciendo devolver la corona a Juan de Albret y Catalina (últimos reyes de Navarra), muy afines a la causa francesa. En este contexto y en defensa de los intereses españoles, en marzo de 1516, el regente de Aragón don Alfonso, alertado por esta conspiración, buscó el apoyo militar de Cisneros pese a que su autoridad en Castilla aún no estaba muy consolidada y no disponía de muchos elementos para resistir la amenazante invasión⁵¹. Sin embargo, el cardenal no dudó en actuar de inmediato, ordenando enviar fuerzas militares para hacerse cargo de las fortalezas de Navarra. Para dirigir esta misión puso al mando al coronel Villalba, un distinguido militar que ya luchó en las guerras de Italia junto al Gran Capitán⁵².

Villalba siguió con máxima diligencia las instrucciones de Cisneros que consistían en llevar las tropas a Roncesvalles antes de que lo hicieran los franceses, consiguiendo así el control estratégico de una de las zonas de acceso más importantes de este antiguo reino. Seguidamente, en el mismo mes de marzo de 1516, dio la orden de atacar a una parte de las tropas fieles a la causa de Juan de Albret, logrando finalmente la victoria, lo que supuso que este último huyera junto a su esposa Catalina de Foix a sus tierras de Bearne (Francia) en donde morirían poco tiempo después⁵³.

Tras el éxito conseguido sobre los galos, Cisneros no dejó de actuar en tierras navarras, ya que consideraba que el problema de este conflicto no solo se solucionaba con la derrota de los más afines a la causa de Juan de Albret y Catalina de Foix, sino que también era necesario asegurar la lealtad de todos los nobles navarros. Para tal fin, envió a un agente, apellidado Salazar, con la misión de conocer el estado del reino y extraer conclusiones sobre la opinión pública de las ciudades.

Tras permanecer un tiempo en contacto con la sociedad navarra y habiendo viajado por todo el reino, Salazar detectó que muchos de sus castillos y fortalezas poseían fuertes defensas que podían suponer una amenaza en caso de que se produjeran conflictos internos. Valorando esta advertencia, Cisneros dio nuevas órdenes a Villalba para que destruyera las murallas y baluartes de los castillos que podían ser refugio de los nobles sospechosos de atentar contra la causa castellana. También determinó que se erigiera una

⁵¹ SOTTO, Serafin María de: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas desde la creación del ejército permanente hasta el día / por el teniente general Conde de Clonard*, Tomo III. Imprenta de B. González, Madrid, 1851-1859, pág. 15.

⁵² STARKIE, Walter: op. cit., pág. 432.

⁵³ CEDILLO, Conde de: *El Cardenal Cisneros, gobernador del reino*, vol. I. Real Academia de la Historia, Madrid, 1921, pág. 211.

ciudadela en Pamplona para poder defender mejor la capital de Navarra y reforzar las defensas de San Juan de Pie de Puerto.

Cumplida la orden, la rápida sumisión de Navarra le supuso al cardenal numerosas críticas por parte de los partidarios de la familia Albret que lo acusaron de haber permitido los excesos de Villalba y de destruir castillos, fortalezas e incluso iglesias, actos que consideraban indignos para un cristiano. A juicio de Gómez de Castro, la decisión de Cisneros de ordenar la eliminación de estos baluartes defensivos fue la adecuada puesto que, de no haberse dado este mandato, cada fortaleza debería haberse protegido con destacamentos de soldados con el consiguiente coste que suponía para los gastos de la Corona⁵⁴. Por su parte, Cisneros se defendió de estas críticas aduciendo que se hizo en defensa de los intereses de España, previniendo lo que podría haber supuesto una dura guerra. Asimismo, aseguró el prelado, se respetaron todas las iglesias consagradas y se atacaron tan solo las que fueron fortificadas por el enemigo para ser usadas como castillos⁵⁵.

2.2. *Cisneros como precursor del primer ejército permanente en España*

Como ya hemos comentado, una parte de la milicia de aquella época carecía de prestigio ya que sus soldados eran hombres de escasos valores morales que, en muchas ocasiones, actuaban contra personas y bienes abusando del poder que les daban las armas. En este sentido, Cisneros, siguiendo un antiguo proyecto de los Reyes Católicos⁵⁶, pretendió crear en su segunda regencia un nuevo ejército formado desde las mismas ciudades en el que se seleccionarían a hombres provenientes de vecindarios y no a vagabundos, tal y como se solía hacer. A su vez, estas nuevas fuerzas militares denominadas como “Gente de Ordenanza” o “Gente de Infantería”, tendrían la obligación de estar exclusivamente a disposición del monarca.

Para formar estas milicias Cisneros eligió al comendador Gil Rengifo, un prestigioso coronel, natural de Ávila y veterano de las guerras de Italia y Navarra en donde prestó servicios dentro del Arma de Infantería. Tomando como base una memoria que este militar ya había escrito previamente para

⁵⁴ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 415.

⁵⁵ Walter: op. cit., pág. 433.

⁵⁶ Aunque no llegara a materializarse, la idea de crear una fuerza de intervención formada por la ciudadanía, poco numerosa y muy bien equipada, ya la habían estudiado previamente los Reyes Católicos, probablemente inspirados en las compañías de ordenanza creadas en 1445 por el rey de Francia Carlos VII durante la Guerra de los 100 años. CEDILLO, Conde de: op. cit., pág. 74.

el rey Fernando, se le propuso diseñar una fuerza de intervención con pocos efectivos, pero muy bien equipados y entrenados⁵⁷.

Pese a que Gil Rengifo cumplió en pocas semanas con el cometido que le asignaron, su primera puesta en práctica no obtuvo el resultado esperado debido a que los métodos de entrenamiento e instrucción exigidos fueron demasiado duros para una tropa poco acostumbrada a la disciplina militar, lo que incidió en la moral de los reclutados⁵⁸. Las órdenes de instrucción del coronel y los castigos por indisciplina fueron tan exigentes que el propio Cisneros mitigó esta severidad dando órdenes de rebajar la intensidad de la instrucción⁵⁹. Solucionado este asunto, una vez recibida la formación militar correspondiente, los soldados instruidos pasaron a formar parte de las fuerzas del Estado con total disponibilidad para poder defenderlo⁶⁰.

Cada ciudad debía contribuir con un número de soldados de este nuevo ejército dependiendo de su población; en total fueron seleccionados más de 30.000 hombres repartidos por todo el territorio nacional. Los reclutamientos estaban concebidos para voluntarios, pero en el caso de no cubrirse el cupo previsto, el alistamiento pasaba a ser forzoso. Asimismo, los incorporados a filas tan solo recibirían una soldada, en concreto 30 maravedís, si eran llamados para realizar un servicio. Únicamente, cobrarían con regularidad los capitanes, alféreces, pífanos y tambores que sí tenían derecho a sueldo⁶¹. La carencia de pagas regulares a estos nuevos soldados no impedía que obtuvieran ciertos privilegios como el de beneficiarse de exenciones fiscales, de la misma manera que ya sucedía con los hidalgos, o de tener el honor de poder desfilarse un día a la semana ante el pueblo con atuendos guerreros⁶².

En cuanto al gasto ocasionado por la compra de armamento para estas milicias, el propio Cisneros señala en una carta dirigida al rey Carlos que las ciudades debían hacerse cargo de comprar las armas a través de impuestos,

⁵⁷ Para consultar la memoria del coronel Gil Rengifo en la que se describe ampliamente como debían organizarse estas nuevas milicias, la selección de la recluta de soldados y, en general, todo lo relativo a la Gente de Ordenanza, se puede acudir a la ya citada obra de Historia Militar del Conde Clonard. SOTTO, Serafin María de: op. cit., tomo III, pp. 136-151.

⁵⁸ CEDILLO, Conde de: op. cit., pág. 76.

⁵⁹ STARKIE, Walter: op. cit., pág. 440.

⁶⁰ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 401.

⁶¹ DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan: *El Cardenal Cisneros*. M. Aguilar, Madrid, 1929, pág. 87.

⁶² CEDILLO, Conde de: op. cit., pág. 78.

considerados como excepcionales, de tal manera que no supondrían ningún coste para la Corona salvo que tuvieran que intervenir en algún conflicto⁶³.

Este proyecto militar de Cisneros fue acogido de diferentes maneras, dependiendo de las zonas del reino. Según Gómez de Castro las instrucciones del cardenal respecto a esta nueva milicia fueron bien recibidas en ciudades importantes de Andalucía como Sevilla, Córdoba, Jaén o en poblaciones del centro de Castilla como Madrid o Toledo⁶⁴. No obstante, sí que hubo oposición a la Gente de Ordenanza en otras ciudades como Ávila, León, Salamanca, Medina del Campo, Zamora o Arévalo, en donde en algunos casos se contaba con tantos caballeros y escuderos que apenas había candidatos para incorporarse a esta nueva milicia. Además, eximir de tributar a los soldados de ordenanza significaba aumentar los impuestos, lo que generaba cierto malestar a los demás contribuyentes. Por otra parte, en estas ciudades se consideraba como un gasto innecesario el hecho de que el pago de las armas procediera del erario municipal⁶⁵.

Los problemas más graves que tuvo que afrontar Cisneros sobre este asunto surgieron por parte de la aristocracia de la ciudad de Valladolid que manifestó un gran rechazo a la “intromisión” de la Gente de Ordenanza. Uno de sus principales alborotadores fue el Almirante de Castilla, Fadrique Enríquez de Velasco. El importante aristócrata, que gozaba de una buena posición entre los nobles castellanos, consideraba las milicias del cardenal como una seria amenaza que podía debilitar su poder, por lo que no dudó en lanzar falsos bulos a la ciudadanía vallisoletana contra Cisneros y la Gente de Ordenanza lo que provocó graves alteraciones en la capital. Precisamente, dada la relevancia de estos sucesos, el secretario de Cisneros, Jorge de Baracaldo, envió una carta al rey Carlos a través de López de Ayala, en la que se hacía referencia a estos altercados, manifestando que no se podía permitir que triunfasen las revueltas de Valladolid pues otras ciudades del reino podrían hacer lo mismo⁶⁶. Finalmente, se consiguió mitigar la insurgencia, si bien, el problema no llegó a solucionarse hasta la definitiva disolución de estas milicias tras la muerte del franciscano.

En cualquier caso, debemos afirmar que la Gente de Ordenanza fue más que un proyecto, ya que realizó acciones que resultaron muy efecti-

⁶³ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 59. Madrid, 22 de septiembre de 1516, «Carta de Cisneros a López de Ayala».

⁶⁴ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 406.

⁶⁵ PÉREZ, Joseph: *Cisneros, el cardenal de España*. Barcelona, Taurus, 2014, pág. 112.

⁶⁶ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 187. Madrid, 12 de diciembre de 1516, «Carta de Cisneros a López de Ayala».

vas hasta el punto de ser una referencia en países extranjeros⁶⁷. Sirva como ejemplo las actuaciones de estos soldados sofocando un levantamiento en Málaga debido a los desórdenes surgidos en torno al pueblo que se sublevó contra el almirante de esta ciudad costera. Para controlar la situación, Cisneros envió a Antonio de la Cueva, un militar curtido en los campos de batalla que, al mando de 6.000 soldados de Infantería y 500 de Caballería pertenecientes a la Gente de Ordenanza, logró reducir a los alborotadores y establecer la paz⁶⁸.

Sin embargo, a pesar de que el nuevo ejército creado por Cisneros realizó acciones meritorias y sentaba las bases de lo que podría haber sido un ejército profesional a disposición del futuro emperador, Carlos V, la corte de Bruselas no lo veía como de interés prioritario, por lo que, ya fallecido el cardenal, en enero de 1518 Adriano de Utrecht anunció la suspensión del reclutamiento de este particular ejército. Poco tiempo después, en las Cortes de Valladolid del mismo año y ya con la presencia de Carlos de Austria, se disolvieron totalmente estas milicias⁶⁹, aunque posteriormente el emperador no abandonó el proyecto de Cisneros y continuó en la línea de crear un ejército heterogéneo y permanente para el interior de la península cuya estructura perduraría hasta el siglo XVIII⁷⁰.

2.3. *La influencia de Cisneros en la mejora de la Artillería y de la Armada*

La decisión de crear un ejército nacional permanente no fue la única iniciativa que tuvo Cisneros para mejorar y potenciar el rendimiento de la milicia. Los continuos conflictos en los que Castilla se encontraba inmersa siempre demandaban disponer del mejor material bélico para garantizar el éxito en las batallas. De esta manera, el cardenal ordenó reorganizar los talleres de Artillería que ya se encontraban decadentes debido a su intenso uso, fruto de las múltiples campañas efectuadas por el rey católico. Para tal fin, en 1516 ordenó al general de Artillería Diego de Vera la elaboración de un informe sobre el estado de las municiones y artillería del Reino. Como

⁶⁷ Las acciones de esta peculiar milicia fueron referentes en toda Europa como prueba del hecho de que notables hombres de armas extranjeros se desplazaron a España para estudiar su organización. DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan: op. cit., pág. 87.

⁶⁸ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 422.

⁶⁹ Felipe II, gran admirador de Cisneros volvió a restablecer las milicias con una organización y estructura muy similares a las formadas en la época del Cardenal Regente. CEDILLO, Conde de: op. cit., pág. 86.

⁷⁰ MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y PI CORRALES, Magdalena de Pazzis: *Las Guardas de Castilla (Primer ejército permanente español)*. Sílex, Madrid, 2012, pág. 37.

consecuencia del estudio realizado por el militar se establecieron fábricas de municiones en Fuenterrabía y Burgos y talleres para la construcción de un gran número de cañones, bombardas y culebrinas en Madrid, Medina del Campo y Málaga⁷¹.

La implicación del cardenal franciscano en potenciar las piezas de artillería tuvo tanta relevancia que en su honor algunas armas de explosión recibieron el nombre de “San Francisco”. Tal fue el caso de una bombardas que, por su virulencia y potente detonación, inspiró un proverbio muy utilizado en aquella época en el que se exclamaba: “Guárdate de San Francisco”⁷².

Por lo que respecta a los avances realizados en la Armada, Cisneros también tuvo un papel muy relevante en la mejora de la flota militar castellana. Los múltiples ataques de los turcos y corsarios a los barcos españoles y sus incursiones en zonas costeras, especialmente en la mediterránea, motivaron que el cardenal ordenara reparar y aderezar parte de la flota que, como consecuencia de los múltiples ataques del enemigo, se encontraba en muy mal estado. Sobre este asunto Cisneros manifestó lo siguiente:

[...]y aquí verá su ahesa quanto provecho se ha seguido en rreparar y aderezar las galeras y pagar las que estaban perdidas, para que hiziessen algund provecho, y espero en nuestro señor que muy mayores los han de hacer; porque allende de tener todas aquellas costas guardadas, no avrá turco nj coesario que ose por allj assomar ni tentar nada, en saber que andan por allj; y habiendo hecho lo que han hecho⁷³.

A su vez, el cardenal conocedor de la inoperatividad de los muelles de Sevilla en los que desde hacía un tiempo no se construían barcos, ordenó la creación de una nueva flota compuesta por 20 galeras y varios bergantines concebida especialmente para proteger las costas andaluzas de los ataques de piratas turcos y bereberes⁷⁴.

Otra buena muestra que confirma la relevancia que Cisneros daba a la Armada puede comprobarse a través de una carta redactada el 22 de septiembre de 1516 por él mismo al rey Carlos a través de su secretario López de Ayala. En este escrito, que informaba sobre una expedición militar dirigi-

⁷¹ ARÁNTGUI Y SANZ, José: *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV por el comandante de ejército capitán de artillería D. José Arántgui y Sanz*, vol. II. Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1887, pág. 82.

⁷² *Ibidem*, pág. 91.

⁷³ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: *op. cit.*, vol. I, pág. 126. Madrid, 12 de agosto de 1516, «Carta de Cisneros a López de Ayala».

⁷⁴ STARKIE, Walter: *op. cit.*, pág. 440.

da a Argel⁷⁵, Cisneros constató la transcendencia que tenía la Armada para el desarrollo de cualquier guerra *y que agora entiendo en lo de las galeras, como a su alteza tengo escrito, porque no puede ser ninguno poderoso por la tierra, sino lo es por el mar*⁷⁶.

2.4. La derrota de Argel, el gran fracaso militar de Cisneros

Como consecuencia del fallecimiento de Fernando de Aragón los argelinos consideraban que el juramento de obediencia personal que había hacia el rey católico debía ser abolido. Al mismo tiempo, el máximo mandatario de Argel, el bey Selim Ecremi, confabuló contra los intereses castellanos tras mantener continuos contactos con Aruch “Barbarroja”, un poderoso corsario considerado como uno de los principales enemigos de España en el Mediterráneo debido a sus múltiples ataques a barcos españoles y robos en zonas portuarias peninsulares⁷⁷.

La ambición de Aruch quedó manifiesta cuando traicionó y asesinó posteriormente al bey de Argel con la intención de controlar la ciudad. El corsario también ordenó asediar una pequeña fortaleza perteneciente a la corona aragonesa, situada en un islote frente al puerto de la ciudad lo que provocó la indignación y el enfado de las autoridades castellanas que vieron en esta afrenta una oportuna justificación para conquistar la ciudad de Argel.

Cisneros, como regente del reino, entendió que el corsario Aruch suponía un serio peligro para los intereses hispanos, no solo por la importante flota de navíos que comandaba sino por el riesgo que conllevaba controlar una extensa zona tan próxima a España y al mismo tiempo relevante para el buen desarrollo de las rutas comerciales. Por todo ello, y teniendo en cuenta las múltiples conquistas realizadas por los castellanos y aragoneses en el litoral norteafricano entre 1505 y 1510, que no hicieron más que confirmar el poder militar de España en el Mediterráneo, la campaña de Argel parecía estar destinada a culminarse con un nuevo éxito.

⁷⁵ Se refiere a la expedición al mando del militar Diego de Vera formada en el verano de 1516 para el intento de conquista de Argel.

⁷⁶ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 159, Madrid, 22 de septiembre de 1516, «Carta de Cisneros a López de Ayala».

⁷⁷ Los hechos más relevantes de la vida de este corsario y de sus dos hermanos han sido descritos por el eclesiástico e historiador Francisco López de Gómara. La obra del humanista soriano, que fue redactada en la época en la que vivía el segundo de los hermanos Barbarroja, puede consultarse en LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: *Los Corsarios Barbarroja*. Polifemo, Madrid, 1989.

Para comandar esta campaña Cisneros eligió a Diego de Vera, un militar especialista en artillería que, como ya hemos comentado, había participado en la conquista de Mazalquivir, así como en otras guerras en Italia y África al mando de Gonzalo Fernández de Córdoba y del ya mencionado Pedro Navarro⁷⁸. Por su parte, el cardenal afrontó personalmente los gastos de la campaña entregando a Diego de Vera la cantidad de 15.000 escudos para la formación de un ejército y acometer con garantías este nuevo reto conquistador⁷⁹.

Las primeras órdenes que se produjeron para preparar esta importante empresa fueron ejecutadas a mediados de julio de 1516 y se centraron en gestionar los recursos navales disponibles. El 18 de julio se requirieron embarcaciones útiles para que se uniesen a la armada que se estaba formando en el puerto de Cartagena, base de la expedición. En el mes de agosto Cisneros informó con gran optimismo a la corte de Flandes de la formación de una gruesa armada compuesta por 6.000 hombres y barcos, dotados de una importante artillería, que tendría como objetivo conquistar la ciudad de Argel. A su vez, el franciscano pronosticó la eliminación del corsario Barbarroja: *[...]dicho corsario barbarrosa será destruydo y la cibdad rremediada*⁸⁰.

Sin embargo, las buenas perspectivas que tenía el cardenal se alejaban de la realidad que imperaba en ese momento. El 18 de agosto de 1516, el propio Vera envió un informe a Cisneros sobre el estado de la armada confirmando que las galeras reales, que debían estar ya operativas en Cartagena, se encontraban en Denia y su capitán, apellidado Berenguer, aún permanecía en Valencia u Oliva. A su vez, añadía Vera, una flotilla de barcos preparada para apoyar a las galeras reales todavía se encontraba en Málaga.

Respecto a los hombres reclutados que se dirigían a Cartagena tan solo iban en esa dirección 1.300 soldados a pesar de que, según el propio Vera, iban llegando en una proporción aceptable. No obstante, el gran problema surgido fue la carencia de armamento necesario del que disponían los futuros combatientes por lo que Vera solicitó a Juan Ruiz de Calcena, secretario de Cisneros⁸¹, el envío de picas o coseletes completos ya que *[...] no*

⁷⁸ Sirva como ejemplo la participación de Vera en la conquista del Peñón de la Gomera, estando bajo el mando de Pedro Navarro. En esta campaña tuvo la responsabilidad de comandar la artillería expedicionaria y, posteriormente, de fortificar la plaza. FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: op. cit., (tomo I), pág. 102.

⁷⁹ ARÁNTGUI Y SANZ, José: op. cit. (tomo II), pág. 83.

⁸⁰ JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: op. cit., pág. 127. Madrid, 12 de agosto de 1516, «Carta de Cisneros a López de Ayala».

⁸¹ Juan Ruiz de Calcena, de origen aragonés, fue uno de los hombres de confianza de Fernando II de Aragón. Al morir el monarca, Calcena continuó desempeñando funciones de gran relevancia a las órdenes del cardenal Cisneros.

*hay un onbre que haya traído otra cosa que su espada*⁸². Otro contratiempo añadido fue el de la necesidad de solicitar milicia disponible en Navarra, ya que los hombres reclutados procedentes del reino de Murcia tan solo estaban dispuestos a combatir en África bajo la condición de no dirigirse a Italia después de tomar Argel, tal y como previamente se les había ordenado⁸³.

Una vez llegado a Cartagena, Diego de Vera ordenó enviar un bergantín a Argel para poder determinar de primera mano el estado en el que se encontraba la fortaleza española situada en el peñón amenazado por el asedio impuesto por Barbarroja. De esta manera, los soldados que custodiaban esta plaza enviaron a Vera sendas cartas en las que detallaron las terribles penurias por las que estaban pasando. En uno de estos escritos, un militar se lamentaba de la angustiada situación en la que se encontraban: [...] *como hermitaños no hovieran pasado lo que hemos pasado y pasamos de mucha hambre y sed y syn paga dos años ha*. En el mismo documento se aseguraba que apenas disponían de suministros pues *no hay bastimento para un mes, y esto es de cebada y agua y vinagre*⁸⁴.

En otra carta enviada a Diego de Vera procedente de la misma fortaleza, se confirmaba la situación desesperante por el escaso número disponible de hombres capacitados para defender la plaza:

De la gente que hay en esta fortaleza le hago saber a V.md. que son al pie de dozientos hombres poco o más o menos, en que todos estos no hay noventa que sean de guerra, porque todos los otros son hombres de trabajo.

En el mismo escrito, su autor, Juan de Tudela, manifestaba la necesidad de recibir refuerzos, proponiendo la ayuda de 1.000 hombres con el fin de que pudieran defenderse de las fuerzas militares de Barbarroja que ya estaban excavando túneles y asentando su artillería para un próximo ataque⁸⁵.

La angustiada situación que se vivía en la fortaleza española en Argel no aceleró el envío de la Armada a las tierras berberiscas pues el tiempo para la finalización de los preparativos se alargó más de lo previsto, quizás

⁸² *Memorial Histórico Español* (tomo VI): «Carta de Diego de Vera a Juan Ruiz de Calceña» en 27 de agosto de 1516, Madrid, Real Academia de la Historia, 1853, pág. 449.

⁸³ Este hecho constata la carencia de profesionalidad y lealtad a la Corona mostrada en muchas ocasiones por los soldados de fortuna y confirma la trascendencia que tuvo la Gente de Ordenanza creada por Cisneros, precisamente para evitar estos sucesos.

⁸⁴ *Memorial Histórico Español* (tomo VI): op. cit., pág. 457. Argel, 27 de agosto de 1516, «Carta de un tal Carpio, al capitán Diego de Vera».

⁸⁵ *Memorial Histórico Español* (tomo VI): op. cit., pág. 459, 27 de agosto de 1516, «Carta de Juan de Tudela al capitán Diego de Vera».

por el hecho de que esta armada no solamente fue concebida para consolidar la situación estratégica de España en Argel sino que también se pretendía aprovecharla para que durante aquel mismo invierno se conquistara la isla de Djerba en donde previamente, en 1510, un contingente español al mando de Pedro Navarro sufrió una importante derrota⁸⁶.

Finalmente, no fue hasta el 29 de septiembre de 1516 cuando la flota española, formada por un contingente de 8.000 hombres, partió sin incidencias hacia la costa africana a la que llegaría un día más tarde. El desembarco en la costa argelina de tropa y artillería se realizó sin ningún tipo de impedimento. Tal y como se le había ordenado, la primera decisión de Vera fue la de contactar con las autoridades locales para que sin violencia rindieran la plaza. Sin embargo, los españoles no se ocuparon en organizar las tropas desde un primer momento, circunstancia que fue aprovechada por Barbarroja que, observando el desorden de las tropas comandadas por Vera, ordenó el ataque masivo de sus soldados. Francisco López de Gómara describió los sucesos de esta batalla señalando que los españoles, sorprendidos por ese ataque inesperado, huyeron despavoridos sin concierto alguno. Por otra parte, los desorganizados soldados estaban divididos en cuatro sectores, lo que les hacía aún más vulnerables. La decisión de partir las tropas, a juicio de Gómara, la tomó Vera porque pensaba que así cumplirían mejor con su deber y de esa manera evitaría la codicia de botín de muchos soldados, dispuestos a saquear la ciudad de Argel una vez conquistada⁸⁷.

Las consecuencias del ataque turco fueron devastadoras, los combativos guerreros de Barbarroja mataron a miles de españoles y prendieron a 1.500 que fueron hechos esclavos, de tal manera que tan solo 2.000 hombres tuvieron la fortuna de regresar a la península ibérica⁸⁸.

Debido a la descontrolada situación, Diego de Vera manifestó cierta actitud de cobardía pensando tan solo en protegerse a sí mismo y a su hijo, que formaba parte del contingente. Mientras los soldados turcos de Barbarroja se ensañaban con las tropas españolas, el militar optó por refugiarse en una cueva. Posteriormente, tras conseguir embarcar en una nave, Vera llegó a España en donde tuvo que defenderse de graves acusaciones de negligencia y cobardía.

Aunque en un principio parecía acertada la elección del cardenal Cisneros situando a Diego de Vera en la dirección de la campaña militar, su designación estuvo rodeada de cierta polémica pues desde un principio hubo

⁸⁶ BRAUDEL, Fernand: op. cit., pág. 61.

⁸⁷ LÓPEZ DE GÓMARA, Francisco: op. cit., pág. 54.

⁸⁸ ARÁNTGUI Y SANZ, José: op. cit., pág. 84.

muchas opiniones contrarias a este nombramiento. En este sentido, Gómez de Castro señala al respecto de la elección de Vera por parte del franciscano:

*[...]creyeron algunos que Jiménez lo había nombrado con poco acierto, pues estaba engreído en su graduación militar y estimaban que podía vencer más por azar que por prudencia o buen sentido táctico*⁸⁹.

Las malas noticias de la derrota de Argel fueron recibidas por Cisneros a través de un mensajero mientras asistía a una conferencia de teólogos. Al leer la carta respondió con cierta frialdad: *Nos comunican que nuestro ejército ha sido vencido y desbaratado en África. Pero no ha sido gran pérdida, pues España se ve vaciada de hombres criminales y audaces*⁹⁰, volviendo posteriormente a la cuestión teológica que estaba tratando.

Estas palabras del cardenal que buscaban una justificación para eximirse de su culpabilidad en la derrota muy probablemente estuvieron influenciadas por el pensamiento del rey Fernando que, tiempo atrás, ya había manifestado en varias ocasiones la necesidad de organizar expediciones con el fin de purgar de delincuentes a la sociedad española. El hecho de que Cisneros y el propio rey Fernando tuvieran una imagen tan negativa de estos hombres de armas constata la carencia de valores y de disciplina militar que tenían algunos de los soldados en aquella época y confirma, una vez más, el deseo anhelado del rey aragonés y del propio Cisneros de crear un ejército permanente y profesional libre de intereses económicos y formado con valores estrictamente militares.

CONCLUSIONES

Entre los personajes más influyentes de la Historia de España debemos destacar la figura de Cisneros ensalzada por su faceta polifacética como gobernante, en calidad de regente, de uno de los principales reinos de Europa, propulsor de la cultura y reformador de la Iglesia Católica.

Sin embargo, hay un aspecto del cardenal que debe ser tenido en cuenta por los logros conseguidos: su relevante aportación al mundo de la milicia. Efectivamente, su ideal de cruzada le llevó a emprender, en ocasiones bajo su propio mando, aventuras de conquistas norteafricanas, muchas de ellas exitosas como pudieron ser las campañas de Mazalquivir u Orán.

⁸⁹ GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: op. cit., pág. 443.

⁹⁰ Ibidem, pág. 444.

Por otra parte, defender, amparado por las fuerzas militares, la integridad de los reinos hispanos fue otro de sus cometidos, siendo un ejemplo de ello la defensa de Navarra, amenazada por las conspiraciones y posteriores incursiones francesas. A todo ello hay que añadir el serio interés que mostró el cardenal por potenciar el rendimiento de la Artillería y mejorar, en la medida de lo posible, la eficacia de la Armada, tan necesitada en aquella época para afrontar los múltiples peligros ocasionados por los constantes ataques de otomanos y corsarios.

En el mismo orden de ideas, si tenemos en cuenta que Cisneros ha sido siempre considerado como un precursor de su tiempo dando continuidad a la política y a las leyes modernas de los Reyes Católicos, también debemos considerar la importancia que tuvo la creación, durante su segunda regencia, de uno de los primeros ejércitos europeos permanentes con fidelidad absoluta hacia la Corona. Estas primeras milicias profesionales, pese a ser disueltas poco tiempo después de su muerte, serían el germen de los conocidos y temidos Tercios Viejos que durante más de un siglo destacaron por sus grandes hazañas en los diferentes frentes europeos en los que actuaron en pro de los intereses nacionales.

En definitiva, podemos afirmar que Francisco Jiménez de Cisneros no debe ser únicamente valorado como un excelente estadista que cumplía fielmente con el modelo de hombre del Renacimiento, sino que también es necesario reflexionar sobre la transcendencia que tuvieron sus aportaciones dentro del ámbito castrense. No obstante, aunque la vertiente militar del cardenal sea relativamente desconocida, no debemos eludir el reconocimiento que históricamente se le ha dado dentro del Ejército español tal y como puede comprobarse en antiguos manuales especializados en el Arma de Artillería o incluso desde la propia Armada, institución que asignó el nombre del fraile a uno de sus principales buques de principios del siglo XX, el crucero acorazado Cardenal Cisneros.

BIBLIOGRAFÍA

- ADRO, Xavier: *Cardenal Cisneros. Hombre del Renacimiento*. Casals, Barcelona, 1988.
- ALONSO ACERO, Beatriz: “Orán, Ciudad de frontera”, en TERKI-HASSAINE Ismet, SOLA CASTAÑO Emilio, DÍEZ TRORRE Alejandro y CASADO ARBONIES Manuel (ed.), *Las Campanas de Orán 1509-2009. Estudios en homenaje a Fátima Benhamamouche* (pp. 67-89), Madrid, 2012.
- ARÁNTGUI y SANZ, José: *Apuntes históricos sobre la artillería española en los siglos XIV y XV por el comandante de ejército capitán de Artillería D. José Arántgui y Sanz*. Establecimiento Tipográfico de Fortanet, Madrid, 1887.
- DOMÍNGUEZ BERRUETA, Juan: *El Cardenal Cisneros*. M. Aguilar, Madrid, 1929.
- CEDILLO, Conde de: *El Cardenal Cisneros, gobernador del reino*. Real Academia de la Historia, Madrid, 1921, 3 vols.
- COBOS GUERRA, Fernando: *La artillería de los Reyes Católicos*. Junta de Castilla y León, Valladolid, 2004.
- BRAUDEL, Fernand: *En torno al Mediterráneo*. Paidós, Barcelona, 1997. *Colección de documentos inéditos para la Historia de España*, tomo XLVII, Imprenta de la viuda de Calero, Madrid, 1865.
- DE VALLEJO, Juan: *Memorial de la vida de Cisneros*. Ed. por Antonio de la Torre y del Cerro, Madrid, 1913.
- ESTRELLA JIMÉNEZ, Antonio: “Los Mendoza y la proveeduría General de Armadas y presidios norteafricanos: servicio nobiliario y función militar en el marco geopolítico mediterráneo (1535-1558)”, en *Revista de Historia Militar*, n.º 95, 2004.
- FERNÁNDEZ ÁLVAREZ, Manuel: *Isabel la Católica*. Espasa, Madrid, 2006.
- FERNÁNDEZ DURO, Cesáreo: *Historia de la Armada desde la formación de los reinos de Castilla y León* (tomo I). Madrid, Museo Naval de Madrid, 1972.
- GARCÍA ORO, José: *El Cardenal Cisneros. Vida y empresas*. Madrid, 1993, 2 vols.
- GÓMEZ DE CASTRO, Alvar: *De las hazañas de Francisco Jiménez de Cisneros*. Ed. José Oroz Reta, Fundación Universitaria Española, Madrid, 1984.
- HENRI-LÉON, Fey: *Historia de Orán. Antes durante y después de la dominación española*. Alzagazara, Málaga, 1999.

- ISABEL LA CATÓLICA: *Testamento*. Ed. Archivo General de Simancas, Valladolid, 1994.
- JIMÉNEZ DE CISNEROS, Francisco: *Cartas del cardenal Don Francisco Jiménez de Cisneros, dirigidas a Don Diego López de Ayala*. Madrid, 1867, 2 vols.
- MARTÍNEZ RUIZ, Enrique y PI CORRALES, Magdalena de Pazzis: *Las Guardas de Castilla (Primer ejército permanente español)*. Sílex, Madrid, 2012.
- Memorial Histórico Español* (tomo VI). Real Academia de la Historia, Madrid, 1853.
- PÉREZ, Joseph: *Cisneros, el cardenal de España*. Taurus, Barcelona, 2014.
- SOTTO, Serafín María de: *Historia orgánica de las Armas de Infantería y Caballería españolas desde la creación del ejército permanente hasta el día / por el teniente general Conde de Clonard*. Tomo III, Imprenta de B. González, Madrid, 1851-1859.
- STARKIE, Walter: *La España de Cisneros*. Juventud, Barcelona, 1943.
- SUÁREZ MONTAÑÉS, Diego: “Historia del maestre último que fue de Montesa y de su hermano don Felipe de Borja: la manera como gobernaron las memorables plaças de Orán y Marzaelquivir, reynos de Tremecén y Túnez en África, siendo allí capitanes generales uno en pos de otro como aquí se narra”, en BUNES IBARRA, Miguel y ALONSO ACERO, Beatriz (eds.), *Alfonso el Magnánimo*, Valencia, 2005.
- VÁZQUEZ MARTÍNEZ, Francisco: “Un problema de historiografía y cronología: la fecha de nacimiento del Cardenal Jiménez de Cisneros”, en *Hispania Sacra*, LXVIII, 137, enero-junio 2016, págs. 281-298, ISSN: 0018-215X.

Recibido: 24/06/2019

Aceptado: 19/12/2019

NORMAS PARA LA PUBLICACIÓN DE ORIGINALES

La *Revista de Historia Militar* es una publicación del Instituto de Historia y Cultura Militar. Su periodicidad es semestral.

Puede colaborar en ella todo escritor, militar o civil, español o extranjero, que se interese por los temas históricos relacionados con la institución militar y la profesión de las armas.

En sus páginas encontrarán acogida los trabajos que versen sobre el pensamiento militar a lo largo de la historia, deontología y orgánica militar, instituciones, acontecimientos bélicos, personalidades militares destacadas y usos y costumbres del pasado, particularmente si contienen enseñanzas o antecedentes provechosos para el militar de hoy, el estudioso de la historia y jóvenes investigadores.

Los trabajos han de realizarse en idioma español, ser inéditos y deberán precisar las fuentes documentales y bibliográficas utilizadas. No se aceptará ningún trabajo que haya sido publicado en otra revista o vaya a serlo.

Los originales deberán remitirse en soporte papel y digital a: Instituto de Historia y Cultura Militar. *Revista de Historia Militar*. Paseo de Moret, núm. 3. 28008-Madrid, pudiendo remitirse con antelación, vía correo electrónico, a la siguiente dirección: rhmet@et.mde.es.

El trabajo irá acompañado de una hoja con la dirección postal completa del autor, teléfono, correo electrónico y, en su caso, vinculación institucional, además de un breve currículum. En el caso de los militares, en el supuesto de encontrarse en la situación de “reserva”, “retirado” o “segunda reserva”, lo harán constar de forma completa, sin el uso de abreviaturas.

El procesador de textos a emplear será Microsoft Word, el tipo de letra Times New Roman, el tamaño de la fuente 11 y el interlineado sencillo.

Los artículos deberán tener una extensión comprendida entre 10.000 y 20.000 palabras, incluidas notas, bibliografía, etc., en páginas numeradas y contando cada página con aproximadamente 35 líneas, dejando unos márgenes simétricos de 3 cm.

En su forma el artículo deberá tener una estructura que integre las siguientes partes:

- Título: representativo del contenido.
- Autor: identificado a través de una nota a pie de página donde aparezcan: nombre y apellidos y filiación institucional con la dirección completa de la misma, así como dirección de correo electrónico, si dispone de ella.
- Resumen en español: breve resumen con las partes esenciales del contenido.

- Palabras clave en español: palabras representativas del contenido del artículo que permitan la rápida localización del mismo en una búsqueda indexada.
- Resumen en inglés.
- Palabras clave en inglés.
- Texto principal con sus notas a pie de página.
- Bibliografía: al final del trabajo, en página aparte y sobre todo la relevante para el desarrollo del texto. Se presentará por orden alfabético de los autores y en la misma forma que las notas pero sin citar páginas.
- Ilustraciones: deben ir numeradas secuencialmente citando el origen de los datos que contienen. Deberán ir colocadas o, al menos, indicadas en el texto.

Notas a pie de página.

Las notas deberán ajustarse al siguiente esquema:

a) Libros: apellidos seguidos de coma y nombre seguido de dos puntos. Título completo del libro en cursiva seguido de punto. Editorial, lugar y año de edición, tomo o volumen y página de donde procede la cita (indicada con la abreviatura pág., o pp. si son varias). Por ejemplo:

Palencia, Alonso de: *Crónica de Enrique IV*. Ed. BAE, Madrid, 1975, vol. I, pp. 67-69.

b) Artículos en publicaciones: apellidos y nombre del autor del modo citado anteriormente. Título entrecomillado seguido de la preposición en, nombre de la publicación en cursiva, número de volumen o tomo, año y página de la que proceda la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: “La Segunda Guerra Mundial en Siria y Líbano”, en *Revista de Historia Militar*, nº 90, 2001, pág. 231.

c) Una vez citado un libro o artículo, puede emplearse en posteriores citas la forma abreviada que incluye solamente los apellidos del autor y nombre seguido de dos puntos, *op.cit.*, número de volumen (si procede) y página o páginas de la cita. Por ejemplo:

Castillo Cáceres, Fernando: *op.cit.*, vol. II, pág. 122.

d) Cuando la nota siguiente hace referencia al mismo autor y libro puede emplearse *ibidem*, seguido de tomo o volumen y página (si procede). Por ejemplo:

Ibidem, pág. 66.

e) Las fuentes documentales deben ser citadas de la siguiente manera: archivo, organismo o institución donde se encuentra el documento, sección, legajo o manuscrito, título del documento entrecomillado y fecha. Por ejemplo: A.H.N., *Estado*, leg. 4381. «Carta del Conde de Aranda a Grimaldi» de fecha 12 de diciembre de 1774.

Se deberá hacer un uso moderado de las notas y principalmente para contener texto adicional. Normalmente las citas, si son breves se incluirán en el texto y si son de más de dos líneas en una cita a pie de página.

Recomendaciones de estilo.

- Evitar la utilización de la letra en negrita en el texto.
- Utilizar letra cursiva para indicar que se hace referencia a una marca comercial, por ejemplo fusil *CETME*, o el nombre de un buque o aeronave fragata, *Cristóbal Colón*. También para las palabras escritas en cualquier idioma distinto al castellano y para los títulos de libros y publicaciones periódicas.
- Los cargos y títulos van siempre en minúscula, por ejemplo rey, marqués, ministro, etc., excepto en el caso del rey reinante en cuyo caso será S.M. el Rey D. Felipe VI. Los organismos e instituciones van con mayúscula inicial: Monarquía, Ministerio, Región Militar, etc.
- De la misma manera, se escriben con mayúscula todas las palabras significativas que componen la denominación completa de entidades, instituciones, etc.
- Los términos “fuerzas armadas” y “ejército” se escribirán con minúscula cuando se haga referencia genérica a ellos. Si se habla de “Ejército” o “Fuerzas Armadas” como institución debe emplearse la mayúscula inicial. Otro tanto viene a ocurrir con las especialidades fundamentales, las antiguas Armas y Cuerpos de los Ejércitos y con las Unidades Militares; por ejemplo tropas de infantería y Especialidad Fundamental, Arma de Infantería, un regimiento y el Regimiento Alcántara.
- Las siglas y acrónimos más conocidos se escriben sin intercalar puntos y conviene relacionarlos entre paréntesis inmediatamente después de utilizarlos por primera vez, Centro Superior de Estudios de la Defensa Nacional (CESEDEN).
- Se utilizarán siglas para referirse a archivos y publicaciones periódicas que vayan a aparecer con frecuencia en el texto, Archivo General Militar (AGM).

Evaluación de originales.

Para su publicación los trabajos serán evaluados por, al menos, cuatro miembros del Consejo de Redacción, disponiéndose a su vez de un proceso de evaluación externa a cargo de expertos ajenos a la entidad editora, de acuerdo con los criterios de adecuación a la línea editorial y originalidad científica.

Impresión Bajo Demanda

Procedimiento

El procedimiento para solicitar una obra en impresión bajo demanda será el siguiente:

Enviar un correo electrónico a **publicaciones.venta@oc.mde.es** especificando los siguientes datos:

Nombre y apellidos

NIF

Teléfono de contacto

Dirección postal donde desea recibir los ejemplares impresos

Dirección de facturación
(si diferente a la dirección de envío)

Título y autor de la obra que desea en impresión bajo demanda

Número de ejemplares que desea

Recibirá en su correo electrónico un presupuesto detallado del pedido solicitado, así como, instrucciones para realizar el pago del mismo.

Si acepta el presupuesto, deberá realizar el abono y enviar por correo electrónico a:

publicaciones.venta@oc.mde.es
el justificante de pago.

En breve plazo recibirá en la dirección especificada el pedido, así como la factura definitiva.

Centro de Publicaciones

Solicitud de impresión bajo demanda de Publicaciones

Título:

ISBN (si se conoce):

N.º de ejemplares:

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Teléfono

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:

E-mail:

Dirección de envío:
(sólo si es distinta a la anterior)

Apellidos y nombre:

N.I.F.:

Dirección

Población:

Código Postal:

Provincia:



App

Revistas de Defensa

Consulta o **descarga gratis el PDF** de todas las revistas del Ministerio de Defensa.

También se puede consultar el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.

La app **REVISTAS DE DEFENSA** es gratuita.



WEB

Catálogo de Publicaciones de Defensa

<https://publicaciones.defensa.gob.es/>

La página web del **Catálogo de Publicaciones de Defensa** pone a disposición de los usuarios la información acerca del amplio catálogo que compone el fondo editorial del Ministerio de Defensa. Publicaciones en diversos formatos y soportes, y difusión de toda la información y actividad que se genera en el Departamento.

También se puede consultar en la WEB el Boletín Oficial de Defensa de acceso libre.



GOBIERNO
DE ESPAÑA

MINISTERIO
DE DEFENSA

SUBSECRETARÍA DE DEFENSA
SECRETARÍA GENERAL TÉCNICA

SUBDIRECCIÓN GENERAL
DE PUBLICACIONES
Y PATRIMONIO CULTURAL



latindex

